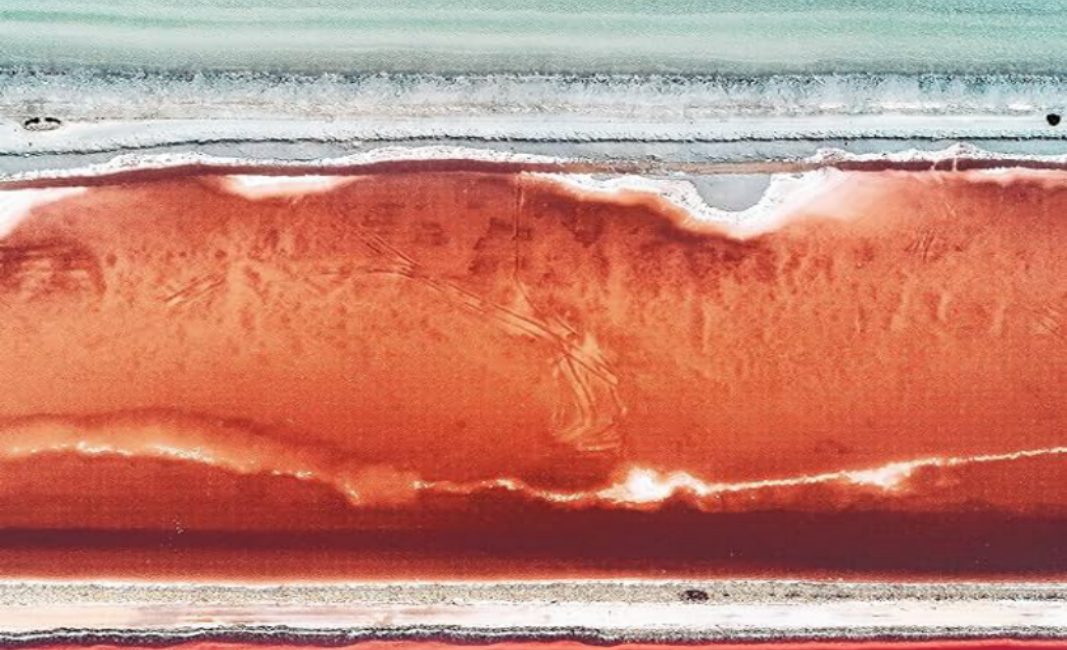
EVA BALTASAR

Tres cuerpos salvajes

Permafrost · Boulder · Mamut



RANDOM HOUSE

Las tres novelas de Eva Baltasar, «una Dorothy Parker catalana»(La Repubblica), reunidas en un solo volumen.

Una mujer con pulsiones suicidas se protege del mundo exterior. No permite que nadie se le acerque demasiado, y sin embargo se entrega con intensidad al sexo con otras mujeres, a la literatura y al arte.

La cocinera de un viejo barco mercante acostumbrada a la soledad, la provisionalidad y las relaciones fugaces, se enamora de una mujer, abandona el mar, accede a vivir entre cuatro paredes y se implica en la gestación asistida y en la educación de un hijo.

Una chica arcaica atrapada en la vida moderna huye al campo y se instala en una casa completamente aislada. Allí, rodeada de la nada, el instinto se agudiza, la conciencia se altera y se gesta una transformación.

Tres mujeres, tres voces, tres cuerpos, tres vidas, tres novelas salvajes que componen un tríptico electrizante sobre los límites del deseo y el placer, el sexo, el amor, la libertad y la soledad.

EVA BALTASAR

Traducción de
Nicole d'Amonville Alegría

LITERATURA RANDOM HOUSE

A la poesía, por permitirlo

Nacer es una desgracia, decía, y mientras vivimos perpetuamos esa desgracia.

THOMAS BERNHARD, *El malogrado*

1

Se está bien aquí. Por fin. Las alturas tienen eso: cien metros de vidrio vertical. El aire es aire en un estado superior de pureza, y por eso, además, parece más duro, por momentos casi compacto. Se cierne cierto olor a ferretería. La capa de ruido pesa como hollín y se mantiene latente, allí abajo, como un ojo de petróleo finísimo, crujiente, una suerte de regalo negro y brillante. No pasa ni un pájaro. En realidad, ellos también tienen su propio estado, entre nosotros y nuestros, llamémosles, dioses. Un vacío habitable entre las líneas más elevadas del pentagrama. Ahora mismo soy y no soy. Quizá solo me muestre, me manifieste como una mácula discretamente molesta en una gafa, una sombra inadecuada en esta zona chill out. Tomo aire, lo obligo a ser de mi propiedad a lo largo de mis conductos animados. Viva aún desprendo cierto calor, me imagino blandísima por dentro. Por fuera lo soy más de lo que creo, casi un producto de pastelería, un objeto de cera tibia barnizado, atractivo como una primera línea. Cada célula se reproduce, ajena a mí, y a la vez me reproduce, me convierte en una entidad debida. Si todas esas partes microscópicas dejasen de trabajar, aunque fuera un segundo… Las entidades indivisibles también merecen un descanso, como yo, como todos los genios del país. Trabajar con ellos me fuerza a asimilarme a ellos, a ser como ellos dentro de esta preciosa cerca de vidrio, un pececito rojo impersonal. Afablemente decorativo. Algunos restaurantes colocan en cada mesa uno de esos peces en una minúscula pecera. Son decorativos, sí. Relajantes. Están bien vivos, y sin embargo los hay quienes utilizan sus habitáculos como cenicero. Los pobres animalillos mueren intoxicados por la química biocida de las colillas. Pero no son sino eso, ¿verdad? Objetos decorativos. Vidas vanas.

¡Qué aire más puro! Hay poca humedad y eso está bien. La humedad tiene la manía de introducirse en las partes más vulnerables del cuerpo. No la tolero. No puedo convivir con ella, no sé hacerlo, penetra hasta rincones insospechados de mi interior, como una lava untuosa y helada, y ocupa espacios ignotos que al hacérseme presentes me incomodan. Hay partes del cuerpo, como muebles demasiado grandes, que una no sabe encarar. No parecen desmontables y extraerlas sería demasiado peligroso. Seguro que tienen su función, alguien debe de habérmelas incrustado, pero no puedo con ellas y la única manera de escapar a su influencia es ignorarlas. Recorrer el pasillo con los ojos cerrados y no toparme con su masiva exuberancia. Avanzar con los ojos cerrados, ¡menuda gracia! No había pensado en los ojos. Los pájaros vuelan con los ojos abiertos y, si se dejan llevar, es en sólidas corrientes de aire. Sostenidos y a un tiempo articulados, como marionetas. Pueden permitirse mirar. Pero si un objeto cae… si por ejemplo el pajarito cae del nido, ¿cae con los ojos abiertos? ¿Tienen párpados los pájaros? ¿O lagrimales de abuela frágil que gotean sin cesar? Bien mirado, no son párpados humanos. Quizá se asemejen más a los paneles japoneses o a las cortinas abatibles de las ventanillas de los aviones y sean capaces de articularlas tan o más rápido que nosotros, como relámpagos. Ahora me pregunto si abriré los ojos. O si se me abrirán. Mi caso no es el de una caída cualquiera. Me refiero a que no será accidental, habrá una intención, mi intencionada voluntad, una orden ya escrita. Llegado el momento será solo cuestión de ejecutarla. Los ojos son anticipatorios, exploradores del mundo, el cuerpo les sigue solo. ¿Qué sentido tiene preparar el cuerpo para la muerte segundos antes de que sobrevenga? La muerte atrapa al cuerpo como el amor. Que lo pille desprevenido, pues.

2

«Cuando seas mayor lo entenderás», repetía sin descanso mamá. No debo de haber crecido lo suficiente. Y eso que me esforzaba por beberme los vasos de leche, unos vasos altos y anchos que parecían bocas animales, grandes como mi rostro, y que me dejaban la frente marcada con una diadema roja en el lugar donde la reclinaba contra la ceja de vidrio. Cabía en ellos tanta leche que mamá siempre tenía que abrir otra botella para terminar de llenarlos hasta arriba, hasta la ceja. «Bebe, bebe como un gatito —decía—. Haz como un gatito, saca la lengüecita y lame la lechecita.» Tantísimos litros de leche y yo toda blanca por dentro, llena de telas de leche pegadas a mí como grasientas y mojadas sábanas, adheridas a mis paredes, al reverso de mi piel. Los tanques de leche de mamá me anulaban, me hacían menos persona, menos niña aún. Era como ser mitad niña mitad tanque de leche, una especie de depósito saturado. Cuando terminaba de beber no me atrevía ni a moverme, sentía el baile de la leche en el estómago. No, no el baile, su peligroso traqueteo, como agua en un balde sometido a un breve y precipitado trayecto. Después bajaba como el agua por la tubería del váter del vecino. Igualita, pero dentro de mí. Notaba cómo la leche arrastraba los restos de la cena y lo dejaba todo recién pintado, limpio pero pegajoso. Esa visión era tan potente que me obligaba a permanecer quieta, inmóvil, con una respiración cada vez más superficial. Solo podía hacer una cosa para pasar aquel rato: leer. Me sentaba en la única silla de mi habitación. El escritorio era de madera de pino y tenía una cubierta blanca a prueba de niñas. «Es para hacer los deberes —recalcó mamá en cuanto el carpintero la hubo montado—. Ni pintar ni recortar ni pensamientos de utilizar el cúter. Por cierto, ¿dónde está el cúter? ¿No debería estar

aquí? ¿En el bote? ¿Con las tijeras? Busca el cúter y déjalo en su sitio.» Con las tijeras. No lo entiendo, y sigo sin entenderlo, no hay motivo.

Me he situado en un límite, vivo en ese límite, espero el momento de abandonar el límite, mi casa provisional. De hecho, provisional como todas las casas o como un cuerpo. No me tomo la medicación, la química es una brida que retiene, que permite avanzar a paso inofensivo. Supone una redención anticipada, aleja del pecado o quizá solo enseña a denominar pecado el ejercicio de nuestra libertad lograda en un estado de paz, previa a la muerte, claro. Mamá se medica, papá se medica, mi hermana al principio no, pero después ya sí, se hizo mayor y lo entendió. Medicarse es una constante solución provisional, igual que la bombilla de pocos vatios colgada del techo del recibidor. Veinte años de recibidor oscuro ¡y qué poco cuesta acostumbrarse a ver tan poco! «Hicimos colocar halógenas en todo el piso ¡y olvidamos el recibidor!» Risas. «¡Pero lo mejor de todo es que no nos dimos cuenta hasta ayer!» Habían pasado veinte años, veinte años de pintarse los labios tres veces al día a medio centímetro del espejo, veinte años de buscar las llaves con los dedos ateridos. Yo pensaba que aquello era normal, cuando eres pequeño la normalidad se circunscribe a tu casa. Esa es la normalidad que te conforma. Creces al abrigo de sus patrones, tomas su cuerpo, y lo mismo pasa con el cerebro, ávido y plástico como la arcilla. Luego tardas años, la ceguera se craquela tras muchos martillazos, cuando ya estás atrapado en ese núcleo compacto que te ha costado el noventa por ciento de todo lo bueno que tenías para perforar. ¡Sal de aquí dentro ahora si puedes! Y de paso sé feliz como todo el mundo. Medicación: qué remedio. Pero no el mío, mejor avanzar, salvaje, hasta el límite y decidir. Al cabo de un tiempo terminas por descubrir que el límite se deja vivir, vertical como nunca, rozando la nada, y que no solo es posible vivir en él, sino que también se puede crecer en él de diversas maneras. Si de lo que se trata es de sobrevivir, puede que la resistencia sea la única forma de vivir con intensidad. Es ahora, en ese límite, cuando me siento viva, viva como nunca.

3

Medidas de seguridad en todas partes. Más que personas. Más que ratas. Medidas reproducidas sin ton ni son. Medidas de seguridad concretadas en barandillas, cristales dobles antibalas, señales de prohibido el paso, cinturones, barreras, cascos, botones. Medidas activas o pasivas, da lo mismo. Pueden ser rodilleras, suelos de gomaespuma, cremalleras, condones, antidisturbios, fútbol. También medicación, subsidios por desempleo. Medidas evidentes o sutiles. Frenos electromagnéticos, cárceles, banderolas, programas de integración social, andamios, válvulas, revestimientos ignífugos, arneses y mosquetones. Y otra vez medicación, gorras anti-golpes, acompañantes, productos descremados. Medicación, medicación y medicación. Un suicida con éxito es hoy un héroe. El mundo está lleno de desaprensivos titulados en primeros auxilios, se hallan por doquier, discretos y grises como palomas, agresivos como madres. Desafían la muerte ajena con masajes cardíacos y precisas maniobras de Heimlich. Son una cuadrilla de ladrones, una ya no puede ni endilgarse un hueso de aceituna por el tubo equivocado, te forzarán a escupirlo aunque tengan que partirte las costillas y perforarte un pulmón, toda tú hecha un vómito de dry martini y el hueso de aceituna proyectado hacia un rincón como un trofeo. Morir en un rincón estaría bien, deberían poderse alquilar rincones donde bien morir, sin interferencias, sin bombonas de oxígeno autopropulsadas descolgándose por sorpresa encima de ti justo en el último momento, donde las medidas de seguridad te garantizasen, te asegurasen una muerte como es debido.

En realidad, las medidas de seguridad son medidas de defensa del exterior, el Torturador Supremo. El mundo descarga su toxicidad dentro de mi médula a diario, me asimila con sus infiltraciones y no

puedo permitirlo, no puedo permitirme compartir. Malograda medicación. Y eso que las cápsulas, rojas y amarillas, me atraen como flores. Son un néctar de mala vida, un sustancioso brebaje. ¿Quién soy yo para rechazarlo? Mi hermana dice que es feliz. ¡Feliz! Esa palabra ya tenía verdín cuando me parieron. Cuando dice «feliz» —«Soy muy feliz», dice— me enseña los dientes. Me miran como ojos, amarillentos como el blanco de los ojos de los viejos, y eso que dejó el café y el tabaco antes de cumplir veinte años. Pero el rooibos y el yoga también son adictivos, acidificantes y envejecedores y adictivos. Las cosas sanas matan con mucha mayor lentitud, primero te hacen creer en su amor, te obligan a su intensidad languidecida. Nos vemos obligados a la palidez durante décadas, en una de las cuales solemos reproducirnos. ¡Una jugada maestra! Imponer infancia de una forma tan irresponsable solo puede ser un efecto secundario de la medicación. Hay que ser blando como relleno para acceder a la vida y fajar cada nuevo hijo, de punta a punta, con la seda del propio miedo, madre castradora por naturaleza, cheerleader incondicional. La fuerza del miedo es la suma de cada pequeño sueño reducido a polvo. A esnifarlo, pues, al parecer es la única manera de vivirlo que nos queda. Disimular la desnudez poniéndola en una ducha y santas paces. Bendita sedación.

4

Vía de tren en un punto no controlado. Los trenes aún atestiguan cierta metafísica de las costumbres; esta observación no tiene nada que ver con los horarios. Hay que explicarlo todo. No lo entendí hasta el día de aquella cita en un punto no controlado. Era una recta de lo más previsible, cualquier otro habría preferido una curva, pero la proximidad de una curva llama demasiado la atención, hay una sutil mengua de velocidad, un instante para bascular el peso del cuerpo de un pie a otro, quizá para tragar saliva en un inusual acto no reflejo. La recta es perfecta y yo estoy camuflada con el entorno. Aridez mediterránea salpicada de pequeños matojos, enfermos pero resistentes. Se oye una aproximación que mueve toneladas cúbicas de partículas en suspensión. Doy un paso hacia delante. Percibo la lejana balumba sonora, sus vibraciones, que podrían ser insectos, pero no lo son porque los insectos son metálicos de una forma más elegante. Las vías se cimbrean como serpientes de cascabel y doy otro paso hacia delante. Mi cuerpo es una parabólica hambrienta de peligro. El corazón, grande, se apodera del pensamiento. El tren, ahora sí, es puro mercurio ladrante, una entidad que crece, un nombre. Ya está aquí, ha llegado a mí, a su cinta roja, a su línea de meta. Pero no, hoy no es el día. Es un tren largo, demasiado largo, y propulsa mi cuerpo hacia atrás con violencia. Decido que debo resistir. Como un matojo, pienso. Las raíces profundas garantizan instantes de valentía como este. Sin embargo, el tren es larguísimo, hay demasiada ferralla durante demasiado tiempo y, después de todo, el cuerpo quizá merezca una oportunidad para hablar, aquello de la última palabra. Tal vez debería preservar mi nombre, gozar de una muerte conservadora con despojos fácilmente identificables, restos cordiales. Lo cierto es que ignoraba

que detalles dominantes como este terminarían importándome. Me hallo envuelta con una asombrosa metafísica, de ser creyente creería que alguien pretende que me replantee algunas decisiones. ¿Cómo era aquello? «Gracias a Dios, soy ateo.»

5

Son las cuatro y cuarto de la madrugada y alguien marca mi número de teléfono. No duermo, pero tengo el fijo desconectado y el móvil apagado. ¿Qué pasa? Es mi manera de ser humana. De nuevo a las siete y media, a las ocho menos diez, a las ocho menos ocho y a las ocho en punto de la mañana. Más tentativas frustradas hasta las diez; lo tengo todo grabado, mensajes de voz que borro sin escucharlos. Sin duda todo ello es culpa de plantar la medicación. Pero bueno, no tengo ningún motivo real para provocar la alarma de nadie, así que a las diez, con todos los teléfonos conectados, contesto a la llamada. Activo mi formato de voz agradable y me corta mi hermana. «¡Vuelvo a estar embarazada!» Dedico mi primer pensamiento a una montaña de ruedas de recambio abandonadas. ¡Ese podría ser el estímulo necesario para animarme a desaparecer de una maldita vez! El segundo pensamiento se dispone a analizar en círculos la entonación de mi hermana, pobre inocente sin alas obligada a correr con sus palabras descalzas a cuestas. Se llama Cristina, y no he terminado de percibir si parece feliz o angustiada. «No te oigo bien. ¿Qué dices?» Miento y pregunto, miento y pregunto, es mi estilo. Ella contesta sin pausa: «¡Que vuelvo a estar embarazada! ¡De dos meses!». Es feliz, claro, y yo soy boba. «¡Soy tan feliz! ¡Hacía tanto que lo buscábamos!» Tengo unas ganas difícilmente, muy difícilmente reprimibles de golpearme el cráneo con el teléfono, pero es una mala idea, los teléfonos prefieren matar con tumores, a distancia. «Felicidades», digo. «¿Te alegras?», pregunta. Miento afirmando con un enfático sí, mucho. «¡Volverás a ser tía!», exclama ella. Por más que me concentre no puedo detectar en mí ninguna emoción susceptible de sacudir la especie de sustrato interior relativo a la familia. «Qué bien», digo. Y

luego hablo, hablo sin interrupción durante un minuto para evitar cualquier posible tentativa de profundizar en mi montoncito sentimental compostable. «Qué bien de verdad es fantástico ser tía por partida doble es como ser una tía completa es como pasar de llevar un monóculo a ponerse gafas o de ir en triciclo a ir en bicicleta ahora tengo la sensación de controlar mi vida plenamente en su faceta de tía caray es que me dejas parada tanto tiempo buscándolo y ahora resulta que ya está aquí que hay una personita que ha decidido lanzarse a la maravillosa aventura de vivir y no podía haber encontrado mejores padres con un trabajo estable y una casa preciosa con una habitación para él solo o sola porque con dos meses de embarazo aún no puedes saber si será niño o niña aunque en realidad no sé por qué hablo en futuro porque ya es un niño o una niña ya existe dentro de ti oh debe de ser maravilloso estar embarazada y sentir cómo la vida crece dentro de ti estoy segura de que tendrás un embarazo fantástico como el primero y de que todo irá muy bien qué bien que me hayas llamado para decírmelo me has alegrado la mañana noticias como esta son las que hacen que pienses que todo vale la pena además ahora cuando nos reunamos toda la familia para la comida de Navidad ya no seremos trece que dicen que trae mala suerte seremos uno o una más es fantástico.» He hecho un esfuerzo supremo que me ha dejado agotada. Realmente, ser así hace que necesites medicarte.

6

«¿Crees que hago bien casándome con él?» Mi tía, hace más de quince años. «Es que no lo sé, a veces, cuando voy en metro, no puedo evitar mirarles los pechos a las mujeres. Es como si me los pusiesen delante para que los mire. Y no sé si antes de casarme no debería probar…» Ya decía yo que eso de hacer de tía no acababa de ir con ella. La excuso aduciendo que me lo preguntaba porque sabía que yo era lesbiana. Mamá aún no lo sabía, pero ella sí, hacía seis meses que me había acogido en su casa, en el pisito de soltera cerca de la facultad en la que yo estudiaba. Me ahorraba tres horas diarias de desplazamientos, que dedicaba a leer y a conocer lesbianas. «No lo sé, tía», empecé. ¡Claro que no haces bien casándote con un tío cuando irías metiendo la cabeza en el escote de las tías que ves en el metro! «Quizá deberías probarlo. Para salir de dudas. ¿No?» «Sí, quizá sí. ¡Pero es que las lesbianas son todas tan feas!» Gracias, tía. No se dio ni cuenta, no hay nada más cegador que una relación de parentesco. Por supuesto decidió que lo más prudente era no salir de dudas, no quería engañar a su «futuro marido», decía. Así que se casó con él sin darse cuenta de que había hecho algo mucho peor, eso tan literario de convertir la propia vida en una gran mentira. Es curioso como a veces los crímenes más abominables son los más fáciles de perpetrar. Después de la boda se fue a vivir en una zona residencial, unos bajos con jardín comunitario y vecinos estables y contenidos como actores secundarios. Todo ello presentaba una impecable apariencia de credibilidad. ¡Ah! Y también se compró un coche familiar. «Por lo que pueda venir», dijo, como si el futuro hubiese terminado por especializarse exclusivamente en preñar mujeres. Me quedé sola en el pisito de soltera. Era un ático céntrico, ideal. Leía cada vez más. Se

produjo el boom de internet, que me facilitó hasta un grado insospechado conocer más lesbianas. La mayoría no eran feas y eso propició que hubiera mucho sexo, por lo general buen sexo, aunque también sexo normalito y sexo deplorable. Pese a todo era incapaz de enamorarme, hacía amigas y la mayoría terminaban convirtiéndose en mis amantes. A veces alguna amante se enamoraba de mí y cuando eso ocurría tenía la impresión de que la vida me miraba directamente a los ojos con su peluca más espantosa. No hay nada peor que sentirte exclusividad de otra persona, tener que oír, reducida a pieza de Lego, que eres decisiva en la felicidad o infelicidad de otra persona. ¿Nos hemos vuelto locos? También tuve que soportar algunas experiencias esperpénticas, sobre todo coincidiendo con los días posteriores al final de alguna de esas relaciones. Lo curioso es que nunca recibí amenazas directas, más bien tuve que asistir a automutilaciones y eso era mucho peor. «Si de verdad quieres abrirte las venas, haz los cortes en vertical de una puta vez ¡y déjame tranquila, joder!» Para poder sobrevivir sin tener que trabajar alquilaba habitaciones a estudiantes. Solo mujeres: inglesas, americanas, brasileñas, alemanas, serbias, griegas. Era caótico y a veces divertido, pero también tuve algunos disgustos. No entenderé nunca la santa manía que tienen algunas mujeres de agujerear paredes para colgar cosas de ellas. Una chica vasca con cara de ballena quemó la campana de la cocina, y una brasileña preciosa y paticorta se marchó una noche con el aparato telefónico. Pero las conversaciones de sobremesa lo compensaban todo y había cosas que me hacían sentir muy presente, como por ejemplo que se hiciese sexo en todas las habitaciones y que el baño siempre estuviese ocupado. Hasta que un día, como si me hubiese pillado una riada, me licencié.

7

Los verdaderos artistas no se dedican al pasado. Hacen en el sentido platónico de crear. Los pobres que como yo no sabemos más somos quienes nos dedicamos a remover el gran perol de la historia. En mi caso, Historia del Arte. En un principio me inclinaba hacia las Bellas Artes con el límpido y ciego entusiasmo de la juventud. Tenía una real inquietud por crear. Con aquella ilusión me habría bastado para salir adelante, era fresca como conchas, fertilizante en potencia. Pero padecía una gran inseguridad, espoleada por unos padres ramplones. «Si no sabes hacer ni un retrato con un seis y un cuatro», repetía mamá con aquel sincero interés con que mantenía mi amor propio en las lindes de una forma de vida vegetal. «Quizá sí», terminé admitiendo. ¡Oh! La duda, la duda es la primera grieta en el propio permafrost. «¡Claro que sí! —remachaba ella—. Haznos caso. ¿No pensamos siempre en lo mejor para ti? ¿Quién te conoce mejor que nosotros? Eres demasiado joven para saber lo que te conviene.» Desistí por agotamiento, pero también por una suerte de miedo irracional. El miedo, madre dominante. Resulta casi imposible despegarse de su pezón.

Sin duda fue como caer en un callejón sin salida de cinco años de duración. El conocimiento me perforaba como si de verdad esperase hallar algo valioso en mi interior. El día que me licencié lloré toda una tarde en el sofá del comedor, mientras la pianista serbia de la habitación del recibidor me hacía tragar copas de vino con ibuprofeno. Estaba de luto por todo aquel territorio contaminado. «¿Y ahora qué? ¡Cinco años perdidos! ¡Demasiado tarde para las Bellas Artes!», sollozaba. A los veintitrés crees que ya es tarde para todo. No es hasta los cuarenta cuando te percatas de que aún estás a tiempo, si

no de todo, al menos de todo lo que importa. Al fin y al cabo has dedicado más de una década a aprender qué importa. La serbia y yo nos emborrachamos. Se llamaba Jovana, tenía cuarenta y siete años y era pianista profesional. Era buena, pero no se encontraba entre las diez mejores y malvivía de su talento. También era fuerte, vital y muy atractiva, una especie de femme fatale incapaz de hallar el amor. Un buen día decidió dejarlo todo y trasladarse a Barcelona. «Presiento que aquí encontraré a mi Antonio Banderas», confesó cuando me alquiló la habitación. Llevaba toda su vida doblada en tres maletas Samsonite. El vecino del sobreático le prestó un piano de pared. No podía creérmelo. Contra todo pronóstico, los vecinos parecían maravillados con los ensayos. Habían sucumbido a ella, a la rotundidad de su cuerpo, a su personalidad, imponente y encantadora como una pagoda birmana. Yo me sentía cada día más empequeñecida, reducida a una cortinita de cocina a su lado. Era demasiado mujer para desearla siquiera. Me hallaba tan desorientada como un soldado licenciado de esos que no saben readaptarse a la vida civil. Como si mi vida se hubiese quedado entretenida en espacios de ondulante vacío, debía mantenerme en constante circulación. Con frecuencia tenía náuseas y una sensación opresiva en los pulmones, una especie de angustia anticipatoria que solo se veía aliviada por el sufrimiento físico: los dolores menstruales, por ejemplo. Notar cómo mes tras mes se instauraba aquella base de plomo en los riñones, cómo crecía la necesidad de ese movimiento sincopado de los locos, cómo se manifestaba la conocida e infernal diarrea, cómo la tremenda pata de elefante me aplastaba el útero, oprimiéndolo con irrevocable decisión hacia abajo, siempre hacia abajo. Los ataques duraban entre tres y ocho horas, y todos los calmantes que me habían recetado se vieron obligados a claudicar ante el apoteósico imperio de mi cuerpo. No podía hacer nada para impedirlo. El suplicio siempre culminaba en una suerte de coma que me dejaba tirada al fondo de todo de un profundo sueño. El alivio era equiparable al final de una sesión de tortura. Vacuidad y ligereza absolutas. Milagrosamente las náuseas desaparecían mientras duraba el ataque. Los pensamientos de suicidio se concretaban como nunca, inocentes como canciones de *cagatió*, e igual de crueles. Podía pasar

horas asomada a la barandilla de la terraza. Eran ocho pisos de altura, no estaba nada mal. Lástima que en los bajos siempre correteasen tantos gatos, la mera idea de aplastar a un gato me causaba una angustia insoportable. Las vecinas que calman sus nervios comprando tarrinas de paté y alimentando felinos merecen el circo romano. Jovana aseguraba que andaban mal folladas. «En Serbia hacíamos estofado de eso», decía. «¿De qué, de gato?» «No, tonta, de vecinas mal folladas.» «¿Y no hay vecinos mal follados en Serbia?», le preguntaba. «No, todos muertos en guerra.» ¡Ah! Las guerras, auténticas bendiciones para los gatos. Dicen que las mujeres prefieren matarse con venenos, pero ¿cuáles? Los productos de limpieza son demasiado abrasivos. Ni hablar de prepararme un cóctel de lejía. En los años cincuenta era posible engatusar al médico de cabecera para que te entregase una receta de barbitúricos, pero ahora ya no. La última vez que fui al médico me sugirió que probase las Flores de Bach. No debí ser lo bastante convincente. En cambio las vecinas mal folladas tienen botiquines dignos de un refugio nuclear. Lo sé porque mi abuela es una de ellas. Gran amante de los gatos y las palomas, tiene tres pequeños armarios del bufete del comedor rebosantes de medicamentos. Un día me fijé en ellos y había mucha sustancia para controlar el dolor. ¿Cómo cojones se lo montan? ¿Es posible que los médicos de cabecera sean sensibles a los gatos? No lo sé, pero creo que los mal follados en general se vuelven resistentes. Especie de cucarachas, escarabajos de cocina capaces de lavarse la cara con aceite al rojo vivo.

8

«¿Por qué no te vas un año de au pair?» No recuerdo quién lo dijo, pero seguro que no fue mamá, porque no le habría hecho caso. ¿Au pair? ¿No era aquello que hacían las chicas que no tenían suficiente cerebro para entrar en la universidad? ¡Porque yo ya era licenciada! «Sí, licenciada en pasarte el día en el sofá sin pegar sello.» Mentira. No recuerdo quién lo dijo, pero recuerdo que pensé que era mentira. Me pasaba el día en el sofá, sí, pero leyendo. Durante una época me dio por leer biografías, cuanto más densas mejor. Las grandes personalidades siempre han dado muchas páginas de sí. De Beauvoir, Rafael, Mallarmé, De Bingen, Lempicka, Gentileschi, Kokoshka, Kahlo, Lessing, Van Gogh, Foucault, Cassatt, Claudel, Weil, Cézanne, Napoleón. Sentía un placer indescriptible en sumergir mis horas de vigilia en aquellas vidas ajenas, completas, perfectas, cada una con sus dos aniversarios que celebrar. Pasarme la vida así era lo máximo a lo que podía aspirar, lo más parecido a no terminar de ser o a no empezar a ser. Me bastaba con realquilar las tres habitaciones que me sobraban en el pisito. Pequeñas, sí, pero suficientes para una sola persona. Colchón japonés, escritorio y armarito. Sábanas coloridas, lámparas originales y repulsivo terrazo cubierto de cabo a rabo por una alfombra de dieciséis milímetros de grosor. ¡Bendita Ikea! En el piso había buen ambiente y el precio era ajustado, de forma que siempre lo tenía lleno, y los tres años que duró el invento han alcanzado el grado de los mejores tres años de mi vida. Solo tenía que dejarme vivir sin oponer resistencia, como haría una ramita carcomida río abajo, sin mayor pretensión que la de deslizarse aceptando cada cambio de dirección, asumiendo el desgaste. Fue también una época de sexo en solitario. Estaba cansada de cribar entre las múltiples

poblaciones de lesbianas de Barcelona, agotada de compartir la carne. Entonces, cuando más feliz parecía, sucedió: una llamada a media tarde. Las llamadas a media tarde son las peores. Los absolutos desastres de las llamadas a medianoche tienen algo pasional, atentan contra la vida despertando el corazón. Deberíamos recibir una de ellas como mínimo una vez al mes para ir viviendo con otra medida de intensidad. En cambio las llamadas a media tarde son torpederas. «¿Sí?» «Soy tu tía. Necesito el piso.» Vi muy bien cómo caía la guillotina y mi cabeza rebotaba en el suelo como una pelota peluda, rodando hasta perderse bajo el sofá. Mierda. «Ningún problema. ¿Para cuándo?» «No hay ninguna prisa. Cuando tengas dónde ir quedamos un día y me devuelves las llaves.» De modo que corría prisa. «¿Te has separado?» De ser ese el caso al menos cabría cierta esperanza para alguien. «No, queremos comprarnos una casa. Lo venderemos.» Ah. Mira por dónde, mi tía había decidido sondear con temeridad los desconocidos abismos de su mentira. «Qué bien», comenté. Llegada la noche ya se había asentado en mí un intenso sentimiento de despido improcedente. Aquella injusticia en forma de huevo de madera se me había encallado en el cuello. «¿Y ahora qué? ¿Y ahora qué?», me repetía una y otra vez. ¿Alquilaría una habitación? Tenía una titulación inútil, ninguna fuente de ingresos. Pensé en trabajar de modelo en la facultad de Bellas Artes. ¿Accederían a dibujarme desnuda en un sofá? ¿Leyendo? Era la única manera que se me ocurría de conservar mi estilo de vida. Se trataba de un pensamiento ilógico, ¡pero era tan real! Durante unos minutos fue la única solución. O eso o saltar por el balcón. Precisamente ahora que hacía tiempo que no me lo planteaba en serio. Con la suerte que tenía, seguro que aplastaba a un gato. Quien fuera que hallase el cadáver encontraría dos, con las vísceras mezcladas como un nido de serpientes. No, no podía ser.

Entonces lo vi claro. Llamé a Jovana. Ya no vivía conmigo, ahora vivía con Antonio Banderas en un principal de la ronda de Sant Pere, o eso me dijo. «Estoy cagada», le dije en cuanto descolgó. «¿Tú?» «Sí, mi tía me saca del piso, soy una refugiada familiar.» Me autocompadecía. «No sabes el favor que te hace.» Y un huevo. «Dentro de unos años se lo agradecerás. Puedes venir a casa, si quieres,

tenemos espacio de sobra.» «No, gracias. Antonio Banderas siempre me ha dado un poco de miedo.» «¿No eras lesbiana?» «Sí, pero los hombres con voz de gato me dan miedo.» «¿A ti qué te pasa con los gatos?» «No lo sé, los encuentro repelentes.» «¿Por qué no te vas un año de au pair?» Ahora recuerdo que fue Jovana quien me lo dijo. Y también aquello de «licenciada en pasarte el día en el sofá sin pegar sello». «Me gusta leer, mira por dónde», aduje. «Pues vete de au pair y podrás tirarte el día leyendo.» Solo tendría que llevar a los niños a la escuela, aseguró, y pasar un poco el plumero. Además, cabía la posibilidad de que recibiera un pequeño sueldo. Quizá sí, pensé. Quizá sí. La duda, la grieta por donde se infiltra el calor del mundo, osada violación del permafrost.

9

Cardrona, Escocia. Siempre pensé que los pueblos más pequeños del mundo se hallaban abandonados en lo alto de grandes cordilleras. Me equivocaba. Cardrona es microbiano, una discreta acumulación de casitas en un ilimitado campo de golf, como el montoncito de tierra que indica la presencia de un hormiguero en un descampado. Los lugares pequeños son aburridos, no como en las películas. Es prácticamente imposible encontrar en ellos un vecino interesante. La casa de mi familia de acogida tiene dos plantas y un jardincillo inutilizado debido a una lluvia fina y constante. Lo más significativo es que allí viven dos críos, un niño y una niña. Son blancos, regordetes y blanditos. La madre se llama Fiona, como toda buena madre escocesa, y trabaja de comercial en una empresa farmacéutica, lo que la obliga a viajar buena parte del año. El padre está ausente. La verdad es que Jovana tenía razón: solo tengo que acompañar a los niños a la escuela y quitar el escaso polvo con el plumero. El resto del día lo paso leyendo en mi habitación. Hay una cama individual con su cabezal de madera maciza y su colcha de patchwork encima, horrenda pero apropiada. Cuenta también con un pequeño escritorio sobre el que a mi llegada había un portarretratos vacío. Mirarlo me hacía pensar en mamá, por lo que ahora está en el cajón. La ventana es grande y tiene forma de U. El paisaje es increíble, es como tener vistas al mar, pero en una tonalidad distinta. Fuera, hasta donde alcanza la vista, no hay sino campos cubiertos de una especie de heno esmeralda que se mueve como un pulmón. Si me los quedo mirando un rato tengo una incómoda sensación de falta de salsedumbre. Frente a la ventana, encajado justo en el hoyo de la U, hay un asiento con un estampado de flores. Sentarme en él hace que me sienta como Scarlett

O'Hara. Pero es un buen lugar contra el exceso de calefacción. Empiezo un libro nuevo cada dos días, por lo que una semana después de mi llegada ya he agotado todos los que han viajado conmigo. Y eso que la previsión inicial, bastante realista, era de un mes. La verdad es que Cardrona supera todas mis expectativas y muy pronto termino deseando que los niños no crezcan nunca. Necesito ser una au pair vitalicia y tengo pensamientos curiosos, como por ejemplo escatimarles la comida. Los niños raquíticos son físicamente niños durante más tiempo, aunque ciertos abusos actúen como aceleradores de la maduración emocional. Por poco que funcionase, merecería la pena intentarlo. También pienso a menudo en todo tipo de accidentes provocados en la escalera, en la posible parálisis de uno de los dos hermanos. Quizá la niña. Las estadísticas aseguran que los hombres paralíticos encuentran pareja con mayor facilidad que las mujeres en la misma situación. Estoy segura de que, si la niña quedase imposibilitada, Fiona no tendría ningún inconveniente en contratar de forma indefinida a una au pair competente.

Todos estos pensamientos son lo bastante tranquilizadores como para no tener que llevarlos a cabo, así que hago caso omiso y compro por internet la *Historia del Arte Universal*. Diez tomos de segunda mano, pero como nuevos, por solo cuatrocientos euros. La inversión se traduce en seis meses de gozo ininterrumpido. Mucho antes de terminar la lectura tengo la delirante sensación de haber perdido el tiempo en la universidad. No puedo quitarme de la cabeza las Bellas Artes, son el alma del producto muerto en el que me he licenciado. El mero hecho de darme cuenta me causa una sintomatología muy variada: aguijonazo de punzón en el pecho, dificultad para beber o comer, otro dolor no punzante, sino resbaladizo, cuyo epicentro se halla en el útero y que se propaga hasta cada extremo del cuerpo como una especie de pena pesada y hambrienta. Se me ocurre que debe de ser un dolor parecido al que sigue a un aborto, la tristeza residual de una vida no ejercida que se aferra con garras a la vida. También experimento intensos desconsuelos nocturnos y paso las horas de vigilia recreándome de forma enfermiza en el pensamiento «Demasiado tarde para las Bellas Artes». Los estudios siempre han

ejercido un gran poder de distracción sobre mí, han sido como quedarme temporalmente parada en una gasolinera. Al fin y al cabo, instantes como este son instantes de muerte perdidos en sí mismos. Después se reanuda el viaje y es la vida la que concurre en él, concentrada en aisladas cápsulas de movimiento.

Adelgazo sin esfuerzo. Los libros de arte terminan siendo tan dolorosos que me paso a la filosofía. Es indiscutible que los filósofos son gente ordenada. En especial los alemanes, son insuperables, complejos pero ordenados. Los franceses, en cambio, evocan la sorpresa de quien llega a casa y constata que una persona muy querida ha hecho limpieza, ha regado las plantas y se ha marchado dejando tras de sí una expansiva sensación de libertad. Ahora los libros me duran más del doble. ¡La filosofía sí que es una buena inversión! Paso un exceso de horas ejerciendo de Scarlett O'Hara en la ventana. No me extrañaría nada ver entrar en mi habitación a primera hora de la mañana a una Mammy negra y gorda con un corsé en la mano, arrastrando olor a café y tocino frito. Debe de ser una buena cosa abandonarse en las manos de una Mammy gorda, reconfortante como una alacena atiborrada a finales de otoño. Pero estoy sola, no soy sino cincuenta y dos kilos de soledad y lamentos, todo un tesoro.

Empiezo a odiar el color verde. Mirar por la ventana me causa los mismos efectos que haber viajado a la India y haber bebido agua sin embotellar: náuseas y dolor de cabeza casi constante. Pasar demasiado tiempo frente a la ventana me obliga a largas visitas a la taza del váter, pero la tipología de náusea es un poco distinta, avara de carne, expulsa mi persona y goza vaciando el cuerpo de jugos. Mientras tanto la persona padece recluida en una extraña burbuja flotante, vacua y sentimental. La tonalidad escocesa de verde es anómala, intensa y llana como un experimento fauvista. Habría sido una auténtica pesadilla para Cézanne. Cézanne no hubiera podido ser escocés. Este verde excesivo es casi insultante, me agrede visualmente como hizo en su momento la mesa roja de Matisse, pero desde luego está ausente esa sensación de paz, de calma infantil. Me jode que el amor profundo que siento por Matisse se vea comprometido por una inquietante capa de verde. Pero es así, el verde se infiltra en mi cuerpo como una

inyección de caballo, asciende como una asfixiante marea, empapa mis cavidades, se apropia de las partes más fértiles del yo. Me da miedo querer poner fin a este permanente desasosiego saltando por la ventana. Es una mala idea, porque la ventana se halla a poca distancia del suelo. Morir sobre las baldosas húmedas del jardincillo no me parece muy atractivo. No puedo soportar la imagen de una babosa arrastrando al buen tuntún su miserable vida sobre mi miserable muerte, ni la de agonizar masticando fragmentos de palabras mientras restos de pensamientos chorrean por mi frente, visibles, evidentes, y mis ojos se vuelven comprensivos como los de una camarera de un bar nocturno. Una semana más tarde vuelvo a casa.

10

Estoy en casa. En realidad «casa» es la habitación de invitados del piso de alquiler de mi hermana. La habitación es sencilla y lisa como una celda. Hay un colchón en el suelo, un perchero de plástico naranja detrás de la puerta y un armario para los trastos. Mato las horas de insomnio removiendo el contenido del armario. Ropa usada y toallas blancas de hotel, pero también algunos álbumes de fotos de mi hermana. Se me hace raro verla con amigos que no conozco. La vida de dos hermanas es idéntica hasta que crece una de las dos, y entonces parece que la otra aproveche para hacer cosas a escondidas. Sobre todo llenar el vacío dejado por la hermana conociendo a otras personas.

Estudio las fotografías, hay una veintena de mi hermana con un chico pálido y rubio, de un rubio dorado como de leona. En trece de ellas salen solos, y en las siete restantes, abrazados. No cabe duda que el chico pálido y rubio como una leona, que tiene el canto del ojo rosado y la naricita tensa como el culo de una gimnasta, es un producto escandinavo. Recuerdo que ella hizo el Erasmus en Dinamarca. Podría ser un ligue danés. El chico mira a mi hermana y ella mira a la cámara. Percibo un principio de indignación por el gran desconocimiento que tengo de la vida de mi hermana. Ahogo el sentimiento pensando que mi vida ha transcurrido igualita a la de ella, es decir, al margen de la familia. Me pregunto si ello tendrá un motivo. Seguro que sí. Las dos hemos sentido ese imperioso deseo de intensidad, y compartir la vida con la familia lo disipa. La familia, ¡qué magnífico disolvente! Imposible alcanzar el núcleo a su lado. Ciertos individuos solo pueden acontecer como amputaciones. Pienso ahora en nuestros padres, ellos han sido la cabeza de pulpo, y mi

hermana y yo tentáculos dispersos, ternillas rosadas y lilas. Ella está enferma de verdad, es un organismo ectoparasitario y necesita acoplarse a una pareja masculina para preservar el equilibrio de su mentira. Pero ríe, mucho más que yo. Y parece presente en las fotos, ¡tan rejodidamente presente! Yo no, siempre tengo la impresión de que me han superpuesto a ellas. Como si alguien más infantil y mucho más poderoso que todos nosotros tuviese un recortable lleno de imágenes de mí en múltiples posiciones, recortase mi contorno por la línea de puntitos y me encolase a las fotografías de otra gente que ahora mismo diría que me conoce. Soy yo, la extraña que todos reconocen, esa que parece de mentira bajo su capa de hierba corta y consistente. Tengo un buen recubrimiento, impermeable como el de los buques, pero no es mentira, no: la dureza del hielo preserva un mundo habitable, solo que dormido.

11

No encontré trabajo hasta años más tarde. Me refiero a un trabajo como es debido, algo que encajase con lo que había estudiado. Malogrados cinco años de estudio si no lo hubiese conseguido. Creo que mamá no lo habría soportado. Tanto dinero invertido en mí. «¡Tantos esfuerzos! ¡Tantas privaciones! ¡Un verano no pudimos irnos de vacaciones porque había subido el precio del crédito! Y claro, ¡tú estudiabas tanto! ¡Prometías tanto!» Y eso era antes del plan Boloña. Pero ese ha sido desde siempre uno de los grandes hits de mi familia, nuestro-suyo gran LP. «Un verano no pudimos irnos de vacaciones porque tuvimos que ponerte la ortodoncia.» «Recuerdo aquel verano que no pudimos marcharnos porque se te rompieron las gafas y tuvimos que mandar hacer unas nuevas.» «¿Y aquel verano que no pudimos movernos de casa para que pudieses hacer aquel curso intensivo de tenis de quince días?» «¿Y el año aquel que nos sacrificamos para pagarte un profesor particular de matemáticas? ¡Qué susto! Una niña tan inteligente, ¡y suspende las matemáticas de primero de BUP! Perdimos la paga y señal de la autocaravana, pero valía la pena, ¡al menos aprobó las matemáticas en septiembre! Y eso que fue el verano de la ola de calor. ¡Con lo fresquitos que habríamos estado en Suiza! Pero en casa lo primero siempre han sido los hijos, ¿verdad que sí, cielo?» ¿Verdad que piensas en navajas cuando mamá habla así?

Me contrataron un lunes, tres meses después de haber escrito el primer artículo. Por primera vez me sentí descolorida, una espantosa mezcla de tonos, una especie de innominable gris verdoso y mortecino. La piel se me puso como una concha de mejillón y tenía el cuerpo seco, los músculos fibrosos como esparto y un aroma de

parking por dentro. Por la noche recibí una llamada de felicitación. «Sabíamos que terminarías por encontrar tu camino.» Era mamá, portavoz de asuntos familiares. «Gracias.» «La gente como tú necesita su tiempo.» La gente como yo. «Pero al final has terminado por encontrar tu lugar. ¡Con lo que nos has hecho sufrir a tu padre y a mí!» No creo que haya hecho sufrir demasiado a papá, pero bueno, supongo que mamá consideraba que papá era una extensión de sí misma, una suerte de infra-yo que formaba parte indisoluble de ella. «Tampoco hace falta que exageres, mamá.» Aquella frase solía darle alas y yo podía seguir callando. «¡Que sí! ¡Que sí! Que tu padre y yo las pasamos canutas contigo cuando eras más jovencita, ¿eh? ¡Fíjate, solo hace falta constatar que recién te has acabado de situar cuando ya tienes casi cuarenta!» Pasarlas canutas, acabarse de situar… es el vocabulario básico de mamá. «Si tú lo dices», concedí. «¡Claro que lo digo! Pero no pienses que ahora te quito mérito, ¿eh? Tu padre y yo hemos leído tus artículos y están muy pero que muy bien, de verdad. ¡No sé por qué no te dedicaste a eso antes! Y pensar que has malgastado los años más preciosos de tu vida perdiendo el tiempo por esos mundos de dios sin acabar de hacer nada. Pero tus profesores ya nos lo decían… Ya nos lo decían en primaria. Esta niña promete mucho. Estuve a punto de ir a reclamar cuando vi que no sacábamos nada de ti. Pero mira por dónde, ahora te has centrado. Y tu padre y yo estamos muy orgullosos de ti.» Mi-padre-y-ella nunca han estado orgullosos de mí, es decir, ni de mí ni de mi hermana. A papá le basta con saber que estamos-bien-de-salud. «¿Estás bien de salud?», pregunta cuando mamá se ve obligada a cederle el teléfono para ir-a-girar-la-tortilla-un-momentito. En cambio, a mamá lo que de verdad le importa son nuestras «ocupaciones». No me refiero únicamente a nuestra profesión, sino a todos nuestros cartelitos, los cajoncitos que ocupamos en buen latín al estilo de un Museo de Historia Natural. Mi hermana, por ejemplo, es licenciada en farmacia y en fisioterapia. Por tanto, doblemente titulada. En la escala de valores de mamá eso está muy pero que muy bien. También está casada, es la mujer-de y su marido es ingeniero, lo que merece una bonificación. Tiene una hija y otro/a en camino, por tanto también es la madre-de. Trabaja a tiempo

parcial en una farmacia de pueblo, a mí me parece que es una mierdecita de trabajo para tanta carrera, pero mamá está encantada. No orgullosa, encantada. Además, mi hermana no puede trabajar de fisioterapeuta, le da repelús tocar otros cuerpos. La entiendo muy bien, porque a mí me pasa lo mismo, me vienen arcadas con solo pensar en tocar otros cuerpos, siempre que no sea para follarlos. Me resulta incomprensible que mi hermanita estudiase fisioterapia. El caso es que mamá reserva el orgullo para sí misma. Así puede aplicar la mejor selección de su bodega mental a los méritos propios. Un ejemplo: a mamá le enorgullece no engordar ni cien gramos en Navidad, y también aquello de tener-el-piso-siempre-inmaculado. Va una señora peruana tres veces por semana para barrer, quitar el polvo, hacer los baños a fondo y fregar. Aspirar el sofá y limpiar los cristales lo hace una vez a la semana. Los armarios de la cocina por dentro tocan una vez cada quince días, y el horno y la nevera, una vez al mes. Antes iba una señora ecuatoriana, pero se estaba construyendo una casa en su país y cuando terminó de pagarla se marchó. «Una casita con colmado, fíjate qué espabilada —dijo mamá—. Y pensar que nosotros necesitamos de todo, de todo, para ser felices. Si hubieses visto la cara de María el día que me dijo que volvía a Ecuador. Tiene dos niños pequeños allí, ¿eh? Era la pura encarnación de la felicidad. Feliz con su casita colmado.» Si mamá tuviese que hacerse cargo de una casita colmado, padecería una depresión tan grande que a su lado el crac del 29 se reduciría a una escapada de fin de semana a la Costa Brava. En lo que respecta a mi ocupación actual, creo que mamá está satisfecha. Satisfecha de haberme encasillado, por fin. La niña mayor le había salido esquiva como una anguila, pero por fin parece que «se ha centrado». La verdad, si estar centrada es justo eso, creo que necesitaré drogas muy muy duras para mantener la cabeza callada y quieta en su jaula.

12

«Marry me!» He tenido amantes fabulosas, pero nunca me lo han parecido tanto como el día en que las he dejado. «Cásate conmigo», repitió Veronika. Estaba realmente preciosa. Era alta, como mínimo tres tallas de mujer más que yo, toda una belga con aires de vikinga formada en las mejores universidades de Flandes y Estados Unidos. Carnes abundantes y firmes, pechos redondos y suaves como un globo de agua, cabellos densos y brillantes que siempre me recordaban los manojos irreales de fibra óptica que un técnico hizo pasar por la fachada del pisito en Barcelona. Sus ojos eran formidables, un minucioso mosaico de cristales que se me quedaban mirando, palpitantes como fetos, inexplicables como milagros, cuando se corría debajo de mí. A las dos nos encantaba el chocolate. Comprábamos bombones en Godiva, nos encerrábamos en su apartamento y nos los comíamos en la cama fundiéndolos sobre nuestra piel. Desde entonces el sexo con comida es una de mis debilidades. Ella tenía siete años más que yo y ocupaba una especie de cargo directivo en C&A. Nos conocimos por casualidad, porque si en algo creo es en las casualidades. Existen, pese a los titánicos esfuerzos de las nuevas religiones por negarlas. Hacía apenas tres meses que me había instalado en Bruselas, y había alquilado una habitación en casa de una mujer de unos sesenta años largos. Se llamaba Brigitte, llevaba dentadura postiza y tenía un perro enorme, viejo, peludo y negro, que dormía en mi habitación en una especie de jergón espontáneo formado en la moqueta por acumulación de bolas de su pelo. El perro se llamaba Taps. La habitación era la más grande de la casa y tenía de todo: una cama doble con un colchón lleno de protuberancias, un sofá descolorido pero cómodo, un armario carcomido, un escritorio

antiguo, una cómoda en buen estado, un equipo de música y una televisión. Un miniapartamento bastante céntrico y bien de precio. Brigitte habría representado una proyección de mi futuro a largo plazo si no fuese porque mi tía me había puesto de patitas en la calle: pensionista vitalicia con perro autista por única compañía. Era muy amable. «Que fait une fille comme vous à Bruxelles?» Le expliqué que acababa de licenciarme y no encontraba trabajo en mi país. En realidad, no me había tomado la molestia de buscarlo, pero como tenía suficientes ahorros para pagar un alquiler barato durante seis o siete meses y necesitaba huir de Barcelona, decidí viajar. Elegí Bruselas, porque una ciudad que tiene como símbolo un niño meando tenía que gustarme por fuerza. No avisé a mis padres hasta al cabo de dos semanas de haberme instalado allí. Política de hechos consumados, pura supervivencia. Como los ahorros menguaban a gran velocidad, al cabo de un par de meses publiqué un anuncio en una revista. «Profesora de español», decía, y me olvidé de él. Pero me llamaron para mantener lo que puede considerarse una conversación sospechosa. Mi interlocutor parecía un chico inglés y me dijo que dirigía una academia de idiomas. Le urgía encontrar profesores de español y me citó para una entrevista en un barrio periférico. Lo consulté con Brigitte, quien me confirmó que el barrio era tan sospechoso como la llamada.

La mañana de la entrevista dejé una nota sobre el hule de la mesa de la cocina, donde sabía que Brigitte la encontraría, con la dirección de la academia y la sugerencia de contactar con la Interpol si no regresaba a casa en veinticuatro horas. Estaba muy indecisa, pero arriesgar la vida o la libertad a cambio de dinero es bastante común y al final, en el ultimísimo momento, decidí llevarme a Taps. Fue una decisión acertada. No me hacía sentir más segura, pero tener que ocuparme de alguien que no fuera yo durante el trayecto limitaba las posibilidades de volverme atrás. El viaje en metro fue largo, llevaba a Taps en el regazo y pronto se me cortó la circulación. Transbordo con las piernas insensibles, caminando como una discapacitada con un perro lazarillo. En el nuevo vagón había poca gente. Me percaté de que cada estación tenía su viajero prototípico. A veces dos o tres

estaciones compartían el mismo prototipo o se superponía más de uno. Sin embargo, poco a poco los prototipos terminaban definiéndose. En la estación final me sentía por completo fuera de lugar. Al salir del vagón un adolescente consumido por las drogas me cedió el paso. ¡Benditos belgas! Son los europeos más amables que conozco. Mientras dudaba por qué boca salir, me adelantó una mujer cansada, cargada con bolsas del Colruyt. También cargaba bolsas bajo los ojos, mucho más pesadas que la compra del miércoles. Taps estaba inquieto, olfateaba a diestra y a siniestra con esa manía de los perros de olfatear los meados ajenos. Me dejé guiar por su instinto y salimos a la calle. Allí me orienté con un post-it que me cabía en la palma de la mano. No me costó demasiado encontrar la dirección.

El edificio no era de los peores, pulsé el timbre y la puerta cedió como si alguien hubiese estado esperando arriba con el dedo a punto. Aquello me puso en alerta. Nadie había preguntado por mí y estuve a punto de regresar al apartamento, pero Taps empujó la puerta con su nariz húmeda y me arrastró hacia dentro. El vestíbulo era aceptable. Un recuerdo de orín anegado por litros de lejía flotaba en el aire, pero había un par de cochecitos decentes aparcados bajo los buzones y hasta un ascensor. Me encaminé hacia la escalera, no tenía ganas de encerrarme en una jaula con un animal, aunque fuese Taps y compartiésemos habitación cada noche. En el tercer rellano me esperaba un chico inglés reclinado en el marco de una puerta abierta. Me hizo pasar. El apartamento era grande y estaba vacío, no se veía ningún mueble en ninguna parte. El chico era calvo y simpático y nos sonrió alternativamente a Taps y a mí dos veces. Se me ocurrió que aquel era un piso tapadera con un montón de mujeres guapas en la habitación del fondo, amordazadas y atadas de pies y manos con la misma cuerda de nudos imposibles. La boca se me secó al instante. ¿Qué sería de mí? ¡Yo no era guapa! Multiplicidad de pensamientos emergían y se disolvían en mi interior como salpicaduras, como flashes de noche en gradas, como oscilaciones de espectrógrafo. El chico inglés nos hizo pasar a un pequeño despacho y allí recibí la gran sorpresa. Una mesa, sillas de oficina y una larga estantería llena de libros de texto. Con la repentina bajada de adrenalina me dio un

vahído y tuve que sentarme. El chico inglés lo aprovechó para explicarme su proyecto. Tenía profesores de «todos los idiomas» trabajando para él. Los clientes eran grandes empresas con las que concertaba clases particulares para directivos, a domicilio y en horarios pactados. Los honorarios que me ofrecía eran de cuarenta y cinco euros la hora. ¡Cuarenta y cinco euros la hora! ¡Y aún debía quedarle un gran margen! No podía creérmelo, pero acepté el trabajo y di mi número de cuenta a aquel inglés espabilado, consciente de que no debía hacerlo. A cambio él me entregó su tarjeta profesional, los libros de texto Español 1, 2 y 3, y una cuadrícula de horarios. También firmé un contrato sin tener nada clara su legalidad. Lo cierto es que me daba exactamente igual. Nos despedimos y me dijo que me llamaría pronto para concertar las clases con el primer cliente. Salí pitando, Taps resoplaba como un asmático detrás de mí. Cuando me senté en el metro me di cuenta de que me temblaban las piernas, ¡pero me sentía feliz! Sí, como si me hubiesen mandado de campamento mientras mis amiguitos se hallaban encerrados en un pulmón de acero. Era una extraña categoría de felicidad, la que procede de una desgracia eludida. Devolví a Taps a su propietaria en condiciones aceptables y dediqué la hora de comer a hojear los libros de texto.

A media tarde sonó el teléfono. Las llamadas a media tarde, si son de origen laboral, suelen ser inofensivas. Era el gran emprendedor inglés, my boss, que me dictaba los datos de contacto de mi primera alumna. Se llamaba Veronika Goossens y era directiva de C&A. Vivía en un apartamento en el centro y no tenía ninguna noción de español. Su empresa había solicitado para ella un curso intensivo de siete horas y media semanales en horario de lunes a viernes, de seis a siete y media de la tarde. Era un horario inaceptable para cualquier oriundo, porque coincidía con una franja de ocio casi obligado, pero yo era una inmigrante, y además, el tiempo de ocio solía hacérseme tedioso, prefería pasarlo leyendo y me era indiferente leer a una hora u otra. Busqué la dirección de la tal Veronika en el mapa, después me miré en el espejo. Tenía que hacer algo con mi aspecto o no me dejarían bajar del metro en aquella estación. Se trataba de un pequeño problema de prototipo de fácil solución con una visita relámpago al centro

comercial, así que dediqué la mañana siguiente a «ir de compras», lo que me valió la renovación de medio vestuario. No del todo mi estilo, pero suficiente, un sobrio-elegante sin mucha filigrana. Evité el C&A adrede. A las seis menos cinco de la tarde llamé al timbre de una casa preciosa en una calle perpendicular a la Grand Place, no muy lejos de mi casa, la verdad, pero ni punto de comparación. En menos de dos segundos recuperé mi sexualidad olvidada en el doble fondo de una maleta guardada bajo el colchón plagado de protuberancias. Hay mujeres que me hacen sentir absolutamente lesbiana. No es que nunca me haya sentido atraída por ningún hombre, es que hay mujeres con las que se es lesbiana hasta cierto punto. La lesbiana compite con toda otra serie de roles simultáneos como en una suerte de juego de intensidades. Mi persona se halla en permanencia habitada por inquilinas fideicomisarias: la hija, la hermana, la amiga, la exuniversitaria, la vecina, la lectora, la tía, la propietaria, la clienta, la usuaria, la segura y su contraria, etcétera. Todas esas bárbaras conviven y rivalizan con la lesbiana. Pero frente a Veronika la lesbiana lanzó sus ensordecedores agudos y los sostuvo tan alto y durante tanto tiempo que tuve que obligar a la profesora de español a hablar. Pero ya no lo hacía yo, mi yo más íntimo se hallaba conquistado por la lesbiana, enteramente sometido. Era ella quien daba voz a mis otros yoes, títeres menudos y dóciles en sus manos. «Bonsoir. Je suis la professeur d'espagnol.» Ella sonrió. Se produjo la eclosión de una rosa pálida en su sonrisa y descubrí sus dientes, perfectos como estalactitas romas. «Bonsoir. Je suis Veronika. Enchantée.» Se inclinó un poco para darme tres besos. Nuestras mejillas apenas se rozaron, pero noté la caricia de su maquillaje en mi vello facial, alerta como sensores. Me condujo al salón. Era un apartamento reformado en un edificio centenario y tenía toda la apariencia romántica de lo nuevo antiguo. Diseños sencillos, salvo algún mueble de restaurador, insólito pero integrado como un huérfano guapo y listo. Tuve la impresión de que todo eran superficies llanas y lisas. Ni un pomo en los muebles, que eran de aristas pulidas sin ningún exceso de redondeamiento. El ambiente fluía en una constante secuencia de orquídeas blancas. De hecho, en general

percibí mucho blanco y mucho gris. También en ella, que rezumaba una pulcritud máxima. Su piel era blanquísima, y el traje chaqueta, gris oscuro. Un jersey marfil se agarraba a su cuello como una mano y ofrecía su rostro, donde lo que más destacaba eran unos ojos altos y alargados, islas de una luz extrañamente potente y cálida. Llevaba el pelo recogido en una cola baja con un pasador rectangular de nácar, todos y cada uno de sus cabellos, como si los hubiesen reunido y recontado antes de recogerlos, como si todos tuviesen la misma longitud, incluido el antipático vello de las sienes que yo aún arrastraba de mi época de lactante. Nos sentamos a la mesa del comedor, me ofreció bebida y acordamos dar las clases en español y resolver las dudas en inglés, porque mi francés no daba para tanto. Mi lesbiana me permitió impartir una primera lección satisfactoria pese a mi continua distracción con sus manos. Adoro, adoro las manos de mujer. La piel fina extendida como una membrana de constelaciones, los dedos agudos, la movilidad casi musical de las coyunturas. Veronika llevaba las uñas cortas con una capa de esmalte transparente. Uñas cortas como a mí me gustan. Lo pensé decenas de veces. Uñas cortas como a mí me gustan, uñas cortas como a mí me gustan. En realidad, quien lo repetía era mi coño, pensador impenitente. Una hora y media más tarde nos despedimos hasta el día siguiente. Veronika necesitaba aprender el máximo de español en seis meses porque la destinaban temporalmente a América Central y a América del Sur. C&A consolidaba nuevos horizontes.

13

Maldito móvil. Cada vez que suena pienso «A este lo mato conmigo». Será también la manera de matar a los contactos. Es mi hermana. «Dime.» «¡Hola, cielo!» ¿Mamá? «¡Ya ha nacido! ¡Es una niña! Te paso a tu hermana.» Transmitir noticias importantes: el único orgasmo que conoce.

14

Acabo de fregar la bañera. Daba asco sentarse en ella, he tenido que desincrustar los adhesivos naranja en forma de cangrejo que había al fondo y que han dejado marcas orilladas de hongos negros que no hay forma de eliminar. Lo consulto un momento en internet y bajo al súper a comprar un estropajo de níquel y lejía. Friega que friega. Al cabo de una hora los hongos se rinden, pero no la silueta de los cangrejos, que parece estampada en la porcelana con fuego. Es extraño, ¡sorprendente!, lo que el paso del tiempo es capaz de hacer con la cola de algunos adhesivos. Seguro que las gomas adherentes de hace veinte años eran más agresivas que las de ahora. Hace veinte años todo era más agresivo, los metales pesados se encontraban hasta en los biberones. Debe de ser por eso que los niños del baby-boom somos una generación excepcional, drogada desde la cuna. Lleno la bañera con agua tibia hasta arriba, pero enseguida me doy cuenta de que es un error. Antes debería haberme duchado. Lo hago, me enjabono el cuerpo y la cabeza, me aclaro, me escurro bien el pelo y me seco a conciencia. Empiezo de nuevo, esta vez de verdad. En las películas las mujeres se pintan las uñas y los labios de rojo vivo antes de hacerlo. Siempre me ha parecido un detalle pintoresco. ¿En serio piensan que al cabo de tres horas, o al día siguiente, o al cabo de quince días aún estarán de buen ver? No estoy para historias yo, tengo prisa. Ahora va en serio. Recojo los pelos enroscados en el desagüe con un trozo de papel higiénico, lo arrojo a la taza del váter y tiro de la cadena. Aunque sean míos, la acumulación de pelos mojados en aquel agujero lleno de agujeritos más pequeños da asco. Vuelvo a llenar la bañera de agua tibia hasta arriba y saco las velas de la bolsa del Schlecker. Son velas decentes, cúbicas, con tres mechas cada una y

aroma de flor de ciruelo japonés o de loto de las Fiyi. Saco también las Gillettes, media docena más dos de regalo, flamantes. No las he utilizado nunca. Ni tocado, ahora que lo pienso. Vienen en una indestructible bolsita de plástico que tengo que abrir con las tijeritas de cortar las uñas. Las dejo sobre la tapa del váter, junto con las velas. Son graciosas, una al lado de otra, como T de imprenta de las de antes. No sé por qué pienso en Virginia Woolf. Debe de ser por su marido, que tenía una imprenta en un pueblo. Pero Virgina Woolf lo tenía mucho mejor que yo, el Ouse era un río sano, no como los de aquí, contaminados a más no poder y plagados de locos por el deporte patrullando sus riberas. No entiendo cómo no he pensado en traerme un libro. ¿Llegaré a leer algo? ¿Tendré suficiente tiempo? Empiezo a disgustarme. No lo tengo todo tan bien planificado como creía. Un codo roza la cortina de baño. Es una cortina alegre, llena de mariposas multicolor. Vaya. Acabo de detectar una colonia de hongos en el borde inferior, una población realmente importante que va diseminándose a medida que se aleja de la costura. Me pregunto si debería dejar la cortina colgando por dentro o por fuera. Vista de cerca aún da más repelús que la colonia de hongos en forma de cangrejo. La cortina sobra. Resuelto. Desencajo la barra metálica y enrollo la cortina. Decido llevarla a la galería, porque en el baño no puede quedarse, no hay suficiente espacio. Además, tengo la esperanza de lograr una bonita escena final. O si no bonita, al menos ordenada. Parezco un soldado un poco extraño, corriendo desnuda por el pasillo con una lanza embotada y mi blandito escudo de mariposas. Vuelvo. Sin la cortina ha mejorado. Y sin la barra. Una barra sola es desoladora, ha sido una buena idea quitarla. ¡Pido tan poco! Una muerte digna, morir desangrada. Dicen que es lo más parecido a dormirse. Tengo pipí. Los condenados a muerte siempre tienen pipí. Pero yo no soy una condenada. Si no hiciese pipí, ¿se me escaparía después de muerta? Supongo que los esfínteres se relajan, y más en el agua caliente. ¿Y los esfínteres anales? Diría que no, pero no tengo ningún motivo para creer que unos esfínteres se relajan y otros no. Me desagradaría mucho que se me relajasen los esfínteres después de muerta. Decido hacer pipí. En el bidet, porque la taza del váter está

ocupada por las velas y las Gillettes. ¿Debería hacerme una lavativa? Mamá utilizaba supositorios para ir de vientre, pero solo cuando ya estaba a punto, y yo ahora ni estoy a punto ni tengo supositorios. Lo que sí tengo son cinco cartuchos de fogueo que papá me regaló cuando era pequeña. Eran un recuerdo de la mili y quizá ahora cumplirían la función, aunque si después no saliesen, si se me quedasen dentro, y si por lo que fuera me tuviesen que hacer una autopsia, el patólogo pasaría un mal trago. Tengo miedo. Mi miedo tiene pensamientos, pensamientos posesivos que es necesario eliminar. Me limpio el coño con un chorro de agua y me seco con la toalla de manos. Desocupo las esquinas de la bañera de botes de champú, gel, suavizante, jabón íntimo, crema hidratante, aceite de almendras (pienso en cianuro) y los realojo en el bidet. Agarro las velas. Mierda. Son demasiado grandes, resbalan, caen al agua y salpican por todas partes. Decenas de gotitas se me enfrían encima casi de inmediato y ahora tengo la piel de gallina. No. ¡No! ¡Este no es el estado de ánimo que yo necesitaba! Miro las Gillettes, que parecen inofensivas. Pero yo sé que no. Agarro una Gillette y me sierro la muñeca. En vertical. Sin mirar. Me detengo. No siento nada. Pero dicen que abrirse las venas es indoloro. Miro. No ha pasado nada. Miro la Gillette. Inspecciono la Gillette. Mierda de Gillette: tiene un capuchón transparente. No tengo ni idea de cómo cojones es una Gillette, pero esto que tengo en las manos no es más que una maldita e inofensiva maquinita de depilar.

15

«¿Cómo es estar con una mujer?» Mi hermana, a las doce menos cuarto de la noche. Estamos sentadas en la salita mona de su pisito. Lo acaba de dejar con su último novio y a mí no me ha quedado más remedio que darle apoyo. Hacer de hermana comprensiva es como un prospecto de anticonceptivos, tiene una lista de contraindicaciones y efectos secundarios adversos más peligrosa que la Gorgona. A las once decido llamar al chino. «Pollo con almendras, gambas agridulces, tallarines con ternera y un arroz tres delicias.» Siempre pido lo mismo, así me ahorro la relectura de esos menús tan deprimentes. «¡Ah! Y pan chino», añado. «¿Para bebel?», pregunta el chino. Y yo qué sé. «Cris, ¿qué quieres para beber?» Mi hermana hace un gesto de impotencia desde el otro lado de su barricada de pañuelos de papel. Se halla en el colmo de la autocompasión, y eso es inconciliable con el habla. «Una Coca-Cola y un Nestea», improviso. Me hacen repetir la dirección tres veces. Cuelgo, me dirijo hacia el sofá y empiezo a recoger pañuelos. El tacto frío de los pañuelos húmedos es muy desagradable. Resulta turbador que cierta variante de tristeza sea capaz de generar tanto residuo. Me llevo la caja vacía de la mesita auxiliar y, como solución provisional, dejo en ella papel de váter con relieve de cachorritos de perro y olor a talco. «Ahora vengo», digo a mi hermana. Me pongo la chaqueta, me enrollo la bufanda y pillo dinero y las llaves. Los gustos de mi hermana son incompatibles con los pañuelos del paqui de la esquina, así que bajo por Gran de Gràcia hacia la Diagonal. Troto. Ahora mismo mi hermana es una incapacitada funcional y solo le faltaría que el chino llegase a casa antes que yo. Entro en el Opencor. Es un lugar agradable e inquietante. Siempre complace que te reciban a esas horas de la noche estando todo tan bien ordenado y con los

dependientes frescos como baguettes. Infunde seguridad, pero también cierto desasosiego por los dos o tres clientes que deambulan con sus magnéticas auras de soledad. Intento no cruzármelos y agarro tres cajas de pañuelos Agatha Ruiz de la Prada, pequeñas y coloridas con ornamentos. Corazones, florecitas, besos. Las encuentro tan aversivas que estoy segura de que a mi hermana le gustarán. Me encamino hacia la sección de vinos y escojo dos botellas de tinto por el diseño de la etiqueta. «Enuc del Priorat», pone. Pienso que la similitud con «eunuco» puede ser una influencia subliminal que ayude a mi hermana a banalizar la relación con su exnovio. La compra es lastimosa, pero responde a mi objetivo: escapar cuanto antes mejor de la perniciosa influencia gravitacional de mi hermana. Ya en la caja, pillo un paquete de chicles «frescor 60 min». Mascar chicle me causa gases, pero leí en alguna parte que aumenta la concentración y esta noche necesitaré dosis extraordinarias de ella para no olvidar ninguna de las intervenciones de mi personaje en el guion. Todo junto son treinta euros. Los pago con la MasterCard para tener suficiente efectivo para el chino. Si mi hermana fuese diferente, treinta euros me bastarían para el chino y el paqui, pero no, ella siempre ha tenido aires de grandeza. Hoy se rebajará a comer chino porque vio en una serie policíaca que ese tipo de menú es ideal para las noches en vela. Quizá me dejará hacer café. Ella no bebe nunca, en su catecismo el café es equivalente al cerdo para los judíos. Tampoco come cerdo, no porque sea judía sino porque su catecismo es muy estricto en materia de alimentación. Solo tolera la carne blanca, siempre que sea ecológica y en poca cantidad. Qué lástima, acabo de darme cuenta de que tendré que comerme yo solita los tallarines con ternera. Pero da igual, me gustan, de hecho me encantan. La carne roja en general me encanta, soy una gran amante de las diaminas cadaverina y putrescina. Los aminoácidos en descomposición, ¡qué gran fuente de vida! Solo tendré que convencerla de que el pollo del chino es ecológico de verdad. Nada de crianza intensiva en granjas periféricas, nada de antibióticos y hormonas de crecimiento acelerado. El pollo del chino es cien por cien casero, se ha criado en una bañera en un piso patera a base de sobras de arroz frito. Da exactamente igual que

se lo crea, esta noche mi hermana se tragaría cualquier cosa. Una estocada en el amor propio provoca una herida profunda pero no mortal, un agujero negro capaz de digerir fragmentos de muerte con el recuerdo.

16

«You know I cannot marry you. We are lesbians!», exclamo. Veronika sonríe. «Of course we can! Since the 30th of January!» Oh, Lord! Legalizar el matrimonio homosexual ha sido una gran cosa, no lo discuto, pero a mí ya me iba bien antes. El matrimonio, como la serpiente de coral, no siempre es venenoso, pero es preferible no acercarse a él por si acaso. Bueno, para ser exacta a la serpiente de coral no venenosa se la llama falsa serpiente de coral, y eso lo dice todo. Debo hacer una declaración, ahora: no soy una persona sincera. No, soy una persona que miente. Miento desde que tengo memoria, mucho, cada día, de forma casi inconsciente, natural. Miento tanto que he llegado a pensar que quizá padezca algún tipo de patología. Pero lo cierto es que eso afecta tan poco a mi vida diaria que no veo la necesidad de hacer nada al respecto. Es más, acabo de llegar a la conclusión de que miento para facilitarme la vida, y pensándolo mejor —¡dichosa escritura!—, ahora me percato de que utilizo tres tipos de mentiras. Están las mentiras acomodaticias, las evasivas y las pesadas. Si aún estoy viva es gracias a eso, son los históricos rodillos sobre los que fluye mi vida, lo único que debo hacer es recoger los que quedan detrás y ponerlos delante, sin parar. En el fondo soy esclava de mí misma, pero el día que ya no pueda más morirá la esclava, no la otra, la que todo el mundo conoce, la que parece vivir mi vida en libertad y que no soy yo. Es un corazón encadenado. Los corazones nacen encadenados. Vivir desde el corazón es un error si se hace creyendo en la propia libertad, porque la libertad es el dominio de la mentira, mira por dónde. Mentir es una manera de resistir, una estrategia de camuflaje para individuos socialmente poco agresivos como yo. Las mentiras acomodaticias permiten la convivencia con los elementos

desagradables de la realidad. Las mentiras evasivas, en cambio, evitan las explicaciones, minimizan la comunicación con los seres indeseables, o en circunstancias indeseables, con los seres en general. Y las mentiras pesadas, ¡oh!, las mentiras pesadas evitan juicios insoportables sobre la propia persona. Tengo plena conciencia de que viven aferradas a un miedo brutal. Pero el miedo brutal puede ser una gran fuerza motriz, tiene una capacidad formidable para trastornar las relaciones más sólidas. Quizá por eso me niego a establecer vínculos emocionales. ¡Dios mío, qué digo! ¡Si el léxico psicológico modernillo es metadona para débiles mentales! Pondré solo un ejemplo. Mentira pesada: «Marry me!». Veronika está preciosa, más que nunca. Hemos follado toda la tarde como animales al borde de la extinción, si fuese macho seguro que la hubiese preñado. Todo mi cuerpo dándose como un chicle caliente y denso, amoldándose a cada una de sus cavidades, buscando el punto donde el exterior termina y se abre a la íntima y desnuda pulpa del interior. Sentía la necesidad de encontrarme con su esencia, de integrarme con ella. Había un amor tan inmenso que excluía la palabra «amor». Los dedos, los labios y las manos, y la nariz y la lengua y los pies, y los dientes y el cabello, y mi clítoris, increíblemente triplicado en tamaño como un micropene altivo… todas mis extensiones forzadas dentro de ella hasta el extremo por el potro de un deseo ilimitado. (Me pregunto ahora por qué hay extremos de finitud existencial a los que la muerte no puede siquiera aspirar. La muerte requiere soledad para ejercer su poder, y amor y soledad son hermanas excluyentes. Así que tengo la obligación de repensar mi propia muerte más adelante.) «You know I cannot marry you. We are lesbians!» Veronika sonríe. ¡Claro que podemos casarnos, desde el 30 de enero del año pasado! Y aunque no pudiésemos, ¡«marry me» es el más puro voto de permanencia! De repente en mi interior vibra un vidrio finísimo que se rompe en dolorosas láminas. Veronika coloca entre nosotras una cajita de bombones, menuda y perfecta, con su lazo de Godiva y su sello dorado en relieve. No quiero abrirla, pienso al abrirla. «Marry me, my love.» Dentro están los bombones que a mí me gustan y ese precioso anillo de oro extraño, ancho y con dibujitos encriptados. Lloro por dentro. «I can't», digo.

Ella también rompe a llorar, sin perder la tranquilidad, en silencio. Pero no puede ser. «There's another woman in my life», miento. Toda ella era un grito de vida. Mi vida, en cambio, era un grito de muerte.

17

«¿A qué te refieres exactamente con eso de estar con una mujer? ¿A cómo es follar con una mujer?», pregunto. Claro que se refiere a eso, pero mi hermana me mira con cara de lenguado. «¡Acabo de dejarlo con Ian!», exclama. De hecho, lo escupe con la intención de clavármelo en una diana sentimental que no poseo. Me siento en el sofá, cerca de ella. Es un sofá de piel blanca sintética que cada vez que me siento chirría como la suela de las zapatillas en los polideportivos, por eso lo evito. Extraigo un chicle de la cajita, me lo meto en la boca y mastico. Una frialdad extraterrestre me hace salivar como un perro envenenado. Tengo que concentrarme. Masco deprisa para superar el instante crítico en que los edulcorantes artificiales agreden la primera línea de células bucales. Intento situarme. Necesito unos meses en esa habitación de invitados, así que debo concentrarme mucho. «Tienes razón, perdona», le digo. Gracias a esa insignificante mentira acomodaticia mi hermana recupera sus habituales niveles de autocomplacencia y se echa a mi lado con la caja de pañuelos Agatha Ruiz de la Prada de florecitas en el regazo. La acaricia como a un gato, con movimientos cortos y dedos envarados, chapuceramente cariñosa, y acaba reclinando la cabeza sobre mi pecho, dispuesta a escuchar la historia. Deseo que el chino no tarde mucho. El pelo de mi hermana parece limpio, pero emana cierto olor a grasa que me hace pensar en churrerías y siento una incomodidad ab-so-lu-ta. «¿Recuerdas aquella película de cuando éramos pequeñas? —empiezo—. Se titulaba *La gran evasión*. La vimos con papá al menos siete u ocho veces. Iba de unos aviadores americanos reclusos en un campo de prisioneros de la Alemania nazi. Conseguían excavar un túnel larguísimo que atravesaba todo el recinto del campo. Pero la noche de la evasión,

cuando salían del túnel, se percataban de que les quedaban seis metros para llegar al bosque. ¡Habían errado en los cálculos seis metros! Luego no tenían más remedio que jugarse la vida recorriendo esa distancia expuestos a la mirada de los guardias. ¿Te acuerdas?» «No», suelta con indiferencia. «No importa. Lo que quería decir es que estar con una mujer es como sacar la cabeza al exterior y descubrir que de verdad has excavado esos seis metros que quedaban.»

18

Conseguir un trabajo gracias a una buena recomendación debe de ser lo más parecido al enamoramiento. Te instalas en una sensación de ingravidez intensamente placentera durante cierto tiempo, como si de pronto la vida se dejase llevar por una alameda y se asomase a un ancho puente sobre aguas quietas. Te abstraes de ti misma mirando los patos verdes y sus familias monoparentales. ¡Todo ello tan indoloro! ¡Y tanta belleza se revela, renacida en el propio rostro, invasora de las mitades amables de la otra gente! Es una vivificación de los sentidos. Redescubres el sol, la luz solar proyectada por doquier, extendida sobre capas externas de materia como figuras geométricas en reposo. Pensar que ese estado podría ser una cosa normal me supera. Si fuese permanente, ya no extrañaría más el generalizado afán de aspirar a vivir día tras día. Pero dudo que sea posible tanta perpetuidad. El futuro aguarda y es un reno parado en una carretera secundaria. No tengo ninguna duda de que los animales parados en las carreteras son suicidas. Quien no haya sabido encontrar su Amanita phalloides siempre puede ensayar la ruleta rusa en la carretera. ¡No falla nunca! Un día pensé en la ruleta rusa, pero me imagino con un revólver en la mano y creo que se me escaparía la risa, las cosas nuevas siempre me la provocan. Quizá de ahí proceda esa necesidad que tengo de búsqueda constante, ese alma de roedor. Y luego estaría eso de apuntar bien para no errar. Seguro que el gatillo requiere una buena musculatura en el dedo índice. En la tele parece fácil, pero también lo parecen los orgasmos y yo, que estoy muy capacitada para lograrlos, tengo que reconocer que es necesaria una base, cierto nivel intelectual. Porque el sexo reside en el cerebro. Los únicos orgasmos vaginales de mi vida los he alcanzado durmiendo,

cuando diversas mujeres penetran mi vagina con manos deformes que parecen pies de cerdo. Cuando tengo sueños como ese suelo despertar en pleno éxtasis orgásmico. Lo curioso es que no tengo sueños de muerte. Al parecer mi inconsciente solo quiere viajar y follar. Paso las noches alojada en hoteles, y en tiendas de camping, caravanas, carros, diligencias y trenes. Nada de aviones. Practico mucho sexo con mujeres desconocidas, pero lo singular es que durante el sueño mantenemos una impresionante complicidad. No puedo quejarme, mi cerebro es un buen lugar para pasar la noche.

19

Tengo diez u once años y ha sido un día revelador. De hecho, el mes entero ha estado lleno de días reveladores. He aprendido que los seres humanos se reproducen como animales, ¡como animales mamíferos! Cuando los machos tienen el pene duro y más largo de lo habitual lo introducen en la vagina de las hembras. No solo una vez, sino incontables veces y muy rápido. ¡Rápido como pestañear! Si no lo hacen así, no vale. Parece que el acto en sí no duele, pero es sospechoso que haga gritar. Cuando ya casi han terminado, los machos escupen semen a través de un conducto localizado en el pene, que es el mismo que el de mear. ¡Lo escupen en el interior de la vagina de las hembras! ¡Da mucha grima! No, ¡da asco! Lo comentamos con las amigas de clase. Da tanto asco que decidimos no tener hijos. Decidimos adoptar niñas de China. Nos sentimos unidas por un asco que hacemos extensivo a nuestros padres y a nuestras madres. ¿De verdad hicieron eso? Y algunas hasta tenemos hermanos. ¿De verdad papá y mamá hicieron eso DOS (y hasta TRES) veces? Después la profesora de naturales nos manda hacer un trabajo en grupo sobre las placas tectónicas. Mi grupo es de cinco, tres niñas y dos niños. Vamos a casa de Laura, la niña más popular de la clase de sexto. De hecho, es la más popular de todo sexto, el A y el B juntos. Es la única rubia de ojos azules en un mundo de niñas castañas de ojos castaños. Además toca el piano y tiene un periquito que vuela por su casa cuando ella quiere. Pero lo que la hace más especial es que su madre trabaja. ¡Trabaja fuera de casa! Y cuando Laura llega a casa al salir de clase, a veces está sola hasta la hora de cenar. Laura abre la puerta de casa con una llave que lleva colgada al cuello en una cadenita de plata. Detrás de ella entramos los demás, un poco

excitados y un poco cohibidos porque sabemos que esa tarde no habrá nadie que nos vigile, ningún adulto. Y eso no pasa casi nunca, solo le pasa a Laura. Ella actúa como si fuese más mayor, nos dice que podemos dejar los abrigos y las mochilas en su habitación y nos conduce a la cocina. Su madre nos ha dejado Bollycaos y una botella de Zumosol sobre el mármol. Laura propone que merendemos en el sofá de la salita mirando la tele. Entre todos llevamos los Bollycaos, el zumo, vasos y papel de cocina a la mesita de vidrio que está delante de la tele. Entonces Laura pregunta si queremos ver una cinta de vídeo de sus padres que seguro que nos gustará. Risas nerviosas. Síes tímidos. Yo pienso que tendríamos que hacer el trabajo, pero aun así me hace ilusión ver una película fuera del fin de semana. En casa no pasa nunca. En casa no tenemos vídeo. ¡Debe ser increíble tener películas en casa para verlas cuando te apetece! Laura pone la cinta en la ranura del vídeo, que se la traga con un sonido gutural. Estamos todos expectantes, engullendo los Bollycaos sin apartar los ojos de la pantalla. Salen las primeras imágenes. Es una película que no he visto nunca, tengo muy buena memoria para las películas y no recuerdo ninguna que empiece con una fiesta en una piscina. Entonces Laura pilla el mando y hace avanzar la cinta a toda velocidad. «Pero ¿qué haces?», pregunta Ivan. Yo también estoy indignada. No vale pasar la película así. «Esperad, que me salto la paja.» De repente detiene la imagen y aprieta el play. Una tensión silenciosa surge de inmediato de cada uno de nosotros y nos une en una suerte de complot extraordinario. En la pantalla, una mujer desnuda expone sus genitales rasurados sin ningún tipo de pudor. Lleva el cabello oxigenado recogido con una cinta de indio que le atraviesa la frente. Va muy maquillada: los ojos pintados de verde, los pómulos rosados y los labios fucsia. También lleva unos pendientes en forma de aro, dorados y muy grandes. Luce una piel morena como si fuese el final del verano y lo hubiese pasado desnuda en aquella piscina. Tiene unos pechos muy grandes con pezones del tamaño de un rollo de celo. Le cuelgan un poco de un lado y de otro, pero son tal y como me gustaría tenerlos a mí de mayor. Está tendida en una tumbona. Bueno, no exactamente. Está tendida sobre un hombre tendido en una tumbona, con las

piernas muy abiertas, flexionadas sobre él. Al hombre no se le ve mucho la cara, pero se sabe que es un hombre porque tiene vello en todas partes, y pene. ¡Un pene enorme, gigantesco! Mucho más grueso que el de los perros, que era como yo imaginaba el pene de un hombre, aunque no tan largo. Se me cortó la respiración. El hombre no cesaba de penetrar a la mujer, hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás. Toda la pantalla estaba ocupada por un primer plano de aquel pene rosado y viscoso entrando y saliendo de la vagina. La mujer ponía caras extrañas y gemía con la boca muy abierta. Sergio rio y los demás permanecimos muy quietos. Laura miraba, ya a nosotros, ya la tele. Yo sabía que lo que hacíamos no estaba bien, pero no podía ni quería dejar de mirar. ¡Era horripilante! ¡Pero tan extraordinario! Luego entró en escena un tercer personaje. Otro hombre, bajito y musculado, también desnudo, que se acercó a la mujer por un lado. ¡Tocándose el pene! Cogiéndoselo y frotándoselo con toda una mano como si le picase, aunque no mucho, porque lo hacía con tranquilidad. La mano se veía cada vez más pequeña y el pene, más grande. Cuando llegó donde estaba la mujer hizo algo que nos dejó azorados. Bueno, a todos menos a Laura, que sonreía con suficiencia, como si hallase que aquello era de lo más natural. ¡Le puso el pene en la boca! «¡Qué asco!», exclamó Anna. Pensé que aquello era nauseabundo, pero en realidad no tenía náuseas, se me había secado la boca y el trozo de Bollycao que tenía dentro se había vuelto áspero y duro como un terrón. «¿Queréis que lo pare?», preguntó Laura. «¡No!», contestamos todos. La mujer parecía querer comerse el pene, pero no terminaba de hacerlo nunca, solo lo lamía y se lo tragaba con sus labios como un anillo fucsia cerrándose a su alrededor, adaptándose a su morfología. Era sorprendente. Venas como las de los brazos de los atletas, que parecen serpientes verdosas subcutáneas, recorrían el pene de cabo a rabo. Era más amplio en la base, como un menhir de Obelix. De vez en cuando el hombre apretaba la punta con los dedos y salían unas gotas como de jabón de lavar jerséis, espeso y transparente, que con la misma punta esparcía por los labios de la mujer antes de volver a meterle el pene dentro. Aquello no era semen. Sabíamos que el semen era blanco porque nos

lo habían filtrado los de octavo. Entonces ¿qué era? ¡En clase no nos habían explicado nada de nada! Cuando pareció que el hombre ya tenía suficiente, se colocó entre las piernas de la mujer, las rodillas apoyadas en el poco espacio libre que quedaba en la tumbona, y la penetró. ¡Junto con el otro! ¡Los dos hombres a la vez! No podía creérmelo. ¡Aquello debía ser doloroso a la fuerza! De hecho, la mujer no cesaba de gemir y gritar. Pero no parecía quejarse en serio. ¡No hacía nada para salir de allí! Sucedió cuando pensábamos que ya lo habíamos visto todo. El hombre de debajo sacó el pene de la vagina y lo introdujo en un agujero anterior. «¿Qué hace?», preguntó Irene. «¡Sí, hombre! ¡Eso es mentira!», exclamé yo. ¡Las mujeres no tienen dos vaginas! Gracias a dios, por fin descubría que aquello era un montaje. Tenía que serlo. «Pero ¿no ves que es el agujero del culo?», dijo Sergio, incrédulo. No recuerdo nada más de aquella tarde. Supongo que en algún momento Laura detuvo el vídeo y nos pusimos a hacer el trabajo de naturales. Lo que sí recuerdo es que, ya en casa, cuando fui al lavabo a hacer pipí y me sequé, descubrí en el papel de váter una sustancia transparente y pegajosa. No la relacioné con la película. Lo primero que pensé es que había enfermado, pero no tenía ganas de explicárselo a mamá. Por la noche me masturbé. Como cada noche desde hacía un par de años. Me masturbaba cada noche y cada mañana, en la cama, de manera sistemática. Y si me acordaba, también lo hacía en otros momentos del día, en el lavabo de casa o en el de la escuela. Aquella noche me toqué por dentro, no solo el clítoris por encima de las bragas como solía. Aún tenía allí aquella sustancia pegajosa, como baba alienígena. Me daba un poco de miedo, porque parecía que me aprisionaba los dedos para chupármelos hacia dentro. Pero, cosa extraña, no sentía ni el menor indicio de dolor. Quizá no estaba enferma. La curiosidad me hizo llevarme dos de esos dedos mojados a la boca. Estaban viscosos, como recubiertos de una gelatina de croissant casi líquida. ¡Y era tan dulce! De una dulzura especial, nueva. No guardaba la menor relación con nada dulce que hubiese probado nunca, aunque el olor recordaba al yogur de macedonia. Los lamí hasta dejarlos limpios y volví a empezar. Me mojaba los dedos dentro y me los lamía una y otra vez. Pensé que era lo más parecido a

comerme a mí misma. Y aquel pensamiento condujo a otro, de manera natural, como cuando empezaba buscando una palabra en el diccionario y en la definición salía otra que no conocía y también la buscaba. Pensé si eso mismo que me pasaba a mí les pasaba a mis amigas, a Marta o a Anna. Y sobre todo, si también le pasaba a Laura, que no era exactamente amiga mía, aunque a mí me hubiese gustado mucho ser su mejor amiga. De ser así, imaginé cómo sería mojar los dedos en el chocho de Laura y qué gusto tendrían al lamerlos. ¿Dulces y afrutados como los míos? ¿O quizá dulces y ácidos, como esas golosinas en forma de corazón que sacaba a la hora del patio? Un día nos dio una a Marta y a mí para que la compartiésemos y me pareció la cosa más increíble que nunca hubiese comido. Blanda pero resistente, recubierta con aquel azúcar ácido que recordaba al zumo de limón y se deshacía en la lengua dejando un regusto mucho más intenso que el del azúcar normal y corriente. Percibí que aquellos pensamientos hacían que mi cuerpo produjese más sustancia viscosa. Me empapó los dedos y se me esparció por toda la abertura hasta más arriba del clítoris. Hacía unas semanas que sabía que eso que me tocaba por encima de las bragas cuando me masturbaba se llamaba clítoris, pero ahora que me lo tocaba directamente con los dedos recubiertos de mi jugo, las sensaciones agradables se multiplicaban por mil. ¡O por diez mil! El orgasmo llegaba casi de inmediato, sin necesidad de perseguirlo. Pensaba en el jugoso chocho de Laura y me corría enseguida. Me lamía los dedos, los saboreaba y empezaba de nuevo. Tres o cuatro veces seguidas. Hasta que sentía un hormigueo casi doloroso en el clítoris, que estaba casi insensible. Entonces me veía obligada a parar y me dormía pensando en Laura. Dándome besos en el pliegue que formaban los dedos índice y pulgar, imaginándome que eran sus labios, deslizando mi lengua en la ranura y preguntándome si algún día, cuando fuésemos mayores, Laura me dejaría hacer lo mismo con su chocho. Fue un descubrimiento fantástico y sentí lástima por la mujer de la película, la de la cinta de indio y los pendientes gigantes, que tenía que conformarse con el jugo del hombre bajito y musculado servido en cuentagotas.

20

Empezó siendo un pequeño punto, como una de esas partículas negras de arena de playa que se pegan a la piel y no hay forma de quitar. Me salió en pleno centro de la barriga, cuatro dedos por encima del ombligo. Lo encontraba curioso, tan centrado, y me enorgullecía haber producido una cosa tan original en el puro centro de mi línea de simetría. En tres semanas creció un poco, redondo y negro como un eclipse y dotado de un halo luminoso, como si su intensa oscuridad incidiese sobre la piel circundante acrecentando su blancura. Me gustaba, veía belleza en él. Era un lunar excepcional, que no debía medir más de dos milímetros de diámetro, y así permaneció durante un tiempo, quizá un año o dos. Entonces, un día, de golpe, volvió a crecer con rapidez, como hace una planta languidecida tras enchufarle un clavo fertilizante. «Eso son las cremas baratas que te pones», sentenció mi hermana. Mamá también metió cuchara. «Eso es el sol. ¿Sabías que los rayos cancerígenos del sol pueden atravesar hasta cuatro capas de ropa? ¿Aunque sea invierno?» ¿Rayos cancerígenos? «La verdad, mamá, es que no me imagino llevando cuatro capas de ropa en verano.» «Ya me entiendes. Me refiero a que infravaloramos el poder cancerígeno del sol invernal porque nos parece que es más débil, pero en realidad deberíamos llevar protección total todo el año. ¡En todo el cuerpo!» No cabe duda que la vida es una fuente de sorpresas. «¿También en las plantas de los pies?», dije en broma. «¡Por supuesto! ¿No sabías que el melanoma de pie es el cáncer de piel con el mayor índice de mortalidad?» Mamá es toda una especialista en oncología. «Joder, basta, mamá, basta.» A lo mejor hasta me sonreía la suerte, mira por dónde. Morir de melanoma era digno de ser tenido en cuenta, una palabra tan semejante a «melómano» o a «megalómano»

no podía significar nada malo, violación etimológica al margen. «Deberías pedir hora con el dermatólogo enseguida —añadió—, en la privada. Si la pides a través del seguro, cuando te vean ya tendrás metástasis en los órganos internos.» Me pareció una idea sensata. Tras unos días de reflexión pedí hora en la seguridad social.

21

«Hemos decidido que seas nuestro testigo.» «¿Testigo de qué?» «¡De la boda, claro!» No puedo creérmelo. Mi hermana está lo que se dice radiante. Pero ¿qué es lo que irradia exactamente? Me mira con una sonrisa máxima. La piel de sus mejillas me hace pensar en la rodilla gastada de un niño Jesús de porcelana. De niña hice de monaguilla en la misa del gallo. Entre mis responsabilidades se hallaba la de sostener un niño Jesús de mentira ante una hilera de feligreses que venían a besarle la rodilla. Podía haber doscientos, y uno tras otro se iban inclinando sobre él. Entre beso y beso, yo tenía que limpiar la rodilla del niño con un paño de misa. Como me lo tomaba muy en serio la frotaba varias veces, hasta que el sacerdote me ladró al oído. ¡No estaba borrando la pizarra, el paño era un elemento simbólico! Y una mierda, simbólico. Algunos pintalabios son de verdad permanentes y la religión católica tiene muy pocos miramientos. Sirva como ejemplo eso de compartir la copa de sangre vertida por todos nosotros. Santa manía de intercambiar gérmenes. Fui monaguilla solo un año, después me despidieron de forma improcedente y lo cierto es que fue todo un descanso. Siempre he pensado en los despidos improcedentes como una jugada maestra de las fuerzas superiores. Imagino a Láquesis regateando a su hermana manostijeras. Debería pensar en serio en un cara a cara con Láquesis, su hermana mayor me merece mucho respeto. «¡Me caso!», anuncia la mía. «¿Con quién?» «No conseguirás estropearme el día con tus pequeñas gracias. Toma.» Me da un papelito en el que están anotados el día, el lugar y la hora, y me explica que seré su testigo en el registro unos días antes de la boda. Es decir, seré testigo en la penumbra. El día de la boda ya harán venir a testigos como dios manda. Menos mal, para ser una mala puta al

menos es considerada. «¿Qué te has hecho en la cara?», le pregunto. «Un blanqueamiento dental y dos peelings faciales. ¿Verdad que se nota?» Me muestra la dentadura dedicándome una sonrisa equina. Los resultados son espectaculares, el blanco pediátrico hasta en los colmillos. «Lástima del empaste de mercurio», digo. Solo tiene uno, pero en un molar inferior, y cuando sonríe de esa forma se ve. «No entraré en la iglesia con la boca abierta», se indigna. «¿Iglesia? ¿Te vas a casar por la iglesia?» Mi hermana es susceptible de contraer matrimonio en un templo, pero pensaba que una iglesia católica sería la última opción. Antes la veo en una reserva de la biosfera, un zigurat, un santuario sintoísta, Formentera, una cueva zen, un templo budista, una pirámide o Stonehenge. Como mucho, en una sinagoga. Pero ¿una iglesia? «Claro. Queremos una boda romántica, no un mero trámite en una sala cutre del ayuntamiento, como si hubiésemos acudido allí para dar de alta al perro o pedir un informe catastral.» ¿Dar de alta a un perro? Las conversaciones con mi hermana son motivo de constante inspiración. Pienso en Paul Klee, en *El cuento del enanito*. Seguro que él tenía una hermana como la mía. Qué lástima no haber hecho Bellas Artes, tengo a mi hermana tan desaprovechada como una cesta de Navidad en casa de mamá.

22

Era francesa, en realidad marsellesa como el himno nacional. El centro neurálgico de su belleza residía en el hecho de ser francesa. Yo estaba enamorada de su nacionalidad, un segundo rostro de facciones perfectas que se amoldaba al primero como una película casi transparente, pero con el encanto de los grandes clásicos. Se llamaba Roxanne y era más baja que yo, más delgada que yo, más inteligente que yo y más noble que yo. También tenía más estudios: un doctorado en literatura y títulos superiores de inglés, alemán e italiano. Además, tocaba el piano de maravilla. En su casa tenía uno en una gran sala que yo llamaba con ampulosidad la sala del piano, y tocaba largas piezas de memoria. Era lo que mamá habría denominado de buena familia y ese ser de buena familia se hallaba presente en ella como una capa de barniz. De hecho, en cada uno de sus gestos, por insignificantes que fuesen. Cuando abría una puerta, por ejemplo, hacía un movimiento muy particular con el mentón, levantándolo ligeramente hacia un lado a la vez que bajaba la mirada, y yo siempre tenía la impresión de que daba por hecho que había alguien allí dispuesto a cederle el paso. Me cuesta explicarlo, ¡pero resultaba tan evidente cuando lo presenciaba! Practicaba la escalada, y la primera vez que vi su cuerpo desnudo, aunque en aquella época no podía ni imaginarme sin ella, pensé que todas mis futuras amantes deberían haber sido antes grandes amantes de la escalada. Sus músculos eran perfectos, vibrantes y recubiertos de una piel flexible e impecable. Cada postura de ella en la cama constituía un estudio anatómico en sanguina de una inaudita precisión, tan excitante como una primera visita al Buonarroti. Recuerdo sus abdominales, quietos e imponentes como el caparazón de una tortuga, y los arcos tensados de los brazos,

los glúteos, los muslos y los gemelos, compactos como cráneos pensantes, centrados en exclusiva en mí, en mi placer, en alcanzar el extremo de mi placer. Nunca antes y nunca después he pasado tantas noches follando. Me refiero a noches enteras, cinco, seis y siete horas de follar sin descanso, por lo general estando ella encima de mí. «Háblame en francés», le pedía. Y ella me decía cosas que entendía y otras que no, aunque no hacía falta que las entendiera. Me bastaba con escucharla, con dejar que sus palabras penetrasen en mi cuerpo y lo fundiesen de una forma no previsible, extraña. Su voz me estremecía con violencia y me consumía con la rapidez de un mechón abrasado por un cigarrillo. Todo mi cuerpo se encogía y se enroscaba en un instante, agredido por su acento como una blandísima oruga asaltada por un pico de acero. ¡Ah! Lo revivo ahora al describirlo y millones de células, en mi interior, se pasan cubos de agua encendida para ir a apagar no sé qué fuego. Veloces y ciegas. El corazón se me inflama dañándome la pleura, tan poco acostumbrada ya a seguirle el juego. Roxanne. Cuando la conocí acababa de comprarse una cámara fotográfica de gama profesional. Y yo envidiaba la cámara, que pasaba todo el santo día en sus manos. Tenía unas manos blancas de nudillos finos y puntas cinceladas. Antes de tocar el piano extendía los dedos sobre el teclado, era como si reposasen en él un momento, contenidos y a la vez dispuestos como una hilera de instrumental quirúrgico aparejada antes de una intervención muy delicada. Después los articulaba con sutileza, los movía siguiendo las indicaciones de algunos músculos del cuello que se accionaban milésimas de segundo antes que ellos. Yo la escuchaba y el sonido de las cuerdas del piano me penetraba como sus palabras, estremeciéndome y generando en mi interior inexplicables oleajes y una especie de celos autocomplacientes. Seguía los ininteligibles movimientos de sus dedos avanzando el instante en que la pieza musical moría al fin. Ella adoraba a Satie. «Es fácil», decía. E interpretaba una y otra vez *Je te veux*, la primera *Gymnopédie* y el segundo *Nocturno*. «Son larguísimos», me quejaba. «Solo son tres minutos», reía ella. Y volvía a interpretarlos. Y yo me recreaba en aquella imagen de mi francesa tocando el piano. Pero a la vez moría cada segundo. Y era una manera

de morir muy digna y aceptable.

23

«¿Y cómo es estar con una mujer? Me refiero a en la cama.» Son las doce y media de la noche y mi hermana ha necesitado las dos raciones enteras de pollo con almendras y arroz tres delicias para soltarse la melena. O quizá haya sido la Coca-Cola, hace más de tres años que no la prueba. Veneno letal de efectos retardados, la llama. Pero hoy es una noche especial, no todo el mundo tiene una hermana lesbiana que la consuele de una ruptura amorosa, de modo que la sesión de confidencias de esta noche es todo un extra, tiene algo de irresistible contemporaneidad, quizá incluso de obscenidad. ¡Uy! Mi hermana no puede evitar recrearse en el pensamiento de convertirse en la protagonista de un serial de moda. Ser la hermana de la lesbiana es todo un papel y garantiza la respetabilidad. «¿Quieres el Nestea?», le pregunto antes de cenar. Me mira con mirada tempestuosa, como si acabase de decidir hacer tratos con la mafia. «¡Qué caray, me beberé la Coca-Cola! —exclama excitada—. ¡Qué caray!» «Cuidado que no te suba, no estás acostumbrada a bebidas tan fuertes.» Como desconoce la técnica de la bebida en lata, le vierto la Coca-Cola en un vaso alto que me quita de las manos con un brillo vicioso en los ojos. Se siente extraña, pobre, por la noche ella duerme. Hoy, en cambio, hay grandes acontecimientos. «¿Cómo es…», deliciosa duda, «… follar con una mujer?» Juraría que ha pronunciado la palabra «follar» por primera vez, completamente ebria de Coca-Cola. «¿Así que eso es lo que querías saber?», pregunto con cierta maldad. Pero es que no soporto, no so-por-to a las pavas, aunque se esfuercen. «¡Ya sabes que no!», se defiende. Me obligo a pensar en la habitación de invitados, solo la habitación de invitados, necesaria como las uñas. «¿Quieres que te cuente otra historia?» Asiente con la cabeza llena de ojos y

sonrisas aspartámicas de niña consentida y malcriada que no volverá a trincarse una Coca-Cola nunca jamás de los jamases. «Está bien», accedo. La táctica funciona. «¿Has oído hablar del action painting? ¿La pintura en acción?» Ahora dice que no. «¿Jackson Pollock?», insisto. «No.» «Muy bien.» Me voy a mi habitación y vuelvo con un monográfico de Pollock. Es impresionante, imágenes como estas hacen que me replantee mi idilio con la muerte. «¿Esto es arte? ¡Podría hacerlo un niño!» Hay que ser tonta. Tonta, tonta, tonta, tonta. La habitación de invitados está saliéndome demasiado cara, pero ¿qué puedo hacer? ¿Dónde puedo ir? El glutamato de las gambas agridulces afecta a mi capacidad de razonamiento, pero vuelvo a intentarlo. Lo intento, estoy segura de que si me esfuerzo lo suficiente podré extraer una flor de plástico del estercolero, una flor de plástico que satisfaga el latente residuo de curiosidad de la pobre lesbiana abortada que hay en el cerebro de mi hermana. «Esto que ves aquí es action painting —empiezo—, y el action painting nace de la impaciencia.» Pone cara de grillo. «Hacia mediados del siglo XX llegó un momento en la historia de la pintura en que los artistas ya no tenían retos. Llevaban siglos peleándose con una serie de problemas: el motivo, la profundidad, la forma, el color, el realismo, la fidelidad, la luz… ¡Todo! Parecía que ya no les quedaban líneas de investigación, por así decir. Y entonces llega Pollock con sus inmensas telas sin preparar, extendidas en el suelo, y ¡cataplum!» «¿Cataplum?» «Mira esto.» Le enseño el *Number 3*, paso páginas, el *Number 5*, paso páginas, el *Number 34*, magnífico con aquella terrible cabeza pensando en rojo y los dos hemisferios, en amarillo. «¡Mira! —le ordeno—. ¡Manipulación simple y limpia de la materia prima! ¡Pura experimentación! Pollock salpicaba las telas de pintura movido por la espontaneidad del momento. La obra de arte no era solo un resultado final, sino arte en el tiempo, arte en tiempo real, en acción. Impulsivo y sencillo como el dibujo de un niño, sí, pero en él subyace una preocupación refinada, ese interés por el proceso, esa magnitud de vida concentrada en el proceso. ¿Lo entiendes?» «Un poco.» «De acuerdo. Pues ahora ya sabes un poco cómo es follar con una mujer.»

24

Habían pasado siete meses. ¿Serían suficientes para la metástasis? Lo ignoraba. Ahora el lunar había ralentizado su crecimiento. Su lindo contorno se había difuminado en la parte inferior, donde ya no lucía aquel negro intenso, sino un marrón descolorido, concretado en toda una serie de minúsculos gránulos que ya no formaban parte de aquella concentración ligeramente protuberante, sino que aparecían como individuos pigmentados y solitarios unos milímetros más abajo de lo que aún podía considerarse un lunar. Para mayor seguridad, anulé la visita al dermatólogo y reinicié el proceso. Tenía por delante diez meses de espera, diez meses suplementarios para migrar, células alteradas, no hacia abajo, sino bien adentro.

25

Siempre pensé que Roxanne era suicida en mayor grado que yo. Que moriría antes, por descontado, pero por encima de todo que su deseo de muerte se había consolidado en su interior hasta convertirse en un constitutivo absoluto. También estaba convencida de que ella moriría de forma más elegante. ¿Quién habría, en su interior, que bruñía cada uno de sus actos, cada medida palabra? Las frases en catalán desfilaban por su garganta envueltas en el visón del acento francés, pero a la vez poseían una fragancia baja y portuaria que yo asociaba a su origen marsellés y que me enloquecía. En su boca el catalán sonaba tal como tendría que sonar para ser una lengua perfecta. Cualquier palabra mía pronunciada justo después parecía una triste margarita, una flor idiota. Nunca hablé tan poco con nadie como con ella. Y no gocé nunca tanto con el anticipo de una conversación. Cuando despegaba los labios, haciendo un breve chasquido con la lengua que evocaba el de las páginas de un libro expuestas a un fuerte viento, el corazón se me lubricaba de tal forma que se convertía en un órgano incapaz de controlarse a sí mismo. Cada latido, cada intencionado latigazo de vida quedaba atrapado en su interior. Y no solo el tronco, toda yo me inflamaba bajo el efecto de sus palabras. «*Què vols sopar?*», preguntaba. Y lo preguntaba así, en cursiva, porque ella era capaz de aplicar estilos al habla. Lo hacía siempre, y sin darse cuenta. Yo me mareaba. «*Encara queda camembert del que vaig portar ahir?*» Yo reducida a una oleada de placer con el epicentro en la palabra «camembert». Contestaba como podía, forzando los graves para hacerme la interesante. «Sí, claro. He almorzado salmón y he reservado el camembert para la cena.» Mentira. Mentira, mentira, mentira. He almorzado morcilla con alubias, pero no puedo

permitirme estar con Roxanne y almorzar morcilla con alubias. ¡De ninguna manera! Por lo tanto almuerzo morcilla, ventilo el piso, bajo la basura al contenedor y le digo que he almorzado salmón. Porque el salmón no es exactamente como el camembert, pero al menos pertenece a la misma familia de alimentos de esos que yo, antes de conocerla, reservaba para los días en que me apetecía hacer un extra, como diría mamá. Roxanne no podía entender eso, porque toda su vida era un extra. Solía desayunar croissant, con la costra de hojaldre crujiente y el interior esponjoso y mantequilloso aún caliente. Iba a buscarlo a una pastelería que tenía a cuatro calles de casa, donde se lo guardaban. Tomaba café, como yo, pero no un café cualquiera, sino que se lo hacía traer de una tienda especializada donde lo molían en el acto, segundos antes de envasarlo. Su jamón york no era jamón york normal y corriente, sino un jamón york ahumado. Si cocinábamos en su casa hervía una pasta curiosa, con forma de caracol, dentada y rojiza, que sofreía de antemano con especias picantes y acompañaba con ensalada de brotes. Y adoraba los quesos fétidos. Me llenaba la nevera de comtés, bries, époisses, gaperons y roqueforts. Y ninguno de ellos llevaba la etiqueta que suelen llevar esos quesos cuando los encuentras en el súper, si es que los encuentras. No, siempre eran marcas diferentes, más auténticas y de importación. Y lo mismo era aplicable a todo cuanto a ella se refería. Su ropa, sus aficiones, el edificio donde vivía, su peinado. Llevaba una única joya. Un anillo estriado del ancho de un dedo en el dedo corazón de la mano derecha. Su ropa solía ser oscura. Tenía la piel blanca y le gustaban los jerséis anchos de manga larga que le tapaban media mano. ¡Yo soñaba con ella! Soñaba con la imagen de aquella mano blanca que sobresalía de la manga azul oscuro con su anillo plateado, fría y lenta como un molusco marino. Me la quedaba mirando cuando removía la pasta al wok con los palillos chinos con que solía cocinar. La visión de aquel dedo me extasiaba. El dedo del anillo. Quizá la única concesión formal a la tradicional idea de feminidad. Aunque todo en ella proclamaba feminidad: la cabeza rapada y rubia como un coño terso recién rasurado, los ojos de hielo roto, los pechos largos y constantes como lenguas en reposo sobre la gradería de sus costillas, los pezones

remangados, las piernas y los pies suavísimos y monocromos como extremidades de un Kamasutra clásico. Tenía la cara tensa, lisa y modestamente llena, la boca salvaje como una grieta orgánica abierta en un fragmento de mineral y la lengua… Su lengua era otra persona, esclava de mi placer, que convivía con ella. Me hablaba, me follaba y seguía hablándome cuando era Roxanne, no ella, quien me follaba. Animal a medio domesticar, terco y salvaje cuando se adentraba en mi coño. Primero no quería. «Me encanta cuando me comes —me dijo la primera noche—, aunque yo no suelo hacerlo.» «Pues tendrás que hacerlo.» El placer es un valor inferior, aunque Scheler estaba harto de cambiar de camisa y algunos cambios son una gran fuente de conocimiento. Lo hizo. De hecho, acabó siendo lo que más le gustaba. Podía pasar en ello toda la tarde, como una leona hipnotizada por una herida. Lamiéndomelo con lentitud, rítmicamente. Yo contraatacaba. Nuestros coños se convirtieron en nuestra porcelana preferida. Les poníamos macedonia, gajos de mandarina y naranja dulce, pelados y cortados en pedacitos. Los atrapábamos con los labios o los dientes, los mojábamos dentro y nos los dábamos en la boca. A veces nos regábamos con jarabe de frambuesa o chocolate, y cuando encontrábamos una pepita la escondíamos en un pliegue de los labios o la deslizábamos agujero adentro con la lengua. En alguna ocasión, al día siguiente, cuando me secaba después de hacer pipí, me salía una pepita y me hacía sonreír. Inocente semillita en medio de la mancha de pipí, en el papel de váter. Piedra preciosa infantil, enormemente valiosa.

26

«Es una niña, se llama Arlet y tú serás su madrina.» Mi hermana, segundos después de que mamá le pasase el teléfono. Eso es absolutamente imposible. «¿No son los padrinos quienes deben hacerse cargo del niño en caso de que mueran los padres?», le pregunto. Un recién nacido no merece tener una madrina suicida. Apenas arrojado al mundo, con el culo aún transparente y la caca pastosa como petróleo, todo él una interrogación, un símbolo abierto remachado con un punto. Está claro que no puede ser, por muy hijo de mi hermana que sea. «No, tonta, la madrina es la que le hace la mona de Pascua. Y es una niña. Además, no pensamos morirnos, y en caso de que sufriésemos un accidente mortal, ¿crees que te dejaríamos las niñas? ¿A ti? Necesitan la estabilidad de un matrimonio.» ¡Ah! Bonitas dos palabras: accidente mortal. Porfirio estaba convencido de que un accidente es aquello que sobreviene y deja de sobrevenir sin causar la destrucción del sujeto. Por tanto un accidente mortal podría llegar a ser contradictorio. Imagino a mi hermana en su cama abatible con barandillas cromadas de hospital. El pelo sucio de haber parido, la piel grasienta, el camisón blanco de puntitos rosados con la barriga que se desprende debajo, la niña mamando con restos amnióticos en los pliegues del cuello y las muñecas, ligeramente hedionda como la bandeja sangrienta de los bistecs en la basura de la noche, intocable, con aquel bulto aberrante en el lugar del ombligo, tierno y pinzado con una especie de aguja de plástico de esas para cerrar las bolsas de cereales. Intocable y querida, claro. Querida desde el primer momento, con su piercing en cada oreja y un nombre. El nombre es nuestra primera propiedad, igual de dolorosa o más que un piercing. «¿Y si encuentro a la mujer de mi vida y me caso?», pregunto.

«Aunque te cases, los niños necesitan la estabilidad de unos padres. Me refiero a un padre y una madre. No quiero insultarte, pero ¿verdad que me entiendes?» Miserable personita. Entenderla es más fácil de lo que ella cree. En cambio, comprenderla es tan indeseable como cultivar gusanos en una úlcera. Según ella, una lesbiana solo tiene suficiente estabilidad para hacer la mona.

27

Tengo doce años. He crecido y todo lo que se refiere al sexo, al menos al sexo de los demás, es un poco menos tabú. Nadie lo reconoce, pero por lo visto con el sexo pasa lo mismo que con algunos alimentos o con el café, cuando eres pequeño aún no tienes paladar para esas cosas. Los mayores se ríen de ti y te dicen que el caviar, el curry o el gulasch te gustarán cuando seas mayor, es solo cuestión de dejar pasar el tiempo, no falla nunca. Yo pensaba que debía aplicar eso mismo al sexo con chicos, porque tanto el acto sexual en solitario como toda la imaginería que recreaba, poblada de amigas, de chicas de las clases de los mayores, de alguna profesora, de actrices y de las mujeres que aparecían en algunas ilustraciones de los libros de arte que había por casa, era magnífica, insuperable, perfecta, deliciosa. ¡Me encantaba! Que me gustase tanto solo podía significar una cosa: lo mío debía ser sexo infantil, el equivalente a los macarrones o a las piruletas en la alimentación. O como mucho, sexo adolescente: peta-zetas y kit-kats. Estaba segura de que necesitaba madurar para tomarle gusto al sexo con chicos. De hecho, las escenas de sexo hombre-mujer que veía casualmente en la tele no me resultaban desagradables, me excitaban tanto o más que aquella escena de la peli porno de los padres de Laura. Pero ¿qué era exactamente lo que me excitaba? A los doce no había visto muchas escenas eróticas, quizá una veintena. Aparecían de improviso en algunas películas del sábado por la noche y me quedaba quieta, muy callada, al amparo del altísimo respaldo tapizado con minúsculas libélulas de mi silla, más consciente que nunca de la presencia de mis padres, sentados en el sofá, detrás de mi hermana y de mí, que también las veían. ¿No eran conscientes de la presencia de sus hijas de diez y doce años? Hacían como si nada y un duro silencio

plagado de aristas crecía en el comedor. Yo aguantaba la respiración para llenarme de él, porque hasta cierto punto era un silencio excluyente y eso lo hacía doloroso. Pero al mismo tiempo concentraba toda mi atención en grabar la escena de la película. No solo los dos personajes besándose o tocándose, no. También la ambientación. Eso era lo excitante, imaginarme a mí misma en las mismas circunstancias con aquella mujer, porque yo casi siempre asumía el papel del hombre. Las *Liaisons dangereuses*, por ejemplo. Un icono que recreé noche tras noche durante años. Yo era el vizconde de Valmont colándome en la habitación de la deliciosa Cécile de Volanges, convenciéndola de la necesaria profanación de su inocencia, saciando mis deseos en su carne virgen e inexperta, aunque receptiva sobre todo al placer que yo era capaz de darle. Reconstruía la escena en la oscuridad de mi propio cuarto una y mil veces, recreándola, añadiéndole variaciones. Las sábanas blancas y crujientes, la delicada y transparente tela de los camisones, el terciopelo granate de un baldaquín, la cabellera rubia de Uma Thurman y sus labios entreabiertos que yo forzaba con mi lengua fina y experimentada, o bien la negra y ondulada melena de mi profesora de inglés y sus pechos en forma de castañuela gigante, agitados por su respiración entrecortada, anchos y blandos bajo una blusa amarilla como la que llevaba aquella mañana en clase, pero más larga, hasta los tobillos, y yo levantándole la blusa con una mano y hundiéndosela en la entrepierna. Lo mismo hacía con Michelle Pfeiffer en el papel de madame de Tourvel o con Vanessa, que había llegado nueva a la escuela a mitad de curso, insegura y preciosa, y se sentaba a mi lado. Y así con muchas otras mujeres y películas.

28

No soy una adicta al sexo, aunque pienso en sexo muchas veces al día. Pienso en escenas de sexo, pienso en cómo sería tener sexo con mujeres que me cruzo por la calle y me resultan atractivas, me masturbo casi cada noche y no acostumbro a pasar más de dos o tres meses sin una amante. El sexo me aleja de la muerte. Aun así, no me acerca a la vida. Entonces ¿qué? ¿Para qué? Tras pensarlo unos minutos he llegado a la conclusión de que el sexo me mantiene presente y a salvo en un espacio inconsciente, pero reconfortante. ¿Qué necesidad tengo de estar allí? Lo desconozco. No es que quiera morirme, ¡es que debo morir! Es mi certeza. La vida pertenece a los demás, siempre lo ha hecho. Estoy aquí y veo que pasa, la vida pasa por las vidas de los demás, es un espejismo real e inabarcable que fluye a través de las vidas de los demás, llenándolas como agua, maximizándolas como papadas. Que me haya tocado a mí es un accidente. No un accidente porfídico, ahora ya no, sino lógico en un sentido neoescolástico. Mi vida es un accidente predicable, violador. No define mi existencia ontológicamente, sino que la ocupa como patrullas, se fortalece en ella y me absolutiza. Autojustificada, me destruye. Pienso mucho en sexo, pero también pienso en alturas, en vías de tren, en Gillettes, navajas suizas y cuchillos de cocina, en barbitúricos, en piscinas y en bañeras, en ácidos, psicópatas, atracadores, banderas y semáforos rojos. Pienso en autopistas, en direcciones contrarias, puentes elevados, tiestos que caen, perros rabiosos, serpientes de cascabel. Pienso mucho en ataques terroristas, en errores médicos, en jeringuillas llenas de oxígeno, desprendimientos imprevistos, aludes provocados, simas y pozos escondidos. Pienso en huevos caducados, en exceso de alcohol, en

trampas de ciervo, ratas nocturnas, escalones gastados, minas antiguas, vecinos tarados, balas perdidas, radiografías de cráneo, calambres en altamar, tiburones despistados. Pienso en eso mientras tolero al enemigo, mi kamikaze instruida, impaciente y vejadora como levadura.

29

Mi inconsciente tiene un gran instinto de vida y es extraño, porque con frecuencia los sueños me ponen en situaciones de extremo peligro. En mis sueños la muerte se concreta en animales planos y alargados, como por ejemplo serpientes, cocodrilos o escorpiones, aunque últimamente no paro de encontrarme asesinos en serie, locos equipados con sierras mecánicas, sogas de colgar, armas de fuego de todo calibre y juegos de cuchillos enrollados en esteras como los de los concursantes de Top Chef. También frecuento escenarios en pleno desastre natural, sobre todo inundaciones y volcanes en erupción. ¡Y eso me pasa casi cada noche! Cuando sueño se me activa una segunda conciencia que trabaja a pleno rendimiento y me inspira la certeza de que mi estar-allí no es del todo real, que en realidad estoy durmiendo y que por tanto puedo actuar de forma inhabitual, imprevista. Al menos eso es lo que desea mi primera conciencia, lo sé porque lo piensa. Por otro lado mi presencia en los sueños es de una nitidez y una simplicidad inauditas, como en una ilustración medieval de un incunable de la Biblioteca Británica con colores primarios purísimos, el cuerpo hierático e invisible, el rostro rígido, casi egipcio, pero abierto gracias a los ojos, que nunca han sido tan grandes, y también gracias a las manos, los dos dedos de endilgar los óvulos coño adentro alzados en advertencia, como un ángel adulto, ¡o los pies!, descalzos a pocos centímetros de la enorme cabeza de serpiente. Pienso: ¡Estira el pie! ¡Pisa al crótalo! Pon la mano en la sopera como una Cleopatra recién aterrizada en el siglo XIX, en su casita blanca y verde de alquiler en Chantilly. Pero no hay forma de hacerme caso, soy una hija desobediente de mí misma, odiosa hasta invocar el aborto. ¡Detente!, me ordeno. ¡Enfréntate al hombre de los pantis en la cabeza! ¡Dale

una patada en los cojones mientras le enseñas la yugular y dejas que la sierra te la funda como mantequilla! ¡O siéntate en esta piedra y deja que la lava te cueza el culo! ¡Hazlo! ¡Prueba la muerte y así sabrás! Sabrás qué coño es lo que no te deja dar el paso. La inminencia no es sino la zanahoria con que el futuro se nos asegura. Caigo en ella constantemente. La persigo, porque en el fondo la libertad de la muerte es un eslogan muy bueno y me encantan los eslóganes. Soy una humana lista, tan lista que no puedo esperar, aunque un segundito de nada siempre es tentador. Y así pasan los días, mi vida representada se encoge como orugas y avanza. No tan real como las demás, claro, sino sumergida como la tripulación de un submarino de guerra, siempre al quite, siempre a la espera. Aun así hace como las demás y soy yo quien, incrédula, la vive y la alimenta. Tengo un instinto de conservación tan acusado que podría haber sido científica. Y de paso, pillar una fiebre hemorrágica.

30

Era una mujer. Me refiero a que era una dermatóloga, no un dermatólogo. No era guapa, pero el sol de la mañana entraba por las altas ventanas a su espalda con tanta potencia que casi la atravesaba, y eso amplificaba su humanidad y la revestía de una belleza que sin duda no tenía fuera de la consulta. Acababa de dejar al lado del ordenador un vasito de plástico con restos de crema de café en los bordes y me pareció que su lengua también tenía aquella intoxicada amarillez de después de beber café. Yo era la primera paciente del día. Había llegado un poco antes de las ocho y había estado releyendo a Kierkegaard sola en la sala de espera, preparándome. Me hizo pasar con puntualidad. Era más joven que yo y la bata de médico se veía muy nueva y le quedaba un poco ancha. Al lado del fregadero había una plantita con un par de capullos a punto de abrirse. Seguramente lo harían durante la mañana. Me sonrió y todo ello, su juventud, la bata grande, la plantita, la sonrisa, me hizo sentirme culpable. ¿De verdad debía agriarle el día a aquella doctora? Era amable. Quizá sería su primer caso de melanoma diagnosticado en primera visita y a primera vista en una mujer tan joven como yo. Ahora mi lunar tenía más aspecto de cometa que de lunar, un cometa oscuro con un potente rastro de partículas encendidas en la cola. Sus rémoras se habían reproducido de tal forma que el conjunto del lunar parecía haber cambiado de posición, ascendiendo unos centímetros por mi vientre. Según los cálculos de mamá, ahora mismo debía haber como mínimo un par de colonias de células malignas arraigadas en algún brillante órgano de mi interior. No me angustiaba no padecer ningún síntoma, estaba convencida de que no tardarían en aparecer, en cuanto el diagnóstico se confirmase. Esperaba llegar tarde para cualquier

tratamiento, era mejor una evolución fugaz, un desenlace previsible. «Bueno, ¿en qué te puedo ayudar?», preguntó mirándome a los ojos. Los suyos eran castaños y centelleaban como si su cráneo fuese una calabaza y en ella hubiese una vela encendida de llama titilante. ¿Cómo podía hacerle entender que no podía ayudarme? ¿Sin herirla? ¿Sin apagarle aquella bonita llama de vida e inconstancia? ¿A ella? ¿La vocación personificada? ¿Con su túnica blanca y el aura de Madonna Sixtina que la intensa claridad filtrada por las persianas pintaba a su alrededor? ¿Realmente tenía que hacerle aquello? ¿Aquella mañana luminosa capaz de hacer estallar capullos? Definitivamente no, no sería yo quien le hiciese derramar una lágrima. «Mi médico de cabecera me aconsejó que me hiciese mirar algunos lunares», dije con inocencia. «Pues vamos a echarles un vistazo», propuso levantándose de la silla. Siguiendo una indicación de su mano me dirigí hacia la camilla. «¿Por dónde empezamos?», preguntó animada. Lo habría expresado en el mismo tono si nos hubiésemos encontrado para probar el menú de boda. No era guapa, y ahora que había escapado del arco de influencia directa de la luz, toda ella se había apagado un poco. Pero tenía unas maneras muy agradables, reconfortantes. «Son estas de aquí», contesté desenrollándome el fular verde con picos de pato naranja que llevaba al cuello y desbocándome un poco la camiseta. Hay que decir que tengo un escote poco convencional, herencia directa de mamá, con ocho lunares rojo oscuro de diversas medidas e indefinidos contornos. Lo cierto es que son unos lunares poco agraciados. Tres de ellos están agrupados en una especie de primitiva constelación en forma de triángulo puntiagudo situado en la base del cuello, un poco a la izquierda. Los otros cinco es como si alguien los hubiese volcado de un cubilete y hubiesen caído desparramados. Aunque no ofrecían muy buen aspecto, los tenía desde los diez años y sabía a ciencia cierta que eran inofensivos. Mamá me los había hecho mirar en la privada, claro, y el dermatólogo había asegurado que convivirían pacíficamente conmigo hasta el último día de mi vida. La dermatóloga acercó las manos a mi escote. Las dos manos. Unos cuantos dedos se posaron en él con una suavidad de hidroavión. La imaginé en la cama tocándome de aquella manera

concentrada y sutil, decidida y experta. Sus dedos rondaban mis lunares como animales curiosos en torno a un intruso de una especie desconocida. Estiraban un poco la piel, la soltaban, palpaban con cuidado la superficie granulosa de los lunares… Un segundo. ¿De verdad me palpaba los lunares? ¿Sin guantes? ¡Sí, sí, me los palpaba! Eso sí que me dejó de piedra, ni yo me los tocaba tan a conciencia. Mis lunares eran más bien desagradables, ¿acaso no lo veía? Mi hermana me había martirizado gran parte de la infancia diciéndome que no me querría nunca nadie con aquellas manchas que terminarían volviéndose peludas y grandes como las de las vacas, que solo se enamorarían de mí si iba con jersey de cuello alto, pero que cuando descubriesen mi secreto huirían y me quedaría sola. Sola para siempre. «Solo puedes hacerte monja», aseguraba seria. Ahora pienso que quizá lo creía de verdad. Infravalorado dolor infantil. Sus palabras me recomieron los hígados hasta que un día empezaron a salirle lunares a ella, en la parte interna de los brazos, y más rojos y abultados que los míos. Durante unos meses creí en el poder de la mente, ¡había conseguido contagiárselos! ¡Ah! ¡Qué felicidad el día que sus lunares alcanzaron el tamaño de los míos y siguieron creciendo hasta casi duplicarlos! A su lado los míos parecían tímidas vietnamitas. En cambio, los suyos se erigían sobre la piel, más rosada que la mía, como extraños castillos de arena rojiza absolutamente deshechos. Un verano empezaron a pelársele. Estábamos sentadas en las toallas al lado de la piscina, jugando a cartas, cuando me di cuenta y grité: «¡Mira!». Señalaba el lunar más grande, recubierto de una especie de azúcar glas. Fue corriendo a mamá, que la tranquilizó y le dijo que volverían al médico. El médico ratificó su diagnóstico de absoluta inocuidad. Sin embargo, durante la adolescencia ella se los hizo quitar. Al parecer, por motivos psicológicos. Yo, por motivos parecidos, decidí conservar los míos. Y ahora estaba allí, dispuesta a utilizarlos. La dermatóloga acercó una lupa luminosa a mi escote y se pegó a ella un buen rato, su cara a pocos centímetros de mi pecho, mi cara completamente hacia atrás para molestarla lo menos posible. Notaba su respiración, cómo extraía oxígeno de los poros de mi piel para devolvérselo convertido en dióxido de carbono, caliente y

cargado de los virus endémicos de su árbol bronquial. Pensé que aquel tipo de exploraciones eran tan contaminantes como un intercambio carnal. «Estos lunares no deben preocuparte», dijo al cabo de un rato. Se había apartado de mi escote, pero seguía sentada delante de mí, en el taburete giratorio, con las piernas abiertas y ganas de ir al grano. «¿Qué te parece si aprovechamos que estás aquí para echar una ojeadita general?» ¿Ojeadita general? Esos no eran términos médicos. Aquella mujer me caía tan bien que no merecía descubrirme un cáncer. «Vamos, quítate la camiseta, te miraré la espalda.» Era sospechoso negarse, así que pensé en arremangarme la camiseta y plegarme sobre mí misma protegiendo mi secreto como un recién nacido, dejarla jugar un ratito con la lupa, vestirme con pudor y huir de allí antes de que fuese demasiado tarde. Me refiero a demasiado tarde para ella, para su candidez probablemente intacta. Hice lo que sugería y descartó complicaciones en los lunares de la espalda. «Tienes muchos, pero son perfectamente normales», aseguró. Perfectamente normales. Si los lunares de mi espalda habían logrado sin cuestionarse aquel grado tan antinatural de permanencia, ¿por qué no yo? «¿A ver la barriga?» ¿Qué barriga? Me volví hacia ella. Era evidente que debía hacer algún comentario sobre mi melanoma antes de que me tomase por idiota, era intolerable parecerle idiota a una mujer que no fuese mamá o mi hermana. «Hace tiempo que tengo este lunar tan especial, pero no me produce ninguna molestia.» ¿Especial? Las ocho de la mañana es la hora de los argumentos idiotas. De forma que al final no había podido escaquearme. Me sabía mal por ella, no le quedaba más remedio que hacer el diagnóstico y derivarme. Centré mi atención en la plantita. ¿La regaría ella misma o lo haría el personal de limpieza? Parecía una violeta africana, tenía las hojas rígidas, carnosas y cubiertas de una pelusilla casi púber, los capullos claros y duros como huesos de cereza. «¿Esto?», dijo ella palpando la piel en torno al lunar y acercando la lupa. Sí, pensé intentando hacer estallar las flores a distancia. «Esto no es nada, de todas formas tienes que controlártelo, como todos los demás, al menos una vez cada uno o dos años.» Dejé caer el cráneo hacia delante, clavando los ojos en la barriga, y señalé con el dedo índice mi lunar estrella fugaz plagado de rémoras negras

claramente cancerosas. «¿Esto no es nada?» No podía creérmelo. «No. ¡Qué va! Aunque si por motivos estéticos no te gustase, puedo pedirte hora para extirparlo.» Entonces fue mi cabeza la que de golpe se atiborró por dentro de flores lilas, rosadas y azules.

31

La conocí en la universidad, en el claustro de la facultad de Filología. Había entrado allí a leer un rato porque era el único lugar tranquilo, recluido y gratuito que había cerca de casa. Ella había ido allí a colgar unos carteles de propaganda de una exposición fotográfica, donde mostraba lo mejor de su obra hasta aquel momento en que acababa de comprar una cámara profesional. Pero lo tenía, tenía el genio para extraer belleza del mundo incluso con una cámara de plástico de payaso. Y no solo eso, su arte poseía la capacidad nada habitual de generar reglas. Sus fotos sobre Barcelona, París o Normandía, por ejemplo, constituían nuevas maneras de entender la fotografía, eran una constante recreación de espacios reales, piadosas e intensas como vírgenes, sutiles aportaciones de novedad en el mundo. Era Roxanne y vivía en un fabuloso y loco absoluto del que formé parte durante un tiempo. Cuando trabajaba toda ella se convertía en aquel absoluto, y eso era lo que más me atraía de ella, esa nuclear y rompedora intimidad que lograba evidenciar y sostener con su arte, con su obra. Ahora me doy cuenta de que fue la primera mujer a la que amé. «¿Te ayudo?», le pregunté aquella mañana. Me miró del todo consciente de lo que terminaría pasando entre nosotras. Tenía la nariz, los pómulos y los labios ligeramente respingones, como si les molestase y a la vez les divirtiese la absoluta vulgaridad de la humanidad en general, con la que se veía obligada a convivir. Contraataqué con un alzamiento de ceja y un abrir los labios lleno de suficiencia, un gesto que cuando era pequeña sacaba de quicio a mamá, quien decía que no se podía ir por el mundo con tan solo diez o doce o quince años y aquellos humos. La verdad es que la primera vez que me cantó las cuarenta no tenía ni idea de qué me hablaba, pero a fuerza de recibir broncas me percaté

de que aquel gesto, que no era más que un arranque de interés por alguna cosa o persona, podía traducirse como una actitud de superioridad hacia los demás, sobre todo los adultos. «¿Te crees superior a todo el mundo o qué?» Mamá, en un restaurante de domingo. Yo ya había terminado mis medias raciones de *escudella* y ternera con setas. Me levanté para ir al lavabo y atravesé el comedor, repleto de mesas atiborradas de platos y personas muy diversas. Había mujeres con permanentes rubias en la cabeza. En casa eso no pasaba nunca, había que llevar el pelo siempre al natural, liso y con flequillo como un casco represivo. Papá no, claro, los peinados de hombre son como el sistema operativo de Apple, altamente compatibles con toda forma de vida. Cerca de la puerta de los lavabos hay una mesa con un matrimonio sosegado y tres hijos mayores, dos chicos y una chica. Conversan y ríen a la vez que intercambian porciones de comida con los tenedores. Los chicos son pura savia vital, delgados y de largas extremidades. La chica es preciosa. Lleva la cara maquillada de blanco, una doble raya negra en los ojos y los labios granates casi negros como las rosas del día de los difuntos. No he visto nunca unos labios tan impactantes, increíblemente aterciopelados y llenos, en cuya comisura había un poco de salsa rosa del pastel de pescado, tentadora como caramelo. A mí el pescado no me dice nada, pero con una chica como aquella mamá podría haberme convencido sin mayor dificultad. No tardo más de dos segundos en pasar por su lado y me basta para descubrir que lleva una mecha roja en el pelo. ¡Oh, tiene el pelo despeinado y artificial! Entro en el lavabo y me masturbo con frenesí. Con tan solo quince años y con toda la tarde de domingo por delante, ¡aún falta tanto para los dieciocho! Cuando regreso a nuestra mesa mamá luce una cara más avinagrada que de costumbre. «¿Te crees superior a todo el mundo o qué?» «¿Dónde crees que vas con esos humos?», eso lo dice papá. Oh, no. Miro a papá, ¿le han abducido? Él no habla nunca así, de hecho habla muy poco conmigo, solo «Cepíllate los dientes» y «Buenas noches». Mamá tiene poca credibilidad, pero papá… papá hace dudar. Aquella mañana dediqué la misma expresión a Roxanne y me sonrió. Tenía los dientes bonitos, blancos y ordenados como espaldas de novicias.

32

Quiero otra hermana y sé cómo hacerlo. El deseo de tener una nueva hermana es repentino e intenso. A los doce años las cosas se desean y basta, incluida una hermana, es ahora cuando me pregunto por qué. ¿De dónde nacía ese anhelo? ¿De qué carencia, o de la necesidad de qué carencia? La verdad es que tenía a mis padres muy encima, sobre todo a mamá, y respirar con una madre sentada en las costillas es difícil para una niña. Mi hermana y yo nos llevamos pocos años y ella se encuentra en la misma situación, debajo de mí, recibiendo una presión parecida, pero una nueva hermana… ¡Una nueva hermana sería un nuevo flanco! Voy derecha al dormitorio de mis padres. Es una habitación especial, mucho más especial que la habitación de unos padres cualesquiera. Mamá tiene un largo historial de migrañas y depresión y padece insomnio crónico. Y los vecinos de arriba, que son un matrimonio de abuelos, le hacen la vida imposible con sus zapatillas. Es la pura verdad, llevar las zapatillas en chancleta es como caminar con zapatos de claqué. Además, se ve que los abuelos no paran de mover sillas. «Pero ¿qué coño hacen?», exclama mamá. «Estarán barriendo», supone papá. «¿Tres cuartos de hora para barrer bajo la mesa?» Mamá termina llorando histérica, y papá, forzado al límite de su resistencia, se va a comprar zapatillas con la suela de paño, dos pares de talla pequeña de abuelo. También compra adhesivos de fieltro para las patas de las sillas. Sí, sí, todo pagado de su bolsillo. Después hace una visita sorpresa a los abuelos, les calza las zapatillas y pega cuadraditos de fieltro en las patas de todas las sillas. Aún hoy me es imposible imaginar la conversación, la cara que debían poner los abuelos. Viene una semana de paz y tranquilidad, pero a los abuelos no les terminan de convencer las zapatillas nuevas, tienen la

suela fría, y los adhesivos de fieltro no soportan la imperceptible pero constante erosión diaria y se despegan. Vuelve el suplicio. Mamá está desequilibrada y descansa a todas horas. Mi hermana y yo recibimos órdenes estrictas de papá de no romper el silencio bajo amenaza de mandarnos a un internado. A mí la idea del internado me hace mucha gracia, soy una devoradora de los libros de Puck y nada me gustaría más que cambiar mi casa por un internado. Estoy tan ilusionada que convenzo a mi hermana de que nos peleemos más que nunca. Pero papá no cumple sus amenazas y termino perdiendo la confianza ciega que le tenía. Aun así, papá tiene muchas otras cualidades. Perfil de agente secreto o inventor, dotado de una increíble capacidad de recuperación y de adaptación al cambio. Como no teme llevar a cabo sus planes más estrambóticos, idea un plan infalible: convertir la habitación de matrimonio en un cuarto insonorizado. Mi hermana y yo no dábamos crédito. Los operarios reventaron la habitación y la empequeñecieron con espumas y materiales aislantes de texturas impensables. Paredes, techos, suelos, y aun la puerta y el interior de los armarios empotrados, ¡lo forraron todo! Después una decoradora hace tapizar las paredes y las deja tensas y brillantes como el interior de un estuche de joyería. Se añaden los enchufes, el somier, el colchón, las mesillas, las lámparas, las cortinas y la cómoda. ¡Y un suelo de moqueta! Mis padres entran allí descalzos, pero mi hermana y yo tenemos el acceso rigurosamente restringido y lo encontramos injusto, seguro que es agradabilísimo pisar la moqueta, que es preciosa, tupida y verde como hierba. Basta con mirarla desde la puerta para que me entren unas ganas irreprimibles de caminar sobre ella. Pero está hecha de unas fibras muy puñeteras donde la pisada queda impresa de un verde más oscuro y de la talla de pie exacta. En una ocasión intenté andar sobre las pisadas de mis padres pero no lo conseguí, las mías se veían más claritas dentro de las de ellos. ¡Maldita moqueta!, la nieve es mucho más discreta. Mamá descubrió mi profanación de su espacio sagrado y me sometió a un interrogatorio. Los interrogatorios de mamá son de sociópata, suaves y diabólicos, y hacen que me sienta culpable. Sabe cómo abrir la puerta interior que da al vacío existencial y sus insultos de mamá, aunque insignificantes,

son suficientes para empujarte y hacerte caer en él. En cualquier caso hoy tengo doce años y he descubierto el método que puede burlar su instintiva vigilancia: las bolsas de plástico. ¡Bolsas de plástico! Descubrí que mamá las utilizaba cuando tenía que entrar deprisa y corriendo en su habitación a buscar algo y ya llevaba puestas las botas de salir a la calle. Una bolsa de súper en cada bota y se deslizaba por la moqueta sin dejar rastro en ella. Esta tarde hago exactamente lo mismo. Me calzo una bolsa en cada pie y me desplazo en silencio, como por una superficie de hielo, hacia el armario. En su interior, en el tercer anaquel a mano izquierda, está el costurero. Es una especie de cesta de picnic forrada de espuma con un estampado de rosas y volantes en la tapa. Lo dejo sobre la cama, lo abro y busco la cajita no de los alfileres, sino la de las agujas de coser, que son más finas. Mamá siempre ha sido una mujer muy ordenada, pero en el costurero hay un desorden increíble. Es un nido de cintas métricas y vetas blancas enroscadas, ¡seguro que soñaré con serpientes! Aparto las cajitas inútiles de botones, mamá es una gran coleccionista de botones, antes de desprenderse de la ropa vieja suele entretenerse quitándole los botones. ¿Por qué lo hace? Debe de ser un instinto acumulativo heredado. También colecciona bobinas de hilo Gütermann de todos los colores. La mayoría son nuevas, porque acostumbra a comprar la bobina del color exacto de la pieza de tela que tiene que zurcir, aunque sea un calcetín. Ahora entiendo que aquel costurero inocente era en realidad una caja fuerte, cada bobina de hilo vale una pequeña fortuna. Después de mucho hurgar desentierro un tubo de agujas camuflado en una maraña de calcetines divorciados y extraigo la aguja más fina. Guardo el costurero en su sitio, cierro la puerta del armario y me agacho frente a la mesilla de noche de papá. Tengo los nervios a flor de piel. No, en realidad tengo los nervios como una acelerada secuencia de imágenes del crecimiento de una planta, empezando por la simiente hasta convertirse en una floresta, una sorprendente y simultánea eclosión de millones de brotes en la zona del plexo solar. ¡Bum!, de cero a millones en décimas de segundo. Siento que los nervios buscan su propio espacio, cierta comodidad, provocando en mi interior una gran maraña de raíces,

troncos, ramas y hojarasca. Así es como me siento al arrodillarme frente a la mesilla de noche de papá, aquel pequeño altar intocable. Pero tienen que estar allí, por fuerza. Abro el cajoncito. Una ringlera de calzoncillos blancos Abanderado, doblados y ordenados como mis braguitas. Palpo las tres pilas delanteras y después tanteo detrás, pilas de calzoncillos parecidos seguramente más viejos y más gastados, igual que en mi cajón de las braguitas, aunque a mí las braguitas de detrás me quedan pequeñas, mamá solo las conserva para casos de emergencia. Cierro el cajón. La madera maciza se desliza por las guías como una solicitud de silencio y termina en seco. Abro las dos puertas de debajo, que evocan un sagrario con sus pomos como balanceantes pendientes de hierro. Dentro, un montón de cosas desconocidas. Una caja de cartón durísimo con la palabra *Duward* inscrita en la tapa con letras negras, el cartón de las aristas está gastado y es suave como piel de albaricoque. Dentro no hay nada. Detrás de la caja toco un pliego de papeles, y justo al lado, un vacío que barro con los dedos. Pienso que es extraño hallar un vacío en un armario tan pequeño, pero me da igual porque al fondo a la derecha está lo que busco: una cajita forrada de plástico. Al tocarla el plástico cruje como el envoltorio de un paquete de galletas. Sé que es eso antes de sacarla. La agarro con una mano y la miro bien. Es una caja rojo brillante donde destacan las palabras *Durex* y *24 unidades*. El corazón me golpea como un puño. Abro la caja y saco una funda de plástico metalizada con letras impresas. ¡Tengo en las manos los condones de papá! Están ahí dentro, dos condones, uno arriba y otro abajo, aislados por una línea de puntitos, como analgésicos gigantescos. Cojo la aguja y la clavo con lentitud en el centro de la funda hasta que la cabeza sale por el otro lado. Queda un agujero pequeño pero visible. Aplasto el plástico con un dedo hasta que la incisión es casi imperceptible. Trago la saliva que se me ha acumulado en la boca y repito la maniobra con el otro condón. Querría hacer lo mismo con todos los de la caja, pero podrían descubrirme, debería ser suficiente con esos dos. Procuro dejarlo todo tal como estaba y salgo de la habitación. En la cocina abro el armarito de los desperdicios (en casa todo está bien guardado en armaritos) y hundo las manos en la basura, entro en contacto con los restos

húmedos del almuerzo, busco un sustrato donde camuflar la aguja de coser y las bolsas de plástico, y rezo para que no pase lo que pasó aquel día en que mamá perdió el anillo de casada y no lo encontraba en ninguna parte. Al final papá montó una especie de top manta con papel de periódico en el suelo de la galería, se puso los guantes de fregar los platos y se dedicó a extraer la basura por capas. Había restos de comida pegados a plásticos, papeles húmedos, bolas extrañas, compresas de mamá y espaguetis de la cena, todo mezclado. Me daba asco, pero era incapaz de dejar de mirarlo. Los espaguetis eran míos. Fue una imagen perturbadora, como la de un documental donde salía una foca pequeña medio digerida en el estómago de un tiburón que había aparecido muerto en una playa. Papá estuvo fantástico, ningún comentario, la cabeza clara y las manos firmes. Pero ni rastro del anillo, que apareció insospechadamente días más tarde en el bolsillo de la bata de ir por casa de mamá. Lo que a mí me preocupa es si puede pasar lo mismo hoy que he tirado las bolsas y la aguja de coser en la basura. Porque una aguja es un objeto sin importancia, pero encontrar objetos sin importancia en lugares no pertinentes es un claro indicio de algo turbio. Pienso que no pasará, pienso que no y rezo el padrenuestro, el avemaría, el creo en un dios y las bienaventuranzas.

33

Tiempo después de haberla dejado, Roxanne se abrió las venas. Se las abrió en canal, como hace una pescadera con el vientre de una lubina, pero con cortes limpios de una extrema finura, sin drama. A pesar de todo, la encontraron a tiempo y la salvaron, la llenaron de sangre que otras personas habían donado pensando en todo tipo de gente menos en suicidas y la devolvieron a su familia marsellesa. Lo supe más tarde. Y al saberlo pensé que era la única vez que me había apartado de una mujer porque el mero hecho de estar con ella me hacía sentir infrahumana, un modelo de yeso a partir del cual ella elaboraba su vida con plenitud, abierta al exterior, con la sencillez y la elegancia de un Courbet, con la misma belleza superada, pura como una mañana completamente celeste. *Bonjour, mademoiselle Roxanne. Comment allez-vous?* Te saluda la espigadora de manos peludas y espalda resistente, toda yo una acumulación de sangre en la cabeza, la nariz atiborrada de palpitantes arañas rojas y mi futuro, un cráneo que pisoteo matando rastrojo. Los antebrazos blanquísimos de Roxanne aún ahora atacan mi memoria en momentos inverosímiles. Cuando de un día para otro desaparecen de las rotondas los ramos marchitos de prímulas y en su lugar se alzan tulipanes de cabezas blancas y rojas. Cuando bajo a comprar al súper a última hora del sábado y las largas neveras de la carne están frías y vacías, pero siguen iluminadas. Cuando una nube se mueve sin desplazarse como si en su interior alguien hiciese el amor a escondidas de los demás. Cuando voy a nadar a la piscina y aún nadie ha roto el agua. La impotencia, la ligereza, la vacuidad y la perfección me recuerdan a Roxanne y sus antebrazos, cuando aún eran antebrazos sin indicios de ninguna historia.

34

30 de diciembre. Son las once y media de la noche en la planta infantil de la Vall d'Hebron. Hace diez días que mi sobrina de seis años está ingresada allí por una uveítis biocular severa. Todo empezó como una conjuntivitis inofensiva. La pediatra dijo que no era nada y le recetó un colirio. Al cabo de tres días mi sobrina tenía los ojos inyectados de sangre, llegó a derramar literalmente lágrimas de sangre. Después, ceguera absoluta. Mi hermana pasaba todo el día en el hospital velando a la niña, con el bebé de tres meses pegado al pecho: soy incapaz de entender cómo ha podido hacerse cargo de su vida durante los periodos en que los embarazos y la lactancia le han impedido medicarse. Su marido es ingeniero y estaba de viaje en Shanghái, no regresaría hasta al cabo de tres semanas. «¿Quieres que te cuente cosas, tía?», me pregunta mi sobrina desde la cama. Se llama Clàudia, y hace tres días he descubierto que es una persona extraordinaria. Lástima de los padres. Una excepcionalidad obligada a crecer bajo una campana de cristal negro. Al principio mi hermana no se movía de su lado, pero pronto se le agotaron las fuerzas. Mamá, siendo los hospitales su destino preferido, tomó el relevo con ganas. Aun así, renunció a ello al cabo de dos días. Clàudia era agradecida, pero no tanto como el colchón Hästens relleno de crin de caballo que la esperaba en casa. De modo que me convertí en su sustituta. La primera noche no dormí nada. La segunda noche mi cuerpo tomó el mando y me obligó a dormir, una suerte de sueño inducido, violento como una pedrada. La tercera noche llevó a cabo la digestión de mi persona. El hospital asimila el cuerpo y las ruinas del alma del acompañante en su organismo perfecto y el mundo exterior no tarda en quedar olvidado. Si fuerzo un poco el cuello veo las rondas desde la

ventana de la habitación. De noche los coches que pasan parecen cometas con cola propulsados por inaccesibles desniveles emocionales. Creo que me lo parece porque el hospital genera un nuevo rasero sentimental, más comprensivo, con más matices. Clàudia es humanamente impecable. Su principal preocupación es cuidarme. No ve nada y el pronóstico es inseguro, los oftalmólogos desconocen la causa de la ceguera. Dicen que puede ser una infección, o quizá la consecuencia de una enfermedad reumática. Al parecer los ojos son como las articulaciones, susceptibles de artrosis. La verdad es que no me extraña nada, los ojos, como los codos y las rodillas, son unos grandes parachoques. Nos tranquilizan diciendo que han mandado muestras de sangre de la niña a la Unión Europea. Imagino que en algún lugar aséptico de Bélgica o Alemania debe haber un edificio con un descomunal fondo de virus y bacterias, una especie de bacterioteca de acceso restringido. Por cómo nos lo explican me percato de que los médicos creen que las palabras «Unión Europea» son un filtro mágico capaz de calmar los nervios de padres y madres, pero conmigo no ha funcionado. El tercer día de mi estancia en el hospital pido unos cuantos días de asuntos personales y me comprometo a trabajar como nunca desde la sala de juegos de la planta infantil. Por la noche no hay nadie, es un lugar tranquilo lleno de muñecos mutilados que me miran, y eso es agradable, relativiza la soledad. Los hospitales siempre me han parecido acogedores, quizá porque hay personal despierto a todas horas, guardianes de la actividad nocturna que hacen que una se sienta a salvo en su cueva. Mi hermana viene un rato cada mañana y cada tarde, casi siempre con mamá. Tiene ojeras y está pálida, no exactamente blanca, sino más bien descolorida, con una transparentada grisura muscular. Mamá, en cambio, está espléndida. Tiene la piel radiante e inagotables temas de conversación. El hospital es su salsa, un estado de excepción parecido al preludio de un orgasmo. Hoy mi hermana me ha dicho que está pensando iniciar un tratamiento de ansiolíticos, pero que quizá esperará un poco porque el bebé aún mama y ella quiere ser una buena madre. Le digo que la bondad o la maldad son términos relativos ante un imperativo como el amor de madre. Le digo que los hijos son pequeños depósitos de

incondicionalidad y que el amor es un absoluto no susceptible de modificación por los métodos de lactancia. Su propia supervivencia es una necesidad anterior a la de los hijos, de lo contrario no sería posible asegurarles la vida. Pero ella no me escucha, está convencida de que ha hecho algo mal y de que ahora su hija mayor paga las consecuencias. Su culpabilidad es aniquiladora. Hace días que no come y tiene los lagrimales rendidos. Juro por todos los dioses no tener hijos, lo juro cien y mil veces. Lo necesito. En pocos días mi hermana ha abandonado todos sus preceptos de vida sana, como si en realidad no hubiesen sido sino una forma de distraerse, como si el ecologismo fuese la falsa llave de una seguridad relativa. Tener una hija ingresada con ceguera absoluta actúa como una alarma antiaérea: de repente la vida te estalla con violencia en la cabeza amplificando tanto su sentido como su ausencia. La tranquilizo asegurándole que me haré cargo de la niña hasta que le den el alta. Por la tarde me escapo a casa y pongo ropa, libros y un neceser en la maleta. Después me instalo en una horrenda butaca de escay junto a la cama de Clàudia. Ella dibuja con los ojos cerrados y me pregunta si lo hace bien. Dibuja árboles lilas cargados de manzanas amarillas que huyen de la copa y suben al cielo en líneas torcidas. Le aseguro que es un dibujo precioso, la envidia de Van Gogh, seguro. Clàudia ríe levantando el rostro como lo haría una niña ciega definitiva y yo le prometo que le guardaré los dibujos para cuando los pueda ver. Entonces su sonrisa me origina unas lágrimas repentinas, calientes y gordas, fantasmas de indómitos y desconocidos antepasados que me escuecen en las mejillas como metal candente. La aviso de que voy un momento al lavabo y lloro. Me lloro encima sin quererlo ni querer evitarlo. Estoy segura de que centenares de madres se han desplomado en este lavabo. Pero no lloro por Clàudia, ni creo llorar por mí. Lloro como llora el exceso de azúcar la fruta colgada demasiado tiempo en el árbol. Me fundo. Me abandono. Me transformo poco a poco en un despojo lleno de huesos. Cuando ya hace demasiado tiempo que estoy allí, me lavo la cara y vuelvo con ella. Clàudia busca mi brazo, baja la mano hasta encontrar la mía y me la aprieta con fuerza. «No llores, tía. ¿Quieres que pongamos la tele?» Me percato de que es la única

persona de mi mundo con quien puedo ser sincera. «Si quieres ponemos unos dibujos y te los cuento», le digo. Es un juego divertido, porque los dibujos se mueven rápido y eso me obliga a hablar aún más rápido. Ella se troncha de risa. Cada hora en punto le aplico tres colirios diferentes en cada ojo. Noche y día. Es la labor de las enfermeras, pero ya se han equivocado unas cuantas veces y he exigido que me lo dejasen hacer. Me extraña que siempre tenga las pupilas dilatadas por las gotas y no sea capaz de ver. Mira como un gato nocturno desconcertado, sin quejarse. Solo pierde el control cuando vienen a sacarle sangre. Los pinchazos la aterran y la enfermera de las extracciones es una mujer sádica. Me he dado cuenta de que el personal médico suele mentir mucho. No a los adultos, sino a los niños, y eso causa niños aterrados, privados por completo de confianza. Yo insisto en que le digan la verdad. «Vamos, un pinchacito y ya está, será el último, no vendré nunca más», dice la mujer sádica. Miente, aún la pinchará dos veces más y al día siguiente volverá a hacerlo. «No te dolerá», mienten. Clàudia me mira sin ver, me implora una verdad a la que aferrarse. «Te dolerá un poco, pero estoy a tu lado y pasará enseguida», le aseguro. Los médicos me miran como si hubiese enloquecido. Clàudia aprieta los labios y grita cuando la aguja atraviesa su carne en vertical y penetra lentamente en la vena, pero mantiene el brazo quieto con una voluntad que me admira, mientras con su pequeña mano tritura los huesos de la mía. Después me confiesa que las manos de la otra enfermera que le aguantaba los tobillos le han hecho aún más daño que la aguja. La abrazo y me abraza. Creo que nunca me había sentido tan abrazada. Clàudia pega la oreja a mi pecho y me escucha el corazón, que percute aún más alentado por ella. Una canción hard rock de cuna me crece dentro y me agrieta el permafrost. Me rompo. Me rompo y no se me ocurre otra cosa que hundirme en el cabello de Clàudia, que es brillante y bonito incluso bajo el fluorescente de la habitación. Al día siguiente mi hermana viene sola. Ha dejado a Arlet con mamá en la sala de espera. Mamá está encantada de hacer de abuela con el público del hospital, un público poco exigente, castigado por una especie de tedio mucho peor que la enfermedad. Mi hermana me cuenta que ha iniciado un

doble tratamiento de antidepresivos y ansiolíticos. También toma pastillas para que se le corte la leche. Dice que los pechos le duelen y se los levanta como cuando éramos pequeñas y jugábamos a ser mujeres poniéndonos naranjas. Arlet es un bebé colaborador y acepta los biberones sin dificultad, y como la leche adaptada se digiere más despacio, también duerme más y «eso ayuda», dice mi hermana. Observo cómo interactúan ella y Clàudia. La niña es protectora y cada pequeño gesto de mi hermana es un gesto aprendido de madre, evidencia un infinito cuidado de su hija, pero inexplicablemente está fuera del ámbito real de la comunicación. Deseo que mi hermana vuelva a su casa, que me deje sola con Clàudia. Algunos deseos tienen un fundamento intolerable, son tan sucios como una carretada de abono, pero igual de nutritivos. Mi hermana levanta la mirada, me da las gracias y se marcha.

35

Son las once y media de la noche del 5 de enero. Acabo de decidir que en cuanto Clàudia recupere la vista acabaré. De una vez. Lo haré desde la azotea de casa. Abajo hay una pequeña zona comunitaria, pero en pleno invierno no hay peligro de aplastar a ninguna bestia humana inocente y se trata de un distrito moderno, por tanto, libre de gatos. Imagino el impacto, cúbico y denso. La apertura del cráneo, los pensamientos espesos avanzando por el pavimento como lava, huyendo de mí. Soy una mujer imperfecta, resistente como regaliz, arbustiva y molesta como una cuña de hueso de conejo incrustada entre dos muelas. Espero que alguien repare en mí antes de que los pájaros vean mis globos oculares. Los pájaros siempre me han causado una especie de terror ancestral, sus picos déspotas no admiten ningún sentimiento, y yo tengo sentimientos. Ahora mismo siento la calma de una mano entrando en mi vientre, el retorcimiento que me inflige, el dolor seco que crece hasta alcanzar la altura de un termitero. Siento el termitero dentro de mí, es una nube de polvo rojo y naranja, una tumba a punto de ponerse a andar. No pienso dejar ninguna nota. No quiero dejar ningún rastro de maldad. Hoy Clàudia está un poco mejor, parece que los ojos responden al tratamiento. Pero es un tratamiento curioso, ruda y agresiva mezcla de antibióticos y pastillas antirreumáticas que se han sacado de la manga en un desesperado intento de que funcione. La situación tiene algo de bíblico. Siento un terror parecido al de las semanas anteriores a la destrucción de todo un pueblo, pero como no puedo hacer nada al respecto me limito a aplicarle sin cesar las gotitas. Ahora sus ojos son grandes depósitos de espejo en el que ella ha empezado a provocar filtraciones, empapando y neutralizando la química adversa con una eficacia de subsuelo.

Cuando la miro veo un lago perdido en el fondo de sí mismo, un lago negro y cristalino. Ella aprende de él y yo desaprendo a través de ella, me alejo, subo y bajo escaleras de caracol que me llenan e intentan comunicarme algo. He caído en la cuenta de que me sé de memoria, me sé hasta el punto de empezar a reconocer a personas inexistentes que me complementan. Me sé como cualquier recorrido que conduzca a casa, como pasillos sin puertas, como barandas interminables. Me sé como un internamiento de décadas. Acabar y basta. Me noto el cuerpo asexuado, solemne y majestuosamente penoso, como una torre horadada de tristeza. Y siento a la humanidad entera dentro de mí, prensada, concentrada en un lugar del todo personal.

36

Día 10. Hace tres días que han dado de alta a Clàudia y ayer mi hermana las dejó, a ella y a Arlet, con mamá. Mamá preferiría ocuparse solo del bebé, pero cuida de Clàudia comprándole su merienda preferida de coca con piñones. Los bebés son enteramente dependientes y eso a mamá le causa una cruel satisfacción, de una crueldad disimulada, presente como un minutero. Clàudia ha recobrado la vista por completo. La inflamación fue tan grande que sus irises llegaron a adherirse a los cristalinos dejándole fijadas constelaciones secretas de su pigmento oscuro, casi negro. Solo puede descubrirlas un oftalmólogo en un cuarto oscuro y con una lente que parece un pequeño telescopio. De forma que Clàudia está bien. Cuando la miro veo un fino velo de felicidad sobre ella, una seda inherente, tal como observé en sus días de ceguera. Es una niña extraña, me recuerda a mí, pero en un polo contrario. Mi hermana ha ido al aeropuerto a recoger a su marido. Ha regresado porque tocaba. La gente como ellos puede digerir cualquier cosa, da igual que luego la realidad les penetre como un clavo la pared coralina del estómago, tienen tentáculos capaces de acomodarse a ella hasta un grado antinatural a fin de disimular la desgracia. A veces me parece que es posible hacer como ellos, vivir desangrada, cabalgar hasta el horizonte una tarde amarilla, como un muerto atado a una estaca.

37

Día 11. Hoy he sabido que la muerte es transferible.

38

Día 14. Papá llora. Mamá llora y parte de su llanto es de rencor. Arlet grita. Clàudia concentra su dolor en la palma de la mano y aprieta la mía como en una interminable extracción de sangre. El sacerdote es un sádico que osa pronunciar la palabra «resucitar». Eso es mucho peor que mentir. Me hundo en una suerte de océano particular. Joaquim y Cristina, escucho, padres ejemplares. Joaquim y Cristina, matrimonio feliz. La chica que toca el violín tiene ojeras de haberse pasado la noche de fiesta. El sonido del violín es correcto, insensible, acomodaticio. Papá agacha la cabeza como un hombre agacharía el cuerpo entero. Toda la sala tiene un olor verdoso de hojas duras y flores duras y frías. El suelo y sus sustratos milenarios de tristeza están cubiertos por una finísima tela de brillo. Pienso que la tristeza es una gran incógnita, que se halla a años luz del amor. La luz es irreal. Las ventanas son irreales. Las personas son una acumulación de vestidos y zapatos. Arlet chupa el chupete con una fuerza animal y el cochecito se mece de forma imperceptible al ritmo de su rabia. Clàudia me mira y dice tía. ¡Me las ha confiado! Aunque sea soltera, aunque sea lesbiana, aunque sea una suicida. Ahora la tía es una persona responsable. Esta mañana me he preparado un zumo de naranja y me lo he tomado junto con las pastillas. Sonrío sin llorar. Sonreír así funde el permafrost. Suena el violín. Las familias se cierran sobre sí mismas como ciudades asediadas. Pero es la vida, la salvaje que nos cerca y nos asedia.

Eva Baltasar (Barcelona, 1978) ha publicado diez poemarios reconocidos con distintos premios. *Permafrost* es su primera novela, ha sido traducida a varias lenguas y constituye la primera parte de un tríptico de próxima publicación en esta editorial. La autora vive una vida de simplicidad voluntaria en un pequeño pueblo.

Título original: *Permagel*

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© 2018, Eva Baltasar
© 2018, Club Editor 1959, S. L.
c/o SalmaiaLit Agencia Literaria
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2018, Nicole d'Amonville Alegría, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Nora Grosse
Fotografía de portada: © Thomas Rusch

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3515-1

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Permafrost

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Sobre este libro

Sobre Eva Baltasar

Créditos

Boulder

EVA BALTASAR

Traducción de
Nicole d'Amonville Alegría

LITERATURA RANDOM HOUSE

… su amor es un amor solitario.

CARSON MCCULLERS,
La balada del café triste

1

Quellón. Chiloé. Una noche hace muchos años. Las diez pasadas. Ni cielo ni vegetación ni océano. Sólo viento, la mano que todo lo toma. Seremos una docena de personas. Almas. En un lugar como este, a esta hora, puede decirse que las personas son almas. El embarcadero es pequeño y hace pendiente. La isla se entrega al agua en bloques de hormigón a los que están sujetos, uno al lado de otro, algunos amarraderos. Parecen las cabezas deformes de los descomunales clavos que sujetan este muelle al fondo del mar. Nada más. La quietud de los isleños me maravilla. Están sentados bajo la lluvia, dispersos, junto a unos bultos grandes como baúles. Se cubren con plásticos resistentes al viento, comen en silencio con un termo entre las piernas. Esperan. La lluvia les percute como si los maldijera, les resbala por la chepa y forma riachuelos que bajan hasta el mar, esa boca inmensa nunca cansada de recibir y tragar. Hace un frío curioso, habré bebido de él, porque lo siento fanático, combativo, bajo la piel y más adentro, en los arcos que construyen los órganos entre ellos. Isleños incomprensibles. He estado aquí tres meses cocinando en unos campamentos de verano para adolescentes. De noche pedaleaba hasta el pueblo y tomaba un aguardiente en el bar de la pensión. Casi ninguna mujer. Ritual de trabajadores. Los dientes manchados que saludan. Los ojos negrísimos de los árboles genealógicos que han crecido lentamente sobre la piedra salobre hablan conmigo desde las mesas. Hablan por todos los muertos.

No soy buena cocinera, soy una cocinera de rancho, capaz, sin formación. Lo que más me gusta del trabajo es hacerme cargo de los alimentos cuando aún están enteros, cuando algo en ellos proclama un lugar, una procedencia y ese radio inmediato de soledad que todo ser vivo necesita para crecer. Agua, tierra, pulmones. Las condiciones del

silencio. Los alimentos tienen piel y prepararlos requiere cuchillos. Si en algo soy buena, es en descuartizarlo todo. El resto no es arte. Sazonar, reunir, dar calor… las manos acaban acostumbrándose, se dirigen solas. He trabajado en escuelas, en geriátricos y en una cárcel. Los trabajos me duran semanas, se me escurren de las manos, son una grasa que voy deshaciendo. Antes de venir a Chiloé mi último jefe quiso darme una explicación: el problema no era la comida, sino yo. En una cocina se trabaja en equipo, tenía que buscar una cocina muy pequeña si quería trabajar sola y seguir viviendo de esto.

A medianoche llega el barco. Se lanza sobre nosotros a una velocidad alarmante. Quizá me dé esa impresión por las luces que estallan en la aguada y nos hacen parpadear. Detrás de nosotros hay movimiento, alguien llega en un jeep negro y deja el motor encendido. Nos llama. Los isleños se levantan, parecen tortugas enormes nacidas de un gran huevo. Atraviesan la lluvia despacio, pasan por mi lado y me siento como una extranjera insignificante, blanca como la enfermedad y empapada bajo el impermeable azul oscuro. Harían falta dos cuerpos como el mío para conformar uno resistente como el de ellos. Sin embargo he sido como ellos, he cavado la isla con las uñas hasta saber que lo blando de los dedos puede endurecerse, que el corazón gobierna el cuerpo y lo modifica con su primer mandato, la voluntad. Nos cobijamos en la puerta del conductor. Uso la capucha de visera, me restriego los ojos e intento entender qué pasa. Manos intercambiando monedas, billetes. Del interior del coche sale una melodía de cuerda que parece celebrar el temporal. Compro mi pasaje con los pesos que saco de la riñonera. El resto, el salario de tres meses, lo llevo envuelto en papel film entre la primera camiseta y la piel.

Es como si el mar nos hubiese puesto la pasarela, como si viniese a recogernos. La mochila me hace caminar inclinada. Tengo una cuerda en el interior de cada puño, y no las suelto. Unos gritos evitan que dejemos de avanzar. Me adentro en el barco pensando que no parece

tan inmenso, y de pronto, silencio: sonidos humanos apenas perceptibles, fuera del alcance de los elementos. Bajamos de lado por unos escalones metálicos, afianzando cada paso. Detrás de la puerta hay una bodega vacía. Es un mercante, no un crucero. Nos dejamos caer en ella como si llevásemos años de romería y algunos nos miramos a los ojos, quizá por primera vez. El hombre que tengo a mi lado saca una botella de pisco y tras beber un largo sorbo, hace que circule. La ceremonia de la pipa: veremos cómo acaba. Me quito el impermeable y el jersey empapado y me pongo otro sucio y seco que encuentro hurgando a tientas en la mochila. No sé en qué momento zarpamos, la bodega se eleva y se desploma sin cesar. A veces resbalamos en masa hacia un lado y la bombilla centellea hasta que otro golpe de mar nos restituye. Una vieja desdentada me ofrece la botella con una sonrisa en cada ojo. La acepto y bebo. Me encanta este lugar, los ojos angostos y negros que ni me quieren ni me rechazan, esta fabulosa libertad.

Eso vine a buscar aquí, el cero primigenio. Cansada de inventar currículums, de tener que decir y hacer como si la vida fuese un relato, como si dentro llevase un alambre clavado que me hiciese recta y constante. El rumbo mata el viaje y si la vida ha de ser una historia, ésta sólo puede ser mala. ¿Qué creía que hacía dejándolo todo y aceptando una vida de tres meses en los confines del mundo? Acababan de despedirme de un restaurante enorme ubicado en un polígono industrial. Cada mañana acudía allí en autoestop. Casi siempre llegaba tarde y eso que salía de casa dos horas antes. El mejor momento del día era cuando un coche o una furgoneta se detenía en el arcén, a cien o ciento cincuenta metros, y me llamaba con los intermitentes. Corría como una loca con la mochila en la espalda y la chaqueta abierta, exhalando el humo del frío y del cigarrillo a la vez. Algunos conductores se sorprendían al percibir que era una mujer. Otros ni se daban cuenta. Quince kilómetros de paz, de no estar en ninguna parte, de asaltar la ruta con que se castigaba a diario a aquella gente amable. Me habría encantado saltar de los automóviles

en marcha en lugar de saludar y cerrar la puerta como quien cierra el ataúd de un buen amigo, el de un inanimado. ¿Qué creía que hacía dejándolo todo? La destructora posibilidad de un trabajo similar, una habitación de tres al cuarto en un piso de la periferia, amantes fugaces como estrellas, hoy quemándome en los dedos, mañana irreales. Los días aparecían y desaparecían, idénticos. Los tumbaba cada noche, trago tras trago, estirada en la cama angosta con auriculares en las orejas y un cenicero en el pecho. Había vivido clavada a una certeza impalpable, acordonada por las cuatro cosas necesarias que me diferenciaban de una despojada, de una excluida. Necesitaba enfrentarme al vacío, lo había soñado hasta convertirlo en mástil, el centro de equilibrio donde detenerme cuando la vida se desmoronaba a mi alrededor. Intoxicada, procedía de la nada y aspiraba a territorios aullados.

Un suelo duro y la mochila por cojín. Compañeros silenciosos. Yo dentro del casco, el casco dentro de la tormenta, y un sobre repleto de billetes en el vientre. Esta noche he tenido éxito.

Permanezco en el buque unos años. El capitán tiene cara de jugador, paciente, inteligente. Le llaman patrón.[1] La piel fina y roja le sale del cuello de la camisa como una segunda camisa que se le ciñe a las facciones minúsculas: barbilla, boca, bigote, nariz, frente, alineadas una encima de otra, y los ojos como dos agujeros que remachan cada orden, cada decisión. Me ha dado el trabajo porque no pido sueldo, sólo comida y cama. Creo que he descubierto qué es la felicidad: despertar silbando, no molestar a nadie, no dar explicaciones y desplomarse en la cama al alba, con el cuerpo aturdido por el cansancio y la cabeza despojada de todo el polvo y la hiel. A bordo creen que estoy chiflada, que soy la oveja negra de una familia aristocrática y que alguien mató a mis padres y a mis hermanos. Están convencidos de que estoy aquí, amparada en el anonimato de la tripulación, para planear una venganza lenta y cruel hasta el último

detalle. Permito que lo crean porque son cordiales, porque en el fondo somos más hermanos que los hijos de una misma madre. El barco nos mece en su líquido, nos ama, nos nutre, nos invita a mirarnos. Me dejo llevar, la vida crece sin sobrepasarme, se concentra en cada minuto, implosiona, la tengo en las manos. Puedo renunciar a cualquier cosa, porque nada es decisivo cuando te niegas a encerrar la vida en el calabozo de los relatos.

Remontamos por la costa chilena. Subimos hasta Talcahuano, Valparaíso, Antofagasta, Iquique. No suelo desembarcar, aunque a veces querría hacerlo. Valparaíso, por ejemplo, el puerto de noche al amparo de los cerros[2] resplandecientes: deseo una amante. Fumo medio paquete de cigarrillos sentada en cubierta y me siento idiota. Hace más de un año que no tengo a una mujer en los brazos. El cuerpo me insulta, me exige otro cuerpo para saciar el hambre monstruosa de tocarlo y excitarlo hasta hacerlo escupir a la persona, su pureza, su encanto. Me muero por abrir y cerrar una puerta, arrastrar con la boca a otra boca a la cama, rebanar el deseo. En Barcelona era fácil. Aquí ni me lo planteo. Mejor retirarme a la litera y recordarlo todo en ese punto demasiado concreto de la entrepierna mientras la saliva en los dedos me llena de tabaco y soledad.

Es el mejor trabajo que he tenido. La cocina es pequeña y está oxidada. Un horno, cuatro fogones, la encimera. Las ollas parecen sacadas del fondo del mar. Menos mal que traigo mis cuchillos, no me separo de ellos ni para dormir; si los dejase en un cajón, al día siguiente tendría que ir a buscarlos a la sala de máquinas. De todos modos, cuando estoy en la cocina no entra nadie. Dejo la puerta abierta, y de vez en cuando alguien asoma la cabeza y pide un café. Que se lo hagan ellos. Siempre tengo agua hirviendo, un bote de café soluble y otro de azúcar blanco. A veces se sientan un momento en el taburete del rincón. Descansan y me miran trabajar, me hablan de su abuela, que era una gran cocinera, la reina de las humitas[3] y las

empanadas. El segundo de a bordo me dicta las recetas. Las humitas son inviables, pero me aficiono a las empanadas. Son prácticas y gustan a todo el mundo, aunque la carne sea de lata y a las olivas les falte adobo. Preparo la masa cada atardecer y la dejo fermentar toda la noche. Me gusta taparme con la sábana sabiendo que hay otro cuerpo tapado, un cuerpo que vela y trabaja para mí. Al día siguiente me maravillo de su crecimiento, como si todo ello, la cúpula de trigo perfecta y blanda, su nido de calor, fuese un sobrino lejano que ha madurado de un año para otro en el silencio de la ausencia, sin esfuerzo. Amaso la masa sobre la encimera, la espolvoreo con harina, le doy forma y la tomo e imagino que soy un dios puñetero a punto de modelar una nueva estirpe. Cualquier necedad para no sentir las caderas, los pechos, las nalgas, la carne perfecta de una mujer contra las palmas.

Pasamos semanas enteras en el mar de Chiloé. Es un mar incómodo, como si no estuviese a gusto atrapado entre el archipiélago y el continente. Los peores temporales, ni punto de comparación con el de mi primer viaje a bordo. Suelen ser tan violentos que nos vemos obligados a resguardarnos en una bahía. Horas de espera, por lo general de noche. Si llevamos pasajeros, mando a alguien que les baje bocadillos. Los lugareños embuchan de lo lindo. Es como si todo lo que comen los enriqueciera y consolidara, como si les diese tiempo de vida y la fortaleza para vivirla. No así los turistas que cargamos, que se oponen a todo. Es extraño, porque éstos son precisamente de los que rehúyen la comodidad de los cruceros. Han salido de casa dispuestos a convertir los días de vacaciones en una expedición, una ruta hacia una verdad interior. Se enteran de que hay buques que aceptan gente y compran los pasajes una noche de tormenta, más vivos que nunca, aún más enamorados de su aventura que de los hijos que ya han tenido o que tendrán. Tres horas después están lívidos y necesitan un váter. El de ellos está en cubierta. Dos tramos de escalera desde la bodega hasta arriba y un último tramo hasta el anexo. El viento les escupe a la cara, les ciega con las balas de los aguaceros

australes. Las olas gritan, lo engullirían todo. No entiendo por qué no se mueren. Suben resoplando con violencia, agarrados a barandillas inexistentes. Se encierran en el váter y se vacían. Las olas aparecen también allí, de repente, como un monstruo marino que los inmoviliza contra la pared y los devora empezando por el cuello. Si algún día descubro que me he vuelto así, me pego un tiro.

No sé por qué, empiezo a cobrar un sueldo. Nada del otro mundo, pero supone un cambio en mi relación con el trabajo, dejo de sentirlo mío, pasa a ser de alguien que lo valora y me lo cede. Tengo una sensación de pérdida, y eso que hacía tiempo que estaba a cero, necesitaba dinero. Sigo cocinando lo bien que sé bajo la correa invisible del nuevo amo, laxa pero presente. En Chaitén me abastezco de tabaco, tampones, desodorante, calcetines. Es curioso cómo desaparecen los calcetines. Los compro rojos para saber que son míos. Chaitén es una parada habitual, donde suelo desembarcar aunque sea un par de horas. Las calles vacías son largas y anchas como pistas de despegue. En el comedor de una casita una mujer gorda sirve café y pastel. El mejor *lemon cake* del mundo. Siempre está lleno, pese a las cortinas de flores, la vajilla recargada, los tapetes. También alquila habitaciones. Si atracamos más de veinticuatro horas, reservo una para bañarme con agua caliente y dormir en una cama de verdad, con un armazón de madera que soporte cada uno de mis gemidos y pensamientos. Los días de lluvia siento como si volviese a casa después de conquistar el mundo. Aquí es donde he conocido a Samsa y por unos momentos he sido consciente del magma inestable sobre el que flota el milagro de los océanos y los continentes.

Las cinco de la tarde. Ya ha oscurecido. Pido un café, dejo la mochila en el suelo y me deslizo hacia uno de los pocos asientos libres, junto a un par de aldeanos y un niño que moja los dedos en el té. Ella está sentada a la mesa del fondo con otras cinco o seis personas. Cabelleras albinas, espaldas de nadador. Un emblema corporativo en las mochilas

y las chaquetas colgadas de los respaldos. Hablan en voz baja, como si fuesen suecos o acabasen de encontrar petróleo. No puedo evitar mirarla, como cuando te asomas por la borda y descubres que hay un tiburón. Olvido el azúcar, me quemo la lengua con el café. Siento la dureza de la roca en la que el deseo se clava como para siempre. La miro y me sofoco, aunque sea sueca y cobre el sueldo manchado de sangre de una multinacional. La miro y todo se llena. La mirada es una cuerda que la enlaza y me la trae. Levanta los ojos, me encuentra. Ya lo sabe.

Nos pasamos toda la noche en ello. No la follo, me afilo con ella. La bebo como si me hubiesen educado para el desierto. La trago como si tragase espadas, con un esmero vital y muy despacio. Las horas se superponen unas sobre otras y nos tapan. Despierto a las cinco y media con el tiempo justo para volver a bordo. No sé cómo separarme de ella, es como si la cera de mi cuerpo se hubiese enfriado pegada al suyo. La beso, la beso. Beso el cabello que le cae sobre los ojos llenándolos de una luz rubia y extraña. Beso el cuello tenso, la espalda exquisita, los pezones planos y anestesiados después de tanta noche. Cierro sus ojos y beso lo azul besándole la piel que lo trasluce. Chupo su lengua exhausta y extranjera. Mis besos son minas que planto con inconsciencia, como si cantara, sabiendo que cuando vuelva a hacerlo explotarán, mutilarán, socavarán cuerpos y canteras. Nos damos los móviles. La abrazo como los locos abrazan un credo o se cuelgan de los árboles. Y me marcho. Antes que transcurran tres lunas volveremos a vernos. Tres lunas, se me ha ocurrido.

Pienso en ella a todas horas. Mi cuerpo parece el laboratorio donde se cocina la piedra definitiva, su luz es una posibilidad entre millones que me obsesiona. Preparar comida me exige una concentración brutal. Compro un libro de cocina griega en una librería de viejo de Puerto Montt. Especias, verdura fresca, queso, un cordero. Anclas minúsculas con las que me amarro la cabeza a la tierra. Cocino con la

puerta cerrada, como uno de esos genios que obligan a ser paciente. En realidad estoy drogada. Samsa me corre por las venas. Mis dedos la penetran cuando vacío el cordero. Tres meses durante los cuales nos adentramos en aguas peruanas. Navegamos más lejos que nunca, como si huyéramos. Ni una llamada, ni un mensaje. Nada. Hummus, moussaka y una baklava dificilísima que riego con pisco y miel. El capitán me felicita. No sé qué más puedo hacer con las manos.

Empezamos a vernos. La llamo antes de llegar a Chaitén, ella se monta en la pickup y conduce durante ocho horas. Nos encontramos frente al aparcamiento de la pensión. Llega, maniobra, detiene el motor. Abro la puerta con el cuerpo desacompasado, vertiendo todos sus tóxicos en el lecho inmaculado que tengo dentro de mí. No me había sentido nunca tan inclemente, tan inhumana. La beso como si pudiese deshacerle las capas de deseo confitadas en los labios y en los dientes. Nos encerramos en la habitación. A veces quedamos cada diez días, otras, transcurren uno o dos meses. He conseguido un arnés sin ligaduras que llega de los Estados Unidos en avión. Lo recojo en un apartado de correos de Ancud. Es realmente precioso, del azul eléctrico en que viven los lábridos y los corales. Follarla con el arnés es entretenerme en desvelar y matar de bochorno el verano, lanzarla muy arriba, combatir la marea que me arrastra antes de doblegarme a la quietud. Horas y horas. El tiempo gotea de nuestros cuerpos, se nos escurre entre las piernas, lo clavamos a la pared con chinchetas. La beso como no sabía que podía besar a una mujer, entregándole algo que fabrico cuando estoy lejos, cuando no está conmigo.

No le gusta mi nombre y me pone otro. Dice que parezco una de esas grandes rocas solitarias, aisladas, expuestas a todo, que hay en el sur de la Patagonia, pedazos de mundo que sobraron después de la creación. Nadie sabe de dónde provienen. Ni ellas entienden por qué siguen ahí, por qué no se desgastan. Le explico que he visto farallones parecidos en medio del mar. Los barcos los rodean en silencio, como si

recelasen de un ser mitológico susceptible de levantarse y atacar. No siempre están solos, a veces hay otros a poca distancia. Pueden llegar a formar laberintos en los que es mejor no entrar. Samsa se suelta el pelo y me barre la frente, las pestañas, el cuello. Me llama Boulder y nos echamos a reír, no sé bien por qué. Supongo que el amor florece encima de nosotras como una rama gigante que se dobla y toca los pliegues sensibles, reticentes.

No me había sentido nunca tan extraña a bordo. He perdido algo que era sólo mío, mío y del barco. Navegamos y todo parece seguir igual. La costa chilena es negra, se impone a la traza humana de una forma casi romántica que me conmueve. Muelles de madera, de pilotes siempre en remojo, hinchados como las piernas de un gotoso. Astillas donde la vida es el reino amontonado de los moluscos. El óxido oscuro que el mar respira y que repta terreno arriba como un hongo, el ser vivo más simple y extenso. Cuando fondeamos pierdo el aliento. Tengo la impresión de caer con el ancla en un fondo de quietud que todo lo mata. La cocina se me queda pequeña, la litera me ridiculiza, los pocos espacios comunes me resultan insufribles. Paso los atardeceres en cubierta, observando las luces de las casas lejanas. De vez en cuando alguna de ellas se cimbrea como si la tocase una varita. Fumo más que nunca, pero fumar sola de noche también es una manera de alimentar el embrujo, convoca al cuerpo deseado y lo hace entrar, poco a poco, más y más adentro, hasta las reservas de aire, hasta alcanzar el recuerdo más tierno atrapado en la caja sin agujeros del pecho.

He pensado mucho. Una psicóloga uruguaya decía por la radio que el movimiento favorece la actividad mental, o sea que vivir en un buque debe de ser la hostia. Pienso para tapiar los sentimientos. Los imagino como un rebaño de búfalos o cebúes que se afanan en atravesar las aguas infestadas de carnívoros de mi tranquilidad, de cuanto plato tras plato he conseguido en este mundo, en el interior de este barco. No

soporto los rebaños, esa voluntad única e ida, esa cosa desproporcionada en los ojos próxima al pánico, casi sacrificial. Procuro evitarlos. No me analizo, pienso. En realidad, me desarmo. El pensamiento me libera, como si yo fuese el arco. Aprendo a jugar al ajedrez con un marinero obsesionado con ese juego. Siempre me gana, pero cada día tarda más. También me dedico a actividades estúpidas que requieren la máxima atención, como por ejemplo la pastelería francesa o la destilación de membrillos para elaborar licor. Lo paso realmente bien engordando y emborrachando a la tripulación. No reparo en que la vida me lleva. He encontrado la ola perfecta y la monto como si la hubiese domado, como si todo dependiera de una suerte que yo misma reparto al antojo de la liberalidad.

Meses y meses, perfectos, rutilantes, hasta que un día me dice que se va. Me lo dice llorando, insegura y temblorosa como un niño que no quiere saltar al agua. Cara a cara, sentadas en la cama. Estamos a media tarde y va a llover, habría sido una noche genial. Le miro las manos. Juega con uno de mis anillos. No le entran, pero con frecuencia se los desliza hasta el primer nudillo y me hace burla. Inventa obscenidades que no he oído nunca a bordo y las araña sobre mi piel. La detengo con una mano que resbala por su vientre con gesto decidido, como cuando en el punto álgido de un concierto el director de orquesta invita a que entren otros instrumentos. Le seco las lágrimas con los pulgares. Me miro el pecho desnudo y liso, con la marca reciente de unos incisivos y el tatuaje de la isla de Chiloé. ¿Cómo es posible que no mane sangre de ese punto intensísimo de dolor? Ha aceptado un trabajo en Reikiavik. Una oportunidad, dice ella. La habitación rueda como si tuviera patas, como si el drama sensacional que allí se representa la animase a bailar. La quiero. Sólo se me ocurre una persona a la que podría matar por ella. Me mira sin pedirme que lo haga y asiento. Después la agarro como si quisiera emborracharla y hacerle olvidar el amor y todas las monedas del nuevo tesoro. Empieza a llover. La vida se abre como una herida que supura y escuece. Si alguien me habla de felicidad, juro que le rompo

la cara.

2

Reikiavik. Vivimos en un apartamento pequeño frente al puerto. Samsa trabaja más de diez horas diarias, y eso que sólo tiene un trabajo, aquí todo el mundo tiene dos. Gana mucho dinero. La vida es cara, pero tenemos una cuenta corriente que parece la increíble herencia de una tía solterona y codiciosa. Insiste en comprar una casa. Le digo que ni hablar, no me he ido con ella para jugar a las casitas, yo me quedo en el apartamento. Tiene treinta metros cuadrados y es de una sola pieza. Una cocina comedor y, al fondo, la cama, solitaria como un bote. Una pared de cristal acoge la bahía de cabo a rabo. Las noches de tormenta, parece que entrase en la sala. El mar islandés es una mala cosa, no me habría gustado nada tener que navegar en él. Neblinoso y frío, de un azul siempre ahumado. Pero me gusta tenerlo ahí, delante de la cama. Cuando Samsa se me sienta encima con los pechos alzados sobre la noche como litorales, la luz de las velas la refleja en ese agua y siento que soy un galeón a punto de hundirse, que ella es mi mascarón.

No tardo nada en buscar trabajo. Samsa dice que no hace falta, que puedo quedarme en casa y hacer lo que quiera, o explorar la región. Me aconseja que me tome un tiempo de reposo para asentarme en el país. Hacer lo que quiera. Tiempo de reposo. El lenguaje es y será siempre un territorio ocupado. Tengo la impresión de que me estacaron en él nada más nacer. Sólo el lenguaje puede lograr que pertenezcas a algún lugar, que no te extravíes. Es un sustrato que nutre. Parece que residiera en la mente, que bajase a la boca y se fundiera en los labios cuando se habla. Pero el lenguaje está en todas partes, ocupa las células más apartadas y las impulsa hacia lugares incomprensibles. Te alienta y te enferma, desorienta a tu instinto animal, te hace humana. Sentirte intensamente humana es la emoción

más complaciente. Pero también puede ser la más tiránica. Se es responsable de cada palabra, no hay ninguna expresión inocente. A veces las de Samsa me hacen pensar que quizá me he equivocado en amarla con este desapego. Pero todo es tenerla en los brazos, su cuerpo leal pegado al mío, la felicidad que mana de sus extremidades como el poder vigoroso de un dios, y saber a ciencia cierta que ése es mi fondo. Que puedo creer en ella firmemente, aun a distancia, con una capucha en la cabeza.

Ha comprado la casa. Una casita amarilla entre otras casitas chulas en los arrabales de la ciudad. Dos plantas, sótano, jardín, habitaciones suficientes para albergar a una nación. Ese tipo de vivienda me da escalofríos. Tengo la impresión de que las venden con la corte de fantasmas hechizados de tu futuro ya dentro. Ríete de Canterville. Las casitas unifamiliares recién construidas tienen alma, un alma famélica que se alimenta de la tuya chupándote la libertad, la independencia, cualquier indicio de pasión. Te encierras en su interior cada noche, corres el cerrojo pensando que así estarás segura y en realidad cometes la peor traición: taparte con la manta y descansar la cabeza en la almohada ofreciendo la yugular. La casa entera se recoge y se inclina sobre ti. Abre la boca y hace como esas serpientes extraordinarias que vacían de leche a las madres mientras duermen y se enroscan como collarcitos sobre su piel. Samsa la alquila a una pareja con tres niños. Dice que la cocina es maravillosa, que si la veo pondré un colchón y ya no querré salir. A veces pienso que no me conoce. Las casas dulces como la suya te carcomen poco a poco, te perforan en profundidad, alcanzan el nervio más fino. Cuando te das cuenta ya es demasiado tarde, ya te ha matado esa energía demoledora que sólo el dolor sabe producir.

No me gustan los islandeses. Se sienten una tribu. Envidio su fortaleza, su cuerpo asintomático, la claridad hiriente de sus ojos. Nacen con pedazos de su gran isla dentro, se hilvanan a ella mientras crecen y

cuando son adultos emanan una fuerza casi telúrica que parece honrarlos y que los une. De uno en uno aún los tolero, pero en grupo me agotan, no puedo. Samsa es muy sociable y ha hecho un montón de amigos. No me extraña, porque tiene esa cualidad delicuescente de atraer hacia su luz la luz ni tan gentil ni tan hechicera de los demás, que necesitan tocarla y sentir que brillan más alto. No hay semana que no tengamos que mezclarnos con otra gente. Compañeros suyos del trabajo, de yoga, del curso de español al que se ha apuntado para tener algo mío, dice, como si prestándonos los idiomas nos alimentásemos mutuamente. Si cobrase todas las cenas que cocino el fin de semana, sacaría un sobresueldo muy decente. Pero lo peor de esos encuentros no son ellos, tener que seguir las conversaciones, encajar la risa, asentir como un pájaro de una especie extraña soltado en un aviario de pájaros más salvajes y bellos. No. Lo peor son sus hijos. Los islandeses son bestias biológicas, reproductoras. Empiezan a tener hijos cuando aún no han cumplido veinte años, incontables cachorros, rubios y salvajes como los troncos de sus antepasados vikingos. Forman clanes extensos y cargan a sus crías como los simios, las llevan a todas partes. El país entero está habilitado para permitirlo. A mí los niños no me van. Por encima de todo me desazonan, los veo como variables imprevisibles que cuando topan con mis escollos se embarrancan en ellos con toda la fuerza de su locura innata. Son angulosos, descontrolados, intermitentes. Los atraigo de la misma manera perversa con que los gatos persiguen a los alérgicos. Samsa los recibe con galletas, los padres y las madres se desentienden y yo me dedico a servir alcohol. Vasos, botellas, cubitos. Defensas tras las que me parapeto, como si esas altísimas graduaciones verdes y lilas pudiesen mantenerlos a raya al otro lado de mi mundo. No entiendo por qué no lo consigo. A media cena quieren subírseme encima, me pringan los tejanos con su comida a medio masticar, quieren que los mire, que los mime, que les hable. Cuanto menos caso les hago, más insisten. Samsa me espía y sonríe. Me pone de muy mala leche que me vea como un reto, que se enternezca, que piense que puede educarme como un campesino educaría a un lobo.

Encuentro trabajo en un restaurante chino y en una taberna local. Es como retroceder muchos años en el tiempo. Paso medio día fregando platos en el chino, y las noches preparando tapas innominables en un tugurio donde me encantaría emborracharme con Samsa en el regazo en un rincón bien oscuro. Pero pese a los horarios, el sueldo exiguo, el trabajo repetitivo, me siento bien allí. Los chinos no me hacen caso, para ellos soy una compatriota laboral, la máquina de recoger todo lo sucio y devolverlo limpio y seco en un tiempo límite. El ritmo exigente de esta cocina me aísla de los compañeros, de mí misma, del tiempo pasado y de los recuerdos remachados. De todo. Y en el obrador de la taberna no somos sino dos, el jefe y yo. Sólo tengo que obedecer, no hace falta coordinación. Él manda y yo ejecuto. Bajo mi responsabilidad: el marisco, el bacalao y el tiburón. Trabajo el producto sin guantes, mi piel sobre su carne. El cuchillo resbala como un lápiz capaz de rasgar el papel. Momentos en que me siento casi inviolable, como si la encimera fuese un altar. Si hacer lo que quiera tuviese que significar algo por fuerza, sería eso: encerrarme en el trabajo como la ostra en su concha, ser la mano que elabora su perla tomando como excusa una impureza, sin motivo, quizá sólo porque en esa soledad hay una pulpa de sentido que manifiesta la soledad de cada ser minúsculo dentro de una misma especie, la de un ecosistema en el transcurso del tiempo. El cansancio es un espíritu que no se manifiesta hasta muy entrada la madrugada, cuando la cocina ya está tan llena que trabajamos con la puerta abierta de par en par. Antes de volver a casa friego los fogones y el suelo y me tomo un brennivín con los camareros. O dos. O tres. Nada que ver con el pisco, aromático y dulce en comparación, pero lo bastante potente como para disipar la jornada, como si la jornada fuese una especie de tumor que yo hubiese ido construyendo en mi interior desde la mañana, segundo a segundo, hasta que me ocupa de manera absoluta y me obliga al destierro. El alcohol es la tormenta que colapsa y disipa la lucidez.

Los días festivos nos quedamos en la cama y, si cierro los ojos, estoy

en Chaitén. Tener el cuerpo de Samsa bajo el mío me fortalece, como si fuese mi fundamento. La follo con un afán que parece acumular algo más que la necesidad de sexo. Me precipito, la inhibo. Le quito la ropa a dentelladas, la husmeo con las aletas de la nariz dilatadas al máximo, despiadada, como si quisiera desenterrar secretos. El deseo se excede en mí, en la manera de tenerla y mantenerla al límite de un deseo idéntico, celoso, casi mezquino. La sostengo hasta que traga mis dedos y deja que la mano los siga y forme un puño cerrado como un corazón loco. El amor baja por mis brazos y la percute. Si me detengo, tiembla. Si la pierdo, me insulta. Satisfacerla es como saldar una deuda de sangre. Caemos exhaustas y siento que la paz se expande a mi alrededor, previsible como círculos de agua.

Viajamos por todo el país. Para una geóloga Islandia es el paraíso, y Samsa lo conoce y me lo muestra como si lo hubiese concebido. Me gustan estas salidas. Las carreteras llanas y vacías, el paisaje siempre tapizado de verde, siempre de liquen, siempre de azul. El agua recorre el territorio con un vigor fetal, se recoge para reunir fuerza, dispara, grita, cae. La tierra la exhibe. Tenemos un coche monstruoso que llega a todas partes. Samsa lo conduce con una pasión singular, sabiendo a donde va, pero no qué encontrará. Le cuesta dejármelo, como si en lugar de una máquina fuese un animal fiel al amo y terco con los demás. Nos adentramos en la isla por caminos, a los ojos humanos, inexistentes. Ella los llama vetas y me asegura que son estables. No sé si bromea o miente. No he conseguido prever cuándo ni por qué se detendrá. Aparcamos en medio de la nada, me dice que baje, nos equipamos y empezamos a caminar. Horas. Es importante llevar ropa de abrigo impermeable, gps, móvil y comida. Se detiene a menudo, toma muestras y fotografías y me instruye, o eso cree ella. Me habla como si le hablase a un colega idiota, con los ojos muy abiertos, las manos crispadas y la boca lenta, vocalizando. Su reino es el primero, la historia en estado puro, una ilustración inmensa encastada en el lienzo volcánico que ella desvela y manifiesta con un lenguaje preciso por adquirido. La dejo pasar delante y me concentro en su culo. En

momentos así lo que dice me interesa tanto como me interesaría un panfleto.

Transcurren cinco años. Samsa, cabra de las Dolomitas desafiando pizarra, subiendo en vertical hasta la cima más alta, no ha dejado de ascender. Cuando ya no puede aspirar a más cambia de trabajo. Trabaja para una petrolera. Viaja con frecuencia, a veces durante semanas. La maleta siempre a la vista, pantalones y americana negros, camisa blanca, tacones. Cuando se marcha de casa al rayar el alba vestida así me siento como el esclavo predilecto a quien confían la anilla cargada de llaves. Me da un beso incierto, ni corto ni largo, un beso en el que ella ya no está, y poderosa como nunca cierra la puerta de golpe. Es entonces cuando percibo que algo vivo se sienta en mi interior, de hecho se arrellana y silba mientras contempla el cielo que baja despacio, como si bailase. Me sorprende esa falta de culpabilidad donde confluyen el amor, que siempre empuja hacia afuera, y la soledad, que estira hacia adentro. Mi amor no se va con Samsa, pero tampoco está en mí, pertenece al deseo. Y amarla es justamente eso, desear que esté presente con cada hebra de tejido y de pensamiento, desde la médula contemplativa de cada hueso. Desearlo con todos los ejércitos. Con hambre, con fiebre, con desesperación. Cuando Samsa se va el amor que hay en casa toma posesión de ella, no yo. El amor poderoso que crece como una zarza y ahoga los muebles y ata las paredes. El amor espinoso que me vela cuando me caigo de sueño, los ojos rojos siempre atentos, las afiladas garras clavadas en la noche.

Cambio de trabajo varias veces. Sin embargo, sigo yendo a la taberna cuando me llaman porque necesitan camareros. Me va muy bien para escabullirme de una cena a última hora. A Samsa no le gusta que me vaya así, sin avisar, aunque le deje la mesa puesta y el salmón asándose en el horno. Suelo esperar a que entre en la ducha, entonces es fácil despedirme con un beso lanzado al aire y cerrar la puerta enseguida para que no se escape el vaho caliente, para no tener que

oírla renegar en un idioma que no es ni será nunca el mío. Caminar por el muelle de noche despierta mis ganas de enrolarme en un barco auténtico, robusto, destartalado y chirriante, como un músculo gastado podrido de orín. La flota islandesa es realmente preciosa. Las embarcaciones brillan en la oscuridad, bruñidas por el agua tranquila que las sostiene como si las ofreciera. Reposan una junto a otra atadas a los amarres como bestias obedientes. Mirarlas me despierta un dolor emperezado que me lleva a detestarlas antes de admirarlas por su contemporaneidad, por la adecuación a un ideal de mundo concretado en un país aislado, pero real. Es como mirar a Samsa dormida en las brasas aún palpitantes del sexo y detestarla un segundo antes de venerarla por su perfección.

La provisionalidad puede atarte a la vida sentida. Es la frontera en el interior del bosque, imprecisa, arriesgada. Nunca vigilada del todo. Su gran virtud es que te mantiene despierta. Pero a mí se me llevaba de la vida escogida, la favorita. Ocho años con Samsa y todos los territorios desbrozados. Absolutamente todos. ¿Cómo es posible que la existencia se agote a sí misma? Pienso en desaparecer, paso las horas sentada en el muelle analizando la posibilidad de no dejar rastro. Pero no hago nada. Fumo y medito antes de subir a casa, cansada de la luz boreal pesada e inconmovible. El humo sale de mí como el vapor matutino sale de una roca enorme y perforada. Los pensamientos recurrentes nacen de la nada como los grandes temporales, cobran fuerza mientras atraviesan los océanos y cuando te explotan en la cabeza parece que te anhelen, que hayan estado buscándote para destrozarte a latigazos, para hacerte suya viva o muerta. Amar a Samsa me hace ser prudente. Necesito una bahía, necesito tiempo. De ahí que decida establecerme por mi cuenta y comprar una camioneta de segunda mano. Unos conocidos me pasan el contacto de un taller y al cabo de seis meses, con todos los papeles en regla, abro la food truck.

Me siento extraña. Soy el barro removido, escondo vidas que respiraban en la quietud y que ahora se asustan, resuellan, se enfadan. No puedo culpar a nadie de la batida con palas y horcas. No sé qué busco dentro de mí. De hecho, no sé si busco algo. Quizás atacarme a mí prevenga a quien tengo cerca de ataques más poderosos y menos nobles. El cambio ha irrumpido como un pico inexperto que hurga en mí y me hiere de forma innecesaria. La responsabilidad no es algo que pese, no es necesario cargarla, porque se te cose al cerebro y te envenena la sangre con sus líquidos somnolientos. La sangre. Necesaria y mortal. Lo que vertemos en ella nos alimenta más que el cuerpo: el verbo que lo resucita cada día, el impulso que lo mueve, el fuego, el estallido, el celo. Me siento extraña, porque no encuentro mi cara y toco mi cuerpo y agarro pedazos de otros cuerpos que se me parecen, pero callan. Me levanto cada mañana, le llevo un café a Samsa, nos despedimos, me pongo unas bambas. Atravieso la ciudad corriendo, como si huyese, y regreso falta de aliento, doblada y con una punzada en el pecho. Cocino empanadas y las vendo en la plaza del Parlamento desde el mediodía hasta la noche. Me cuesta creer que gane tanto dinero. Antes de volver a casa paso por la taberna, mi antiguo jefe se llama Ragnar y nos hemos hecho amigos.

Con Ragnar he descubierto una cosa. Las otras mujeres. La presencia frondosa y radiante de las otras mujeres. Llego hacia la medianoche. Madera ennegrecida, el olor dulce y húmedo del alcohol que desprenden los cuerpos, platos rebañados. La gente está sentada muy junta, casi amontonada. Hablan y beben, y con frecuencia gritan y discuten entre ellos según sostienen la jarra con una mano y hacen gestos amplios como si vituperasen. El vidrio capta la poca luz de cada mesa y la multiplica en reflejos finísimos que cruzan el local y suben hasta el techo, ligeros como esporas. Ragnar y yo estamos sentados al fondo. Es su mesa, su banco de madera gastada acolchado con cojines de manchas inmemoriales. En realidad es un camarote, desde allí lo domina todo. Bebemos vodka, brennivín, ginebra, cerveza. El cuerpo adormecido, los ojos benévolos, los pies sobre la mesa. Me habla de la

gente como si les conociera a todos. Evalúa a los nuevos camareros, saluda a alguien de lejos levantando la botella o apuntándole con la punta trenzada de la barba. Me cuenta que se ha divorciado tres veces, que las mujeres le pierden, que volvería a casarse sólo para hundir las manos en una melena espesa cada noche cuando se desploma sobre la cama. Me habla de sus exesposas y de siete u ocho hijos. Sólo tengo claro que la tercera tenía pechos fantásticos, cremosos como el skyr, dice. Todo un poeta. Fumamos contra toda ley, como si en el humo fuesen a aparecer esas maravillas. El local está lleno, y eso, fuera de horario. Me señala con la cabeza a una mujer que se ha levantado para ir al baño. Me doy cuenta de que una mujer cualquiera, señalada, se convierte en *una mujer*, se me aparece. Hacía años que no se me aparecía ninguna. Samsa las había conjurado. Esta es alta, tiene la complexión fuerte de las islandesas, como si dentro de su cuerpo hubiera un fuego siempre encendido donde se forjase coraje. La miro como debe de mirarla Ragnar, con una mirada que me calienta y me obliga a beber. Se abre paso entre el gentío. Tejanos estrechos, jersey grueso de lana. Usa las manos de escudo, se apoyan y apartan espaldas. Avanza frotándose. Descubro sus pechos tapados, la curva potente de las nalgas. Busco su boca como si fuese a besársela. No sé qué me pasa. El sexo se apodera de mí y hace que se me endurezcan partes del cuerpo que ablandan todas las demás. Sé que tengo en la mirada al animal que quiere y no puede controlarse. Apuro el cigarrillo, expiro el humo, bebo. Sin prisa, pero sin pausa, observándola. Si me mira, lo sabrá, como lo supo Samsa. No quiero que mire y sin embargo estoy peor que Ragnar, siento que padezco un terrible abandono, estoy empalmada. El sexo, esa fuerza fanática y brutal que la vida en pareja atenúa y modera, rebrota como un gas comprimido en una roca enorme en la que se ha abierto una grieta. Bebo el último sorbo y me levanto. Vuelvo a casa. Lástima, dice Ragnar. Tiene razón. Aquí me siento muy a gusto, creo que es mi rincón favorito de Islandia.

Los días también han cambiado. Como cada año septiembre acaba

exhausto de luz. Los islandeses se aferran a ella con una voracidad desprotegida, vibrante, que tiene algo de indigencia. Es hora de preparar las casas, de acumular alimentos, de barrerlo y recogerlo todo. Estas semanas la venta de empanadas aumenta de forma casi ilógica. Trabajo más que nunca, no doy abasto. Samsa propone venir a ayudarme alguna tarde. Le digo que no. Sé que le parece una aventura. Sé que me quiere. Sé que nos vemos muy poco. Pero necesito mantener limpio de ella lo que es mío en exclusiva, la food truck claustrofóbica y especiada donde cocino recetas que me hicieron feliz cuando lo único que tenía era una rienda interminable incapaz de conducir el corazón y no había nada, pero nada, que dependiese de mí.

Y sucede. Eso que no tiene nada que ver con mi vida ni con el perímetro kilométrico de vida que iba a protegerme de esas leyes indelebles y atemporales que desafían la contingencia. Llega a casa como un invitado mortal. Inesperado e infausto. La enfermedad que sólo padecían los demás. Quiero un hijo, dice Samsa, un hijo nuestro. Tuyo. Lo dice y, como si hubiese bebido arsénico, no siento nada. Sólo sé que estoy helada. Son las seis de la madrugada. El despertador ha sonado hace media hora para darnos tiempo de hacer el amor. Idea y palabras suyas. Dice que de día no me ve y que por la noche estamos demasiado cansadas. Cuando generaliza de esa manera es que habla de ella, porque cuando llego a casa de noche ella duerme y yo estoy caliente. El despertador pretende avivar el amor a esa hora terrible dos veces por semana. Me levanto, me cepillo los dientes y pillo el arnés, porque es lo más rápido. Me la follo y se deja, parece que ni se mueva. Acoge un deseo que no le doy y hace que circule como un fantasma por los pasadizos de su cuerpo. Me agarra la barbilla para que la mire mientras no dejo de penetrarla y penetrarla. No lo disfruto, me esfuerzo. Me besa, como si besar encubriese el silencio que separa dos mentes cuando cuerpos demasiado distantes se entregan el uno al otro. Me besa y me llana Boulder. Cuando se corre me llama como si se rompiera, como si me llamara una piedra.

Negarme a ello es dejarla, por lo que pido tiempo. Rayo los cuarenta, no tengo mucho, dice ella. Puta coordenada. Una semana, sólo pido una miserable semana. Es como si el hecho de no haber aceptado pusiese enseguida de manifiesto la naturaleza trágica de nuestro vínculo, de eso que aprieta y se llama pareja. Invento argumentos y los pongo sobre la mesa. Una buena escalera. No tenemos tiempo de ocuparnos de una criatura. Sería un embarazo de riesgo, y nosotras, unas madres pasadas, el niño iría al instituto y pareceríamos sus abuelas. No hay espacio en el apartamento. Tener un hijo es contratar un seguro de sufrimiento. Vitalicio. Argumentos idiotas que no están a la altura del anhelo contra el que disparan. Hablamos de ello cada día, es incapaz de aplazarlo una semana. Me espera despierta y tomamos un café en el sofá. Me mira con esos ojos azules que la luz tibia de casa vuelve grises y siento que lo tiene todo, que es una y completa, como una diosa. Y que de alguna forma el deseo de un hijo la estropea. La escucho con los cinco sentidos, la escucho con todo el cuerpo, con todo menos con el corazón, que parece que quisiera apalearme. Eso no entraba en nuestros planes. En realidad no habíamos hecho planes nunca, nos comíamos la vida a dentelladas. Enciendo un cigarrillo y soy tan detestable que lo único que se me ocurre es que si se embaraza, tendré que fumármelos todos en el puto portal de casa. Se apoya en mi hombro y cierra los ojos. Respira sin aliento, como si fuese a suspirar, pero le resultase doloroso inhalar el aire viciado por la conversación. Está nerviosa, está receptiva, necesita tener en su vientre al hijo que ha descubierto en su cabeza. Y sobre todo, está cansada. Percibo que formo parte de su cansancio, pero aun eso me parece mucho mejor que formar parte de ella de la manera que sea. Le paso un brazo por la espalda, le pongo una mano en el pecho. Se calma y se tiende. Le beso el pelo por inercia. Besos reflexivos a punto de firmar un acta. Me cautiva su mezcla de olores, el olor del champú y la crema hidratante que le empalaga la piel y el pijama, el olor de cada noche estos diez años abrazada a su cuerpo dormido, al éxito y a la quietud, hasta el olor del sexo triste y deplorable de la

madrugada. Callo la realidad y digo que está bien, que adelante. No digo que lo que yo quiero es no ser madre.

¿Cuán loco estaría quien tuvo la idea de construir pirámides? ¿O la de encerrar a alguien en un cohete y mandarle a las estrellas? No tanto como ella. Tener un hijo es un proyecto monstruoso que arranca de repente, sin avisar. Nace de la nada con una fuerza inimaginable capaz de derrumbarlo todo, como un terremoto. Hay que ser una bestia de cerebro pequeño y conservar inmaculado el instinto de supervivencia para anticiparlo. Si tuviésemos un perro, seguro que el animal lo habría sabido antes que nadie y se hubiera fugado de casa. Parece increíble que una única decisión, una mierda de pensamiento impalpable, haga tambalearse de manera tan salvaje los andamios de carne y hueso que sostienen la vida cotidiana, el ritmo sincopado de las horas, el color real y previsible de cada paisaje que nos alimenta y acompaña. La decisión anticipa a un ser que ya existe y que lo coloniza todo. Su presencia tiene densidad, ocupa la casa con tentáculos definitivos, se hunde en el cráneo de sus habitantes y se agarra a la fina tela que les envuelve el cerebro. No puedo huir de él, me persigue allá donde voy, como un pecador acosa a otro pecador apedreándole y escupiéndole al oído sus propios terrores. Esta decisión depende tanto de mí que sólo duerme cuando lo hago yo. Samsa, en cambio, resplandece. Parece que genere su luz, que ésta le nazca de un núcleo activo y poderoso, como el que enciende a los calamares. La miro y rejuvenece, tengo la sensación de que utiliza mis ojos como vestidor donde desnudarse de los años que le sobran y así acceder a un propósito al límite de su caducidad. Sus labios se han llenado de una pulpa carnosa como la que suscita el sexo desmesurado, y tiene la mirada aterciopelada de las leonas adultas cuando saben que son la pieza imprescindible del clan, el centro de la trascendencia. Me cuesta creer que una única idea la haya cambiado tanto. Cuando le llevo el café de la mañana, el cabello desparramado le brilla sobre la almohada como si ya estuviese embarazada.

Ragnar insiste en que tenemos que celebrarlo. Y yo creía que éramos amigos. Replico que no tengo otro motivo para brindar que no sea el nivel de perfección que ha alcanzado mi estupidez, la incapacidad absoluta de herir o dejar a Samsa, de evaluar su mayor deseo y decir que no. Me dice que a él le pasó lo mismo con su primer hijo, pero que después de dos o tres todo cambia, nacen y se crían solos, lo único que hay que hacer es alimentarlos. Hace un chiste que no recuerdo sobre la food truck y me golpea la espalda hasta que me atraganto. Procuro pasarlo todo fumando en nuestro rincón. La suerte es que suele ser un hombre de pocas palabras. La suerte es también que es el amo de las botellas y las comparte con gusto. Cuando nos sentamos allí, rodeados de toda esa gente que se emborracha y se divierte, me siento como si hubiésemos ganado una batalla, me faltase un ojo y fueran a amputarme una pierna, pero tuviese el corazón tranquilo y el valor intacto.

La acompaño a la clínica. Es un edificio espantoso entre otros edificios espantosos. Se alzan sobre la bahía como icebergs fulgurantes que aprisionan ideas, cuerpos, afanes. Vemos la punta superior: bufetes de abogados, empresas tecnológicas e informáticas, corporaciones. El resto, la parte escondida, navega bajo los mares del tercer mundo. En una segunda planta de uno de esos monstruos de vidrio, la clínica de reproducción asistida. Samsa entra resuelta. No ha hecho falta que me lo pidiera, ambas hemos dado por hecho que a partir de ahora yo iré a donde vaya ella. Es una perspectiva desalentadora, pero es así. Nos hacen pasar a una sala de espera. Cuando se sienta, con la americana bien planchada, el pelo perfecto y los ojos pintados, es como si tomase posesión de la sala, como si se proclamase reina. Me doy cuenta de que con ella todo funciona así. Desprende un poder sutil, casi tierno, flexible y bello, pero resistente como la seda de las telarañas. Te atrae tanto como te apresa, te permite removerte, pero no abandonarla. Me ase la mano y enciendo tres cigarrillos con el pensamiento. No los fumo, sólo los enciendo y doy una calada larguísima, los apuro sin

respirar. Las sillas son cómodas. Las revistas, recientes. Los suelos, claros y brillantes. Las plantas, bien cuidadas, parecen artificiales. Es el lugar perfecto para ella, encaja en él por una suerte de derecho innato. Otra pareja se sienta frente a nosotras, también rondan la cuarentena. La ropa limpia, acabada de desdoblar, las manos asidas por una especie de protocolo consuetudinario. Hojean una revista que pretende aconsejar cómo ser buenos padres y madres. La fotografía de la portada, un hombre y una mujer con la cara extraviada de los sectarios y un recién nacido en los brazos, me repugna aún más que la idea de que alguien preñe a Samsa con una jeringa y una donación orgánica. Si algún día ella aparece con un manual así, tendremos un problema gordo, de esos que ni troceándolo muy fino pasaría por el colador del amor.

Volvemos a casa con una lista de obligaciones y un agujero en la cuenta corriente. Tengo la impresión de estar comprándole un hijo, de hacérselo de una forma engañosa que me irrita y me chupa la fuerza y el talento. La impotencia biológica es lo que me coacciona, lo que me empuja a hacerlo. Me siento como un viejo de la mafia, Samsa ya no me pertenece por el amor que nos tenemos, sino por una suerte de corresponsabilidad adquirida, porque estoy en situación de permitir un capricho improbable, desafiante. Por la noche, hundidas en el sofá, repasamos la lista que nos han dado. Es curioso, pero no habíamos pasado nunca tantas horas en el sofá. Lo compramos con la idea de ofrecer a sus amigos un lugar donde sentarse, nosotras siempre habíamos tenido suficiente con la cama. Últimamente siempre acabamos en él. Es el mueble de juntarse para hablar, el mueble de la sensatez, diseñado para mantener la verticalidad, quedando la cabeza como corona categórica de los órganos obedientes que hay mucho más abajo, entre ellos, el corazón. He desarrollado una aversión a ese trasto, es tan insoportable como la persona en que me convierto cuando Samsa me invita a pegar el culo en él. No puedo con los cojines cuadrados azul marino, apretujados por otros más pequeños, abigarrados y blandos, con los que ella se calza hasta sentir la

comodidad necesaria para controlarlo todo: su vida, sus sentimientos, las palabras que ya está confeccionando, incluso mi persona. Si de vez en cuando me abrazase a mí como abraza esos cojines, se me ablandaría algo tieso y malévolo que llevo dentro y que me desafía, porque no depende de nada que pueda decirle ni de nada que pueda prometer. Barómetro de las circunstancias, lo que me hace ser como soy es modelable, pero no puede ser convencido ni expulsado.

Empieza la guerra química. Samsa es el terreno donde se libra el combate. No sólo ha tenido que extraerse sangre varias veces, también se empastilla cada mañana con calcio, hierro, ácido fólico, vitaminas, yodo y estrógenos. Me recuerda a esos solares abandonados a los que de repente van llegando camiones para descargar el material. Ladrillos, mortero, cemento, vigas, aislantes, tablas. Parece que esté comiéndose al niño a pedacitos, poco a poco, y que cuando se lo haya tragado del todo lo único que tengan que hacer en la clínica sea darle el visto bueno y apretar un botón. También hemos tenido que encargar unas botellitas en la farmacia, valiosas como el radio y no menos difíciles de conseguir. Esperamos un mes y por fin llegan en una caja que parece de bombones, de ésas que después no te atreves a tirar. Son unos frascos de vidrio, bonitos y angostos como muestras de perfume. Parece que contengan agua, pero no, están cargados de hormonas, los fermentos que alentarán y desplegarán la vida cuando llegue el momento. Después de cenar tiene que vaciar uno con una jeringa de aguja muy fina e inyectárselo en la grasa del vientre. Cada día durante dos semanas. Me pide que lo haga yo, porque ella lo ha intentado y no puede. Dice que clavarse una aguja de diez centímetros en la barriga es como hacerse el harakiri. Su carne pinchada se tensa y la mano que sostiene el arma se niega a obedecer, hay un mandato biológico que la protege, que la paraliza para impedir esa agresión. No lo he hecho nunca, pero no debe de ser difícil. La hago sentarse en la tapa del váter, le desinfecto la piel con una gasa empapada de alcohol y le aconsejo que piense en eso que sueña para soportar el pinchazo con dignidad. Me manda a la mierda y aprovecho la distracción para

clavarle la aguja y vaciar el contenido. Toda la operación tarda un segundo. Enmudece y me mira como si acabase de apuñalarla. Me muero de ganas de dejarla sola, pero me quedo, le doy un beso en la frente, me arrodillo a su lado, le acaricio un muslo y le pido perdón. La tranquilidad nos cae encima como una red umbría que nos aligera y nos une. Está frío, se queja palpándose el lugar del pinchazo. Lo pienso, pero no se lo recuerdo: conservan el semen que tanto desea y necesita en nitrógeno líquido, dentro de un congelador.

Se pasa el día comiendo. Me pide que le traiga empanadas, baja al súper y vuelve cargada con galletas, quesos, y botes y más botes de cacahuetes. Parece excitarla que la cocina se nos quede pequeña. Por la noche se prepara un bol de leche y deshace en ella un rollo de canela. Se lo zampa sentada a la mesa, concentrada en cada cucharada como un tigre en un cadáver fresco. Las hormonas hacen su trabajo, la adoban y la preparan, la utilizan para disponerlo todo al gusto y la satisfacción del niño. Acudimos a la clínica cada tres días. Le hacen una ecografía y valoran el estado de maduración de los óvulos. Descubro que la función de las inyecciones es puramente aceleradora. La estrategia infame de los ginecólogos es someter sus ovarios a la explotación. Si todo va bien, dentro de una semana tendrá ocho o diez óvulos maduros en el lugar previsto para albergar sólo a uno. El ovario convertido en un piso patera, vamos. Entonces, una vez tenga ese manojo de extraordinarias posibilidades en su interior, la inseminarán. Nos lo comunican y ella asiente y sonríe. Ni siquiera pestañea, es como si la hubieran hipnotizado. No puedo creer que no se eche atrás allí mismo. ¿De verdad permitirá que le endilguen entre cuarenta y sesenta mil espermatozoides de un joven atlético de veinte años? ¿Tenía dentro ocho óvulos maduros? Expongo mi temor con toda la educación y el control de los que soy capaz. No quiero salir en la portada de ningún diario con media docena de criaturas amontonadas en una cuna mandada a hacer, rojas y arrugadas como ratas, y una mujer ojerosa a mi lado, reventada por fuera y por dentro. La ginecóloga mira a Samsa y le dedica un gesto comprensivo. Hay

formas de comunicación sutiles pero déspotas, que poseen una capacidad prodigiosa de aislamiento. La gran campaña acaba de convertirse en algo incomprensible y valioso que oscila entre ambas. Yo ya no tengo cabida ahí. Soy la acompañante no deseada, aquello que hay que soportar. Samsa gesticula con impotencia. La vergüenza la debilita, las excusas se le caen de las manos. Es como si mi razonamiento fuese tan primario que la insultase no sólo a ella, sino también a la ciencia, al método experimental, a los sacerdotes de las santas iglesias fecundantes, siempre tan sabios y conscientes, siempre tan blancos.

La vuelta a casa es uno de esos viajes en que el silencio campa por el coche como la violencia orgullosa e idólatra de una tropa antes de entrar en combate. Se apodera de nuestros cuerpos, los traba y los vacía de amabilidad. Samsa conduce con aspereza, limpia el parabrisas dos veces, pone la radio, dice puta mierda y la apaga. Y mientras tanto no deja de morderse las mejillas, las succiona como si las masticara. Lo hace cuando está muy enfadada. Eso y dejar de hablarme, lo que me parecería una medida fantástica si no fuese porque tarde o temprano la habrá agotado y entonces me aplicará la medida contraria, que requiere al menos una hora juntas en el sofá. Cerca del Museo de Arte aprovecho un semáforo en rojo para bajar del coche. Le digo que tengo mucho trabajo. Doy un portazo y camino hasta la food truck. Es temprano, pero puedo trabajar con la persiana bajada, rellenar las empanadas un poco más que de costumbre, unirlas por los bordes con elegancia formando un dibujo que evoque un relieve helénico o la espalda de un dragón. Qué sé yo. Embellecer un poco el día, darle algo mío que lo haga despuntar. Saco las llaves del bolsillo y entro en la camioneta con la sensación de entrar en casa, en mi sitio. Olor a levadura, a comino, a cebollitas en vinagre, a especias picantes. Cierro los ojos y estoy en otro mundo, el mundo siempre perfecto del pasado cuando la nostalgia se encarga de borrar cada mancha, cada lesión.

Me cercioro de volver al apartamento lo bastante tarde como para encontrarla dormida. El azúcar y la grasa de la leche se le mezclan en la sangre y la enlazan a un sueño profundo. Hacía días que no pasaba por la taberna. Con la historia de los pinchazos terminaba de trabajar antes de tiempo para poder cenar con ella y cumplir el ritual médico necesario para lograr la gestación. La puerta chirría un poco. Silencio. Luces apagadas, una vela pequeña y sola que muere en el fondo de un plato. Me quito el abrigo y las botas, les sacudo la nieve y camino de puntillas hasta la nevera. Abro el congelador y saco una botellita. Cuando vienes del puño del invierno y tienes que entrar en calor, o te tomas un café hirviendo o un brennivín helado. Un sorbo largo que me raspa como una cerilla y me enciende las extremidades con un fuego valiente, tozudo como un niño que cree que aguantará despierto toda la noche. No estoy borracha, y eso que Ragnar se alegraba de verme y no ha dejado de brindar. No estoy borracha, el alcohol limpia y abrillanta la lengua, las encías, la mente. Es el amigo que sabe que no tienes nada y te abraza fuerte y crees que te lo da todo. Su voz es una mujer que te hace reír, un aliado. Me desnudo, dejo la ropa esparcida por el suelo y me meto en la cama. La calidez extrema de Samsa es musical, me llega hasta la piel en vibraciones que me alcanzan como una marea rumorosa alcanza las piedras solitarias, concediéndoles algo nuevo, la historia nunca contada de un naufragio, la nave tranquila cubierta por la arena en el fondo del mar.

Me despierta en la madrugada. Se ha levantado para ir al lavabo y no puede volver a dormirse. Dice que necesita hablar. Me siento tan cansada y hacer lo que pide me agota tanto que preferiría mil veces follar. Y todo es pensarlo y saber a ciencia cierta que esa es una alternativa, un camino ni tan seguro ni tan poblado ni tan plano, quizá parecido a un atajo espinoso y enlodado, pero con un caballo que sabe salvarlo, que puede llevarme indemne al otro lado. No es necesario que le diga lo imbécil que me siento. Ni es necesario que me excuse ni que la escuche ni que termine abrazando ese cuerpo cada vez más

grande para satisfacer la voracidad nunca saciada de sentimiento, de interés, de comprensión. Y me doy cuenta de que el sexo es la mentira más fácil, porque eso que llamamos alma y que parece que habite el cuarto compartido del amor no es real, no es nada, no son sino dos ojos que miran como si amaran. Y eso depende del cuerpo, del cuerpo y del cerebro, que sabe cómo dar a los ojos la forma de la pasión. Por tanto es fácil acallarla comiéndole ya el cuello, ya la lengua, ya los labios, quitarle el aliento, vaciarle la decisión. Y hundirle lo que necesita y que sólo son palabras mirándola a los ojos, diez minutos, quince minutos, media hora, mientras la mano le brinda y le toma el deseo, y con él la angustia y el amargor, dibujando círculos allí donde me espera, donde empieza y parece que acabe la verdad entre nosotras, es decir, todo.

Llega el día tan anhelado. El cielo gris de diciembre contiene un dolor que pesa y friega el mar. La calma es inquietante, amenaza con quedarse y hacer de techo, ladrón de luz cargado de tóxicos, plomo, mercurio, amianto. Samsa no se da ni cuenta. Su mañana es italiana, tiene el cuerpo tupido y blando, huele a pan caliente, a esponja al sol, a tomateras. No espera al café, se levanta y se baña, se lava a conciencia, como por última vez. Cuando sale del baño es otra, ancha y benigna, con sus pechos enormes bajo el jersey violeta y las costuras de los tejanos demasiado evidentes, con la carne, sus nuevas volutas de carne atrapadas bajo ellos, en pugna. Ya es una madre. Se sienta a la mesa y pregunta si me importa beberme su café. A partir de ahora ya no quiere ni café ni tabaco ni alcohol. Compraremos té y zumos de fruta. Agarra un bloc de post-its y se pone a escribir la nueva lista de la compra. Desayuna poco, sólo un vaso de leche y tres galletas. Son los nervios, dice, pero hoy podríamos cenar fuera y celebrarlo. Han pasado más de diez años, la mujer que me propone salir a cenar no conserva ni una de las células de la mujer que comía *lemon cake* cuando la conocí. El tiempo se encaprichó con nosotras y ha ido desgastándonos, se ha afilado los dientes restregándoselos contra nosotras. Y ya no sé qué soy. La fuerza de mi cuerpo yace sólo en el

cuerpo, se ha reducido a él, ya no la hallo en cuanto quiero y digo y hago y necesito. Cuando me desabotono la camisa y tengo un espejo cerca el tatuaje de Chiloé en mi pecho parece irreal, un pergamino con islas inventadas. Las rutas imposibles lo parecen por peligrosas. Las solitarias se pagan con la vida.

3

Las calles rompen la vitela de hielo que la noche ha extendido sobre ellas y emergen de una en una, como una concentración de submarinos, allí donde el tránsito las requiere. Primero las arterias principales, Hringbraut, Kringlumýrarbraut, Sæbraut, y poco a poco el resto de avenidas, calles, placitas, callejuelas. Las nueve menos diez. La mañana es como un joven oscuro y resacoso que duerme hasta las once y media. Samsa conduce con calma, ayer eligió la música que quería escuchar en el coche, tanto a la ida como a la vuelta. Tiene que ser un día perfecto, un día como un manzano, cargado de frutos y de fragancia. Aparcamos en el lugar de siempre, nos abrigamos y me retiene unos segundos con un beso desacostumbrado, demasiado largo y demasiado húmedo para ser un beso de coche. Salimos y me toma de la mano. Está entusiasmada y tengo la impresión de que quiere incluirme en esa cosa suya y que tiene que hacerlo por consideración, por mí, no por ella. Es como si en ese acto presintiese el contorno de la infidelidad detrás de la cortina corrida y quisiese ocultármelo, protegerse. Me toca para hacerme sentir presente, para que mi mente crea lo imposible: que lo que están a punto de hacerle a ella, también me lo hacen a mí, que el peso de las decisiones es uno y soportable cuando éstas se comparten.

Frente a la puerta le pido que pase adelante, que quiero fumarme un cigarrillo. Sonríe y me dice hasta ahora. Toda ella es tan cuerpo hoy, tan líquido y rescoldo, células y acogida, que no sabe quejarse, cualquier cosa la enternece y la motiva. Desaparece y me quedo bajo las luces potentes de la entrada. Decido dar la vuelta al edificio. Enciendo el cigarrillo y camino en la penumbra. Reparo en que la vida, cuando impacta contra el yunque del invierno, expulsa algo que humea. Edificios y automóviles y personas, y contenedores y aves y

embarcaciones, y aun las fajas intocables de vegetación. La mañana los despierta quitándoles el calor, es su manera de llamarlos, de apropiarse de ellos, de hacer que encajen con el nuevo día, que se unan a él con suficiente fuerza para hacerlo girar y avanzar. Camino y fumo. No pienso, observo. Y me doy cuenta de que es muy difícil observar sin pensar, percibirlo todo tal como viene, dejar que los ojos engullan y se vacíen en un único acto, barrear la mente. Lo pruebo y lo consigo. El secreto es siempre desestimarse en primer lugar a uno mismo antes, mucho antes de desestimar los milagros impuestos por la vida, esa santa indigente.

Samsa es la primera apuesta del día. Tres óvulos maduros en su sitio, perfectos como pepitas. Una lesbiana en una clínica de reproducción asistida es un caballo ganador. Cuerpo aún no puesto a prueba nunca, inmaculado y prepotente, no arrastra ningún desengaño, ninguna frustración. Samsa era consciente de eso. Podía haberse preñado tocando el semen asignado con la punta de los dedos, oliéndolo, bebiéndolo, dejando que se le derritiera lentamente sobre el vientre como un cubito de verano. Tres óvulos maduros para asegurar el embarazo. Altas probabilidades de que se fecunden dos. El mareo que no he sentido nunca en alta mar se pasea por mi cuerpo y se me mea en el cerebro. No sé dónde estoy, pero no estoy aquí con la mujer que amo, acariciándole la mejilla mientras ella se relaja tendida en una litera con el cuerpo desnudo de cintura para abajo y el sexo tapado por una sábana que no sabe lo que es el sueño. Nos dejan solas unos minutos. En la pared, cerca del techo, hay una pantalla encendida. Las imágenes que retransmite me dejan estupefacta. Es la BBC, una calle de Oriente Medio. Runas, polvo, un ser humano andrajoso que corre enloquecido. Francotiradores. La pantalla está demasiado alta y no hay ninguna silla a la que subirse para apagarla. Que la incompetencia ajena me obligue a asumir un papel que detesto no sólo me indigna, me enfurece. Asomo la cabeza por la puerta y hago entrar a la primera auxiliar que pasa. Samsa ha cerrado los ojos y respira como si se hubiese quedado sola y el mundo en su interior fuera el único,

desenvuelto y bello, inviolable. Amenazo a la chica con llevarme a mi mujer si no apaga ese aparato ahora mismo. Sale corriendo y al cabo de nada un zoom vertiginoso hace que en las calles de Bengasi triunfe un jardín de madreselva, donde se hartan colibríes menudos y azules con picos exquisitos como pinzas y los ojitos enojados de quien debe comer de pie. Samsa me mira y se echa a reír, me da las gracias. Necesito salir de aquí. Necesito un cigarrillo, una botella entera de brennivín, un puto barco en el puerto con un agujero en la quilla donde incrustarme.

Una hora después volvemos al apartamento. Conduzco yo porque Samsa no quiere abrirse de piernas. No sé por qué tengo la sensación de que a partir de ahora tendré muchas oportunidades de conducir yo. Una vez en casa, me pide que la folle. ¿Ahora? Dice que las probabilidades de que el óvulo se fecunde aumentan con un orgasmo. No sé hacerle entender que a estas alturas debe de tenerlos todos fecundados. Una inseminación artificial es un acto revolucionario, cien por cien democrático. Los espermatozoides son propulsados por el émbolo de la jeringa directamente al nido donde yacen los óvulos. No tienen que atravesar ningún desierto, no es una final atlética, los más valientes irán hombro con hombro con los holgazanes, los lentos y los idiotas. La fortuna está allí dentro, temeraria, magnánima, repartiendo su suerte con una venda en los ojos. Es la lotería que siempre toca. Y sin embargo ella insiste, las contracciones postcoitales pueden ser determinantes para rentabilizar el dineral que hemos invertido en esta empresa. Contracciones postcoitales. Rentabilidad. Empresa. La follo tal como me pide, con precisión, sin pasión, para huir del contenido de las palabras. Para matar una conversación.

Al cabo de quince días tiene cita para una nueva analítica. Se marcha de casa en ayunas y vuelven a vaciarla de sangre. La sangre, delatora detestable. Te mantiene viva con una condición: la transparencia. La sangre te recorre de puntillas, silenciosa, es la sirvienta espabilada con

acceso a todas las habitaciones, lo sabe todo de ti. Y cuando se le pregunta, informa de ello. No podemos fiarnos del cuerpo, es demasiado primario, demasiado débil. Sólo la mente puede consolarse de sus traiciones. Su única bandera es la de la libertad, formada con los huesos de la verdad y la mentira, entrecruzados sobre negro. La sangre no respeta nada.

Lo sé en cuanto la veo. Atraviesa la plaza corriendo hacia mí con el abrigo sujeto al pecho con una mano, sin bufanda, sin guantes. Ríe. Lleva el cabello suelto. No se lo ha planchado y se le enreda en la claridad gris de la mañana, le da un aire rebelde de artista, de vena loca e improvisación. Parece un cabello a punto de inmolarse, como un montón de ramitas reunidas antes de encender el fuego. Me encantaría tenerla siempre así. Viva y en movimiento. Tan increíblemente agitada, presente. Llega resoplando a la food truck y ahuyenta a la clientela pidiendo a voz en grito dos empanadas, una para ella y otra para el niño. ¿Sólo dos? ¿Un único niño? Sí. Si alguna vez hubiese renegado de un dios, sería el momento de arrancarme la piel a tiras y ofrecerle mi grasa en holocausto. Salgo de la food truck, la abrazo y la beso con un sentimiento inédito, divergente. Es el respiro tan necesario que subyuga la opresión: el alivio. Puesto que tengo que vivir caminando por una cuerda tendida a gran altura, este feto solitario es el contrapeso que puede equilibrar las fuerzas con la angustia, el peligro de caer al vacío con el de alcanzar tierra firme en todo momento. Otro resultado habría desencadenado tempestades donde ahora se impone la calma muda y soportable, la tediosa travesía que no requiere capitán ni oficial ni mecánico. Ni siquiera marineros.

Una embarazada siempre había sido para mí una mujer con el vientre hinchado, un planeta descomunal. Ahora sé que no. Porque una embarazada evidente es una embarazada con experiencia, ya ha hecho el aprendizaje que la destaca y la diferencia, que la honra con la

consideración de una mirada ajena. Una embarazada evidente es como una bruja antigua, custodia el secreto de la vida y eso la hace ser más que humana, prácticamente semidivina. Su cuerpo enérgico es una boca amplísima que habla por ella, quieran o no escucharla. Pero una embarazada reciente, una de primer trimestre… ¡Ah! Una embarazada reciente es una bomba de mano, la granada que duerme a tu lado. Su útero es el sensor que sostiene el diamante, es un reactor, contiene un Big Bang, un exceso de neutrones, nitroglicerina. La menor variación ambiental puede activarla. Samsa cambia de forma radical, como si realmente su raíz primaria se hubiese injertado en la de un ser vegetal, desdentado pero voraz, capaz de alimentarse de la savia de los demás a través de ella. Tan pronto me desea como me rechaza, tan pronto se revienta el corazón y me hace tragar cada puta palabra y sentimiento, como deja de hablarme. Me requiere y me ignora, a veces de forma consecutiva y sin parar en una sola tarde. Si le sigo el juego, se enfada. Cuando le paro los pies rompe a llorar en el acto, con violencia, como si el llanto fuese una de esas infecciones que súbitamente te obligan a vaciarte el estómago, a vomitar hasta ahogarte. Ríete del hachís, la cocaína, las drogas sintéticas. Existen concentraciones hormonales capaces de llevarte al cielo en un segundo y precipitarte a los brazos de las furias más locas, no las que dicen los pecados, sino las que los maquinan. Es el día a día inenarrable de las embarazadas que aún no tienen barriga, heroínas capaces de impulsar vidas humanas a costa de la suya sin que nada ni nadie se resienta fuera del ámbito inmediato de sus parejas y hogares. ¿Qué queda de Samsa? Cuando vuelve del trabajo se desnuda, se lava, bebe y come. Es como tener a una criatura de los bosques corriendo por casa, lo manosea y lo olfatea todo con sus aletas de bestia subterránea. Hablamos, follamos y miramos la televisión tumbadas en el sofá, ella con los pies en alto y la cabeza en mi regazo. Le suelto el pelo sin atreverme a respirar. Se ha convertido en la que manda, es ella quien inicia las conversaciones, quien las termina, es ella quien me desea y sabe cómo debo desearla. Se lo indica esa cosa tiránica, aún sin cerebro, que le chupa el entendimiento mientras le graba la lección de la eterna fidelidad en las paredes anhelantes y modelables

del útero, el lugar donde nadie más podrá marcarla.

Para Samsa los meses vuelan. Para mí no habían pasado nunca tan despacio. Soy la niña que se ha propuesto ser buena un año entero. Lo que pase después ya se verá. He cambiado el horario de apertura al público de la food truck. Ahora termino antes y vuelvo directamente a casa. Algún día he asomado la cabeza en la taberna, pero a esa hora Ragnar aún sigue afanándose en la cocina. Nada que hacer. Samsa, en cambio, está más activa que nunca. Se ha apuntado a clases de preparto y a un curso de aquagym para embarazadas que casi nos cuesta la relación. Quería que fuese con ella. Al parecer la mayoría de las mujeres acude con su pareja. Ellas hacen la ballena mientras sus acompañantes las sostienen asiéndolas por las axilas. Todo eso en la piscinita templada, panzas increíbles de ombligos vueltos hacia fuera como el nudo resistente de los globos, casquetes de baño insectívoros, cuerpos que un día se amaron con violencia, ahora blandos y vulnerables, flotando en esa morbidez asidos por los tentáculos. Y pese a todo algo los toca y los impulsa, algo que les hace sonreír con esa boca estúpida de los enfermos terminales que mueren engañados pensando que viven. Por supuesto me negué, y Samsa escupió un veneno muy especial, el que no mata pero ciega, el que borra los mejores recuerdos y a cambio ofrece un desgarro donde perder el equilibrio, donde dejarse la piel de los dedos y las rodillas, la de la confianza. Esa noche no dormí en casa. Me emborraché con Ragnar y fui feliz a la manera de quienes se borran con alcohol y alcanzan la materia prima, el soporte durísimo que nos funda y sobre el que erigimos la vida presentable, la de verdad, como tan de verdad es el pintor que se cuela en un espejo al fondo de un cuadro.

Hacemos las paces cuando le propongo acompañarla al curso de preparación al parto. No me apetece nada, pero es uno de esos aperitivos indeseables que ya me tragué al asumir el embarazo, como estar presente en las revisiones ginecológicas y el parto, o salir a mirar

cochecitos y elegir las primeras ropitas. Las clases son como las ecografías, generan unas expectativas muy altas y después resultan como mínimo confusas. Requieren una buena resaca o mucha imaginación. Están sobrevaloradas. Samsa asiste a ellas como a una liturgia. Ha comprado ropa especial, ancha en los muslos y con mucha licra en los tobillos y la barriga. Pone la alarma del móvil para que no se nos pase la hora y se recoge el pelo antes de salir de casa. Me intriga saber por qué también se desmaquilla. Durante las sesiones de tres cuartos de hora reparo en que las embarazadas se parecen como sembrados, como animales de granja. Podría cambiar a Samsa por cualquier otra. Está de siete meses. No sé adónde ha huido, la toco y no la encuentro, se ha reducido al contenido, se ha vuelo plástica, está sometida a un proceso de elaboración constante que la sobrepasa y la deshilacha. Las clases me incomodan mucho. Lo peor no son los cuerpos ni las instrucciones de la comadrona, que pretende ayudarlos a madurar y a abrirse. Lo peor son las miradas, la malla de complicidad que entreteje la mirada que cada acompañante lanza a cada acompañante, cada preñada a cada preñada. Un peso da consistencia a esa construcción y es la consciencia de grupo, de clase, casi de casta. Las elegidas, todas con su fruto centáurico aún inacabo en su interior, y en segundo término, los protectores, suerte de vínculo humano con el mundo real, prescindible. La comadrona es el gurú que nos hace montar pelotas de dilatación mientras acompasamos la respiración y nos miramos con condescendencia. Todo ello me altera tanto que cambiaría la mierda de pelota por una mano de mortero o un saco de boxeo. Ése es el ejercicio más difícil: conservar la calma cuando la corriente te chupa y te llena los intestinos de sustancias indigeribles. Mantenerse firme en medio del océano como un farallón ya tan deteriorado que visto de lejos no se sabe si es un ser muerto a la deriva o que la piedra desesperada lucha por respirar.

Ya no follamos. Samsa no tiene sexo, es una atarazana obstruida por una única nave y dedica cada segundo del día y de la noche a la labor que la reclama. Un filtro finísimo le tapa la boca del deseo. No queda

nada de ella, se ha transformado. No deja que la toque, que la utilice sin pretender darle nada, sólo para saciar el hambre semanal acumulada dentro de mí rechazo tras rechazo. Cuando me masturbo tendida a su lado, me da la espalda, como si quisiese proteger a su hijo de una cosa fea, de la maldad intrínseca de otros cuerpos que no sospechan el valor sagrado de disponer y construir una nueva vida, que sólo sirven para contagiar su carencia y su miedo, la necesidad nunca satisfecha de calor y aprobación. Me toco y bajo toda yo, me recojo en el lugar al que me he llamado. Soy una flor de invierno que se abre por error y se cierra. Cada orgasmo es un pequeño funeral. Cuando termino espera un rato antes de darse la vuelta. Me ase la mano y me la pone en el vientre. Así debían de sentirse los dioses el día en que los continentes formaron las montañas a cabezazos. Mi mano es la impotencia. No siento nada, cierro los ojos y descanso.

Según las predicciones de la ginecóloga faltan entre diez y quince días para el parto. Samsa ya no es capaz de esperarme despierta cada noche. El niño necesita que duerma, está chupándole las últimas existencias. Ella ya no va al trabajo, lleva varias semanas de baja. Se levanta tarde cada mañana, hace dos o tres cabezadas a lo largo del día y a la hora de cenar vuelve a caer rendida de sueño. He llegado a pensar que si la criatura no naciese a tiempo, acabaría provocándole un coma y la consumiría, la vaciaría entera y sólo quedaría su piel, un despojo inservible. No sé por qué creo que en ese caso el niño nacería por la boca. Una boca con la mandíbula desencajada como la de las serpientes. No le cuento ninguna de mis teorías. En lugar de eso salgo a beber con Ragnar. Llamo a Samsa a media tarde, me cercioro de que esté bien, le deseo un sueño reparador y sigo trabajando hasta pasada la medianoche. Estamos otra vez en septiembre, la gente tiene hambre, la vida nocturna no se detiene nunca en este país incapaz de decidir si quiere o necesita esos meses larguísimos de oscuridad para ejecutar con impunidad los pensamientos incubados a la luz judicial del día. Bajo la persiana, agarro una bolsa de empanadas y me dirijo hacia la taberna. Ragnar y yo somos como perros, siempre estamos

contentos de vernos. Nos damos un fuerte abrazo y me ofrece una botella. Lleva un rato bebiendo y tiene los ojos tornasolados, le brillan como cubitos de hielo en el fondo de un vaso con un desasosiego lento que me invita. Me siento y bebo con él. ¡Ah! Los viejos tiempos. Los viejos tiempos siempre son los mejores. El presente está celoso de ellos, por eso nos castiga. El ambiente húmedo, lóbrego y ruidoso del local me abraza y me problematiza. Si soy alguien, soy ésta. Si la paz es respirar sin sentir las costillas, mi paz está aquí y es muy sencilla. La tengo en los dedos, se me escurre puño adentro y se pasea por debajo de mi ropa. ¡La he recuperado! El tacto balsámico de sus patitas me emociona y me calma. Brindamos sin decir nada, intercambiando algo importante con la mirada, algo que, como una mano que rasca, vive en nuestro interior y no puede ser abrasado por el ácido corrosivo de las palabras.

Fumo el último cigarrillo en la calle, antes de subir a casa. De noche el muelle es precioso, una pista negra reluciente donde espejean luces amarillas y naranjas. Parece una danza de espectros que se niegan a dormir y llaman a la rebelión. Desde el mar debe de ser aún más bonito. Cierro los ojos un rato y llego a Puerto Montt. Una entrada lenta y espectacular en una de las bahías más hermosas del mundo, ancha como una plaza, limpia como el cielo. La ciudad de noche, vista desde el barco, era una gran fachada de hotel. La primera vez no desembarqué, estuve sentada en cubierta buena parte de la noche admirándola. Me habría gustado saber tocar la guitarra, cantarle una canción muy lenta a media voz, articular su encanto, repetir su nombre. Recalamos allí muchas veces, era un puerto habitual. Fue allí donde le compré el primer collar a Samsa. Solía regalarle joyas con piedras extrañas que ella reconocía de inmediato. Las adquiría a millas de distancia y las guardaba en el camarote durante semanas. Si las apretaba, era como tenerla a ella en la mano, rebosante de calor. Las piedras me alimentaban, como cuando tomas un recuerdo y ya no necesitas comer porque te satura el cuerpo.

Samsa ha salido de cuentas. Nos dicen que, si no se pone de parto dentro de cuatro días, tendrán que provocárselo, porque el niño tiene macrosomía. Las palabras que evocan enfermedades deberían poder quemarse. Samsa se lleva las manos a la barriga y a mí me crecen cuatro capas de óxido, una encima de la otra, envejezco de golpe. Acabo de descubrir que un niño diagnosticado puede matar. El ginecólogo raya la psicopatía, saborea un instante las olas de turbación que ha logrado levantar con su abuso epistemológico y vuelve a parecer un médico. La voz de los chiflados puede ser la más suave de todas, es la voz de una madre que todo lo sabe y lo perfora. Un feto macrosómico es un feto más grande de lo habitual, explica. Respiro. Es una mierda de feto islandés dentro de una islandesa que se ha pasado nueve meses bebiendo leche y engullendo queso. ¡Claro que es enorme! Samsa se levanta de la silla y dice que el niño nacerá cuando esté liso, ni antes ni después. Agarra el bolso, me clava la mirada, hace un gesto con la cabeza y sale.

No ha hecho falta entrar en guerra con los hospitales, tendremos un parto en casa. No me parece una buena idea, pero no soy yo quien tiene que desangrarse, elige ella. La comadrona llega cuando empiezan las primeras contracciones. Las de verdad. Las que me hacen pensar que tenemos vecinos con teléfonos y el número de la policía. Suele decirse que las comadronas pierden la noción del tiempo. A mí se me desfigura. Doce horas de martirio. Cada una se alarga como un día. Samsa suelta gritos de manicomio, empieza a todo volumen, sin avisar, y al cabo de un rato se detiene en seco. Eso minuto tras minuto, una y otra vez. No habla, aúlla. No respira, jadea. La comadrona trae de todo y sin embargo no deja de pedirme cosas. Caliento bolsitas térmicas en el microondas, hiervo agua, tiro empapadores, preparo infusiones, busco entre las ollas hasta que encuentro la adecuada para vomitar en ella. Constato con claridad que la naturaleza es imperfecta y cruel, parece rabiosa. No es ni ha sido nunca sabia. ¿Cuántos siglos hacen falta para que una mujer pueda

parir sin que parezca un experimento? La comadrona conserva la calma, pide al recién nacido que fluya y a Samsa, que fluya con él. Yo sólo puedo pensar en cesáreas. Asisto a un acto temerario; es como ir a robar joyas en un museo o liberar al preso de un furgón: ¡tantas cosas pueden salir mal! Cada segundo contiene un error, el peligro saca la lengua y lo llena todo de una saliva letal, pegajosa. Samsa me reclama a su lado y me tritura una mano. Me pregunta si la quiero. Su voz contiene una exigencia. Tiene los ojos perdidos, parece drogada. Le digo que sí, mucho, la quiero más que a nadie ni a nada en este mundo. Las palabras me salen solas, como si las hubiese escuchado diez mil veces en la misma serie. Luego me insulta y me echa, no quiere ni verme. La comadrona dice que es un comportamiento normal, que la poseen hormonas descontroladas. Habla de Samsa como si no estuviese presente o fuese autista. Es todo tan irreal que ya no soy consciente de mi cuerpo, ni de la sed, el cansancio y el hambre. Samsa lo ocupa y lo chupa todo como un agujero negro. Tres horas más. Se ha dilatado al máximo. Me informa de ello la comadrona, que está terminando de comerse un plátano. Samsa quería parir en cuclillas, pero ya no puede más, la ha tumbado el puño bien adiestrado del dolor. Le miro el coño sin querer. No sé qué me parece. Un manojo indescriptible de carne viva, la peor herida de una criatura que ya no tiene remedio, que sangra y agoniza. La comadrona dice que el niño es tan grande que no puede encajarse, tiene que salir de golpe, de un buen empujón. Estoy a punto de llamar a una ambulancia cuando oigo que cambian los gemidos. Ya no es una voz de mujer, ahora chilla un animal, un dragón, la fiera que puede aniquilarlo todo con una llamarada. La comadrona me llama. Acudo. No sé dónde estoy, no soy nadie. Un cráneo besa la luz por primera vez. Alguien tira de él para que no se encalle. Lo tengo en los brazos. Respira. Calienta. Pesa. Es una cosa durísima y blandísima, como un pequeño milagro. Se le llenan los ojos. Es una niña. Me mira. Siento que muero un poco.

4

La maternidad de Samsa es exclusiva, no me afecta, me ha convertido en una exiliada. Ella y Tinna aún son un mismo ser, como cuando Samsa estaba embarazada de ella. Se pasan el día tiradas en el sofá, piel con piel, desnudas. Su vida se reduce a la lactancia. Tinna siempre tiene un pezón en la boca. Le sirve de biberón, de chupador, de juguete. No se cansa nunca, lo siente tan suyo como el paladar o la lengua con que lo aplasta. Cuando se duerme y lo pierde es como si un planeta hubiese perdido a su estrella: la frialdad absoluta, una frialdad monstruosa que la despierta y la aterra. Empieza a dar cabezazos contra Samsa con la boca abierta como un gran ojo que quiere recuperar la luz, la sensatez. Si no es capaz de encontrarlo, grita. Tiene unos gritos propios que no se parecen a los de ningún otro recién nacido del mundo. Son un imperio de langostas que llega y arrasa, y arrasa y se marcha. Los temo. Temo la nada que queda cuando callan, el raso plagado de cadáveres. A Samsa, en cambio, todo le divierte, ha alcanzado una especie de nirvana. No le importa nada, ni las grietas en los pezones que le escuecen y le sangran, ni las contracciones uterinas que la doblan en dos, ni siquiera que se me pase el punto de cocción de la pasta. Mira la televisión, come lo que le pongo en el plato y habla con Tinna en voz muy baja, escondida bajo el edredón con la niña acostada encima de ella, como si hubiesen tenido la gran idea de invitarse a dormir una a casa de la otra y fuese la hora de las confidencias. Yo no paro quieta. Cocino, compro, limpio. No entiendo que un recién nacido que va todo el santo día desnudo y come de una teta logre multiplicar por tres el trabajo de casa. No entiendo nada. Cuando salgo a tirar la basura aprovecho para descansar un rato sentada en la escalera. Fumo. Enlazo un cigarrillo con otro. No quiero pensar. Me siento utilizada, me siento excluida, me siento prescrita. No me gusto. No me gusta esta vida, es la vida de una china, de una esclava. Mejor no pensar en nada. En estas

condiciones pensar no sólo es peligroso, es de idiotas.

Nos hemos mudado. La casita amarilla ha presenciado cómo cinco kilos de bebé expulsaban a la primera familia y ahora engullen nuestras cosas con avidez. Cabe todo, los cuatro muebles del apartamento, el fondo de armario de Samsa, mis enseres de cocina y la increíble parafernalia de Tinna. Tiene dos meses. Dos meses son demasiado poco para tal acumulación de riqueza. Ragnar me ayuda a hacer la mudanza. Entre él y yo lo cargamos todo en su furgoneta. No sé por qué, las cosas de Tinna me avergüenzan. Toda clase de reclinatorios y asientos con barandillas, correas, cinturones y ruedecitas. Bolsas atiborradas de ropita hasta los bordes. Cajas y cajitas de cartón con una ventanita de plástico por donde se ven aparatos de colores claros, algunos eléctricos, la mayoría ergonómicos, todos prescindibles. Juguetes pensados para modelarle el cerebro, muñecos de algodón ecológico, maderitas ideadas por algún pedagogo. Lo toco todo. Sus cosas pasan por mis manos como maletas por una cinta transportadora. Las agarro, las desplazo, me deshago de ellas. No tienen nada que ver conmigo. Samsa ha ido a la piscina con Tinna. Se han matriculado en un cursillo de natación para recién nacidos. Cuando me lo dijo pensé que era una broma. Pero no. Se ve que los recién nacidos saben bucear, aprenden a hacerlo en el vientre de la madre y lo olvidan cuando la vida los obliga a llorar y justo después, a respirar. Samsa quiere que Tinna no lo olvide, como si no fuera suficiente con haberle brindado la vida y ahora tuviese que arreglársela. ¿Es a eso a lo que se dedican las madres? ¿A poner redes invisibles, a velar por la seguridad? Soy yo quien ha tenido que aprender a respirar. Lo supe desde el primer minuto. En cuanto la inseminaron, Samsa cambió. La sensación que yo tenía era de extrañeza, de una extrañeza nómada, nerviosa. Procedía de ella, la poseía a la vez que la traspasaba, la hacía radioactiva, como si se la hubiesen inoculado con esos cristales móviles de vida, con esa sopa de desesperación, recién activada. Y el parto no ha cambiado nada, no la ha redimido ni me la ha devuelto. Ni un paso atrás: la maternidad es

el tatuaje que fija y numera la vida en tu brazo, la mancha que inhibe la libertad.

La sensación de vacío es tan grande que me pondría orejeras, un retazo de cuero en cada sien para garantizarme el futuro trillado e irrefutable que se despliega ante mí. Dejarme vivir matándome lentamente, ¿es eso lo que hace falta? Hay demasiados océanos retirados de demasiado territorio. Hay demasiados esqueletos en la piedra, demasiada vida pendiente de declarar. Taparme las orejas puede ser más efectivo que vaciarme los ojos, porque he permitido que los ojos codirijan las obras del cerebro, pero no tengo ningún órgano que ose desafiar a la trompeta que me taladra por vibración, el sentimiento. Debo dejarme llevar, debo agotar la baja de maternidad, recuperar el trabajo, esperar que Samsa se reconstruya, que eche en falta piezas de sí misma y luche por recuperarlas y encajarlas con las de esa nueva mujer que ya no vive para ella, sino a través de la vida de otra, atrapada en un cuerpo de niña que la desea y sonríe, y que la ha seducido con una fuerza que no puede ser igualada, porque pertenece a los astros y a la tierra. Es decir, a nadie.

La cocina de casa es incómoda. Seis fogones, horno, horno de vapor, una isla en medio del paso, mobiliario sin pomos de arriba abajo y de derecha a izquierda. Antes de mudarnos Samsa se escapó a Ikea y vació la sección de menaje del hogar. La tenemos escondida en esos armarios. Utensilios bonitos y nuevecitos que no me dicen nada ni me sirven. Desayunamos en una mesa pegada a la ventana. Huevos revueltos, pan con mantequilla, zumo de arándanos y una tetera. El otoño nos sirve sus últimas mañanas. Me gustan esas horas preparatorias, desplegar el mantel, encender velas, sentir que todo lo que hago se inscribe con plenitud en un tiempo propio y solitario, en los minutos que hilvano a conciencia con cada movimiento ejecutado con las puntas sabias de los dedos. El tiempo no vive fuera, el tiempo nace con nosotros. Tener el tiempo en las manos, he aquí una misión

humana. Me levanto cuando la casa aún se mece en el silencio, como una barca dormida al abrigo de otras barcas, una caja de madera donde parece que todo empiece y termine. No enciendo ninguna luz. Samsa duerme lejos de mí, en la otra punta del mundo, pegada a la cuna de Tinna, que tiene una barandilla abatible y encaja con nuestra cama. Dormir tan cerca de dos personas que se quieren es peor que dormir sola. Me pongo un jersey y bajo a la cocina. En realidad no me he levantado, acabo de fugarme. Cuando dos o tres horas más tarde Samsa aparece con Tinna ya vestida y contenta, hay algo que discrepa allí donde el pecho me pega, como una gotera antigua o el murmullo de un viento que pasa sin que yo sepa interpretar qué me anuncia.

He cometido un error y he asistido a una de las reuniones privadas de Samsa. Se trata de un grupo itinerante de lactancia. Son diez o quince madres, cada una con su bebé, como si fueran lanceros. Una vez por semana se reúnen en casa de una de ellas, amamantan a las criaturas y hablan. Al final nos ha tocado a nosotras. Samsa se levanta poco después que yo y hace algo que no ha hecho nunca hasta ahora: me entrega a Tinna ya llena y satisfecha. La deja en mis brazos y me ordena que le cambie los pañales y que la vista, ya ha colocado la ropa elegida sobre el cambiador. Por una vez tiene demasiadas cosas que hacer, cosas para las que un recién nacido es un estorbo. Debe lavarse, peinarse y maquillarse para tener buena cara, tiene que ponerse la ropa de lactancia, ni de calle ni de estar por casa, el tipo de blusa cerrada en el escote con una cinta que cuando la desata le libera los pechos, que no han estado nunca tan llenos ni han sido nunca tan intocables. Samsa se cerciora de que la haya entendido y sale. Silencio. Un silencio acuático, hospitalario. Por primera vez me he quedado sola con Tinna. Nos miramos con curiosidad, como si nuestras caras nos sonasen de algo, de un encuentro fortuito que no recordamos. Le explico qué haremos y la tiendo en el cambiador. No dice ni pío. Mueve las piernas y los bracitos sin cesar, como un escarabajo boca arriba. Pone en ello tanta pasión que resuella. Luego encuentra el montoncito de ropa que ha dejado Samsa y la tira al

suelo de una patada. Me hace reír. A mí tampoco me gusta el vestidito blanco de punto con las medias rosadas. ¿Sabes qué haremos? Elegiremos otra cosa. La tomo en brazos y nos dirigimos hacia la cómoda. Me gusta pasearla por la habitación, olerle la piel delicadísima del cráneo, olerla con los labios y quedarme con su calor. Cuando tienes a un niño despierto en brazos en el interior de una casa, instintivamente buscas ventanas. Los ojos de Tinna miran lejos, los atrapa la claridad que viene del mar, se clavan en ella como en una maravilla, como si la aurora fuese uno de esos fenómenos que sólo ocurren cada diez siglos. Y pienso que quizá sea cierto que no recuerdo la última vez que me estuve quieta, frente a frente con la marea de luz que cada día se traga el cielo y nos lo obsequia.

El timbre, exclamaciones en la entrada que se meten en casa y ahondan en ella. Existen voces humanas capaces de aniquilarte. Abrazo a Tinna un momento antes de terminar de vestirla. No le gusta que la meneen y gime. Canto. No sé muy bien qué canto, tarareo una canción que habré oído en la radio, un ritmo latino que le tensa el cuerpo como si quisiese bailarlo. Samsa me llama. Querrá a la niña, la prueba viviente de su reinado. Le despeino el mechón de pelo que parece llevar cosido a la cabeza y le doy dos besos, uno en la nariz y otro en la frente. Bajo las escaleras a disgusto, como si un dios implacable me hubiese exigido esa hija. ¿Es suficiente con dejar de creer para proscribir a un dios? Samsa ha encajonado todas las sillas y butacas de casa en la sala. La mesita, en medio, cubierta de pastas y bebidas y pezoneras y empapadores. Kilos y más kilos de mujeres y recién nacidos. Se sientan y se desnudan. La calefacción islandesa siempre al máximo. Los enormes pechos sueltos, sostenidos por una mano para embocarlos en los bebés. Ríen, amamantan, comen, se miran, se tocan, se comparan. Pezones de todos los tamaños, algunos pequeños como bayas, otros anchos y oscuros como el pan. Lengüecitas anhelantes que los lamen y los excitan. Ahora entiendo por qué Samsa no se pierde ninguno de esos encuentros. Son orgías. Comparten el exceso, la desmesura, la carne y el deleite de la carne,

que se sublima cuando es compartido. Samsa coge a Tinna y me pregunta por qué le he puesto unos pantalones pirata con una camiseta que no pega. Me lo escupe al oído con una rabia baja que desconozco, pero no me extraña. La miro sin decir nada, sólo podría insultarla y la maternidad le haría de escudo. Peina a Tinna con una mano y la lleva a su butaca. Huyo de casa.

Un día detrás de otro, los arrío como si fuesen las bestias que transportan mi carga. La casa, la compra, el trabajo, otra vez la casa. Mentira. Entre el trabajo y la casa vuelve a estar la taberna. Al principio no quería ir. Imaginaba los atardeceres en la sala, pausados como fados, Tinna reptando por la alfombra como un caracol por la hierba espesa, con dificultad, con tozudez, sin tregua. Ella y yo y su cesta de juguetes. No ha sido posible. Samsa está siempre ahí, pendiente, enfermiza. Ha renunciado a su vida, se ha vuelto religiosa. Su maternidad es así, una teoría basada en la jerarquía que pretende englobarlo y explicarlo todo. Me enfrento a ella una noche, cuando llego tarde después de beber con Ragnar. Samsa llora tendida en la cama. Es una víctima, un cuerpo rendido por los sentimientos que lava su pelo con lágrimas. Le digo que no he nacido para ser madre y aún menos para ser un perrito, la compañía obediente que ella pide. Nos miramos en la penumbra. Las luces de la calle son de película, nos recortan la silueta y la azulean, la vacían. Tinna duerme justo allí donde su colchoncito está amarrado al nuestro, confiada, tranquila. Las pestañas de seda, los agujeritos cálidos de la nariz, limpia y ligera, como recién escrita. Respira y parece de cera, una muñeca. Querría entrar volando por la ventana y raptarla, castigar a Samsa por la intolerancia y la debilidad. Por tenerme segregada de la vida de Tinna y de la de ella. Los argumentos de Samsa son biológicos: que si las hormonas, que si un cordón simbólico, que si la lactancia. Llega a decir que el primer año de un recién nacido es de la madre, lo ha leído en un libro. *Fuck you*. Yo también he asumido la maternidad, por amor a ella y no por necesidad de un hijo, pero la he asumido y la reclamo. Acabamos follando por demasiados motivos. Porque se siente

poderosa y porque me siento sola. Porque el amor se sedimenta y el sedimento tiene memoria. Porque se culpabiliza y porque me he pasado la noche mirando a otra mujer y estoy caliente. Follar por todo eso es salir de un edificio en llamas por las escaleras que no conducen a ninguna parte, las de emergencia.

Hemos hecho un pacto. Un pacto explícito en virtud del cual tengo los miércoles con Tinna. Samsa me da una parte de razón. Lo ha meditado toda la noche, dice, mientras dormía. Cuando se levanta, la cama ya no es una cama, es su trono. Amamanta a Tinna y me la cede. Me incluye en sus dominios, la espalda cuadrada, el cuello nunca expuesto, una corona en la frente hecha de cabelleras y dientes. Tinna me llega como si fuese un préstamo. Samsa acaba de desabotonarse el pijama y sonríe. Es una montaña que se yergue frente a mí, una barrera natural, apta sólo para animales, saturada de muerte y de nieve. Su normativa es geológica y eso sólo puede querer decir que no hay nada que hacer, no hay amenaza ni estrategia posibles, ningún movimiento capaz de sacudirla. Puedo admirarla y amarla porque me tienta y es un cúmulo de belleza impracticable contra el que impacto con fruición, sin partirme. Hoy se siente magnánima cuando toma a su hija y me la deja. Se sabe invencible. En alguna parte hay una lista perdida con los nombres de mujeres y montañas como Samsa. Son seres completos, temo la totalidad que pone de manifiesto mi carencia. Tomo a Tinna como tomaría una bolsita llena de oro, pensando que a partir de ahora, vaya a donde vaya, llevaré escrito en la cara el tesoro que custodio y que no puedo gastarme.

La vida ha empezado a hacer bajada. Un aliento me empuja nada más levantarme. Me interno en los días como un explorador se interna en un territorio conocido, con apatía, sin precaución. No me interesan. Tinna crece con confianza, como si al hacerlo se liberara. Se levanta, se desenrosca, parece que esté abriéndose poco a poco y que de ella salga un rayo de luz capaz de disipar la fealdad del mundo. La casa le

sirve de tiesto. Samsa la alimenta. Yo soy el pájaro que la visita y canta porque es feliz con sólo mirarla. No sabía que un hijo pudiese ser un escollo tan grande. A mi alrededor todo parece tranquilo, pero no hay paso abierto. Una fuerza que vive y se multiplica me sujeta e impide que me vaya, amenazando con desligarme el tronco, que quiere huir, de la cabeza, hecha para quedarse.

Dormimos en habitaciones separadas. Creía que eso sólo les pasaba a los que roncan y a los abuelos. Pero al parecer los bebés tienen el sueño muy ligero y si no eres la madre, cualquier movimiento o ruidito puede romperlo. Palabras de Samsa, que ya no soporta que Tinna la despierte cinco o seis veces cada noche y ella tenga que amamantarla. Dice que tengo un sueño violento, que descargo mis demonios golpeando el colchón. Estoy harta de los poderes extrasensoriales con que la biología obsequia a sus practicantes más devotas, pero discutir sandeces me agota. Agarro la almohada, velas y un cenicero y me instalo en la habitación de los invitados. Tumbada en la cama a las diez y media de la mañana. Las sábanas nuevas a rayas que aún no se han lavado nunca. El colchón por estrenar. Podría haber ido a la habitación de Tinna, contigua a la nuestra, ya preparada para acogerla dentro de cuatro o cinco años, que es cuando según los japoneses un niño puede dormirse solo sin que le traumatice la experiencia de la soledad. Pero he preferido este cuarto, que en realidad sirve de trastero. Es la habitación más pequeña y está encarada al norte. Contiene la tabla de planchar y cajas del traslado que no hemos abierto nunca. No están etiquetadas, por lo que es como si estuviesen vacías. Es curioso, pero esa es la única habitación donde realmente me siento como en casa. Vuelvo a tener por compañera la provisionalidad que tan bien me escucha y me habla. Vuelvo a acostarme en una litera a caballo entre un puerto y otro puerto.

5

La ausencia de sexo humaniza lo mismo que una enfermedad. No es que tome posesión de mi cuerpo. No. En realidad se apodera de su temple. Noto cómo lo carcome y le hace un agujero bien redondo, siento cómo se hunde en él hasta alcanzar el rincón ideal para anidar. Allí es donde la ausencia de sexo, como un manojo de virus o gusanos, dispone su casa y se me come lentamente. Gracias a mí, que soy su apoyo, crece la carencia y se refuerza, cambia de esqueleto varias veces, fabrica e incuba centenas de huevos. Me vence como vencen las madres biológicas, reproduciéndose. Sin embargo, su labor perforadora ha abierto fisuras por las que partes atrapadas de mí empiezan a emerger. Percibo que soy de humo, que lo que me define circula como por chimeneas y explora cada abertura buscando un chorro de luz o de frío, la cúpula del cielo donde esparcirse. No hablo de la personalidad. La personalidad es un vestido confeccionado con trapos que lavo y recoso sin cesar, que me cubre y puede que me siente bien, pero nunca, nunca me define. La desnudez que oculto es la que me hace persona. La piel, mi extensión esteparia. Ahora que la ausencia de sexo me ha desnudado, me he visto. Me he visto y me he reconocido como un ciego reconoce el trago de salmuera que al atardecer sube desde los intestinos del mar.

Suele venir un par de días a la semana a buscar una empanada a la hora del almuerzo, como todo el mundo. Es una islandesa atípica, de cuerpo esbelto y finos músculos de atleta. La cara limpia, el flequillo perfecto y los ojos muy azules, pero de un azul inusual, opaco y oscuro como la malaquita. Debe de trabajar en el Museo de Arte o en la Galería Nacional, tiene aire de comisaria. Siempre pide lo mismo, la empanada del día y un café largo. No entiendo por qué me trastorna tanto. Es como si cada una de sus palabras irrumpiese para seducirme

con un baile lento. A veces me basta con verla de lejos para sentirme ingobernable. Reconozco el deseo, náufrago de un viaje antiguo que regresa vigoroso y asilvestrado. Me entrego a él porque tenerlo es alcanzar sus océanos, llenarme el coño de espuma, colgarme al cuello las perlas que me doblan las rodillas. Me siento de puta madre cuando ella mueve los labios sólo porque me habla. Envuelvo la empanada, preparo el café, lo precinto, cobro. Le entrego la bolsa y nos miramos, un segundo es suficiente. Sus uñas, que me tragaría de una en una, brillan tanto que no parecen humanas.

Los miércoles son mis fines de semana. Samsa se levanta temprano y desaparece. Ha logrado concentrar en un solo día el ocio de su antigua vida: clases de español y de pintura, yoga, gimnasio, almorzar con amigas. Hay que ser dura como el mármol para soportarlo en doce horas escasas, o basta como la argamasa. Me lo vende como un sacrificio, pero en el fondo sé que le gusta. Lo necesita. No podría ser la madre que quiere ser sin los miércoles, perdería la sensatez. Me la quedo mirando mientras cambia pañales y dobla el cochecito para meterlo en el maletero y tengo la impresión de que no es ella, de que ahí hay alguien movido por una exigencia. Por ejemplo, el amor que siente por Tinna es desatado y vinculante, lo vive como si fuese un amor ya escrito, lo cumple como si fuera legendario. A mí me parece un parásito que la ha mediatizado y la cabalga para exhibirse. ¿A dónde irán a parar las madres cuando dejan de ser estrictas? Samsa está en los miércoles. Son la plaza donde ella proclama su independencia. Y agota cada hora, porque las horas de todos los otros días son vampiros que la desean con un amor que la vacía.

No me muevo de la cama hasta que oigo que arranca el motor del coche. Tinna duerme pegada a mí. Samsa me la ha dejado ya amamantada. Le acaricio una mejilla, recorro sus venas azules y verdes con un dedo. Es una vida tan nueva que aún es transparente, no ha formado capas. No se mueve ni lloriquea. Nada. Tiene el cuello

sudado. La olfateo y huele a plantas, a ruda y a verbena. Le doy un beso. Sabe a medicina. Le desabotono un poco el pijama, tibio por todas las cosas tibias que su cuerpecito de leche fabrica y alimenta. Cuando duerme resguardada contra mi pecho, con los ojos en movimiento bajo los párpados, encuentro que la vida se me encara, me desafía, que nunca como ahora me manda que crea y me desarme. Cuando despierta la refresco, la visto y le preparo una papilla. Le encanta escuchar la radio. Me dedica un espectáculo que no hace nunca en presencia de Samsa: se arrastra por la cocina sentada, impulsándose a culetazos, mientras silba como una tetera y me mira y ríe y babea. Es su manera de pedirme que ponga la radio. O eso parece, porque en cuanto lo hago se pone a gatas y corre a mi encuentro. Entonces la aúpo y bailamos. Soy una bailarina pésima, no tengo sentido del ritmo ni ningún interés en mover el cuerpo en coordinación con otro fuera del ámbito específico del sexo, pero la voluntad de un recién nacido es una y entera, sabe levantarlo y demolerlo todo, construir y derribar montañas. Así que hago lo que no he hecho nunca con Samsa, la estrecho contra mí y exploro la intimidad que surge cuando el mundo se repliega sobre nosotras. Bailamos. La música nos toca con las manos frías, con las puntas de los dedos, como si nos desnudase. Nos atrapa como un torrente y nos empuja adentro, adentro. Tener a Tinna así hace que me sienta nueva y extraña. Hace que piense en palabras que han crecido como hierbas o vallas encima de mí. Entre ellas, una palabra incómoda, la más antigua: «madre».

Me interesa. Querría conocer su nombre, su oficio, su dirección. Y atravesar paredes. Seguirla hasta su casa y entrar en plena noche, después de fumarme la espera. Dentro, los muebles se apartan de mí en la penumbra. No me cuesta encontrarla. Duerme en una cama inmaculada, empotrada entre dos ventanas. Flota en ella como en un lago. Me acerco. Hay mucha piel al descubierto, pulpa fantástica que desprende luz, un resplandor migratorio que se esparce por la habitación como el sol en un bosque. Se me ocurre que podría tocarla.

Se me ocurre que si la besase me quedaría pegada a ella. Que el deseo por una mujer nueva es una filigrana que recorro y me impacienta. En lugar de responder a él, me alejo poco a poco, atravieso de nuevo la pared y me voy a la taberna. Ragnar me abraza sin soltar la botella, se deja caer en el banco y me escucha con sus ojos rasgados y rojos. Es un animal reflexivo y alcohólico, un amigo. No se ríe de mí, entiende. Le hablo de Samsa, le hablo de la mujer del flequillo perfecto y la cara limpia y los ojos de malaquita, de la ausencia y la gran llamada del sexo. El resentimiento elige las palabras. Hablo de mujeres sin contarme entre ellas. No soy una mujer. Soy el cocinero de un viejo mercante que afila los cuchillos despacio.

Mañana de junio. Es miércoles y Tinna cumple diez meses, tantos como los que se maceró en los líquidos de Samsa. Para celebrarlo me la llevo en bicicleta hasta el centro. Está encantada con la perspectiva de ir a dar pan a los patos. La sujeto a la sillita, le pongo el casco, le quito los zapatos y los calcetines, y pedaleo lo más rápido que puedo. Es una amante del aire libre y le fascina la velocidad. Me inclino sobre el manillar. Detrás de mí sus gritos agudos parten la mañana por la mitad. A un lado el sol voluntarioso y pálido de principios de verano, al otro la tranquilidad mansa de los miércoles. Las manitas de Tinna golpeándome los riñones, he aquí lo único que me interesa. Llegamos al estanque en un cuarto de hora. Aparco la bicicleta y desato toda la parafernalia. Si pudiese disponer de todos los minutos que he dedicado a su seguridad desde que nació, los compactaría en quince días y me la llevaría a navegar. Recorreríamos la costa portuguesa y nos adentraríamos en el Mediterráneo, en las aguas de África o Italia, donde los peces son pequeños y azules y tienen una grasa dulce que se derrite como chocolate en la boca.

Meses sin sexo. Lo que más me cuesta entender es la ligereza de Samsa, esa sonrisa diáfana, el beso desenvuelto que me planta en los labios cada mañana cuando baja a desayunar e irradia una satisfacción

increíble, como si el sueño tuviese manos de oro. Si intento retenerla, se escabulle con malicia. Me siento como un forastero, como si le hiciese la corte por ignorancia en una fecha prohibida. Y somos incapaces de detenernos y hablar de ello. Hemos ido engordando dentro de la cotidianidad y ha llegado el momento en que las costuras se abren poco a poco y exhiben una desnudez vergonzosa. Reconozco dentro de mí un frío permanente, un hálito de extinción que no tiene nada que ver con Islandia. Es la distancia, el vacío de cuando se separan las fuerzas de un mismo influjo. A diferencia de los osos y las cabras, he fundamentado mi vida en este vacío y la he vivido como si fuera irrompible. Ahora no tengo futuro ni presente fuera de la estúpida repetición de los actos inocentes de cada día.

Paso las mañanas en los museos persiguiendo un encuentro con la comisaria que parezca fortuito. No logro encontrarla. Obras y más obras de arte cuelgan de las paredes y se propagan por las salas, como el mármol por los cementerios, con nombres y fechas que no me dicen ni me remueven nada. Me gustaría ser sensible a alguna de ellas al menos una vez, maravillarme de la luz de un cuadro, de las manchas que revelan zonas secretas del cerebro que adormecen todas las demás. Pero ni siquiera me interesan los desnudos escultóricos, inmóviles y deliberadamente femeninos, arrancados a mazazos de moles de granito, de piedras que en la intemperie tenían algún sentido. Deambulo por los museos como un vagabundo por las avenidas más caras, el valor de cuanto allí se exhibe escapa a mi comprensión, su belleza me resulta inaccesible. Y todo ello hace que me sienta pequeña, entera pero mediocre, de una pequeñez olvidada, perdida en el tiempo y en una lejanía miserable. Detesto la limpieza de esta isla. Detesto la limpieza que presupone la perfección, detesto la perfección colocada como un pequeño delantal sobre el vestido del domingo. La vida que hago con Samsa se ha convertido en ese engaño, el día dedicado al cielo en que nadie trabaja y todo el mundo sonríe, el día en que está prohibido tocarse. No creo en esta isla, ni en la felicidad, ni en la pareja, ni en los hijos, ni en dios.

6

Es más fácil construir un engaño que deshacer sus nudos cuando lo has ido cimentando sin querer, día tras día, en una casa. Desconozco el motivo, pero supongo que guarda relación con los casinos, con lo sencillo que es apostar fuerte en cada nueva mano y con lo que cuesta abandonar cuando ya no te quedan fichas y empiezas a pensar en jugarte el coche, el reloj, la hija. Soy incapaz de poner el mantel y escupir en él el remordimiento, el rencor, las ganas, el caldo espeso de todo lo que tragado y que no sé digerir. Cuando Samsa me desea las buenas noches, antes de encerrarse en su habitación, pienso que de tanto hacerlo parece casi normal, que hemos acostumbrado a las paredes y convencido a los lechos de ello. Tinna me dice adiós con la manita y ríe, para ella no soy nadie, ha llegado el momento culminante del día: hundir la cabeza entre dos pechos y vaciarlos hasta dormirse. Yo también me encierro, encierro mi cuerpo en una cama emparedada en una habitación provisional. En una casa provisional. En una ciudad donde de noche, en otras camas, nadie se despide ni se acostumbra ni se encierra.

Mediodía. Está aquí otra vez. Preciosa con su vestido negro ceñido y las gafas de pasta y el bolso a juego con las sandalias que sólo enseñan un dedo. Es una mujer urbana, ha domesticado cada detalle de su cuerpo tenso de antílope en consonancia con una imagen que miro y me entusiasma. El pelo negro, casi azul, geométrico y quieto, y los labios refulgentes en medio. No he besado nunca unos labios tan pintados. El maquillaje en general me da repelús, pero me tragaría el de ella. Pide un café, y la palabra «café» me recorre el pecho, es una gota de sudor que ella ha hecho que me caiga encima y que baja poco a poco hasta mi ombligo, lo evita y se dirige caprichosamente hacia la costura más fina. Le entrego el almuerzo, son mil quinientas coronas.

No sabe quién soy, sólo qué pasa, que la adivino acuclillada entre los matojos, que la trae el viento, no un viento cualquiera, sino febril y lento. Un niño llega corriendo, mira las empanadas y se va. Ella hurga en su bolso. Su brazo desnudo hasta el codo se tiñe de dorado un instante. No sé por qué pienso en lugares que no conozco, en Yemen y en Somalia. En los músculos muy, muy delgados que el vestido tapa. Me los imagino combatiendo debajo de mí en un lugar cualquiera esta misma noche.

Me protejo volviendo muy pronto a casa y cocinando un festín. Estofado de cordero con patatas y merengue de albaricoque. También hago pan. Trabajo la masa en un bol ancho. Harina y polvo de ajo, agua tibia, sal, levadura. Tengo músculos antiguos, los de componer, los de amasar. Son músculos que dominan los huesos, nadie piensa por ellos, pero se valen y se esfuerzan como los músculos de amar. Horneo los panecillos y ataco la falda de cordero. La aplano sobre la encimera. Es pringosa, oscura como el café. La carne cruda, sin piel, no parece muerta. A mí me hace salivar, lo mismo que ciertos perfumes o los pepinillos. La troceo con precisión. Mis manos son cuchillos, cepillos, exprimidores. Las utilizo para transformar alimentos. También me las hundo en la cabeza para adobar el deseo que me ocupa y me pudre. Porque el deseo no se puede matar, sólo adormecer y fermentar. Cocino para salvarme. Cocino sin parar. Las risas de Tinna se mezclan como espuma con el azúcar y las claras de huevo. Juega al escondite con Samsa y está tan excitada que grita. Samsa finge que no la encuentra y me llama. Su voz se esparce como un líquido por el suelo de la sala y la cocina. La bebo a lengüetazos, como un vinagre que pudiese deshacerme y blanquearme. Después limpio los fogones y poco a poco pongo la mesa, sin el menor deseo de sentarme a ella.

Deja de venir durante diez días y su ausencia, en lugar de tranquilizarme, me angustia. La lucha contra mí misma es mucho más

provechosa que contra los hechos o las ocurrencias. El exterior me parece un monstruo de tantas cabezas como personas temo y amo. No le interesa mi sufrimiento, pero me atrapa y, antes de engullirme, me mastica. El exterior es una bañera de ácido, un gran vientre. Los días se disuelven en él. Los vivo en la emergencia de una tormenta, y tanto me parece que los domino como que me vencen. La food truck se ha convertido en una excusa y tengo la convicción de haber perdido la casa. No sólo la casa, la luz de cada habitación, las palabras que en ella se retuercen, los enseres de las cómodas. Me siento desplazada. Pero soy humana, me desafío. Espero a una mujer como quien espera un terremoto o un taladro, con pánico e impaciencia, con una agitación que recuerda a la de las bestias: la boca sucia a ras del suelo, el culo abierto bien alto.

Vuelve a aparecer una mañana de julio. La blusa blanca sin mangas, la nuca al aire, la piel de una morenez impecable de playboy. Llega a mi altura y lo entiendo todo: no ha cambiado de trabajo ni de barrio, sencillamente ha ido de vacaciones a un lugar soleado y conserva su fragancia, su calor. La miro y sonríe. La miro y viene directamente del lugar donde ha olvidado el abrigo, la vida respetable. Mientras le preparo la empanada, hablamos. Hablamos como si con cada palabra amontonásemos troncos de forma precipitada. La conversación nos lleva a donde no he ido nunca, a donde ella se me ha tragado durante diez días que no puedo dejar de imaginar. Quedamos para ir a tomar una cerveza esta noche, lo bastante tarde para que no sea una, sino tres o cuatro, e incluso un cóctel que nos ayude a decidir dónde ir a perdernos. Se toma su café allí mismo. Se lleva el vaso a la boca y sopla con los labios finos antes de beber. Se le chupan las mejillas. La espuma del café se desplaza de mala gana y se arrincona sin hacer ruido. Bebe. Un sorbo pequeño en el que me he colado. Pruebo su boca antes del primer beso y me siento como un insecto atrapado en una flor. Me harto del aroma y la textura, camino por su interior con las alas replegadas, abstraída de todo. Le pregunto su nombre para tener algún ornamento con que ataviarme mientas el día se arrastra

más lento que nunca. Me llamo Anna, dice. Lo dice y algo se embarranca, se rompe y se llena de la fuerza con que el agua conquista el vacío.

En casa me ducho y me pongo ropa limpia. Tejanos y camiseta. Me seco el pelo con el secador, cosa que sólo hago en invierno. Me lo peino con los dedos y un poco de cera. Soy especialmente sensible a los detalles que distinguen el día de hoy de todos los demás. Cada gesto es una migaja que dejo caer detrás de mí. Una migaja sola no significa nada, se pierde en el paisaje cotidiano. Varias migajas juntas son otra cosa, señalan un camino. El mío me parece una avenida con faroles y altavoces que braman la gran noticia. Meto la ropa sucia en el cesto y me cepillo los dientes dos veces. Mis intenciones se han apoderado de mí, me ocupan con el aplomo de quien recobra la tierra de sus antepasados. Soy tan consciente de su autonomía que me abstengo de intervenir, que se enfrenten ellas y decidan. Me sostengo la cara frente al espejo. Tengo la impresión de que eso es lo que hace todo el mundo cuando descubre que es una cara definitiva, que allí no hay máscara. La piel pálida y fina se me arruga fácilmente, pero si la suelto aún parece joven. Pienso que Anna no debe de tener ni treinta años y es toda un puño, la fuerza que cierra el puño y hace que reluzcan los huesos. Me froto las uñas con un cepillito. Pienso en ella y se me desviste. Su cuerpo silencioso, abriéndose como las peonias. Lo pienso y no sé dónde caer. He contenido las ganas de sexo como he podido. Liberarlas no me condena, me humaniza. Me lo digo y no me lo creo. Abro la ventana y enciendo un cigarrillo. Luego me lo repito.

No puedo creer que Samsa no sospeche nada. Pero parece que no. Friego los platos de la cena y me reúno con ellas en la sala. Samsa tiene a Tinna sentada en el regazo y le hace el caballito. Tinna ríe y se echa hacia atrás. No teme a nada, la define la confianza. La envidiaría si no fuera porque tarde o temprano el mundo la hará cambiar. La vida, que parece estar formada por prados, ya le ha abierto sus hoyos.

Un día se hará mayor y quedará atrapada en ellos. Samsa ve que me he calzado y me pregunta si salgo. Tinna bate palmas y pide otro viaje. Quiere un galope, quiere un caballo salvaje. Su pasión me paraliza. Tanta pasión en los brazos adiestradores de Samsa me produce una mezcla insoportable de sensaciones. Cólera y angustia. Y también lástima, una pena honda como la de las raíces bajo tierra después de talar un gran árbol. La pena se abraza a mí porque tiene tentáculos, le sirvo de alimento y me acapara. Necesito huir de aquí. Es suficiente una noche para volar un castillo. Es suficiente si vives en él y no te importa nada saltar como una piedra más, rota, a la intemperie.

Nos sentamos a una mesita pegada a las ventanas. Fuera aún hay claridad, una luz residual que vuela bajo y roza el cabello de Anna. Hablamos y bebemos y me obligan a apagar el cigarrillo dos veces. Me explica que es peluquera en un salón del centro. Le encanta su trabajo. Me recuerdo explorando museos y me siento estúpida y ligera, como si la estupidez me redimiera de la gravedad de los actos razonables. Le hablo de mi trabajo en la cocina de un barco y las palabras despliegan la capa espléndida con que quiero envolverla. Me escucha con la emoción de quien ha vivido poco. Me tiene dentro de sus ojos, rompo su agua profunda a brazadas. Pido más cerveza y me cuenta su viaje a Capri. No me interesa nada. En lugar de escucharla, la miro. La imagino entre cojines, la tengo en un banquete. La piel de los brazos lisa y limpia, la de los muslos impaciente y muy tibia. Podría comérmela con la parsimonia con que se comen los racimos.

La casa amarilla me espera al final de la calle. A la luz del farol parece cansada, como si no hubiera dormido. La miro y me reconoce, me acusa con cada ventana. Reparo en que ya no es una casa, es una esposa. Ha crecido sobre Samsa como una segunda piel que la aísla y la protege. Una piel nueva que se basta a sí misma, que no quiere ser tocada, que cubre con un nombre genérico el nombre particular de la

mujer a la que yo amaba. Me aparto del sendero y me siento en el columpio. Samsa lo compró no hace ni quince días y ya ha adquirido la costumbre de mecer en él a Tinna un rato cada tarde. Para mí es como si en lugar de un columpio fuera una jaula con un león, su presencia me atrae y me horroriza. Y sin embargo he descubierto que no se puede columpiar a un hijo sin sonreír. Lo he intentado y es imposible. Los niños pequeños tienen ese poder, imponen su alegría al malestar ordinario de los adultos. Es un poder fugaz, un polvo de oro que te galonea los hombros y te recuerda que no eres un sencillo soldado, un sencillo grumete. Apenas te das cuenta. Un adulto ha perdido el interés por las cosas brillantes. Un adulto es lo contrario de un pájaro. Cuando preparo el desayuno cada mañana el columpio húmedo y quieto en el que ahora estoy sentada parece el testimonio de un crimen sin importancia.

Ayer Samsa pronunció las palabras «la fuerza de los lazos familiares». Hablaba por teléfono en la entrada. Yo fregaba el suelo del pasillo con la ventana entreabierta y oí claramente cómo pronunciaba «la fuerza de los lazos familiares». Fui empujando la bayeta por el pasillo para amortecer la conversación y liberarme de ese sintagma que describía una cosa atroz. Pero «la fuerza de los lazos familiares» ya había entrado en casa, como una maldición capaz de desbaratarlo todo. Por la noche, escondida bajo el edredón, aún me estremecía. Intenté pensar en los buenos sentimientos que unen a las personas, como la generosidad, la gratitud, el amor. Quizás el respeto y el perdón. El cerebro permite hacer eso, elegir las palabras que nos salvan, construir sentencias. Es la herramienta de que disponemos para engañarnos mientras el cuerpo grita. Hace semanas que no duermo bien. El sueño llega, me ataca y se va. Llega, me ataca y se va. Así toda la noche. Es una hiena que me devora a mordiscos y expone mis huesos a la luz fría de la mañana. Pienso en «la fuerza de los lazos familiares» y aparece el dolor, el residente roedor. Arrastra los pies y remueve con las muletas los líquidos que me almohadillan las rodillas. Empiezo a tomar calmantes, que trago con el café y me alejan de mí. Los

calmantes te proyectan hacia afuera, el alcohol hacia adentro. No tienen nada que ver con la vida, sino con el estado de renuncia que hace la vida soportable. Una vez por semana follo con Anna y eso no me aleja de nada ni de nadie.

Tres meses son suficientes para agotar el interés por un cuerpo. Dejo a Anna tal como la tomé, sin pensar si de verdad hay alguien dentro. No me despido, no argumento. La dejo de la manera más insana. La dejo por desaparición. Entonces empieza la asechanza, que no es una cacería sino la necesidad de ahogar el dolor. Me llama y me deja mensajes, y cuando se harta, viene. No sé por qué no puedo preverlo. Me siento hundida, el cerebro se me pudre en la cabeza como un tesoro inútil en el fondo de una pecera. Trabajo de manera inconsciente, como si me sustituyera un yo anterior bien entrenado. Llego a casa temprano, soy incapaz de ir a ver a Ragnar. Reparo en que Samsa ya no me toca. Lo sé porque Tinna, cuando lo hace, me hace volver a mí con una inmediatez que me quema. Me cuesta pensar, me dejo llevar viviendo de decisiones ya tomadas. Espero los miércoles como quien espera la primavera, con la piel seca y los músculos encogidos. Son el calor que la semana entera custodia. Llegan y traen con ellos la sensación de llenarme de hojas y larvas. Tinna y yo recorremos la ciudad en bicicleta, nos bañamos en las piscinas, comemos en cafeterías donde ella juega con otros niños y ríe hasta que el cansancio la pone a rabiar. Entonces pido un café largo y la siento en mi regazo. Reposa la cabecita contra mi pecho y duerme abrazada a mí, como un mejillón pequeño adherido a la roca madre. Miro a la gente y bebo despacio para alargar el viaje al lugar más dulce y clemente que quepa imaginar.

Ha venido tres veces a la food truck. La primera, cautelosa. La segunda, enfurecida. Pero es una mujer inteligente, y la tercera, viene reconstruida y acomodada. El bolso lleno de desprecio, cada noche de sexo escupida contra la pared, desprendida del recuerdo a arañazos.

Me atrae más que nunca. Pide la empanada y el café de siempre y deja dinero y comida sobre el mostrador. Se va como yo, con las manos vacías y sin decir adiós. Se ha liberado de mí repudiando hasta lo que puedo ofrecerle pagando. Según se aleja sigo sus piernas aún bronceadas, el culo alto y redondo que tuve abierto tantas veces para ablandarle y avivarle cada nervio, la membrana finísima que nos cubre como piel los lugares más recónditos. Desaparece y pienso que me ha aventado la bofetada que necesitaba, la que puede reanimarme. Sigo trabajando, pero mucho más concentrada, presente.

He decidido salvarlo todo. Me empuja a ello un sentimiento extraño parecido a una pulsión, a un código activado, algo orgánico y eléctrico que me mueve sin necesidad de que lo gobierne. Fabrico pensamientos exagerados que datan y acompañan cada acción. La alternativa es el abandono. Preparo la masa de empanadas para mañana. La amaso bien, le infundo la vida ligera que de noche soplará la levadura. La leche de Samsa actúa igual, adormece y esponja a Tinna, que es como la masa que trabajo y tiene un carácter propio nunca previsible, al igual que todas las masas concebidas, como las nubes y las olas, o pilas de años atesoradas en la memoria. Bajo la persiana, vacío la caja, apago las luces y cierro con llave. El cielo siempre cercano es un gran bostezo. Me abrigo bien y desato la bicicleta. Sé lo que haré. Pedaleo hasta el súper, aparco, entro. No me gusta mi vida. No me gusta la vida de alguien que compra flores. Pongo el ramo en la alforja y emprendo el camino de vuelta. Es viernes. Noche de taberna. La noche que últimamente solía pasar con Anna. El sábado a primera hora ya estaba en casa. Donuts, croissants, el diario. Preparaba té y zumo de naranja, y desayunaba con Samsa, que me había oído llegar y bajaba semidormida. No me preguntaba nada, aborrecía a Ragnar. La vida puede no gustarte pero ser inocua como el cloro que tragas con el agua.

No hay luz en la cocina. Ni en el comedor, ni en la sala. Pero una

claridad insegura luce en la ventana de la habitación que ahora es de Tinna y Samsa, y que esta noche volverá a ser también mía. El móvil marca las ocho menos cuarto. Se han acostado pronto, es viernes y están cansadas. Preferiría haber hecho otra entrada. Llevo todo el camino fantaseando con la casa, la he imaginado espléndida, iluminada, como una de esas mansiones de Nueva Orleans o de Savannah. He visto su jardín con árboles extraños de troncos subtropicales y ramas donde duermen las aves finas y rosadas de los pantanos. He subido la ancha escalinata. He imaginado el tipo de vida que se adecúa a casas concebidas para el retiro y la fiesta. He escuchado su música. Luego me he visto entrar y blandir el ramo para hacerme un hueco en la alegría compartida de los demás. He visto a Samsa mirarme, riendo como reía antes de que la cordialidad reblandeciera la astucia y la pasión. He visto a Tinna luchando por ponerse de pie. Y la he visto lanzarse de cabeza hacia mí y agarrarse a mis rodillas un segundo antes de perder el equilibrio y caer. Mientras venía, he desplegado ese futuro exigente y resignado. Totalmente practicable.

En casa hace mucho calor. Me quito el abrigo y el jersey. También los tejanos y los zapatos. Cuidando de no hacer ruido, preparo una bandeja con una botella de brennivín y dos vasos. También las flores y el aceite de masaje. Lo subo todo al piso de arriba. La puerta de la habitación está cerrada, la enmarca un hilo de luz naranja. Dejo la bandeja en el suelo, tiendo el oído y no oigo nada. Deseo que Tinna duerma y Samsa aún esté despierta. Giro el pomo y entreabro la puerta. Si Tinna aún está mamando es mejor que no me vea, porque se desvelaría y costaría calmarla. Duerme. Tinna duerme. Pero hay otro recién nacido que tiene un pezón en la boca y lo succiona con los ojos cerrados, completamente drogado. Succiona y traga. Succiona y traga. Un hilo blanco le baja por la barbilla y se pierde entre los pliegues de su cuello. Un hilo asqueroso de baba lechosa. El pezón no es de Samsa, porque Samsa está arrodillada entre unas piernas y hunde la cara en ellas. Succiona y traga. Succiona y traga. Los pechos le

cuelgan sobre una almohada. La almohada está ahí para ofrecer el coño abierto que Samsa se come en un ángulo perfecto. Los pechos le cuelgan y se bambolean. Tinna digiere su contenido cuajándolo con los ácidos de su pequeño estómago. El calor es insoportable. El calor de toda la casa. Se ha concentrado en una nube que me amordaza. El bebé que mama tiene mucho trabajo. Su madre gime en voz baja e intenta no retorcerse, pero se retuerce. Sus pechos enormes reposan sobre sus costillas. Sostiene la cabeza del bebé con un brazo para que no pierda el pezón. Samsa le mantiene las piernas dobladas, una con cada mano, y ella mueve la pelvis y jadea. Está a punto de correrse. Aprieta al bebé un poco más y tiene un orgasmo largo y acompasado con tres, cuatro sacudidas. Cierro la puerta con suavidad. Me he quedado sin fuerzas, tengo náuseas. Tengo un fuego horrible bajo la piel, como una sarna virulenta.

El sábado por la mañana desayuno con Samsa. Té, zumo de naranja, brioches de mermelada. Dice que Tinna ha dormido toda la noche de una tirada. Que ella no podía conciliar el sueño y tuvo que tomarse una valeriana. Que puso una lavadora mientras esperaba que la pastilla le hiciese efecto. Sonrío y le digo que me llevaré a Tinna a dar pan a los patos para que pueda echar una cabezada. Cordialidad. La raíz de la palabra cordialidad es un órgano. El órgano que mueve la sangre.

7

Mi compañera de cabina dice que Groenlandia es como una mujer: nacida para esperar. No le vuelvo la cara de milagro. Quizá también porque es mi jefa. Duerme en la cama de encima y cada día le cuesta más subir hasta ella. Tiene el culo gordo y abultado, como si en lugar de carne almacenase en él tubérculos, y unos brazos sin muñecas que terminan abruptamente en unos dedos negros y cortos que trabajan muy deprisa. Es colombiana y a eso debo el trabajo, hicimos la entrevista en español. Creo que le hacía ilusión darle al palique un rato cada noche. No lo hemos logrado por culpa mía. No es que hablar por hablar me parezca un disparate, sino que lo encuentro más peligroso que adoptar una rata en tiempo de peste. Sin embargo, Emilia es una mujer práctica y ha encontrado una solución que nos satisface a ambas. Se ha convencido de que le gusta la poesía y cada noche me lee un poema con la voz monótona de quien reza. Neruda, Paz, Jodorowsky. Lee poemas y dice salvajadas. Me horroriza pensar en la magnitud del poder de las palabras que nos incrustan cuando somos pequeños. Ahora sé que ni siquiera la poesía puede neutralizarlas, y aún menos someterlas. Pienso en Tinna y me siento insegura. Pienso en Samsa y, fuera de la necesidad de intervenir en lo que ya no es mío, no siento nada. Alguien que no soy yo me empuja a ello. Alguien que es una voz.

Cada diez días zarpamos de Reikiavik hacia Scoresby Sund, el fiordo más grande del mundo. Una y otra vez. Ir y volver. Ir y volver. De no ser por el paisaje, que cuando me detengo a fumar detiene el tiempo y lo llena de sentido, sería como tomar el tranvía. No es un mercante, no es un pesquero. Es un crucero. Lotes de pasajeros lo ocupan, se diseminan en él y se van. Cada vez que embarcan o desembarcan, alguien los recuenta. No los salva no percatarse, porque todo en ellos

proclama su ruina: la ropa térmica reluciente con que insultan al gris azulado del mar, del cielo y de la tierra, el exceso de alimentación, los iPhones con que se enmarcan y disparan. Friego platos, montañas de platos blancos bordeados de azul y con el logo de la empresa. Sé que no ascenderé ni siquiera a ayudante de cocinera. Creo que ese es uno de los síntomas de la decadencia occidental: segregar el mundo laboral del mundo de la experiencia, inhabilitar a los cuerpos sin acreditación, lanzarlos a la intemperie. Sin título que certifique mi valía, seguiré aclarando platos con la manguera de alta presión. Programaré lavadas, fregaré ollas y sartenes, recogeré y ordenaré las tandas de platos limpios que salen de la máquina en una nube de vapor, calientes y brillantes como si viniesen del centro de la tierra. El sueldo no tiene nada que ver con el de un cocinero de a bordo, pero es mucho mejor que el que cobraría por hacer el mismo trabajo en Reikiavik, y tengo pocos gastos, sólo el alquiler de un apartamento pequeño y la pensión de Tinna. Huí de casa al cabo de un mes. El suelo se tambaleaba, se abrían en él grietas que se ensanchaban y se convertían en agujeros. Las paredes sangraban cuando se quedaban solas. Pasaba los días fumando. Las noches, bebiendo con Ragnar. Samsa parecía ser la de siempre, pero hablaba menos. Cuando estaba con Tinna ponía una cara que se apagaba cuando me miraba. Me besaba de puntillas, con suspicacia. Yo me moría por amarla y castigarla. Me sentía traidora, responsable. No me costó encontrar a alguien que quisiera la food truck. Ragnar empezó a quitarme las botellas de las manos. No me oponía. Me tumbaba contra él y miraba el techo, que daba vueltas. Me sentía caer en las voces y las risas de la gente, que me atrapaban. Un lugar tan oscuro y lleno de luz a la vez. Encendía un cigarrillo como podía. No me lo fumaba. La ceniza iba cayéndome sobre el pecho, a veces con una pequeña brasa que quemaba.

El comedor del personal tiene una ventana que da a la cubierta siempre concurrida de estribor, lo que lo convierte en un buen punto de observación. Durante el descanso de la tarde bebo una cerveza sentada contra los cristales y veo a la gente pasar. Me gusta no estar

allí afuera con ellos. Me gusta vestir ropa de trabajo, me hace transparente. Estiro las piernas bajo la mesa y me llevo la lata a los labios. Doy un sorbo. La cerveza me borbotea en la boca y me desentumece. Distrae el cansancio, que se hace pequeño y abre paso a la mente. Me doy cuenta de que tengo recuerdos, siempre los mismos, contienen a Tinna y a Samsa, algunos son tan antiguos que dan la vuelta al mundo. Se me clavan como si fueran anzuelos. No sé qué puedo hacer con ellos, mirar cómo se pudren, esperar que se vayan solos. Apuro la cerveza. Los pasajeros me incomodan. Me separa de ellos la ventana de cristal doble, opaco. Formo parte de otro mundo, de un lugar inhóspito. Y estar en él es agradable. Fuera todo el mundo va acompañado, todo el mundo con demasiada ropa. Me cuesta imaginar que haya cuerpos de verdad dentro de todos esos abrigos. Sólo veo rostros enrojecidos, bocas que ríen y exhalan un aliento blanco. Me sería imposible hacer como ellos. No puedo pasarme los días persiguiendo ese tipo de vida. Es una vida apta sólo para ser consumida, no contiene grasa. Por la noche, cuando me desnudo, el cuello alto del jersey me atrapa el cráneo para recordarme que nacer no es nada, el peligro es renacer.

Veo a Tinna cuatro o cinco días al mes y con eso me basta. Es cierto, me basta. No necesito ejercer de madre, al menos no de la forma en que Samsa entiende que es ser madre. No me preocupa la gran red de intendencia que captura a Tinna, sólo me interesa estar con ella, tratarla. A Samsa le parece perfecto. Mi elección confirma el sentido de su causa. La miro y veo a una mujer que ha subrogado su propia valía al bienestar de una criatura. Es la diosa de las buenas decisiones, lo organiza todo. Tinna es su arcilla, su figurita, tan pequeña que le cabe en las manos. La vida de una madre puede ser eso: la lengua que lame y no se cansa nunca. Samsa es útil, es amorosa, es práctica. Se ha convertido en un norte. Tinna la quiere con un amor consolidado por la convivencia. La prefiere a ella y eso me hace sentir bien. Siento que me salva. Con frecuencia pienso en marcharme de aquí, lo deseo cada vez que nos cruzamos con un pesquero. Dejar de lavar platos para

procesar montañas de pescado. Meses en alta mar, larguísimos y duros. Jornadas inacabables. Trabajar con materia viva, aunque tenga que destriparla y me pringue de intestinos. No entiendo por qué pensar en la muerte de un bacalao alivia mi dolor. Tampoco entiendo ese dolor, molesta poco, pero siempre está presente. Creía que me atacaría, que aprovecharía el cansancio de la noche para clavarme las uñas y los dientes. Estaba preparada para el llanto. Pero no, tengo un dolor que es como un perro. Está echado en un rincón y me lame la herida. Me la mantiene tierna y abierta, va haciendo. Navego y estoy muy sola. Mañana llego a puerto e iré a buscar a Tinna. No abordaré ningún barco, de momento.

Después de la exitosa *Permafrost*, *Boulder* es la segunda novela del tríptico donde Eva Baltasar explora la voz, la vida y el cuerpo de tres mujeres.

[image]La protagonista de *Boulder* se gana la vida como cocinera en un viejo barco mercante. Es la situación perfecta: soledad, una cabina, el océano, algún puerto en el que conocer mujeres y horas para encarar el vacío, para sentir la fuerza de la provisionalidad. Hasta que un día una de ellas consigue que abandone el mar, acceda a vivir entre cuatro paredes y se implique en la gestación asistida y en la educación de un hijo. ¿Qué ha hecho la maternidad con la mujer que en su día conoció en un bar de la Patagonia? ¿Qué hará ella, animal enjaulado en una casa unifamiliar de Reikiavik?

Todo ha cambiado excepto su apodo, Boulder: esas enormes piedras aisladas en medio del paisaje, expuestas a todo sin que nadie sepa de dónde vienen ni porque están ahí. Después de la exitosa *Permafrost*, esta es la segunda novela del tríptico donde Baltasar explora la voz, la vida y el cuerpo de tres mujeres.

«El estilo de Baltasar es impecable.»
CARLOS ZANÓN, *El País*

«Sobrecogedora, intensa, poética.»
LAURA FERRERO, *ABC*

«Una lucidez fría pero candente, admirable, en su aproximación al detalle.»
NADAL SUAU, *El Cultural*

«Maneja los sentimientos como material radioactivo, es decir, como algo que nos mata y nos ilumina.»

JAVIER RODRÍGUEZ MARCOS, *Babelia*

«La suya es una subjetividad poética que mira el mundo y descubre que todo eso que nos contiene puede mirarse por primera vez.»

GABRIELA WIENER

«Describe como no pensabas que pudiera hacerse. Lo supera todo.»

JULIÀ GUILLAMON, *La Vanguardia*

«Baltasar es habilísima. Una Dorothy Parker catalana. Irónica, implacable.»

La Repubblica

«Baltasar arranca con fuerza.»

Clarín

Eva Baltasar (Barcelona, 1978) ha publicado diez poemarios y debutó en la novela con *Permafrost*, Premi Llibreter 2018 traducido a varias lenguas y uno de los fenómenos literarios del momento.

Título original: *Boulder*

Edición en formato digital: marzo de 2020

© 2020, Club Editor 1959, S.L.
c/o SalmaiaLit, Agencia Literaria.
© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2020, Nicole D'Amonville Alegría, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Nora Grosse
Fotografía de portada: © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3711-7

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] *Patrón*: en español en el original. *(N. de la T.)*

[2] *Cerros*: en español en el original. *(N. de la T.)*

[3] *Humitas*: en español en el original. (*N. de la T.*)

Índice

Boulder

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Sobre este libro

Sobre Eva Baltasar

Créditos

Notas

Mamut

EVA BALTASAR

Traducción del catalán
de Nicole d'Amonville Alegría

LITERATURA RANDOM HOUSE

Una idea tiene hambre de tu cuerpo.

LES MURRAY,
Poemas subhumanos de cuello rojo

UNO

El día que iba a preñarme, cumplía veinticuatro años y organicé una fiesta de cumpleaños que, en realidad, era una fiesta de fecundación encubierta. Algunos compañeros de piso me ayudaron. Llamaron a amigos y conocidos. Mis amigos podían traer a sus conocidos. Necesitaba gente; cuanta más, mejor. Reunir a una multitud, a ese hormiguero donde los gestos épicos pasan desapercibidos. Quería ser madre soltera, que ningún padre me reclamase nunca su parte. Era abril y la primavera estallaba en los ventanales con una inmensa vaharada de vida en suspensión. Esa desmesurada luz me hacía sentir fértil, la tragaba como una medicina, creía en ella, en su función preparatoria para convertir mi vientre en una capilla. Después del almuerzo, me tumbaba en el sofá-cama de mi habitación, apoyaba la cabeza contra los cristales que daban al zoológico y me entregaba a esa fosforescencia que transformaba mi piel en oro, los pelos de mi brazo en espiga pura, mis piernas en disolutos y laxos apéndices. Me masturbaba al sol deseando un hijo. Me dormía acunada por chillidos de aves enjauladas y despertaba al atardecer, cuando un silencio liso preparaba la pendiente por donde no tardarían en rodar las antiguas, retronantes penas de los leones.

Por aquel entonces trabajaba en la universidad, en un grupo de investigación de la facultad de Sociología. El título era «Demografía y longevidad». Nos hallábamos en la primera fase de la investigación, la más extensa: acopiar datos. Pasaba mañanas enteras en centros de día y residencias de ancianos, entrevistando a ese segmento de la población. Era una tarea eterna que solía verse interrumpida por ataques de tos y vómitos de flema. Casi nunca conseguía que respondiesen al cuestionario entero durante una primera entrevista, y

tenía que regresar al día siguiente. Cuando me despedía, algunos ancianos me retenían. Me apretaban las manos como queriendo chuparme días de vida, esa lenta savia que alimenta los años. En dos ocasiones, el día siguiente resultó demasiado tarde. Fue una época de pequeños descubrimientos: los abuelos morían de noche, poco antes del alba, tras haber dormido. Y otra cosa: en las residencias los ancianos morían de tres en tres. Un misterio, pero era así. Nadie nace solo, pero los cuerpos, cuando les llega la hora de morir solos, se hermanan como naciones o mosqueteros.

Los trabajos becados brindan sueldos exiguos, pero yo vivía bien. Durante la carrera me había hecho amiga de una estudiante de doctorado y, con ella y dos chicas más, alquilamos un piso cerca de la Ciudadela. El padre de una de ellas fue nuestro aval. Nos mudamos todas a la vez, el primer día del contrato. Entramos en silencio, como se entra a una cripta o se acude a un joyero, luciendo la incrédula sonrisa de quien descubre que la magnanimidad se ha solidificado en paredes. Echamos las habitaciones a suerte y a mí me tocó la más pequeña. La idea era cambiar de habitación cada medio año, pero eso no sucedió nunca. Cada una hizo suyo su espacio, cambió los muebles de sitio, dejó caer pelos en él y mudó sus gustos, su piel. El día de mi vigesimocuarto cumpleaños sólo quedaba yo. Realquilaba habitaciones a estudiantes extranjeros e intentaba no toparme nunca con ellos. Eso hacía que la convivencia fuera aceptable. Era como si, fuera de casa, todo me molestase.

Lo primero que hacía cada día, antes de salir de la cama, era abrir el ventanal y tragar el aliento de la mañana. Me envolvía en el edredón y permanecía tumbada unos minutos. Al clarear el día, Barcelona tiene un aire sacrílego. Se abalanza sobre la masa de luz aún pálida que se origina mar adentro y se apropia de ella remolcándola con su lucrativo fórceps. Es el momento de despertadores y estimulantes, prisas, portazos y dolores de cabeza. Un inmenso engranaje escupe y

arranca, el lenguaje lo mantiene engrasado, un lenguaje desapasionado y soez que pervierte el sentido original del lenguaje. Me desperezaba tomando conciencia de esa profanación. Luego me dirigía a la ducha y lavaba mi cuerpo, me vestía con ropa limpia, comía alimentos procesados. Cuando salía de casa, antes de enterrarme en el metro, miraba un instante hacia la parte de montaña e imaginaba otras montañas más altas, más vacías y más grandes. Me convertía en un animal cautivo que alza su hocico y permanece pensativo porque ha olido los dedos de un niño y ha retenido ese hambre.

Las paredes de algunos geriátricos me inquietaban. Había visitado decenas de centros en todos los distritos municipales. En los barrios acomodados, las residencias eran pulcras a la manera de los museos. Callada vaciedad cargada de matices humanos. Aquí y allá, en las salas y al final de los pasillos, reproducciones de Monet, Renoir, Degas. Paredes tapizadas con telas lisas. Los ancianos encajaban allí como en una vitrina. Solían vestir bien, llevaban chaquetas de jinete y la raya de los pantalones en su sitio. Les gustaban los pañuelitos de cuello y los tonos granate. Siempre habían vivido con la cabeza alta y ahora aprendían a morir de la misma forma, luciendo aclaradas cabelleras de un luminoso blanco y nariz y orejas depilados. La soledad les rondaba como un buitre. Ellos la ignoraban, no justificando nunca a sus hijos, ni siquiera mostrando una foto de su nieto pequeño. Maquillaban su vejez con conciertos de Vivaldi y suites de Bach, pero ya parecían estar muertos, como si su corazón continuara funcionando por pura inercia. La mayoría tenía una acompañante, una mujer robusta de pelo corto y uniforme ajustado. Los ancianos se apoyaban en ellas como en una madre y las sometían a las escurriduras de su poder: les mandaban hacer encargos, se empeñaban en pasear con su silla de ruedas por la grava de los jardines. Ellas los empujaban de un lado a otro, les leían la correspondencia, les frotaban los pies diabéticos con aceites hidratantes. De noche les arropaban y aparcaban sus sillas en el pasillo

antes de bajar al vestíbulo, donde se esperaban unas a otras con su abrigo, del que sobresalía una bata, puesto, y su bolso de cuero colgado en bandolera. A veces me unía a ellas. No callaban ni agotadas. Hacíamos juntas el primer tramo en autobús. Luego cada una tomaba su línea de metro. A medida que nos alejábamos de la residencia, los barrios se apretujaban. Lejos de allí, las bailarinas de Degas colgadas de la pared eran testigos mudos de esa linde donde la vida se zambulle en la muerte.

Día fértil número dos, medianoche. Ya no cabía nadie en el piso y el timbre aún sonaba de vez en cuando. Dejé de abrir. Esa mañana había ido a la ferretería y comprado un pestillo. Ahora mi habitación podía cerrarse por dentro. Llevaba una semana masturbándome con el consolador a diario. Cuando no lo utilizaba durante un tiempo, mi vagina se cerraba como si hubiese nacido hombre y me hubiera abierto una adrede, por lo que la siguiente penetración siempre resultaba molesta, debía realizarla con cuidado, embadurnar el consolador con lubricante e introducírmelo lentamente. Y eso no podía ser, tenía que preñarme con el primer grito. Había música, comida, bebida, ceniceros y gente, mucha gente. Había escondido mis objetos personales en mi armario. La casa era un escenario, una plaza, la amable antesala de un laboratorio experimental. Había comido cacahuetes, había abierto botellas, pero no regalos. A las dos de la madrugada llegó un segundo grupo de gente. El lavabo estaba hecho un asco. Era el momento. Le vi en la terraza. Me acerqué, le quité su vaso, apagué en él mi cigarrillo y bailamos. Se pegó a mí. Estaba terminando un máster y era instructor de natación. Cuando lo dijo, pensé en espermatozoides de anchos hombros y magníficos remontadores, y confié en la situación. Besé su aliento a ginebra durante más de un minuto, mi primer beso a un hombre. Besaba bien, pero no me gustó, me incomodaban su piel bien afeitada, sus gruesos labios de mujer y el hecho de que mi propio cuerpo, cimbreando como catenarias, atentase contra mi mente abriéndose al cuerpo del otro sexo con tanta autonomía, tanto valor. Le incité a seguirme hasta mi

habitación, de donde expulsé a cinco o seis personas, y eché el pestillo. Poca luz, sólo la que entraba por las rendijas de la persiana. Nos besamos otra vez. No podía soltarle, debía aferrarme al instinto. Arremangué mi vestido. Él se quitó la camiseta. Desabroché sus tejanos y le empujé hasta la cama. Él sacó un condón y el corazón me dio un vuelco. ¿Qué podía hacer? ¿Decirle que no era necesario? ¿Qué me gustaba más sin? Se colocó el preservativo con una destreza alarmante, de pie, delante de mí. Se hace difícil pensar cuando es el cuerpo el que lleva las riendas del pensamiento, pero llegué a una conclusión: debía hacérmelo con él dos veces, la primera con condón, la segunda, sin. Era la única solución. Es más, esa solución me acorazaba. Le miré o, mejor dicho, le admiré un instante, sintiéndome inverosímil, no podía ser yo. Su pene se alzaba ante mí como un báculo y me daban ganas de renunciar. Pero nada más pensarlo, unos brazos me auparon. Yo era esa muñeca que, antes de que alguien se la folle, cae a cuatro patas sobre la hierba, sólo para jugar con ella.

Fue largo, tedioso, un interminable zarandeo, como durante un viaje en diligencia o una crisis de autismo con cabezazos. Quería huir, quería preñarme y no estaba dispuesta a reanudar todo el proceso ni una vez más. Cuando iba a vestirse para marcharse, le retuve. La música se arrastraba. Ahora, él dormía. Extraje un Red Bull de mi mochila y lo bebí en tres sorbos. Me senté a fumar y a esperar. Dormía como una suntuosa fiera, un guepardo o un león. Era un carnívoro macho follador y yo asistía a su regeneración. Guardé mi reloj en el cajón, tiré el condón a la papelera y me olí. Toda yo olía a algas tibias, a sudor, a agua atrapada en ese estanque donde fermentaban minúsculas milicias de huevos. Esperé hasta percibir los primeros gritos de las aves de mutiladas alas. De improviso, las rendijas de la persiana se encendieron, ojos de felino avizoraban la habitación. Era el momento. Agarré el lubricante, me unté los dedos y los hundí en mí. Pensaba en brea, grasa, aceites de maceración. Regresé a la cama, empuñé su pene y le persuadí de que continuáramos. Lo monté con precaución, como si fuera muy valioso. Permití que no sólo mi carne,

sino también todos mis nervios y enrejados mentales se abrieran en mi cuerpo hasta alcanzar esos ilícitos, clandestinos epicentros a los que invitaba a mis amantes. Poco antes de terminar, lo acosté sobre mí. Necesitaba la horizontalidad del hábitat ideal, originar la ola, los remolinos capaces de arrastrar la niebla seminal. Sobre mí yacía un animal movido por el celo, una bestia de músculos acuáticos procedente del reino más antiguo: la vida, la fuerza inteligente.

Al cabo de unos días me vino la regla. Esa mancha de sangre en mis bragas era un insulto. Parecía retarme: ¿Por quién te tomas? La sangre que lava óvulos muertos se sabe ama y señora, es el hostil recordatorio del poder de un cuerpo sometido al capricho de un hambre externa. Una subinquilina de mi casa me encontró sentada en el suelo de la cocina. «Non è la fine del mondo», dijo. Me quedé mirándola durante unos segundos, estaba preciosa con ese uniforme azul marino de heladera y esa cabellera violácea que bordaba su cuello y se introducía en su blusa. Era una mujer ciruela, me resultaba imposible verla y no desearla. Sin embargo, en aquel momento no entendí por qué no había intentado ligármela nunca. Quizá porque vivíamos juntas y la proximidad entre dos cuerpos es un biombo ligero que se alza con timidez. O quizá porque en las relaciones personales, las auténticas, me dejaba llevar, no me seducían los grandes retos. Sentía que no hacía el menor esfuerzo por reunirme con los demás, dejaba que fueran ellos quienes se acercaran a mí. Como si me hubiesen educado para satisfacer expectativas y necesidades ajenas. ¿Era así como se educaba a las mujeres? A veces me consideraba un roedor de sotobosque, un mamífero trabajador concebido para alimentar a animales más grandes de cualquier especie.

Mañana de viernes. Cielo azul arrasado por el viento. El sol se desparrama sobre él como gasolina. Llego al geriátrico del Ensanche, donde estuve el día anterior. No podía regresar a casa sin antes haber rematado una entrevista. La trabajadora familiar me recibió con una

advertencia: «Hoy están un poco nerviosos». Entré en una sala donde los ancianos aguardaban antes de iniciar su jornada de rehabilitación y lo percibí en el acto. La mayoría estaba de pie. Avanzaban entre las butacas como por un campo de maíz, palpaban las hojas del tiempo detenido en esa estancia, las apartaban, se orientaban. ¡Querían salir de allí! Sus ojos, siempre vidriosos, brillaban, cristalinos. Respiraban y parecían hurones, me miraban y yo veía lobos. Introduje el portátil en mi mochila y me largué sin decir nada. Fuera, la mañana triunfaba sobre la ciudad y atraía los cuerpos de niños, perros y ancianos a las ventanas.

Mi trabajo en la universidad me hacía sentir idiota. Habíamos concluido la fase de las entrevistas, las había transcrito y ahora tocaba centrarse en el vaciado. Se me antojaba que reducir una vida a una plantilla de Excel constituía un delito. Odiaba mi herramienta, el hacha de especialista con que descuartizaba recuerdos y sentimientos, vivencias y tormentos de una gente que, a fin de cuentas, había persuadido a la vida de que la aguantase durante todo ese tiempo. Cuando en las reuniones de equipo la directora tomaba la palabra y exponía que, a la larga, nuestro estudio tendría un impacto muy positivo en ese «segmento tan vulnerable de la población», sentía que una mano se introducía en mi cuerpo, una mano institucional capaz de hablar por mí y ganar dinero. Mis compañeros estaban entusiasmados. Confiaban en el programa informático como en un guía espiritual, le entregaban el fruto de su trabajo, esperaban de él un milagro. Yo permanecía junto a ellos, pero no sabía ser como ellos. Imitaba sus gestos, sus argumentos, me esforzaba por creer, hasta que mi ánimo y mi cerebro, a fuerza de fustigarlos, sangraban.

A finales de junio, la ciudad entera rezumaba bochorno. De día se fermentaba, se corrompía, empezando por la pulpa de cada uno de sus habitantes; de noche era un organismo exhausto que caía tendido frente al mar. Empecé a cenar en el balcón. Un pañuelo a modo de

mantel, velitas; en un bol de plástico, cerezas grandes y húmedas como ojos. Del otro lado de la calle, los muros del zoológico callaban. A esa hora, su alambrada les daba aspecto de frontera con un país pobre. Me concentraba en las copas de los árboles que sobresalían por encima de ellos y comía despacio. Los árboles eran blandos y formaban una almohada embutida con picos y gritos. Cuando la luz declinaba, los pájaros morían y los árboles se azulaban. Contenían el silencio y lo sostenían todo. También a mí, de forma sorprendente pero indudable. Los miraba y abrían los ojos. Alargaba la mano y querían tirar de ella, como si viniesen a buscarme porque otros árboles me esperaban en otra parte. Hablé con ellos. Les conté que dejaba mi trabajo. Que quizá no tendría nunca un hijo. Oía su testimonio, que todo cuanto decía quedaba escrito. Tras haber departido, habría llorado, pero no podía. Ni siquiera podía causarme ese dolor que liberaría mi llanto. La noche era despiadada. Las calles, siempre brutales, nunca tranquilas, constituían la guarida de las larvas. Todas esas larvas llevaban una misma vida, la encapsulada vida que había terminado imponiéndose. Era una impenetrable y estéril vida en el hielo. Evidente, aun en una canicular noche de verano.

Cada mañana salía en busca de trabajo, consultaba webs, hacía la ronda de los tableros de anuncios de centros cívicos y puntos de información juvenil. Y nada. Descubrí que los sociólogos éramos técnicos de la vacuidad. Cuando ya casi había agotado mis ahorros, acepté un trabajo de camarera en una cadena de cafeterías. El uniforme era verde y negro e incluía una camisa de poliéster que debía abotonarme hasta arriba. Ocho horas diarias tensando el cuello. Si tenía sed, podía beber café; si tenía hambre, podía terminar lo que los clientes dejaban en su plato. Cuando me lo dijeron, no me lo creía. Al día siguiente, ya me había acostumbrado. Aprendí a utilizar la cafetera, y me encantaba hacerlo. También aprendí a preparar café sin carga para poder beber toda el agua sucia que quería sin terminar mi jornada con el corazón disparado. Mi jefa era más joven que yo, flaca como un gato. La talla pequeña del uniforme le quedaba grande.

Llevaba el pelo teñido de color mostaza y un brillante incrustado en cada colmillo. Le gustaba mandar desde la mesilla del fondo, donde pasaba horas hablando con amigos y parientes. Sus órdenes me impactaban como dardos. El día que me marché no quiso pagarme. La amenacé con ahuyentar a su clientela plantándome en la entrada como una indigente, sosteniendo un cartón que diría: HE TRABAJADO AQUÍ Y NO QUIEREN PAGARME. Se rio de mí y no me atreví a regresar nunca más. Me había contratado dos días antes.

Trabajé en una panadería, en el almacén de un supermercado, fregando platos en la cocina de un hotel, de dependienta en una tienda de zapatos y bolsos. Dejaba el trabajo poco después de haberlo aceptado, cuando empezaba a hacerme a él, porque me aterraba la idea de habituarme a la explotación. Vi claro que el mundo laboral, el legalizado, era una tomadura de pelo. Trabajando para otro entregaba mi posesión más valiosa, más aún que mi tiempo y que el significado de esa intrigante palabra: la dignidad. Sentía que cada vez que firmaba un contrato o aceptaba de palabra unos días de prueba me estaba vendiendo a un intermediario, a alguien que confiscaba mi pasaporte para engordar a mi costa. Una noche, mientras regresaba a casa en metro, exhausta tras haber pasado el día matando piojos y sacando liendres de las cabezas de un tropel de niños en edad preescolar, recordé con nostalgia mi época en la universidad. Fue un trayecto hacia la debilidad que evidenció el feroz poder del cansancio. Una persona agotada se somete a cualquier cosa. Ocho o nueve o diez horas de pie por un miserable sueldo reducen a cualquiera a un modelo humano inferior en la escala evolutiva. Imposible pensar si no es mediante un razonamiento primario: permanecer en un lugar el tiempo necesario para obtener comida y, al final de la jornada, guarecerse de la inclemencia y la oscuridad en un agujero. Hace miles de años los agujeros se llamaban cuevas. Ahora las llamamos ocio, deporte, redes sociales. Nos encerramos en nuestras miserables celdas y nos sentimos orgullosos, nos creemos afortunados.

Una tarde de lluvia, cuando estaba sola en casa, me preparé un té y fui a tomármelo al sofá. El piso se hallaba a oscuras. La lámpara de lectura irradiaba una luz solitaria que evocaba un faro. Me sentía bien en ese rincón. El bienestar era la telaraña tejida entre los detalles que me resguardaban: mi jersey raído de andar por casa, una oscura grieta en el interior de mi taza, mis pies bajo la manta. Fuera, la lluvia subsistía. Pensé en el zoo, que, como único elemento imprevisible en la rutina diaria, pillaba la lluvia al vuelo. Cada recinto era un microcosmos, un hábitat falseado con ramas de bambú y acacia y termostatos de contención climática. En su interior los animales no vivían, se pudrían, y la gente que los visitaba, lo mismo, ni más ni menos que quienes trabajaban allí. Terminé mi té de un sorbo y me dirigí a la cocina para prepararme otro. Quise poner un cedé, pero el aparato no funcionaba. De nuevo, sofá. La lengua escaldada. Y la lluvia que, de improviso, gritaba. Recordé la noche de mi cumpleaños. Yo también había gritado. Con la primera embestida. Una única vez. Después, hubo un gran naufragio, una raja seguida de un hundimiento. Como un petrolero partido por la mitad. Como la amputación de un continente. Un cuerpo puede contener un océano helado en cuyo fondo de irreparable abundancia todo duerme apresado. La noche de mi cumpleaños me enseñó eso. El primer polvo fue como contraer una enfermedad tropical, fue todo tan precipitado y enajenado que mi cuerpo entero se puso verde y lila, febril y dolorosamente pesado. Pero tanto el sexo de la mañana —tras esas horas de espera en la penumbra de la habitación velando un sueño ajeno y profundamente biológico, seminal— como ese anticipado encuentro preparado con criminal esmero, atizado y ejecutado con precisión… me habían removido. Llevaba semanas sintiéndome increíblemente turbada, arrogante. Como cuando te libras de una fiebre que ha durado veinte días y la mujer que te contempla en el espejo ha envejecido y carece de voz, pero ha triunfado, lo dicen sus ojos. No fue el deseo de un hijo lo que me secuestró, sino el deseo de gestarlo, de que la vida me pasara a cuerpo través. Para logarlo, debía desenjaularme. Como si la única manera de continuar fuera la huida.

Como si no hubiera salvación, sólo la lana fósil del pasado.

DOS

El albergue era una casa baja de piedra gris y tejado de pizarra. Sus paredes eran tan gruesas que cada vez que entraba o salía pensaba en un mundo cubierto de nieve, en inviernos de carreteras cortadas. No supe nunca cuántas mujeres lo regentaban. Serían tres o cuatro, todas de idéntica edad y complexión, canosas y con gafas de pasta, vestidas de colores de monja de paisano. Quizá sí que fueran monjas, y el hecho de compartir su fe en un lugar aislado las había acercado tanto que el parecido entre ellas era el de auténticas hermanas. Tenían nombres antiguos de esos tan largos que invitan a utilizar abreviaturas de todo tipo. Y siempre sonreían como si conocieran las mayores intimidades de las vidas ajenas y hablasen de ellas con el pensamiento en una suerte de exclusiva relación telepática entre ellas. Pagué otro mes de cama para poder buscar casa y trabajo con calma.

Septiembre de albergue. Buen mes para los excursionistas, ni frío ni calor. Mi habitación tiene dos camas y casi siempre duerme alguien en la otra, por lo general una única noche, y a veces dos seguidas. Reparo en que la proximidad de la montaña me impacienta. Bosques y piedras me hacen sentir viva, increíblemente corpórea; mi cabeza está integrada en mi cuerpo y los pensamientos que vierte en él alcanzan, rojos de sangre, cada cavidad y cada esponja convertidos en gritos. Toda yo soy instinto sin tamiz, como un gamo o un jabalí. La carne me llama y me azuza para que me acueste con otra persona. A la hora de cenar, mientras apuro las alas de pollo, paso revista a mis compañeras sentadas a la mesa. La mayoría posee un motivo de peso para ser deseada: pelo revuelto, hombros huesudos, brazos arañados. Cualquier rasgo las hace especiales. Todas me sirven. Una noche tomo café con una chica gallega, sentada en un raído sofá frente a la chimenea. Hace

poco que conozco el fuego de verdad. Las llamas son tiránicas, de repente te abrasan, y si te apartas de ellas te condenan al helor. La gallega y yo tenemos las mejillas encendidas y el café nos hierve por dentro. Salimos a la noche, al reino de las estrellas y las masas negras. El prado frente al albergue es un oso dormido. Parece que todo nos respire. Nos sentamos en el tronco donde los excursionistas se atan las botas por la mañana. Me pide un cigarrillo y se lo enciendo. Hablamos de nuestras vidas. Está haciendo el Camino de Santiago al revés y dice que quiere llegar hasta una pequeña aldea de Aquitania. Tiene los pies destrozados, pero el resto de su cuerpo se halla en perfecto estado. Su cara ojerosa, de quien lleva semanas pasando apuros, le brinda un aire intelectual muy atractivo. Aprovecho un silencio para darle un beso. Me lo devuelve y, al terminar, me rechaza. «No soy lesbiana», dice. Y se va. Regreso al albergue y busco la compañía del fuego.

Tengo un coche de segunda mano, un Peugeot obsoleto del tamaño de una cajita de huevos. Lo compré a un desconocido por dos mil euros: no podía irme de Barcelona en bicicleta cargada con mis bártulos ni hacer el viaje en tren y quedarme colgada en una estación rural olvidada de la mano de Dios. El Peugeot es rojo y no cierra bien, pero corre como un demonio y tiene los papeles en regla; no necesito más. Paso la primera semana de albergue peregrinando de pueblo en pueblecito, visitando agencias inmobiliarias que casi siempre consisten en un pequeño despacho contable al que payeses y ganaderos llevan sus documentos y donde suele haber un archivador con un listado de casas y masías en venta o alquiler. Descubro el mercado inmobiliario bipolar: los alquileres de las casas rehabilitadas no sólo son prohibitivos, sino insultantes; por un precio asequible sólo puedo alquilar una ruina, y con la condición de reconstruirla yo misma. No me lo creo. La segunda semana estoy nerviosa y tengo miedo. Cada día me veo obligada a desplazarme a municipios más alejados y, por si eso fuera poco, las carreteras siempre terminan en un tortuoso camino de tierra. Aprendí a conducir a los dieciocho, pero no he practicado mucho y ahora me siento insegura: el Peugeot parece inofensivo, pero

en cuanto rozo el acelerador, huye de mis pies. Me espabilo para ser sutil con el pedal derecho y obtusa con el del centro, cambiar de marcha a todo trapo, anticipar las curvas, dominar el volante. Acelero, freno, cambio de marcha, cuando veo venir un camión de cara, me lanzo a la cuneta, enciendo un cigarrillo, se me cala el motor. Arranco, miro el retrovisor, acaricio el acelerador, se me cae el mapa, me cago en todo. Y mientras tanto y sobre todo, tengo miedo: miedo de otro camión, de los precipicios, de los tramos señalizados con precaución, de los tractores que circulan a diez por hora y hacen gestos para que les adelantes, de los ratones detenidos al pie del bosque dudando de si cruzar o no. Y me percato de un hecho intrigante: los coches limpios corren el doble. Quizá vengan de lejos y lleven mucho retraso, quizá la limpieza sea la raya perfecta de los espíritus vulgares, los ganadores. Me prometo a mí misma que permitiré que el Peugeot se ensucie hasta haber aniquilado su orgullo de corredor.

Ando por el bosque. No lo había hecho nunca y me engancha. Empiezo dando paseos breves antes de cenar y al cabo de unos días dedico a ello tardes enteras. Salgo del albergue con un jersey grueso y las manos en los bolsillos, y tomo el camino trasero. Es ancho, de piedrecitas y tierra oscura como el café. Los días de cielo luciente parece que el sol lo busque para producir espejismos en él. Aparece gente inexistente, figuras que bien podrían ser personas vistas a través de una columna de humo o un salto de agua. Son inalcanzables, andan siempre delante de mí, al mismo ritmo. Si las miro de hito en hito, adelgazan y desaparecen. Pero vistas de reojo son muy reales, seres dotados de cuatro extremidades que devienen caminantes como yo. Cuando llegamos al bosque, desaparecen entre los árboles. El bosque. La primera vez que me interné en él me sentí amenazada. Aunque el tramo de camino entre el albergue y el bosque discurre entre frondas, es fácil saber dónde empieza el bosque en sí. Lo hace cuando empiezo a notar que los árboles hablan de mí entre ellos en una lengua que se me escapa. Las colonias me inquietan, ya sean éstas de personas, animales o plantas, y es sospechoso que tantos árboles hayan decidido

vivir juntos, aparentemente separados por los troncos, pero entrelazados por raíces y ramas. Y que haya tanta mata desparramada por el suelo. Tanta hoja desconocida. Tantas sombras, tantos silbidos y gorjeos, tanta verosimilitud. De vez en cuando, atravieso cápsulas de silencio y siento que he entrado en casa de alguien que me mira y, si quisiera, podría ejecutarme. El bosque tiene manos y tapa mis ojos. Hace que gire sobre mí misma hasta que me mareo. Me atiza para que corra, me araña, hace que me caiga. No me había caído nunca tanto. Tropiezo con raíces fuera de lugar, tropiezo con piedras camufladas, introduzco el pie en agujeros y me tuerzo el tobillo antes de caerme de nuevo. He besado la tierra cien veces, tengo la barbilla pelada. Lo paso mal y, a la vez, me exalto. Me encanta esa sensación: el corazón aprieta el gatillo y dispara.

Concluye septiembre. Octubre empieza con una semana de tormentas continuas que me obligan a permanecer en el albergue. No tengo la menor intención de conducir el Peugeot por carreteras inundadas, no me fío. Me aburro y me pongo a leer una Biblia, una de las dos que contiene una repisa del comedor, y todo el santo día me paseo de un lado a otro con el librote a cuestas como un perro con un hueso. Las monjas sonríen entre ellas más que nunca. Deben de pensar que me han cazado, que la palabra del Señor perfora mi corazón y me gusta oír como me la endosan sermón tras sermón. Avanzo a buen ritmo hasta el Levítico, donde la trama languidece tanto que decido restituir el libro a su lugar. No bien lo hago, un rayo imprime su blancura en todo y se retira brutalmente. Los plomos se han fundido y la tarde es oscura. El albergue no es una casa, es un grupo de personas, sus carreritas, sonidos de abrir y cerrar puertas, zapatos bajando escaleras. En la entrada, alguien manipula el cuadro de luces. «¿Y ahora?». «No». «¿Y ahora?». «No». «Debe de ser una avería». Las monjas sacan quinqués, los llenan de alcohol violeta y los colocan en todas partes. De repente me siento antigua como la Biblia, como una de esas mujeres que viven su menuda vida dentro de una casa. Agarro un quinqué y subo a mi habitación, me desnudo, me tumbo en la cama y

me tapo con la manta, rústica como la de un caballo. Parece que el temporal haya venido a hacerme una visita, intenta entrar con sus silbidos y deja un reguero en el suelo que termina formando un pequeño charco. No está permitido fumar aquí dentro, no sé qué hacer. Me toco. Agarro mis pechos con una mano, los aprieto hasta que se tensan y crecen. La indecisión, el aburrimiento y la inquietud quedan suspendidos en un angosto tablón fijado entre dos paredes a gran altura.

A la hora de cenar, continúa lloviendo. Sentada sola a la mesa con una sopera. Como y recojo los platos, los llevo a la cocina, los friego y los aclaro. El agua del grifo sale tan helada que fija el jabón en la porcelana. Lo hago lo mejor que puedo, acompaño la espuma con el estropajo, hago que avance por el fregadero. Cuando termino, tengo los dedos rojos e insensibles como cuchillos. Me siento frente a la chimenea y tiendo las manos. El dolor sube por mis muñecas y aguijonea mis hombros. A continuación, alcanza mi cabeza, tan curtida en paliar tormentos que queda noqueada por el poder de los elementos sobre la carne.

Al día siguiente, el sol resplandece como nunca, sería capaz de romper los cristales y agujerear el suelo. Me levanto, me visto. En la cama contigua duerme alguien que ha llegado en una noche de temporal como un mendigo o un príncipe robado. Bajo a desayunar. La larga mesa está puesta de un extremo a otro. Las monjas sacan termos de café, panecillos calientes, lecheras. Las ayudo a repartir los botes de mermelada y jalea. Están contentas, les gusta tener la casa llena, eso las hace mucho más necesarias que cuando rezan. No tardan en oírse voces, ruidos en la escalera, palabras que no alcanzo a distinguir. Aparece un tropel de hombres que se sientan a la mesa conmigo y me dicen: «Guten Morgen». Son altos y barbudos, y visten una extraña mezcla de ropa técnica y calzones antiguos. Tienen la frente ancha, la piel tostada, los ojos del color de un angosto cielo de montaña. Parece que hayan nacido para estar juntos, para dar sentido a la expresión «orilla orográfica». Trago mi café con leche, agarro un panecillo y me

largo. Tanta vitalidad, tanta musculatura hambrienta, anhelante de moverse sobre roca, repartiéndose la comida, me ha puesto nerviosa. Fuera, el resplandor del Peugeot me agrede. Son las ocho de la mañana, demasiado tarde para los alpinistas, que habrán llegado al alba. Hoy no escalarán el pico más alto, reconocerán las cotas bajas, se acostarán temprano, se levantarán a las cuatro y media y encontrarán la mesa puesta y el café caliente. Me gustaría ser como ellos, venir de lejos y sentarme a esperar.

He encontrado casa. Bajé al pueblo y abordé al hombre del bar: «¿Quién puede alquilarme una casa por aquí?». Me contestó que regresase a media mañana, hacia las once. En lugar de ello, pedí un quinto, un bolígrafo y un bocadillo, y me senté a hacer crucigramas. Al cabo de una hora, entró una mujer que traía el pelo ondulado por haber dormido con rulos y un abrigo de visón. Un anciano tocado con una boina se agarraba al asa de su brazo. No sé por qué miré al camarero, que asintió con parsimonia. La mujer ayudó al anciano a sentarse en una silla y pidió dos cortados, el de ella con un chorro de Cointreau. Esperé a que los hubiesen tomado para presentarme. Tras hablar con ella unos minutos, hicimos un trato. La mujer dice que se trata de una casa antigua, pero entera, ubicada en una lomita aislada. Es la masía del anciano, que ahora vive con ella en el pueblo porque allí ya no puede. El anciano asentía con la cabeza, luciendo ojos carnosos por las cataratas y labios marrones por el cortado. La mujer dijo que no pensaba hacer nada con esa casa, pero que si al anciano le parecía bien, ella cobraría el alquiler y ellos podrían comer fuera con mayor frecuencia. El anciano aceptó y yo también, el alquiler es bajo. Luego la mujer dijo que desde el pueblo hasta donde el pastor hay diez o doce kilómetros asfaltados, y desde allí hasta la casa, tres kilómetros cuesta arriba por un camino de carros que es necesario ir reparando, pero ahora es transitable. Dijo que ese camino conduce a una ermita, cuya llave yo custodiaré por si algún excursionista desea visitarla. Me siento de maravilla. Pago el almuerzo y los cortados y, una vez fuera, me apoyo en el capó del coche y dejo que el sol me

encienda mientras fumo el cigarrillo del cálculo.

Cenamos a las siete y media. Desde que llegaron los alpinistas, las raciones no sólo son abundantes, sino que además aparecen quesos, embutidos, bandejas de patés y guarniciones. Siento que asisto a un banquete ofrecido a una tropa enemiga para evitar un saqueo. Mientras cenamos intento adivinar cuál es el mío, el que duerme en la cama contigua. Cuando me levanté, aún dormía y apenas pude verle la cara. Los ojos azules y las barbas quemadas de los hombres sentados a la mesa hace que, como los pájaros, se parezcan entre ellos. Los hay jóvenes y más mayores, pero en el fondo todos me sirven. «Todos me sirven», palabras con las que me embisto y debo soportar. A media comida ya no puedo más, pierdo el apetito, me quedo con una salchicha a medio masticar y siento que mi cuerpo, inmóvil por fuera, contiene un hipódromo. He llegado al punto de que ya no sé qué quiero, pero sí qué necesito. Ahora mismo me basta con un ejemplar cualquiera de mi propia especie.

Salgo de la ducha. Me he enjabonado a conciencia, ahora huelo a limpio y tengo la piel suave al tacto. Me envuelvo en la toalla y regreso a la habitación. No enciendo la luz. El alpinista está en su cama y respira sin hacer ruido. Pienso en las monjas y en la esposa del alpinista, en sus hijos de seis y diez años. Mis pensamientos son imágenes, ideas aberrantes. Dejo que mi toalla caiga al suelo y me introduzco en la cama del alpinista. Mi cuerpo piensa por mí, siento que resbala empujado por la fuerza de mi coño. Soy un gran músculo repleto de líquido, agarrotado por fuera. Una duda sólida. La prisa del resucitado. No doy tiempo al alpinista, clavo mis pechos en su espalda, suspiro, dirijo mi mano a su paquete y sólo se me ocurre decir una cosa: «Guten Morgen». Se tensa y detengo la mano, respiro sin respirar. Unos segundos después, una gran mano agarra la mía y la mueve. Es como si hubiera estado colgando de un precipicio y hubiera encontrado una grieta donde afirmar un pie. El pene crece, la manta

parece tapar a un animal herido que se lamenta y se remueve. Respiramos con dificultad, como en una cueva. Lo monto. Soltamos gemidos, palabras mutiladas como las de los sordomudos. El silencio acoge los sonidos de ese amor extraño y los integra en sus armarios, los guarda. Me excita tanto no saber nada de él que me doy dos veces. Y mientras me doy, me descubro adulta, magnífica y solitaria. Como si no me importase vivir y extinguirme. Como si al andar abriese un camino tumbando árboles.

Lo supe nada más verla, pasada la última curva. Ésta es mi casa, Cal Llanut. El Peugeot está exhausto. Si fuese un animal, caería al suelo resoplando. Tres kilómetros cuesta arriba por un camino de carros, plagado de piedras, baches y surcos. Curvas destinadas a ser tomadas a lomos de un asno y, en algunos tramos, despeñaderos a un palmo de unas roderas que me han hecho derrapar. Salgo del coche sudada y tengo el corazón a mil. Es la primera vez que me tiemblan las piernas. Sostengo las llaves de la casa y la ermita en una mano, y un sencillo contrato en la otra. Y eso es enorme. Llegar hasta aquí arriba es pisar una palma gigante y acceder a la inmensidad. Y no sólo por la cuadrada masía, pintada de blanco, con su cobertizo adosado. No. También el terreno es enorme. El cielo sobre mi cabeza, descomunal. El paisaje se desploma donde termina el campo, vacío de todo, se hunde como si lo hiciera en el mar, porque no reemerge y se reinicia sino mucho más allá, donde se yerguen montañas azules que parecen continentales. Viviré aquí arriba, agarrada a esta roca como una raíz, chupándole el alimento hasta gastar cada uno de mis dedos, cada uno de mis dientes, todos y cada uno de mis pensamientos.

Tengo comida suficiente para veinte días. Paso horas reparando el camino con unas herramientas que he encontrado en los establos, viejas herramientas dotadas de relucientes mangos de madera pulida a fuerza de vidas. Las hay en abundancia, de formas y medidas diversas. Desconozco sus nombres, las he clasificado en azadas y palas. Tengo

ganas de ordenar la casa, pero el camino es prioritario. Paso tres días cavando la tierra amarilla. Aliso bultos y relleno agujeros. Al final del primer día, tengo ampollas en las manos y un apetito desmesurado. Hiervo medio paquete de arroz y me lo zampo frente a la chimenea de la cocina, donde no hay fuego alguno porque no tengo leña ni sabría encenderlo. La casa es más grande por dentro que por fuera. Las paredes están sucias, y los suelos, llenos de basura: insectos muertos, briznas de hierba seca, arenisca. Cuenta con seis habitaciones atestadas de camas y cómodas, parece un hotel de western. He probado todos los colchones. Son finos y duros, de lana prensada. Las almohadas están cuajadas de puños y tienen ronchas. Encuentro sábanas y mantas en un armario de tres cuerpos, tan carcomido que no es necesario abrir sus puertas para saber qué contiene. Desde el primer momento supe que las carcomas son las reinas de la casa, que para ellas es un planeta, cuyos muebles son continentes. Dispongo una cama en una de las habitaciones que dan al este. Dejaré los postigos abiertos para que me despierte el primer sol de la mañana. Las sábanas están limpias, pero las mantas no. Despliego un par y las sacudo en el balcón. Polvo, mucho polvo. Como si alguien hubiese metido a un muerto en ellas. Siento el polvo en mis labios. Los lamo y lo siento en el paladar. Siento mi desamparo. Tengo en la boca la historia del sueño de esta casa, de quienes aún descansaban en ella hace cien años. Doy vuelta al colchón, tiendo sábanas que cubro con mantas. Barro el suelo y paso un trapo húmedo por una angosta cabecera y dos mesillas de noche. La deslucida madera, plagada de negros y perfectos agujeritos de carcoma, me parece bonita. Son las narinas de los muebles, imagino una red de alveolos en su interior. Ojalá por la noche oiga el serrado de la carcoma, será buena compañía.

Tardo dos días en descubrir que no hay bañera. Ni plato de ducha. Ni manguera en el cobertizo. No me lo creo. Al lado de la escalera hay una recámara con un váter que consiste en una plancha de madera que tiene una abertura circular en su centro. Debe de dar a un pozo

seco. Será un pozo bueno, porque no huele mucho. No puedo arrojar papel higiénico en él, pero no importa, lo arrojo a un cubo y pienso que tal vez sirva para encender el fuego. Recorro la casa con una sonrisa incrédula. En alguna parte habrá un lavabo, un baño. Pero no. Bajo a los establos, entro en todas las habitaciones, busco una puerta camuflada que no corresponda a un horno o un leñero. Subo al desván, donde pensaba encontrar un montón de trastos en lugar de esa desolada nada, ese costillar de vigas cuajadas de ganchos vacíos. Inspiro a fondo, como si ese gran secador aún se hallara impregnado con el aceite de las butifarras, las cebollas y los jamones que debieron de colgar en él a lo largo del tiempo. Una ringlera de rendijas en las paredes favorece la ventilación y no huelo nada, ni a longaniza ni a humedad, ni siquiera a viejo. Echo un vistazo rápido y nada. Sólo un constante, tenue y frío airecillo que lo seca todo. Bajo de nuevo y pienso en el anciano del café, último habitante de esta casa. Quizá sólo se lavara de vez en cuando. A pedazos. Con una esponja o un trapo, como los enfermos en los hospitales. Hoy los brazos, mañana la cara, pasado mañana las axilas o el culo. En Navidad, la calva. En verano, los pies. Seguramente, en el fregadero de la cocina. Con ese chorro de agua que cae sin presión, siempre helado, y que en invierno debía de causar sabañones. No sé por qué, en lugar de estremecerme, me emociono. Me gusta. Una casa sin cuarto de baño. Una especie de pocilga. Me gusta la obligación de centrar mi cabeza en cosas importantes. Que la necesidad de una bañera expulse pensamientos banales. Me dirijo de nuevo a los establos. En uno de ellos, que contiene un fregadero de piedra, me ha parecido ver un gran barreño. Pesa como un muerto, pero lo empujo escaleras arriba y lo introduzco en la cocina. Será de hierro o de un metal antiguo, se me ocurre que quizá de cobre o zinc. Está repleto de telarañas, sucio por fuera y deslucido por dentro. Caliento agua en un cazo y limpio el barreño con una toalla vieja y algo de lavavajillas. Descubro los roblones de sus dos enormes asas, que, bien frotados, tiran a dorado. No queda impecable, pero sí bastante limpio. Me quito las chirucas y me introduzco en él. Podría decirse que quepo, sentada y doblando las rodillas, pero quepo. No podré llenarlo con más de un palmo de agua

si no quiero que rebose al meterme, pero servirá. Estoy tan cansada y a la vez tan satisfecha que decido estrenarlo en el acto. Pongo agua a hervir en una olla grande y, cuando lo hace, la vierto en el barreño. Añado agua fría hasta que adquiere la temperatura adecuada. Me quito la ropa sucia con la que he estado cavando durante dos días y me introduzco en él. Oh. Oh, oh, oh. Me he escaldado la piel del ano, que enseguida se vuelve insensible. Con un pequeño cazo recojo agua, que luego echo sobre mi cabeza. Estoy tan sucia y polvorienta que me siento impermeable. El agua resbala por mi pelo y se disemina por mi cuerpo dejando en él regueros de barro. Qué placer. Qué placer más extraño. No puedo dejar de regarme, es como si mi cuerpo se hubiese convertido en tierra y procediera de la sequía y el hambre. Abro la boca, la lleno de agua que trago y escupo a la vez. He olvidado el champú en el albergue, me lavo con un chorro de detergente. Enjabono mi pelo y froto mi cuerpo usando un calcetín sucio como manopla. A continuación decido frotarme con los dos calcetines para que éstos también se laven. Una espuma gris sube por mi vientre. Me sorprende ver algo tan brillante y reciente sobre mi piel. Intento aclararme echándome agua sucia y jabonosa, sin mucho éxito. Cuando me levanto para salir, me escuecen los ojos y el coño. Me los aclaro con agua del grifo y corro a buscar una toalla y el pijama. Dejo una estela de agua que parte de la cocina, atraviesa el comedor y alcanza la habitación del fondo. Me seco el cuerpo y el pelo y es como si los barriera con la toalla. Cuando termino, mi piel está tan enrojecida que chilla. Caigo sobre la cama y río, increíblemente satisfecha. Me siento limpia, limpia como nunca. Como debe de sentirse cualquiera tras salir de un vientre, tras ese primer baño.

No tengo dinero ni trabajo, pero poseo media docena de gallinas y un saco de maíz partido. Como huevos en cada comida. Las gallinas, que más que gallinas parecen loros de cuello largo, son pequeñas y su plumaje se halla salpicado de tinta negra. Las encierro en un corral que abro por la mañana. Campan todo el día, descostran la tierra con sus espolones, hurgan en la hierba con sus picos y dan saltitos como

pequeños dinosaurios. Cuando el sol declina, entran en fila a recogerse en el corral y cada una ocupa su rincón entre los rastrojos como una sociedad organizada. El pastor me las regaló hace quince días, junto con el saco de maíz partido. El pastor es mi único vecino. Vive al pie de la carretera, donde empieza el camino de carros. Su casa no termina nunca. Dice que hace doscientos años aquello era un hostal. La gente bailaba sobre el entarimado de la sala grande, en la primera planta. Aparcaban sus mulas debajo. Y en las habitaciones había putas. Me gusta el pastor. Es bajo y rechoncho. Tiene mejillas curtidas y brazos manchados de sol hasta la raya de la camisa, desabotonada en el cuello y arremangada en los bíceps. Tendrá sesenta o sesenta y cinco años. Tiene dientes como de sílex, amarillos y despuntados. Anda con los pies abiertos hacia fuera, arrastrándolos, pero a paso ligero, como queriendo engañarme. Sus manos son herramientas. Sus negras y largas uñas, acero. Le gusta darle al palique. De vez en cuando, aparece con su rebaño de quinientas ovejas y las pone a pacer delante de mi casa y en los larguísimos bancales traseros. Pacen y defecan. Mi casa se halla permanentemente rodeada de cagarrutas de oveja, no hay un rinconcillo donde tumbarse a tomar el sol. Impensable pedir al pastor que vete una zona, en la montaña el territorio pertenece a la vida, y la vida son los animales. Los humanos sólo sirven para guiarlos y aprovecharse de ellos lo justo para vivir. El pastor nunca quiere nada, ni comida ni agua. Lleva una botella en el zurrón y no necesita comer hasta la hora de cenar. Se sienta en una roca, y su perra, que es blanca y tiene muy mala leche, se tumba a sus pies. Fumo apoyada en la pared, esquivando los colmillos de la perra, que se empeña en comerse mis chirucas, y hablamos de esto y lo otro. Dejo que sea él quien dirija la conversación, no quiero parecer de ciudad y hacer comentarios idiotas. Callo y voy diciendo que sí y que no, casi siempre dándole la razón. Parece que de vez en cuando le hago reír, porque alza la cabeza y me mira divertido con ojos de un fresquísimo azul. Ojos de rapaz que me sorben.

Se acerca el invierno y he decidido elaborar una lista. Aquí el invierno

exige anticipársele, pensar bien en él. En la actualidad, aún puede uno morir de un mal invierno, y eso sería mucho más estúpido que morir atropellado. Tras interrogar al pastor, tengo claro qué necesito: tres toneladas de leña, cuatro bombonas de butano, un saco de treinta kilos de harina y otro de patatas, un par de garrafas de aceite, una docena de garrafones de vino y dos paquetes de sal. Lo suficiente para sobrevivir durante los meses más fríos si el camino se hallara cortado por la nieve o el barro. No ha nevado nunca tanto, y si lo hiciera, el pastor dice que vendría con el tractor a traerme lo que hiciera falta. Me divierte enormemente abastecerme de todo. Y deseo un invierno duro, tormentas siberianas, que los caminos se vuelvan intransitables hasta para los tractores. Tardo una semana en tenerlo todo. El leñero está repleto de troncos enormes que me servirán para la chimenea, pero tendré que partir algunos con el hacha para que quepan en la estufa del comedor. Tiro del saco de harina escaleras arriba hasta la cocina y guardo el de patatas en uno de los establos, junto con el aceite y el vino. De trecho en trecho, cuando entro o salgo de casa, asomo la cabeza a ese establo y prendo la luz. La bombilla pelada del techo ilumina mi despensa. El aceite es dorado, el vino está compuesto de rubíes. La llamo la habitación del tesoro. Con frecuencia pienso en ella cuando me acuesto. Recuerdo cuanto tengo y no sé qué siento, porque me viene a la mente la palabra «espíritu».

He encontrado trabajo de camarera, los fines de semana, en el bar de la plaza. Una mañana pasé por allí a preguntar y accedieron. No me pidieron nada, ni currículo ni documentación. Sólo mi nombre de pila y el de la casa. Desde entonces me llaman por el de la casa. Me llamo Llanut. Y no tengo contrato ni horario. Llego a la hora de abrir y me marcho a la de cerrar, que siempre depende de la clientela. Tiene una terraza que se llena de forasteros, familias que vienen de lejos para pasar aquí dos o tres días. Gritan y ríen alto, como si pudiesen colonizar el espacio con su voz. Y son peligrosos: detienen su coche en las curvas para fotografiarse con las vacas. Cuando llegan, las mesas son para ellos. No está escrito en ninguna parte, pero un acuerdo

tácito parece relegar a la clientela habitual a los taburetes de la barra. Me harto de servir cafés, bocadillos, cerveza. Aquí, ejercer de camarera significa ser hija de la casa: apenas franqueo la puerta, me preguntan si he desayunado y me preparan una butifarra tanto si lo he hecho como si no. Lo paso bien, sobre todo gracias a la complicidad que se establece con la gente de la barra. No se cansan de contar chistes sobre los de fuera, y eso hace que me sienta como uno de ellos. Así transcurren los fines de semana. Y, poco a poco, voy reparando en que los ceniceros de cristal del interior del bar se llenan mucho más que los de fuera, donde, además, los dientes son mucho más blancos.

El pastor es un buen hombre, se habrá percatado de que las paso canutas, porque me preguntó si podía acudir a su casa dos o tres veces por semana, cuando me convenga, a limpiar. Acepté, claro, y es que con mi sueldo de camarera ocasional apenas alcanzo a pagar el alquiler. Por las mañanas, él siempre está allí, atareado con las ovejas. Básicamente remueve mierda: barre excrementos, los carga en la carretilla y los arroja al estercolero. Hará diez o doce viajes cada mañana como mínimo. De hecho, la casa entera apesta a mierda. Al principio me daban arcadas, pero unos días después ya no percibía el hedor. No he trabajado nunca como mujer de la limpieza, pero conozco los principios básicos de la higiene: se barre desde arriba hacia abajo y desde dentro hacia fuera, se friega con la bayeta bien escurrida y se quita el polvo con un trapo húmedo, los plumeros no hacen sino esparcirlo. Existe un producto barato y útil para todo: el vinagre. Todo el resto, los productos específicamente antical, los espráis antigrasa, la lejía, los detergentes líquidos o en polvo, los limpiacristales y los limpiaváteres… todo eso son estafas. Me lo dijo la hermana del pastor, que vive en el pueblo y hasta hace poco iba de vez en cuando a verle para ordenarle la casa. Añadió que se alegra de haber dejado de ir, que prefiere que sea él quien venga a verla al pueblo los domingos. Y que tendré que esmerarme mucho. «Las masías donde vive un hombre solo son un nido de porquería», dijo. Luego fue a hablar con él para aconsejarle que no me pague mucho.

He decidido que no esperaré a necesitar pan para amasarlo. Lo haré siempre. Soy feliz pensando que no tendré que ir más a la panadería. El verbo que me libera podría ser «prescindir». No he hecho nunca pan, pero no será difícil; vierto agua y harina en un cuenco, añado un chorro de aceite y una pizca de sal, y me pongo a amasar. La masa es espantosa, parece chicle. Añado más agua y empeora. Echo más harina y parece que gana. Cuando empieza a despegarse de mis manos y a formar una bola, la extiendo sobre la encimera y la mareo un buen rato. Para ser la primera vez que amaso, tengo la impresión de que me sale solo, como si esa habilidad, perfeccionada por mis antepasados, hubiese quedado fijada en mis genes. Extiendo la masa, la aplano, la recojo de nuevo, la golpeo. Tiene muy buena pinta y me divierte trabajarla. Cuando me canso, la divido en cuatro porciones y doy forma a los panecillos. Son bonitos, todos con esa cruz que he grabado a cuchillo en su parte superior. A continuación, los introduzco en el horno y espero. Un cuarto de hora, media hora, una hora. No crecen. Los tapo con papel de plata para que no se quemen y espero media hora más. Finalmente, los saco. Son chatos y enfermizos, parecen hostias primitivas. Pero huelen bien y decido comerlos en el acto. Parto uno sin saber que el pan no se come caliente. Sabe asqueroso, porque no entiendo de proporciones, porque le falta sal y le sobra cocción. Porque no se me pasó por la cabeza añadir levadura a la masa y dejar que creciera. He cocinado un pan ácimo, el peor de los panes ácimos posibles, un castigo tanto para el paladar como para los dientes. Un pan terrorista que tengo que masticar y ablandar un buen rato para poder tragar. Dos horas después no queda ni una miga. Mi primer pan puede haber sido un fracaso, pero me lo he comido. Por tanto, ha sido un triunfo.

El pastor tiene dos escobas, la de casa y la de abajo, que lo mismo sirve para la entrada y el primer tramo de escalera como para el redil. De hecho, no son escobas, sino viejos y gastados legados de su madre.

La de abajo, de brezo, apenas conserva cuatro ramas. Le pregunto por los trapos, los palos de fregar, los cubos. Agarra un saco de pienso vacío y lo desgarra. «Aquí tienes los trapos —dice—, y puedes usar la herrada de ordeño». Me mira como si estuviese haciéndole perder el tiempo, como si limpiar la casa no fuese un trabajo de verdad para el que hicieran falta herramientas. Le digo que ni hablar y me marcho al pueblo, a un pequeño súper donde tienen de todo. Los envases del siglo XXI amontonados en esas estanterías de hierro, propias de un súper de los años setenta, se me antojan extraños, aunque los productos en sí no han cambiado mucho. Agarro un cubo, un palo de fregar, dos escobas, un recogedor, estropajos, trapos, guantes y bayetas. Además, bolsas grandes de basura y un garrafón de vinagre. Pago al contado y dejo el recibo. Meto la compra en el coche y conduzco con un palo de escoba clavado en la costilla. No importa; me siento profesional, inteligente, en cierta medida, austera. A mi regreso, me encuentro con que el pastor se dispone a preparar su almuerzo. Se detiene un momento para ayudarme y lo dejamos todo en la sala. Está cuajada de puertas y hace las veces de distribuidor, pero es lo bastante espaciosa como para haber sido una sala de baile. El suelo ya no es de madera, sino de baldosas granates. Una larguísima mesa formada por tablones y flanqueada por dos bancos se halla arrimada al balcón. Cabrán veinte o treinta personas en torno a ella. El pastor dice que para la matanza del cerdo viene tanta gente que falta sitio. En la cocina hay una mesa similar, aunque más pequeña y pringosa, además de una chimenea de piedra cuya campana está toda negra. Me invita a almorzar. Saca costillas de cordero de un congelador que se abre como un ataúd y se pone a freírlas en una sartén. Me pide que vaya por un par de cebollas. Al fondo de la penumbrosa sala, otra mesa, circular y con marquetería, pensada para embellecer un comedor convencional, hace las veces de despensa. El pastor va al mercado los miércoles. Compra cebollas, tomates, patatas y conservas, y una vez en casa lo deposita todo sobre esa mesa. Se ve que en verano, cuando los tomates están maduros y sacan jugo, la madera se ampolla y la marquetería se mancha. Creo que le echaré un buen chorro de vinagre. Almorzamos en la mesa de la cocina, que conserva la mugre de todas las comidas

del mundo. El estercolero está justo delante de la casa, lo veo por la ventana mientras como las costillas, que están buenísimas, pero tienen un extraño resabio, el de la mierda que impregna mi nariz y lo empalaga todo. Cuando terminamos, recojo los platos y los llevo al fregadero. Le digo que empezaré a limpiar ahora mismo, que mire la hora. Dice que espere, que suele tomar un nescafé y tiene algo para mí, una sorpresa. Dejo los platos, me siento a la mesa y enciendo un cigarrillo. El pastor trae los vasos, el café en polvo, un paquete de azúcar y un cazo de agua hirviendo. Sale de la cocina. Voy a por cucharas y preparo mi café. Al cabo de medio minuto, oigo que regresa: pesará ochenta o noventa kilos y la estructura de las vigas se resiente y retruena con cada uno de sus pasos. Trae una caja de lata en las manos. Me la echa sobre la mesa como si echara un cabo de longaniza a la perra. No, no es una caja de lata, es de cartón, pero luce los elegantes dibujos de una lata de galletas. «Yo no como esa porquería, pero a las mujeres os pirra». Es habitual que el pastor me tome como excusa para generalizar sobre lo que sea. Lo mismo sobre las mujeres que sobre los jóvenes o la gente de ciudad; «los del charco grande», nos llama. Al principio yo no entendía eso del charco grande, y él me aclaró que se refería al mar. ¡Ah! Barceloneses, lisboetas, dublineses, bostonianos… ¡la gente del charco grande!

Las galletas son rocas de almendra con hilos de chocolate y están deliciosas. Deben de ser caras y me fastidia que me gusten tanto. Vaya con el pastor. Insisto en que coma una, pero dice que no, no quiere que se le pudran las muelas. Le digo que ya debe de tenerlas podridas. Dice que sí, pero está orgulloso de conservarlas todas, y eso que no ha ido nunca al dentista. Entonces me explica su método y yo me postro a sus pies. Cuando la muela aguijonea como el demonio, cuando la mejilla está hinchada como la de un cerdo y el dolor es un metal candente que golpea por dentro, ha llegado la hora de matar la pieza: hay que tomar de la chimenea un rescoldo, una pequeña brasa aún encendida, e introducirla en el agujero de la muela, de este modo su alma muere y el diente queda soldado al hueso para siempre. Me lo dice tan tranquilo y con los ojos centelleantes; me quedo sin palabras. Pienso en el afiladísimo chillido del nervio cuando la brasa lo

cauteriza, pienso en la ausencia de anestesia —el invento que más valoro de mi época; ni la lavadora ni el automóvil: la anestesia— y, a la vez, un instinto en mi interior responde con fuerza a la llamada: yo también quiero ser así, parecer normal y ser salvaje, comer galletas y no tener cepillo de dientes, cortar carboncillos perfectos como diamantes y encastrármelos en las muelas para proclamarme reina.

Vivo con un perro. En realidad, él se ha instalado a vivir conmigo. Llegó una noche. Yo estaba amasando pan, y oí que tocaban a la puerta. Toc, toc. Era extraño, porque el sonido procedía de la puerta de la cocina que da al cobertizo, donde guardo la leña y tiendo la colada. La pared del fondo está un poco derruida, pero hay que ser muy flaco y obstinado para poder colarse por uno de sus boquetes. Toc, toc. ¿Qué hago? La duda me desasosiega, pero no puedo hacer un agujero en la masa de pan e introducir la cabeza en él. ¿Quién llama? Mi voz suena frágil como la de una abuela que vive sola, la de Caperucita. Toc, toc. ¡Hostia puta! Corro a mi habitación, pillo el garrote que guardo junto a la cabecera de mi cama y regreso a la cocina pensando en el psicópata que me espera y en qué parte del cuerpo debo golpear primero. ¿Cara o testículos? ¿Testículos o garganta? Me criaron así, siempre dispuesta a asumir el papel de víctima. Quito el cerrojo y abro la puerta completamente fuera de mí, blandiendo el garrote. Y nada. Es un perro. Un perro feo que ha aprendido a llamar a la puerta con su rodilla de perro o como se llame ese pedazo de pata con que lo hace. Entra sin mirarme y con la cabeza gacha, como si llevásemos veinte años juntos y estuviese harto de verme. No es necesario que me aparte, pasa rozándome las piernas, se esconde bajo la artesa y se hace una bolita. Estoy azorada. ¿Será el perro de la casa? No lo creo, pero lo parece. Podría llamar a mi casera, ejercer de detective, llevar al chucho al veterinario para saber si tiene chip y devolverlo a sus amos. Pero no me da la real gana y elijo el camino fácil: tomar al animal tal como viene. Es feo, pero parece educado. Me irá bien un poco de compañía. Lleno un bol con agua y lo coloco en el suelo al alcance del chucho. Frío unas costillas de

cordero lechal y las coloco en un plato que pongo junto al agua. Dar cordero a un perro debe de ser un pecado gastronómico, pero siempre se me ha antojado que eso de los pecados es un asunto relativo, dependen de la poderosa boca que los instaura, aun para quienes recogen la comida del suelo. El pastor me endosa una bolsa de cordero congelado cada vez que voy a su casa. ¡Me sale por las orejas! El perro devora la carne, mastica los huesos, lo traga todo y lame el plato con su lengua pastosa. El plato gira sobre las baldosas y emite un simpático tintineo. Cuando le digo que ya basta, viene hacia mí y se frota contra mis piernas. Tiene el pelo cano y sucio, y apesta a estiércol. Desmonto una caja de cartón y la deslizo bajo la artesa. «Hoy duermes aquí, pasarás por el barreño mañana —le advierto—. Y te llamas Toctoc, ¿está claro?». Me mira con unos bonitos y cansados ojos del color paciente de la melaza, acostumbrados a tomar la vida, también ellos, tal como viene.

El frío llega de un día para otro. Despierto una mañana y el mundo exterior ha sido cubierto de blanco, conquistado. Parece que los tres rígidos y desnudos álamos negros que se yerguen frente a la casa se sostengan solos, que no requieran raíces. El viejo encinar que hay detrás de ellos no tiene hojas, sino ejércitos de pequeños escudos. Me fijo en él y me siento asediada, tengo la impresión de que ese bosque es el responsable de todo: del cielo caído como un gran vientre blanco, de la hierba hirsuta sobre la tierra brillante y del repentino silencio, la plaga del invierno, que arrasa por glaciación. Me visto sin quitarme el pijama y corro a la cocina. Cafetera en los fogones y una misión: encender el primer fuego. Hace un par de semanas entré un montón de leña para que fuera secándose. Órdenes del pastor. Me enseñó a hacer un buen fuego en la chimenea, y lo cierto es que me pareció muy fácil. No requiere una técnica especial ni disponer los troncos de una manera particular ni amontonar piñas y ramitas que arden antes que aquéllos. No requiere papel de periódico ni pastillas de encendido ni soplar las primeras chispas postrada en el suelo como un neandertal. Nada de eso. Lo único que requiere es amontonar tres o

cuatro troncos grandes, regarlos con un buen chorro de gasoil y arrojar sobre ellos una cerilla encendida. Así se producen luz y calor. Me enseñó en su propia chimenea y me pareció una genialidad. Me dio un bidoncillo de gasoil de pico largo, idéntico a una regadera. Estaba lleno hasta la mitad, y a partir de entonces era mi responsabilidad cerciorarme de que no me faltase nunca gasoil. Siempre debía llevar un par de garrafas en el coche y llenarlas cuando fuera a repostar. Podía aprovechar los garrafones de vino. Si yo no decía nada, los de la gasolinera harían la vista gorda. No tardé en tener una decena de garrafas de gasoil almacenadas en los establos. Siempre siguiendo las indicaciones del pastor, agujereé los tapones con un taladro para permitir que los vapores saliesen, evitando así una explosión. Dijo que, si hacía eso, podría dormir tranquila sobre esos botijos. Y tenía razón. Cuando me acuesto, más temprano que nunca, pero siempre con el cuerpo rendido, junto a Toctoc, que se enrosca a mi lado, pienso en la casa aislada donde vivo, colmada de cuanto necesito para alimentarme y calentarme, y me digo que mi pasado no significa nada, pero que aquí hay un pasado ajeno donde quedarme a vivir.

He ido a comprar un hacha y han intentado venderme una motosierra. He tenido que ponerme dura. El vendedor ha llegado a palparme los delgados brazos y he estado a un tris de propinarle una hostia. Ha dicho que se atreve a augurar que no aguantaré ni diez minutos con el hacha. Que es una herramienta peligrosa. Que al menor despiste podría perder una pierna, porque, por poca fuerza que tenga, si yerro el golpe, un hacha como la que yo quiero me rebanará un hueso. Acto seguido, el hombre me muestra una motosierra de descuartizador, dotada de una barra de setenta centímetros y una cadena que, si saltase, me cercenaría la cabeza. Me la trae como a una novia y me habla de almohadillas, un silenciador y un estrangulador. Puto psicópata. Le dejo allí plantado y descuelgo el hacha más grande que veo en el expositor. Pesa como un muerto y casi cae a mis pies. Pero ya la tengo; paso por caja, pago los treinta euros y me largo. A la

vuelta piso el acelerador a fondo. Cada vez soporto menos salir de casa. Cada vez más, la gente, amenazante, hace que piense en la extinción.

He pasado más de diez horas partiendo troncos con una concentración de neurocirujano, y todo para no sufrir un despiste y destrozarme la tibia. Diez horas repartidas en dos días que me han dejado brazos y hombros incómodamente lastimados y un insoportable dolor de cabeza, como si mi cráneo hubiese encogido con cada hachazo y mi cerebro ya no cupiese en él. La segunda noche, el dolor hace que me sienta como un animal. Paso horas dando vueltas en la cama y acabo agotada. En la boca, un trapo. Pienso que debería tomarme una pastilla, un ibuprofeno o un paracetamol, pero no tengo, no los he necesitado nunca. Mientras que mis compañeras de piso se ponían moradas de antiinflamatorios cada vez que les venía la regla, yo siempre tenía suficiente con un vaso de vino. Lleno hasta arriba y vaciado de un trago. Pero esta noche el vino no sirve, ya me he tomado tres vasos. Me levanto y avanzo a tientas hasta la puerta. Toctoc aprovecha que le abro para largarse. Buscará una cama tranquila donde nadie le moleste. De la pared del cuarto del váter cuelga un botiquín oxidado que luce una cruz grana en su sucia puertecita, una cruz de ambulancia de la primera guerra mundial. Hurgo en el contenido más bien pobre de los estrechos estantes. Un puñado de vendas, una botellita de alcohol y cinco o seis cajas sobadas, manchadas por un antiguo sarampión. No puedo más. Tengo un nudo en la espalda que tira de mí como si quisiera sorber mi cabeza y hacer que me baje costillas abajo hasta la cadera. Trato de entender qué medicamentos contienen, pero carecen de prospecto. No dice «analgésico» en ninguna parte. Me dirijo a la cocina y enciendo el fluorescente. Tiro las cajas sobre la mesa y las estudio de cerca. Todo lleva más de diez años caducado. Supongo que el anciano o la mujer que cuida de él se habrán llevado los medicamentos recientes. Como el dolor me está matando y no puedo quedarme de brazos cruzados, elijo la opción más clara y menos arriesgada, y me llevo unos

supositorios de optalidón a mi dormitorio. En la caja dice, en letra pequeña, que alivian el dolor. No sé si lo soportaré, pero opto por ponerme dos. Los saco de su funda y parecen misiles a pequeña escala. Pienso en soldados y me cuadro como uno de ellos. Tomo aire y me introduzco el primer supositorio. Molesta como si en lugar de un misil de juguete fuera un cañón. Aprieto los dientes y me embuto el segundo. Me tumbo en la cama, me tapo, no sé cómo ponerme porque tengo el culo dilatado y todo me duele. Empiezo a gemir en voz alta, a sudar, a pensar en la muerte que lo borra todo. Y muy por debajo del dolor, como en un subterráneo dentro de mí, descubro esa sensación: las ganas de llorar, que no son una única cosa, sino un montón de rocas que deben ser expulsadas. Lo intento en vano. Gimo hasta torcer la boca. Hasta que la voz que emito pone al perro a ladrar. Y nada. Soy una mujer de ojos como tapones. De una aridez más abrasiva que la sal. Sigo gimiendo porque gemir me calma, porque los gemidos, si se prolongan, se transforman en canción. Y transcurren dos minutos o dos horas, hasta que llega ese momento nunca definido en que mi cuerpo calla y puede decirse que ya no estoy en él.

Al día siguiente me encuentro mucho mejor. De hecho, me encuentro francamente bien, como si los supositorios hubiesen hecho efecto en mis genes y las pocas horas que he dormido hubieran sido suficientes para transformarme. Me levanto. Pongo los pies en el suelo. Siento que mis tobillos están injertados en ellos, como si en lugar de piernas tuviera patas, soportes descomunales. Toctoc rasca la puerta. Tiene ganas de salir a mear. Alzo los brazos y me estiro. En ese momento reparo en que éste no es mi cuerpo, en que mis endurecidos músculos me han acorazado. Camino y la casa tiembla como si me hubiese vuelto pesada o hecho pastor. Abro la puerta y Toctoc retrocede un trecho. Sólo cuando le hablo se acerca y lame mis dedos. Lo acaricio y bajo a desatrancar la puerta. Fuera, la hierba brillante. La niebla quieta del amanecer. Sigo a Toctoc. Ando en bata y zapatillas. La hierba cruje y en el frío flotan manos. Me gusta la delgada luz a esta hora. No sabría decir si es la primera luz del día o el último resplandor

de una farola. Me apetece mucho imitar al perro, así que me arremango la bata, meo en cuclillas y regreso a casa corriendo. No sé qué me pasa hoy, porque frío el doble de tocino, bebo una cafetera entera y tengo ganas de huir de casa. De frotarme con animales.

Crees que vives en el culo del mundo, aislada en tu madriguera en una lomita perdida. El camino que discurre frente a mi casa no conduce sino a una ermita del tamaño de un trastero, carente de la menor floritura o gracia, tan sencilla que parece haber sido fabricada con las piedras sobrantes de la construcción de la masía. Esperas no tener que ver a nadie hasta que lo necesites y seas tú misma quien salga en busca de compañía, pero el hecho es que el sendero es una rambla por la que desfila una extraordinaria galería de personajes. ¿Qué nos pasa a los humanos? ¿No era que habíamos abrazado el sedentarismo hace más de ocho mil años? ¿Qué activa ese instinto de explorador? No tengo la menor idea, pero lo que sí he descubierto, tras muchas horas de observación, es que los fenómenos que llegan hasta casa, extraviados, son gente atípica. Excursionistas extranjeros armados de un mapa donde dice que la ermita es un castillo y quieren fotografiarlo. Les entrego la llave y dejo que se desengañen solos. Ciclistas, corredores, místicos de la montaña, amantes de la noche que traen tiralíneas y juegan con las estrellas. Algunos me piden permiso para acampar cerca de casa y les ayudo a montar su tienda. Son gente que viene de lejos y se marcha al día siguiente, segura de llevarse consigo un tesoro. Pero también existe Montse. Es una mujer joven, quizá tanto como yo. Es alta y fuerte, lleva el pelo rizado teñido de rubio y las raíces muy oscuras. Se maquilla con exageración, viste camisetas ajustadas de colores fluorescentes y mallas negras. Se deja caer por casa cada dos o tres semanas. Dice que cada día sale a andar un poco. Vive a quince kilómetros. Cuando lo dijo pensé que estaba loca. Pero no. Camina y habla raro, como si su cordón umbilical la hubiese estrangulado antes de nacer, y dice pocas cosas, frases breves que suenan sencillas, pero que, si se piensa bien en ellas, son totalmente proporcionadas. Eso posee una gran virtud: hace que no

sobren palabras en la conversación. Esa prudencia, más propia de un filósofo griego que de un contemporáneo cualquiera, ha convertido a Montse en mi mujer preferida. Llega sudada, con la cara roja y las piernas incapaces de detenerse. Toctoc me avisa con una batería de ladridos. Asomo la cabeza a la ventana, grito «¡Espera!» y bajo a recibirla con un vaso de agua. Porque ella sale a andar con ropa y maquillaje, y punto. No trae nada más, ni mochila ni gafas de sol ni móvil, que sería muy útil si se rompiera un tobillo en uno de los muchos barrancos por los que salta. Es una fiera. Vive sola y trabaja en una empresa de inseminación artificial. Su trabajo es seleccionar el semen más potente de unos cerdos que no alcanza a ver nunca. Dice que pasa las mañanas pegada al microscopio y, para compensar, necesita dedicar la tarde a perseguir el horizonte. Intercambiamos cuatro palabras, vacía el vaso de agua y sigue su camino, escopeteada. Se esfuma en tres segundos y siempre me deja pensativa, porque me percato de que yo tampoco quiero pasar mi vida mirando por un microscopio, diseccionando una muestra, intentando dar con el mejor camino. Necesito no hacer nada, permanecer aquí.

Empiezo a entender la tirria que causan los del charco grande. Con el gato de hoy, ya son tres los que han sido abandonados cerca de casa. Hay gente que, cuando su gato se hace tan viejo que empieza a mearse encima, ve en las masías de montaña una residencia permanente para su animal. Aparecen los fines de semana, gatos gordos de pelo lustroso y aires de diva castrada. Son unos inútiles, pero se cuelan en casa por la gatera y se comen el pienso de Toctoc. Los gatos no me gustan, no los trago, de ahí que tome medidas drásticas: agarro dos tablas, un martillo y algunos clavos, y tapio su entrada. Gozo de un par de días de tranquilidad mientras ellos se reúnen para decidir cómo putearme. Y cuando menos lo espero, contraatacan. Se han instalado en el cobertizo, donde tienen multitud de rincones donde ocultarse. Un leñero, capazos viejos, bombonas de butano, una pila de sacos de mortero, herramientas de carpintero y albañil, y una nevera rota que nadie ha tenido las fuerzas de sacar de casa. He intentado que Toctoc

los ahuyente, pero cada vez que lo llevo allí y grito «¡Gatos fuera! ¡Gatos fuera!» me mira extrañado, se da media vuelta y regresa a casa con la cabeza gacha.

Cuando ya casi creía que los gatos, no teniendo comida ni la menor experiencia en procurarla, terminarían muriendo o trasladándose, sucede. Un imprevisto, organizado, implacable ataque. Los malnacidos utilizan la única arma que tienen: la orina. Mean en la esterilla de la puerta de la cocina, mean en el barreño de la ropa limpia, en la leña, en los zapatos que pongo a airear. Desgarran las sábanas tendidas con las mismas uñas con que rascan la arena donde cagan y, si pueden, mean sobre ellas. Es la rebelión de los ancianos cuando en la residencia cierran el botiquín y echan la llave al váter. Por la noche, antes de acostarme, mientras alimento la chimenea para que el fuego resista hasta la mañana siguiente, alimento también pensamientos de asesinato. ¿Qué más puedo hacer? Aunque los gatos me gustaran, si adoptase todos los que me imponen, terminaría pareciendo una de esas locas que tienen cincuenta gatos y los llaman a todos por su nombre. Ahora mismo, odio a alguien más que a los gatos: a sus amos y amas, tan humanos, tan sensatos. Los del charco grande, criminales.

Expongo mi problema al pastor, él sabrá qué hacer. He ido a verle casi cada día y nos hemos hecho bastante amigos. Ha vivido solo toda su vida, es un hombre solo dedicado a una tarea solitaria, y siento que le gusta mi compañía. Aparezco poco antes de mediodía, cuando él ha terminado su faena, y almorzamos juntos en la mesa de la cocina: cordero con patatas, cordero con cebolla, siempre cordero. Dice que padece de gota por toda la carne que come y que si sigo yendo a almorzar acabaré como él: le cuesta moverse, y por la noche despierta con la sensación de que los dos dedos gordos de sus pies están a punto de estallar. El dolor nace allí, en el pabellón de los dedos, se abre paso carne adentro y repta hasta las rodillas. La gota es una serpiente que se introduce en las articulaciones y se frota contra ellas para mudar de piel. Y puede hacerlo durante días y noches. A mí todo eso me suena a cuento de la abuela. Le digo que vaya al médico, que le dará pastillas

para el dolor. Pero él, nada, ha vivido su vida confiando sólo en sus ovejas, sólo en él. No lo reconoce, pero creo que se siente indefenso en el pueblo. Para él la gente no son personas, sino enjambres, la suma inteligente de bestias nocivas que no serían nada si se contaran de una en una. La soledad no hace inteligente, pero obliga a ser listo y a elegir la vida, impone un amor inmenso, el amor más importante: hacia uno mismo. La enfermedad no me asusta. Necesito pasar horas donde el pastor. He estado viviendo en una ciudad hundida y necesito esto, el reparador silencio de esta cámara de descompresión.

Estamos en el redil. Además de ovejas, el pastor tiene algunas gallinas, un par de gallos cansados de pelearse y siete u ocho gatos que limpian el granero de ratones. Él sólo se ocupa de las ovejas. Las gallinas no tienen gallinero y ponen sus huevos entre las balas de paja. De trecho en trecho nacen polluelos a los que, cuando aún son jóvenes, el pastor retuerce el pescuezo y luego congela. Son tiernos y sabrosos como aves de caza. Le pregunto cómo hace para controlar la población de gatos, ¿acaso están esterilizados? Estalla en carcajadas y golpetea mi frente con su cayado. «Vamos a cazar gatos». Los gatos del pastor son perfectos, ni maúllan ni se arriman a uno, pero por eso mismo es más difícil pillarlos. Si uno trajina, se esfuman. El pastor dice que hay que permanecer quieto. Al cabo de un rato los gatos se olvidan de uno y vuelven a ocupar sus lugares preferidos: las estacas, el muro, el depósito de agua, alturas desde donde dominan su reino mientras se lamen en posturas obscenas. Es el momento de obrar con rapidez. Y lo hace. Y mientras lo hace, yo me desconcierto, porque ése no es el pastor. O quizá sí lo es, y de manera muy clara. Se mueve con agilidad, pero como verdugo, no como persona. Alcanza el muro, de donde en el acto saltan dos gatos. Uno de ellos se escabulle entre las ovejas, el otro pasa por su lado a todo meter, a escasos dos metros de él. El cayado se alza y cae, es como si cobrara sentido tras haber hecho las veces de tercera pierna por la montaña tantas tardes. El gato lo esquiva y desaparece detrás de la casa. La violencia ha originado oleadas que alertan a los otros gatos. Todos se esfuman en un

segundo, se mezclan con las ovejas. El pastor los sigue. Las ovejas se ponen a andar en círculo, nerviosas. Balan alto y se empujan. El pastor camina entre ellas como por una plantación. Sus bastonazos son brutales, podrían cercenar patas y me infunden un miedo animal: encontrarme con él un paso más allá del límite donde su casa y mi casa resisten.

Regresa con un cadáver en cada mano, como si nada. Los gatitos son poca cosa sin su alma de gato. Uno de ellos tiene el cráneo destrozado. El otro está intacto. Los arroja a mis pies y caen panza arriba. La piel del abdomen, lisa y rosada como la de un bebé, cuenta con dos hileras de pecas que corresponden a los pezones. Uno de los vientres se mueve como si aún rezumase vida.

No puedo. No, no puedo. No tengo la práctica de haber pasado mi vida en la montaña, de haber crecido jugando con hondas, mutilando lagartijas, derribando ruiseñores, cazando perdices de valle. No puedo matar gatos a garrotazos, por eso dedico tiempo a pensar, debo concebir un plan. Invierto un par de mañanas en espiarlos por el ventanuco de una habitación que se abre al cobertizo. Pasan buena parte del día tumbados, fingiendo dormir. De vez en cuando, se levantan y mean en la puerta de la cocina. Uno ha tenido suerte, ha cazado un animalillo y no juega con él, lo devora. Cuanto más los miro, más claro tengo que debo tenderles una trampa. Pero ¿cuál? Podría envenenarlos, pero no es fácil conseguir veneno para gatos, y el pastor dice que si les das veneno para ratas, lo reconocen y no lo comen. Además, sería demasiado rápido. Quiero encargarme yo misma. Desearía tener un hoyo repleto de escorpiones, una marmita de aceite hirviendo, una habitación sellada que se empequeñeciera hasta obturarse. Pero no tengo nada de todo eso, sólo leña, capazos, mortero, cepillos, paletas, una nevera inútil y butano, esas bombonas naranjas que acumulo con el mismo espíritu trastocado con que los pioneros acumulaban mantas.

Al día siguiente no soy yo, he retrocedido más de un peldaño en una coordenada que carece de un nombre particular. Diría que desconozco

de dónde vengo, estoy descubriéndome, y eso me asusta y me enorgullece de manera anómala. Siento que me desvanezco porque en mí ha despertado un antiguo y fosilizado yo que me reclama. Su presencia es una fuerza que se me declara. Me siento vigorosa y digo que sí, una y otra vez. Me dirijo al cobertizo, los gatos desaparecen. Inclino la nevera hasta que cae al suelo. Gran estruendo y mucho polvo. Siento la cara sucia, las manos ásperas. He logrado que la nevera caiga boca arriba. Abro la puerta, saco los estantes. Entro en casa y vierto pienso de perro en un plato grande. Le echo un chorro de agua y se convierte en una suculenta pasta. La dejo en la nevera abierta y me voy a dormir. Al día siguiente los gatos ya son míos, han rebañado el plato y les preparo otro, y lo mismo durante siete días. Poco a poco empiezan a fiarse de mí, ya no corren como locos para ir a esconderse cuando voy a por leña. Uno muy peludo incluso se arrima a mí maullando con exigencia, reclamando contacto. Ha llegado el momento. Los someto a un ayuno de veinticuatro horas y actúo. Lo he planeado todo: salgo de la cocina sosteniendo el plato en alto, llamándolos con los estúpidos sonidos con que se llama a los gatos. Me siguen, maullando ansiosos, hasta la nevera, donde introduzco el plato. Los tres saltan dentro a la vez y, cómplices en la desgracia, comen sin pelear. Entro en casa corriendo. He atado al mango de la puerta de la nevera el cabo de una cuerda que se arrastra por el suelo polvoriento, trepa por la pared y entra por el ventanuco que da al cobertizo. La agarro con ambas manos y la recojo despacio. La cuerda se levanta del suelo, se tensa y, cuando ya no da más, tiro de ella: la puerta de la nevera se alza como un muerto y se cierra. He atrapado allí a los tres gatos. Cuando llego, están histéricos, chillan como si los torturasen y amenazan con forzar la puerta con sus saltos. La aseguro colocando un par de sacos de mortero encima. Soy rápida, astuta como el demonio. Me detengo un segundo antes de afrontar la segunda parte del plan. No siento mi corazón, es un desierto de noche, piedra que calla. Me afano en hacer que una de las bombonas de butano ruede hasta la nevera, arranco el precinto, encajo el regulador, introduzco la manguera entre la goma y el marco de la puerta y abro la llave de paso. Ningún ruido, los gatos están quietos. De vez en

cuando, maúllan con una voz grotesca, la de un humano que imita un maullido. No los imagino, no puedo imaginármelos. Me repito que la necesidad actúa por obra mía y me jacto de que mi estrategia haya funcionado. Permanezco sentada en la nevera, procurando no obstruir la manguera, el tiempo de fumar dos cigarrillos. Luego salgo a dar una vuelta. No habría podido hacer algo así en ninguna otra parte, estoy segura. Así que, en cierta manera, está bien estar aquí. Que las alambradas no sean necesarias, que baste con lugares aislados.

No sé por qué, tardo tres días en vaciar la nevera. El pastor me ha dado un saco grande y ha dicho que puedo arrojar a los gatos al contenedor verde claro, destinado al ganado muerto, ubicado detrás de su casa. Cuando abro la nevera, no doy crédito a mis ojos. Imaginaba cuerpos rígidos, pero no embadurnados con pasta de pienso. El pelo feo, sobado y encostrado. Apesta, el gas hiede más que la descomposición. Me tapo la nariz con mi bufanda y agarro los cadáveres por el cuello. La rayita de sus ojos parece haber sido dibujada con pincel. Y, de repente, mientras introduzco a los gatos en el saco, sus naricitas se me antojan tiernas. Me quito un guante y toco una con un dedo, que se hunde en ella.

El pastor me mira distinto. O quizá me lo parezca, porque soy yo quien lo hace. He ido a limpiar y me ha dicho que lo dejase correr, que necesitaba ayuda con las cabras. Cuenta con media docena, cinco hembras y un macho. El cabrón tiene cara de sátiro, ojos y barbilla humanos. A veces querría ser cabra para follar con él. El pastor detesta a las cabras. Dice que van a la suya y que son demasiado listas. Cuando se escapan, no hay quien las pille, ni siquiera la perra se afana por hacerlo. Toca esperar a que se ponga el sol para que regresen. No las saca nunca del redil. Las tiene porque las utiliza como madres adoptivas de los corderitos recién nacidos que son rechazados por sus propias madres. Y él vive de esos corderos. De la carne de los corderos sacrificados a los tres meses. No puede permitirse perder ni uno. Se desconoce por qué las ovejas primíparas suelen abandonar a sus crías. El pastor dice que les falta experiencia, como si el primer embarazo

fuese una prueba y con el parto ya tuvieran suficiente. Expulsan la placenta con un cordero dentro, al que ni olisquean ni lamen; lo dejan donde ha caído y se van a pacer. Manduca fácil para los zorros. Ahora tiene cuatro corderos huérfanos que si no maman morirán dentro de pocas horas. Le ayudo a llevarlos al cercado de las cabras. Agarro uno y es como agarrar a un impedido, no pesa ni se mueve. Siento el impulso de acercar mis labios a él. Su húmeda lanita está adherida a su cuerpo y huele a tarquín. Los posamos sobre la paja que cubre el suelo y se quedan quietos, balando con alaridos dignos de lástima. Dos cabras los rondan. Traen las ubres tan llenas que anadean. Hoy no han sido ordeñadas y saben que los corderos pueden aliviarlas. Pasean por delante de ellos, frotan su ubre goteante de leche contra su cabecita y excitan su boquita lamiéndola una y otra vez. Los corderos parecen idiotas. Abren la boca y balan alto, pero son incapaces de levantarse y coserse a los pezones. «Tenemos que hacerlo nosotros», dice el pastor. Y me enseña a hacerlo. Hay que colocar a los corderos a cuatro patas, con una mano sostenerles el vientre y con la otra agarrarlos por el cuello y endiñarles el pezón. Las cabras colaboran, son los corderos quienes lo ponen difícil. Se me ocurre que la carne recién nacida debe de ser muy tierna. «¿Por qué no nos los comemos?». El pastor se harta de reír y dice que ahora son todo hueso, que si quieres encontrar carne en un cordero de leche no puedes matarlo hasta que cumple un mes y medio, aunque es mucho más rentable criarlos el doble de tiempo antes de llevarlos al matadero. Me propone un trato. Él no tiene tiempo de ocuparse de esos cuatro descarriados, pero yo sí. Traerá a esos corderos a mi casa, junto con algunas cabras, y yo me ocuparé de pegarlos a sus mamas y de terminar de engordarlos con leche artificial. Si consigo salvarlos, cuando los lleve a matar iremos a medias. Es un buen trato. Y lo de la leche artificial me divierte. Me manda que vaya a la cooperativa a por un par de sacos de leche en polvo y biberones de litro. Y añade que, si preparo un establo, cuando vaya con el ganado dejará allí algunas balas de paja y alfalfa para las cabras. Pero tiene que ser pronto, esa misma tarde. Acepto. Acepto con un entusiasmo anómalo, como si se acercara un ciclón, pero mi casa se hallase sellada y el sótano a punto. Espero ese ciclón como si

fuera a casarme con él. Quiero que la vida me atropelle. Quiero sentir su mano en mi nuca, que me obligue a tragar tierra al respirar. Porque sí, porque sentirme viva es cargar peso, ahora que sé que puedo soportarlo.

Hace diez días que no duermo. Es como si hubiera parido cuatrillizos. Los corderos no hacen más que llorar y quieren engullir. Las cabras están secas. Los corderos las vacían sin darles tiempo de producir leche nueva. Las persiguen, se cosen a sus pezones y los escurren, no permiten que se muevan. Ellas han empezado a evitarlos. Ha habido patadas. Un cordero cojea y otro tiene un ojo medio cerrado. Cada vez que entro en el establo con los biberones, los corderos se me echan encima y las cabras intentan escapar. Me gusta que me asalten de esa manera, sobre todo de noche. Soy feliz cuando, a las dos o tres de la madrugada, me despiertan sus balidos. Toctoc está harto de ellas y permanece tumbado en la cama, mientras yo me arrastro hasta la cocina y pongo al fuego una olla con agua. Vierto unas cuantas medidas de leche en polvo en cada biberón, añado agua tibia y los sacudo. Son tan grandes que tengo la sensación de que me dispongo a alimentar a ogros bebé. Cuando están listos, los meto en un cubo, me pongo abrigo y capucha, me calzo las botas y bajo las escaleras de dos en dos porque los balidos son insoportables. Enciendo la luz del establo, abro el postigo con el cubo en alto y empujo a las cabras con mi cuerpo. La bombilla es tan pobre que emite una luz muy íntima. Los corderos están desesperados, me embisten y chupan el borde de mi chaqueta. Agarro un biberón con cada mano y casi logran arrebatármelos. Quienes no han obtenido tetina lamen la leche que gotea de la boca de los demás. Adoro el sonido que emiten al tragar y al patear la paja. Intento alimentar a los cuatro por igual y, al terminar, echo una brazada de alfalfa en el comedero de las cabras. Los corderos se tumban en un rincón, muy juntos. Sus ojos se cierran de sueño. Acaricio un poco a las cabras y me siento en una bala de paja para mirar a los primeros. No me había sentido nunca tan bien. Adoro este silencio, el de los animales saciados y dormidos. Siento que

en él acontecen cosas importantes. Termino tumbándome entre las balas y permito que el sueño haga lo que quiera. Que me agarre y transporte lejos, sabiendo que mientras lo hace un ganado me guarda. Me hallo en un pesebre, el lugar más aislado del mundo, el menos interesante y expugnable.

Es primavera y los animales han enloquecido. Las gallinas se montan unas a otras, Toctoc desaparece días enteros y regresa hecho un asco, exhibiendo testículos secos y marcas de pelea en las orejas. Cuando voy donde el pastor es como ir a un festival de sexo: cabrones montando ovejas, gatos cosidos a gatas, gallinas inmóviles sobre su tesoro de huevos, ahuecadas y pacientes como una preñada. Cuando se levantan para beber agua, los gallos aprovechan para fecundarlas de nuevo. Es un no parar. Algo que llevo todo el invierno deseando, y no sólo por el ansia de gestar. Creo que el aislamiento constituye un cerco que sólo el cuerpo puede combatir. He observado que lo primero que hacen algunos hombres cuando se topan con una mujer en un lugar aislado es pensar en sexo. Lo mismo da que luego dominen su instinto o no, porque el sexo ya está en la conversación, en los gestos de manos y piernas, en las formas que asumen los labios cuando hablan. Cuando un hombre piensa en sexo, todo en él deviene mandato, el sexo brota en su interior como un manantial y lo desborda, forma a su alrededor un aura como la de la santidad, inclusiva, egocéntrica. Una noche un loco fanático de los fósiles acampó cerca de casa. Le invité a cenar porque era agradable conversar con él. Traía una colección de rudistas que me fue enseñando, explicándome las diferencias entre ellos. Hablamos hasta tarde, hasta que me percaté de que aquello no era una conversación, sino la antesala de otra cosa que él lograba crear con su mente, con el lazo que formaba su presencia. Follamos allí mismo, estampados contra la pared, reptando por el suelo de la cocina. Un polvo violento como una bofetada. Cuando me levanté para abrocharme los tejanos y despedirle, se negó a seguirme hasta la puerta. Quería algo más, meterse en mi cama y pasar la noche conmigo. La idea misma de

dormir con un ser que no fuera un perro se me antojaba insoportable. Pronuncié un no rotundo y él insistió. Me agarró de un brazo como si fuera suya, como si por el simple hecho de haber follado nos debiésemos obediencia. Toctoc empezó a gruñir. Me deshice del agarre de aquel imbécil y le empujé con todas mis fuerzas. Al ver que retrocedía, Toctoc se abalanzó sobre él y yo aproveché para pillar un tronco encendido de la chimenea. Toctoc se aferraba a su bota y él intentaba deshacerse del chucho a puntapiés. Le amenacé con el tizón ardiente y empezó a insultarnos. Gritó «Puto perro» y «Puta loca» innumerables veces, mientras Toctoc echaba espuma por la boca y yo empujaba al hombre hacia la puerta, destrozándole la chaqueta a quemadas. Cuando le hube echado, atranqué la puerta y corrí escaleras arriba para arrojar el tronco al fuego. Mientras Toctoc devoraba salchichas, miré por la ventana y busqué los faros del coche en la oscuridad. Se alejaban a todo trapo. No se llevó su tienda, que estuvo plantada en la entrada, acumulando gallinaza, hasta que un día vino el pastor con su tractor y la arrancó para hacerme el favor.

El pastor dice que su perra está preñada y que, si nace un solo cachorro feo como Toctoc, irá a mi casa para matarlo, porque Toctoc no es un perro pastor, y si ha fecundado a la perra habrá malogrado esta camada y la siguiente. No logro que entienda que lo que dice no tiene ningún sentido. Cierro el asunto con un cigarrillo y subo a limpiar. Podría afanarme diez años en hacerlo y no dejaría la casa limpia, es imposible. La sala es lo de menos, salvo las mesas, no hay muebles, sólo hay que barrer y fregar el suelo. La cocina, sin embargo, la doy por perdida. Decapé la mesa con estropajos y vinagre, no quedó brillante, pero al menos ya no pringa. Rasqué los fogones y el fregadero de mármol hasta que su color cambió. Pero el suelo es un mosaico de manchas indelebles y las paredes no son de azulejos, sino de yeso, y tienen una costra de grasa que no pienso tocar, creo que si lo hiciera empezarían a ocurrir cosas extrañas. La habitación del pastor, una de las antiguas alcobas de putas, se abre a la sala. A ras del suelo, las paredes son de color gris, pero a medida que suben van

poniéndose negras. Las telarañas del techo tienen panza debido al polvo que contienen. Una cama alta y corta, de madera dura como el hierro, exhibe un colchón de lana sin sábanas y una almohada manchada de sudor. Arrimada a la pared del fondo, otra cama más pequeña se halla cubierta de ropa: camisas, pantalones, calcetines, calzoncillos, un jersey. La cama sirve de armario y la ropa está tendida sobre ella, sin plegar, pero amontonada. En casa del pastor todo es así, las cosas no se guardan en lugares cerrados, todo está expuesto en superficies planas. Un ventanuco del tamaño de un sagrario se abre a la parte de atrás. La luz entrante conserva su arco y lo empapa todo con un silencio antiguo como el del interior de una iglesia. Es la habitación más polvorienta y limpia, huele a detergente y hace un frío espeluznante. Siempre la dejo para el final, porque no me depara sorpresas. Las otras habitaciones están atiborradas de trastos y ocultan ratas.

Tengo una vecina que vive a seis kilómetros de aquí, en una casa como la del pastor, al pie de la carretera. Es una casa sólida, de paredes antiguas bien restauradas y tejado limpio de hierbas. De trecho en trecho, cuando paso por allí con el coche, la veo recogiendo el correo o despidiendo a unos gemelos en el autobús escolar. Decido pasar por allí más a menudo y saludarla con un bocinazo, sacando la mano por la ventanilla. Necesito que se fije en mí, no sólo porque es una de las pocas mujeres que hay por aquí, sino porque la encuentro irresistible. Lleva el pelo corto y rubio peinado de lado como una actriz inglesa y viste gruesos jerséis de cuello alto. A mí, los jerséis de cuello alto me resultan más provocativos que un escote con surco. Tras haber intercambiado saludos unas cinco o seis veces, me decido y me planto en su casa con la excusa de que mi perro se ha escapado. Llevo unos pastelitos que he cocinado yo misma. Nos presentamos. Se llama Sara, y no, no ha visto a mi perro, pero me invita a pasar a un comedor inhóspito como el de un castillo, y tomamos café y los pastelitos en un extremo de una inmensa mesa. Me explica que crían terneros y que la granja y las tierras pertenecen a la familia de su

marido desde hace siglos. Viven con sus hijos y su suegra, la madre de él. Me gusta que sea ella la extranjera, tiene un aire de abandono, de soldado herido sin bandera. Le doy conversación. En ella, la contención ocupa el espacio destinado a la alegría.

Al despedirnos, me invita a regresar. Imagino que no tiene muchas oportunidades de hablar con alguien de fuera, otra mujer. Bajo a verla cada tres o cuatro días y aparco el Peugeot al lado de un todoterreno embarrado. No sé por qué, las enormes y embadurnadas ruedas del todoterreno me entusiasman. Me invita a pasar a la cocina, donde veo una mesa soleada y el sonido de fondo de una radio que no calla. Bebemos café, fumamos, conversamos, picamos galletas o pastas, y mientras lo hacemos no le quito ojo. La boca de una mujer es poderosa, puede reflotarte, liberarte. La de ella es la arteria que llama al cuerpo al orden. No puedo obviarla.

El día que decido besarla me echa con una bofetada. Subo al coche con un resabio de sangre en el labio. Las ruedas embarradas del todoterreno quedan a la altura de mis ojos y me resultan insoportables. Conducir hasta casa es fácil, conozco el camino de memoria, cada protuberancia, cada bache, cada curva. Mi rabia es tal que podría ganar un rally. Al llegar a casa, veo que un hombre está amenazando a Toctoc con una escopeta. Salgo del coche y me encaro con él, dispuesta a todo. Necesito que haya empujones, disparos, amenazas, algo enérgico que disipe el absurdo de las relaciones humanas. Es un cazador. Toctoc se interpone entre nosotros, gruñe con el cuello tenso y el espinazo erizado. El cazador apesta a hollín y a sudor, a bárbaro. Sonríe mostrando dientes como navajas. Él sí que ha perdido a su perro, me pregunta si he visto a alguno extraviado. Le digo que no, pero que no se vaya, le invito a pasar y a tomar una cerveza. Me evalúa un instante y niega con la cabeza. Mi desesperación hiede más que la mugre en su piel y que todas las mugres del planeta juntas.

Empieza a hacer calor a mediodía y el pastor sugiere almorzar con las ventanas abiertas. El estercolero se mete dentro de mí con cada

mordisco y me obliga a asimilarlo. Tengo la impresión de que el cordero apesta a cordero desde que sale del congelador. Debido al calor, llego a casa cargada de pulgas del tamaño de una pulga normal aumentada con lupa. Antes de acostarme, me quito los tejanos y repaso el interior de las costuras con la uña. Las pulgas salen disparadas a medida que las pinzo e intento aplastarlas con el dedo antes de que vuelvan a saltar sobre mí. Si alguna se me escapa, por la noche, cuando estoy en la cama, siento su caricia. No me cuesta nada imaginar que es un dedo, un dedo que me desea y sube por mi pierna hasta mi sexo. Me duermo y sueño con un inmenso cuerpo que chupo para alimentarme. Por la mañana, me desvisto y examino el recorrido de esa pasión nocturna, mordisco a mordisco.

Ha sucedido algo insólito: el pastor me ha propuesto que haga de puta. El caso es que no me ha sorprendido del todo. Me contó que hace diez o quince años tenía una amante, la mujer más guapa del pueblo, la peluquera. Iba a verle de vez en cuando. Él le hacía un hueco en el pajar para que aparcara allí su coche, que luego tapaban con una lona para que nadie lo viese al pasar por ese cruce. Luego subían a su habitación, donde dice que hacían el amor. Intento imaginar al pastor hace diez o quince años, más o menos igual que ahora, sucio de pies a dientes como un estercolero humano, en contacto con la piel limpia y perfumada de la peluquera. No me cabe en la cabeza. ¿Qué vería en él una mujer así? Alega que siempre la cuidó mucho, que cuida a las mujeres que le quieren, les regala cordero, dinero y cajas de galletas para que no dejen de ir a verle, para que estén contentas.

Hoy he hecho de puta y todo ha ido como una seda. El pastor huele a estercolero, pero es una persona amable. No necesité pensarlo ni un día. Me presenté en su casa y le dije: «De acuerdo, cuando quieras». Nos pusimos manos a la obra en el acto. Primero echó el cerrojo por dentro. Cerró todas las ventanas del primer piso. «Así, si viene alguien,

pensará que he salido». Nos dirigimos a su habitación, que no ha dejado nunca de ser una habitación de putas. No sabía cómo colocarme. «Quítate la ropa». Él también se la quitó. Su cuerpo es blanco como la manteca y tiene pecas rojas y pliegues de pellejo caído. Estábamos de pie, de lado frente a la cama, preparados como saltadores de trampolín. Le miré el pequeño pene, allá abajo, al abrigo de la panza, sobre el cojín de los testículos. Quiso tocarme el coño y me agarró con la misma brusquedad con que agarra a las ovejas. Pero yo no tenía la menor intención de huir, le dije que anduviera con cuidado porque de lo contrario le hincaría un cuerno. No sé por qué, bromeé todo el rato. La uña de su pulgar se me clavó dentro. Le dije «Fuera», que hacía daño, y cuando la sacó recordé lo negra que es. La olió. Luego se tumbó en el colchón y yo me arrodillé a su lado. Creo que él no sabía muy bien qué hacer y pensé que prefería que me dedicase a tocarle el pene. No me equivoqué. Empecé a hacerle una paja, esperando que aquello creciera un poco, pero nada, a duras penas se erguía. Quería meterse dentro de mí: me senté sobre él e intenté introducirme su pene con una mano. No sentí nada, pero creo que funcionó, porque de repente se puso contento, cerraba los ojos, sonreía y jadeaba, y yo venga a moverme hacia delante y hacia atrás. Agarró mis pechos y los estrujó un rato. No eran mis pechos, no sentí nada. «¡Qué pequeños!», se quejó. «Sí, mira, no soy peluquera». Era todo tan inocuo que no podía dejar de hacer el payaso. Hasta que me dijo que le dejara salir, que estaba a punto de terminar. Intenté entretenerme, pero él insistió en vaciarse fuera y yo pensé que tendría otras oportunidades. Le hice otra paja y, como me sentía espléndida, se la hice con la mano y la boca a la vez. Se corrió en cinco segundos, quejándose bajito como un niño que ha perdido a su madre. El semen tenía el mismo resabio a estiércol que el cordero y toda la casa. En mis manos, su pene seguía pequeño, indefenso y cansado como un polluelo caído de un árbol.

He hecho de puta durante un año. La primera vez cobré trecientos euros. Me hice cruces, pero no dije nada porque necesitaba dinero.

Ahora bien, no siempre cobraba, a veces él no me pagaba nada durante tres o cuatro días. Cuando se lo recordaba, me daba cincuenta, cien y hasta doscientos euros si había vendido una buena partida de corderos. Nunca más trescientos. Esa informalidad me parecía bien, me sentía cómoda porque no me ataba y a final de mes obtendría unos ingresos que me permitirían dejar el bar y ahorrar un poco. Era un trabajo más rápido y fácil que la limpieza, como sacar a pasear a un incapacitado o cambiar los pañales a un anciano. Tumbada en la cama con él, vaciando su leche y viendo que aquello le aliviaba, llegué a considerarme una enfermera. La mayor parte del tiempo así lo pensaba, lo creía firmemente y me sentía afortunada. Sin embargo, en ocasiones ese compromiso me pesaba. Ciertos días no me apetecía desnudarme, pero cedía a su insistencia sin saber por qué, quizá sólo para no corromper la balsa donde la vida flotaba. En esos momentos sentía que mi cuerpo estaba abierto; la piel protectora, vuelta hacia dentro; la pulpa, expuesta. Las garras del pastor eran tábanos que exprimían el jugo de mis pechos, muslos, nalgas. Embocar su pene era impensable, mi coño no accedía a ser pasillo cuando no llevaba coraza. Le hacía una paja a toda prisa, gimiendo como una puta de verdad para compensar las carencias. Él se corría enseguida y decía que todo había ido demasiado rápido. Yo me vestía bruscamente y le dejaba allí tirado. Tenía que regresar a casa y fumar un paquete de cigarrillos, reñir a Toctoc, despedazar troncos con el hacha y quemar leña. Luego, desnudarme y escaldar mi piel en el barreño hasta arrancármela a tiras. Si en días así hubiera podido dibujarme alguien muy sensible, habría dibujado un cuerpo descomunal atrapado en un duro bloque de desamor, hielo, mármol. He hecho de puta durante un año, hasta saber que estoy preñada.

TRES

Me horroriza la ausencia de deseo. Es como si la criatura me lo hubiese arrebatado y me utilizase como instrumento para satisfacerla. O, mejor dicho, como criada. A media mañana, me siento a tomar café y, de repente, el nuevo huésped, caprichoso y perverso, me ordena que me levante. Se ha instalado en mi interior con una campana. Abro la nevera y como mermelada a cucharadas, de pie. Cuando se sacia, echo el bote vacío a la basura y continúo con el café, ahora frío y amargo, que me deja un resabio a cenicero. Me angustia imaginar lo que sucede. Me angustia pensar que he retenido el líquido del pastor. Que se ha producido un injerto, y un horrible y desproporcionado cordero está creciendo dentro de mí, en el lugar destinado para ello. Imagino una urna almohadillada, un receptáculo estanco. Paso mi mano por mi vientre liso y nadie diría que soy una despensa. Me hice la prueba hace un mes. Conduje treinta kilómetros hasta una farmacia desconocida y salí con una cajita envuelta en papel fino. Entré en el primer bar que encontré. No había ninguna mesa vacía. Los clientes parecían figurantes, llevaban vasos a sus bocas, que luego lucían labios brillantes. Patatas bravas, croquetas, calamares. En cada mesa, el festín de la grasa. Me dieron arcadas y me dirigí directamente a la barra. Maldecía a quienes me miraban. Gente de todas las edades. Animales. Deseaba que todos fueran ciegos. Un mundo donde mis ojos fueran los únicos ojos sanos. Ocho o nueve meses de epidemia habrían sido suficientes. Pedí un agua con gas y busqué los lavabos. Me encerré en uno de ellos. El suelo estaba pringoso y no había papel. Me tapé la boca con una mano y contuve la respiración. Donde había gente, el mundo era grasiento. Cuanta más gente, más grasiento. Desenvolví el paquete de la farmacia, eché el papel al váter y abrí la cajita para leer las instrucciones. Eran para idiotas y tuve que seguirlas. Las cumplí al pie de la letra y, con la mano empapada de

pipí, esperé a que apareciera la rayita azul. Una única rayita significaba negativo. Primero apareció una, y al cabo de unos segundos la otra. Tiré el test a la papelera y permanecí sentada en la taza hasta que alguien golpeó la puerta.

Estaba embarazada y no podía dejar de pensar en ello. Imposible olvidarlo durante un segundo, descansar. El terror lo impregnaba todo, como cuando se declara una guerra. Por la noche, soñaba. Tenía sueños de persecución, en los que no podía huir porque mi descomunal barriga había borrado mis piernas. Pasaba la noche con las narinas abiertas y el corazón amedrentado, buscando un lugar donde esconderme. Uniformadas hordas me perseguían. Camareros, mozos, soldados, pilotos, cajeros, pastores. Hombres y mujeres de tela. Hombres y mujeres de una incuestionable fortaleza, de una suciedad sin medida. Querían quitarme la barriga, asimilarla. Despertaba con la piel fría y la garganta cerrada, y extrañaba los balidos de los corderos. Alguna noche, bajaba al establo. El cubo de biberones seguía allí y había restos de alfalfa en los comedores. Esa silenciosa luz. Ese aroma a leche adherida al techo bajo y las paredes oscuras. Me sentaba en un rincón y dejaba que Toctoc escarbara la paja en el suelo. Si cerraba los ojos, volvía a percibir la respiración de los corderos dormidos y me sentía acompañada. A la mañana siguiente, estaba helada y me dolía todo. Tenía el vientre duro y los músculos tan rígidos que debía ponerme a cuatro patas para levantarme. Me arrastraba hasta la cocina y me sentaba frente a la chimenea, con los pies dentro. Café hirviendo y el primer fuego del día. Llegué a pensar que la historia de la humanidad era la del calor, la de la lucha por el calor. La del desafío a la intemperie. La de la lucha contra el hielo. Pero el hielo no sólo provenía del exterior, también era un asunto humano. Surgía dondequiera que hubiese humanos, lo mismo que las olas surgen del viento y las corrientes marinas. Mitigar el helor invernal con un fuego era algo sencillo que me brindaba satisfacción. Haberme refugiado en esa casa me había preservado de la inclemencia durante un tiempo. Si quería continuar estando refugiada, tenía que cubrirme de lana.

Taparme con ropa holgada y ensanchar los hombros para proteger mi embarazo de la mirada y la voracidad del mundo. En la boca, siempre un arma. Y, por escudo, un lago de turmalina en el interior de cada ojo.

El pastor no aceptaba mi renuncia. «Se acabó, no lo haremos más», anuncié una mañana. No dijo nada y se dedicó a ignorarme, enfurruñándose como si fuese su madre y le hubiese quitado los caramelos. Estuvo trabajando en el redil mientras yo limpiaba la casa y, a la hora del almuerzo, mientras yo fregaba los platos del día anterior antes de que volvieran a llenarse de cordero, me agarró por detrás y se apretujó contra mis nalgas. Me deshice de sus garras y le amenacé con la sartén, que chorreaba detergente. «Te pagaré más», dijo. Ni petición ni súplica ni negociación. Se creía amo de mí y se hacía el generoso. Le contesté que no, que estaba decidido. Se acercó a mí con intención de sujetarme y manosearme una teta. «Ahora que tienes las tetas más grandes, ¿me dejas?». Le propiné un sartenazo en la cabeza. Por instinto, sin pensar. Esa santa hostia le hizo tambalearse. Nos miramos un segundo y éramos dos animales que se miran. No nos habíamos visto nunca, pero queríamos matarnos. Me sentía salvaje, tenía unas ganas locas de golpearle de nuevo. De su cráneo manaba sangre que le caía por una ceja y se introducía en su ojo. Se untó los dedos en ella y se los llevó a la boca. No sé qué tiene el sabor de la sangre, pero es excitante. Levantó un puño sanguinolento al tiempo que avanzaba un paso. Se detuvo. Era como si su cerebro sorbiese sus ojos. «Maldita puta», gimió, al tiempo que caía de bruces al suelo. En lugar de rematarlo, salí corriendo. No recuerdo haber bajado la escalera ni haber arrancado el coche ni haberlo conducido hasta mi casa. Recuerdo haber abierto la puerta a Toctoc y haber echado el cerrojo. Recuerdo haberme dirigido al establo y haberme tumbado y cubierto con paja dulce y seca. Recuerdo haberme masturbado y haber chillado como nunca.

Pasaron días o semanas. Tenía comida suficiente, de modo que me encerré en casa. Tenía miedo. De ser una asesina, de haber matado al pastor. Me había llevado conmigo la abollada sartén, el arma del crimen. La había lavado a conciencia, utilizando salfumán y lejía. No fue difícil eliminar la costra de sangre, adobada con residuos de piel y algún que otro pelo. Lavar sangre es como limpiar pinceles. Como haber pasado la tarde encerrada en el taller con un caballete y un bodegón de bogavante vivo. El fregadero se llena con una acuarela rosada y es un placer ver cómo se escurre por el desagüe, cada vez más pálida, hasta que no queda rastro de ella y el agua vuelve a ser clara. Desde que lavé la sartén, la utilizo a diario. Le echo manteca y frío de todo en ella. Pollo, patatas, verduras, cordero que aún tengo en el congelador. Dejo que la comida se requeme en ella, se adhiera a ella, me obligue a maltratarla con un estropajo de metal. Luego, la llevo al cobertizo y la abollo aún más, golpeándola contra la pared de piedra. El pastor no tiene amigos, pero recibe llamadas y visitas. Su hermana, otros pastores con los que intercambia carneros o el transportista del matadero. Cuando alguien le eche en falta, acudirá la policía con ese artefacto luminoso que tiñe de violeta cualquier invisible resto de sangre. Sería demasiado arriesgado deshacerme de la sartén, así que le añado diez años en una semana. A ésa y a todas las que tengo. Soy la vecina pobre, la que ha perdido a su benefactor. Lo repito cien veces al día, debo creerlo. Pero es imposible, la noche es el templo de la verdad, un dios que grita. Me tapo con sábana y manta, y apago la luz. Las carcomas trabajan. Toctoc respira. Y yo inicio una segunda jornada, más agotadora que la primera, porque me tortura. Me aterra la idea de que me arresten. De que me enjaulen. Intento acompasar mi respiración con la de Toctoc. Lo intento. Lo intento. A la mierda. Es imposible respirar con la lentitud de un perro. Enciendo la luz, me dirijo a la cocina y preparo una infusión de tomillo. El tomillo es bactericida y mis pensamientos son bacterias. Me han invadido. Hurgan y se multiplican. Debo eliminarlos. Bebo la tisana como si fuera una poción. La flor de tomillo me empalaga, es como tragar jabón. Yo misma la recojo al lado de casa, crece entre las rocas con la inocencia de los arbustos pequeños. Prefiero escaldarla que

comprar bolsitas de menta o té. Lleno la taza de nuevo y la llevo a mi habitación. Me siento en la cama y me miro los pies. No puedo quitarme a la policía de la cabeza. Me cuesta imaginar que un coche patrulla suba por este camino. Sería como ver aparecer una noria en medio del océano. Aquí, he dejado de escribir. Hace más de un año que no firmo nada. De hecho, ya no recuerdo mi firma. En casa no hay papel ni lápiz. No tengo ni ordenador. ¿Qué autoridad tiene sobre mí la ley escrita? ¿Qué autoridad tiene sobre el pastor? ¿Por qué debería afectar su muerte si él no la contempló en vida? Desconfío de los Estados y la legislación, pero creo en la vida, en el territorio, en la libertad de convertirse en el más listo o el más voluntarioso o el más fuerte. Se acerca el final de una época, lo noto en mi cuerpo.

Primero fue una vibración, un sonido lejano. Era la una de la tarde y hacía días que tenía vértigo. La noche anterior no había logrado dormir. Venía a mi mente la palabra «culpa». Encerrada en ese cuarto negro y laborioso. Porque, de noche, las habitaciones son establos donde regurgitar y rumiar el pasado. Me maravilló que la palabra «culpa» no me dijera nada. Que algún día lo hubiese hecho. Pero las palabras pierden el sentido cuando dejamos de utilizarlas. Hacía tiempo, en otra vida, había recorrido residencias, entrevistado a ancianos y transcrito sus vivencias. Algunos no se arrepentían de nada. Otros se arrepentían de no haber hecho algo o de haber hecho una cosa en lugar de otra. Ésos eran quienes se sentían culpables. Yo les escuchaba y me divertían, creía que sabía más que ellos. La culpabilidad es un sentimiento inútil, un dedo que señala y lo estropea todo. Quizá tu propio dedo. Tumbada en la cama con los ojos abiertos y, a mi lado, Toctoc roncando con el morro hundido en mis costillas, supe que un día sería una vieja encerrada en un caserón. Una vieja solitaria, harta de matar gatos, harta de alimentar corderitos y enferma de gota de tanto comerlos a pedacitos. Una vieja que hablaría y dormiría como un perro. Quería no sentirme culpable, no tener que arrepentirme de nada. Me lamí las manos porque necesitaba creer en mí. Que la culpa no llegase de fuera. Evitar la detención.

El ruido se incrementó y aparecieron las primeras ovejas. Estaba tumbada en la cama. El mareo era una sensación sorprendente, como si yo fuera el ojo de un remolino y los objetos del mundo, arrancados del mundo, hubiesen enloquecido. Armarios, mesillas, cafeteras. Tazas y platos. Cojines y paredes torcidas. Todo desprendido de sus raíces y proyectado a mi alrededor en una peligrosa danza. Temía la mano de mortero. Esquivaba muebles y cucharitas. La única manera de librarme de ellos era acostándome. En ese momento, los objetos parecían sedimentos suspendidos hasta que se depositaban. El remolino ya no tenía nada que ver con el aire, sino con el agua. La cama-barca se mecía. Yo era un anzuelo oxidándose en ella. Permanecía horas tumbada en ella, hasta que la marea retrocedía. Ahora podía dirigirme a la cocina para hacer la cena. La casa callaba y todo en ella me espiaba. Cruzaba el comedor de puntillas y las baldosas cuchicheaban. Ponía agua a hervir, encendía unos cuantos troncos y esperaba a que produjesen brasa. ¿Transcurriría una hora? El tiempo arde cuando toca el fuego. Asaba una berenjena al rescoldo y la comía allí mismo, utilizando mis rodillas a modo de encimera. Cada vez estaba más convencida de que no necesitaba nada. De que llegaría el día en que prescindiría de todo.

Abrí los ojos porque no creía lo que percibían mis oídos. Balidos. Erguí la cabeza y las vi. Una, dos, tres ovejas paciendo en el bancal trasero. Traían la lana tan larga y desmelenada que parecían vestir jerséis. Me levante y corrí a la ventana. No me pegué a los cristales, observaba desde lejos como si las ovejas fueran carnívoras y temiese ser descubierta. Un rebaño entero subía la cuesta y se esparcía en torno a mi casa. Mi corazón se crispó, era un corazón insano. Le buscaba. Le buscaba y terminó apareciendo. Iba a la cola del ganado y traía el cayado en una mano y a su impertinente perra pegada a sus perneras. Alzó la cabeza y me retiré, helada. Era una cabeza envuelta en una venda sucia. Una cabeza traumatizada, que funcionaba porque sabía apacentar. Mis manos buscaron mi vientre y creí que tocaba el de un ahogado. Estaba frío y empezaba a hincharse. Pensé que estaba sentenciada, que el pastor había venido a matarme. El bastón golpeó la puerta. Permanecí quieta. Deseaba morir allí mismo por el motivo

que fuera, mi pánico o el embarazo. Un feto asesino que me devorase. Pero no por venganza ni como un gato. Otra vez, el bastón. «¡Traigo cordero, maldita señora!». Supe que era cierto. Que el mundo, circunscrito a la negrura de los bosques y los clanes, era perfecto.

Cenamos en el comedor. Desplegué un mantel blanco que tenía manchas amarillas y estaba plagado de lunares marrones como de carcoma. Herví unos pedazos de cordero y aderecé un tomate. Los platos, que humeaban sobre el mantel, parecían desconcertados. Nos sentamos en silencio. Partí pan y llené dos vasos de vino. Nos pasamos el salero varias veces. Pinchábamos el tomate con un tenedor y comíamos la carne con los dedos. Teníamos hambre, engullíamos. Rebañábamos los huesos, que repicaban al caer de nuevo en el plato. El pastor se limpiaba los dientes sorbiendo el aire. Se me había pasado el mareo. Empezó a hablar cuando traje el café. No quiso un cigarrillo, quería hablar de lo que hablábamos siempre. Yo le escuché, diciendo que sí y que no, fumando un par. Cuando se cansó, se levantó de la silla y se dirigió a la puerta. Le devolví la sartén y quedamos en que al día siguiente acudiría a su casa a limpiar. No me dio las gracias ni se despidió. No hizo falta decir nada.

Con la llegada del buen tiempo, entendí que me costaría esconder la barriga. Empecé a comer como si estuviera previsto un racionamiento. Pan cargado de mantequilla, patatas, tocino, montañas de cordero. Antes de acostarme, derretía miel en leche caliente. Tragaba, tragaba. Me dormía ordenándole a mi cuerpo que convirtiese ese exceso en grasa. Obedeció. Trabajaba de noche para que apareciera la mujer que me protegería de ese imparable tumor. Caminaba y me cansaba el doble, sentía que cargaba con un muerto. Pero mi barriga sobresalía menos, desaparecía en mi anchísima y amorfa cintura, se escondía bajo mis pechos. Tapé el espejo del armario porque no me reconocía. Lo cubrí con una sábana, como cuando se declara un luto. Mi respiración se ralentizó, mi corazón se disparaba. Un día me sorprendí

roncando. Y tenía los pies tan hinchados que no podía atarme las chirucas. Era una bola, una mujer atrapada en otra con un hijo en su interior. Iba poco a casa del pastor. Le dije que tenía un problema de tiroides y que debía medicarme y hacer régimen antes de poder reanudar el trabajo. Contestó que me veía mejor que nunca. Al decírmelo, se le achicaron los ojos. El deseo alentaba el cálculo. Me medía con el pensamiento. Quería que fuera suya sin saber que era yo quien le poseía.

Cuando llegó el momento, agarré el neceser y una muda, dejé un par de cubos de comida y agua para Toctoc y subí al coche. Conducía despacio. Parecía que el camino de carros se hubiera alargado durante la noche y sus tres kilómetros se hubieran convertido en dieciséis, que continuaban desplegándose en diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte. Creí que no terminaría nunca, que me quedaría atrapada en él. Las contracciones no tenían nada que ver con las oleadas. Eran agresiones, dentelladas. Cuando me venía una, tenía que frenar en seco. No sabía si lograría llegar al hospital. Me horrorizaba tomar la carretera principal y no poder controlarme. Tardé muchísimo en llegar al cruce que limita con la casa del pastor. Vi que estaba arrojando un cadáver de cordero al contenedor. Paré un momento y bajé la ventanilla. Me venía una contracción. «¡Debo ir a cuidar de mi madre unos días!». Se me cortaba la voz. Asintió con la cabeza y dijo no sé qué del charco grande. No le entendí, no le oía. El dolor tenía eso: me agarraba y me forzaba a desplazarme a donde él surgía. Era egoísta y celoso, un animal rabioso. Subí la ventanilla y esperé que me permitiese marcharme. La carretera era más estrecha que nunca, era difícil no salirse de ella. En un cambio de rasante aplasté una serpiente verde que yacía en la calzada. Ya estaba muerta, pero me consoló aplastarla. Las contracciones me venían cada vez más seguidas. Quizá había esperado demasiado. Quizá mi cuerpo tenía prisa. De repente, sentí una gran energía, una especie de calor subterráneo, lava que hervía en un lugar mucho más profundo que donde la criatura se había gestado. Era la fuerza que necesitaba para doblegar el dolor. Me

aferré a ella. Me incorporé a la carretera principal. Circulaba por el carril lento, frenando con cada contracción. Tomaba aire y exhalaba humedad como si mis pulmones fueran dos bosques. Los cristales se empañaban, los limpiaba con la manga. Apareció la señal indicadora del hospital. Entré en la población y vi otro indicador. Toda yo perdía agua. Tenía la entrepierna empapada, como si un lago se hubiese desfondado. Y una presión muy grande. Apareció el edificio, ese hache mayúscula con su inequívoca cruz. Me detuve en la entrada de urgencias y abrí la puerta del coche para sacar una pierna y bajarme el pantalón. Una mujer que pasaba por allí empezó a gritar. Pedía ayuda, que viniese alguien. Luego, se arrodilló ante mí y me dijo que tranquila, que veía la cabeza del bebé.

La tuve conmigo tres días. No fue como tenerla en casa. No. La tuve abrazada tres días. Yacíamos en la cama. Las sábanas eran blancas y azules. Luces apagadas. Sólo la tierna claridad de la noche, que se cerraba como un puño y estallaba con el día. La abrazaba y no decía nada. La abrazaba para que no me necesitase, para evitar gemidos y llanto, el primer llanto, ese grito seco. Besaba su frente, besaba su boquita y la abría. Le habría tapado la nariz para que respirara a besos. A besos, durante tres días. La llenaba de leche. Tardaba mucho en cambiarle los pañales. La mantenía empapada. La abrigaba para que sudase. La quería en un líquido, en la humedad. Que no reparase en que había nacido. Que mi permanente abrazo fuera el recinto conocido, y el dedo al que se agarraba, la fuente, el cordón. Le hablaba a media voz. Me tapaba la boca con una mano y mi voz retronaba. No le decía nada de mí. Describía la habitación. Era pequeña y contenía una cama y, al lado de ésta, una cuna de plástico transparente. Que la cuna tuviera ruedas era un atentado. Que éstas rodasen durante nuestro sueño era un pensamiento inquietante que malograba mi descanso. La acostaba sobre mí para que durmiera con su blandísima oreja apoyada en mi pecho. Toda yo su colchón. En el interior de éste, el continuo sonido de mi corazón. Dormía y se movía poco. Gesticulaba y parecía muda. Qué fino aliento. Qué miedo

tenerla allí. Que abriese sus ojos de vidrio turbio y, de improviso, reparase en mí.

Al quinto día regresé a casa. Sola. Con un tierno corte en el vientre. Conducía doblada. Me alejaba del hospital y tenía la impresión de que viajaba en un ataúd, de que mi carne había muerto y mi alma se hallaba atrapada en él. Sentía pánico, un pánico anticipatorio de cuanto estaba por venir. Deseaba un día larguísimo, dejar de creer en la noche. Temía que mi soledad se desnudara ante mí y me ofreciese vacuidad. Sentía un violento miedo de perder mi corazón, de que la parte de mí que conducía hacia él fuera secreta. La carne muerta captura el dolor. La carne muerta no admite llanto. Al llegar a casa, me encontré con que el pastor estaba esperándome. Se hallaba apoyado contra la pared, tenía una ramita en la boca y a su obediente perra a sus pies. Quinientas ovejas cosían la cabeza al suelo. Toctoc saltó sobre el capó. Me miraba a través del parabrisas y ladraba. Se alegraba de verme, o quizá no le quedaba pienso y reclamaba más. Yo deseaba hundir la cabeza en alguna parte, que una blanda masa se introdujese por mis ojos, boca, orejas y nariz adentro hasta alcanzar mi cansado cerebro. Deseaba romperme los dedos asiendo el volante. En lugar de ello, me recogí el vientre con las manos. Tomé aire antes de abrocharme los pantalones y el cinturón. Me tapé con mi chaqueta y me envolví la bufanda en torno al cuello. Toctoc esperaba fuera, meneando la cola. La perra del pastor estaba alerta, parecía saber algo, porque no se movió. Salí del coche despacio, dando la espalda a Toctoc para evitar que me abriese el corte cuando saltase sobre mí. Extraje unas galletas de hospital de mi bolsillo y las lancé lejos. Entonces sí que tanto Toctoc como la perra se precipitaron tras ellas. Agarré la bolsa que llevaba en el maletero y me dirigí hacia la puerta. Intentaba andar derecha y los puntos de mi herida chillaban. El pastor me saludó y dijo que me veía mucho más delgada. «¿Acaso te han hecho pasar hambre los del charco grande?». Repuse con un gruñido, porque si hubiese intentado articular palabra me habría salido un grito. Di vuelta a la llave y Toctoc se coló dentro. «Mi casa está sucia,

convendría que te acercases hoy o mañana». Antes de cerrarle la puerta en las narices, asentí. Y, ya sola, caí al suelo doblada en dos, sintiendo los ojos candentes y una rabia tristísima que no lograba expulsar. Se había cosido a mí para ejercer de hermana.

Hace días que no salgo de casa. No sé cuántos. El pastor ha venido dos veces con cordero y galletas, y le he dicho que estoy enferma. Que creo que he pillado la gripe en casa de mi madre. Ni siquiera le he abierto. He asomado la cabeza a la ventana y le he gritado que no se acerque, que encima le contagiaría. Ha dejado la bolsa de comida colgada de un gancho y se ha marchado. No le soporto. No soporto el cordero ni las galletas. No soporto haber tenido algo de él en mi vientre. No soporto haber deseado esa cosa, que era terriblemente preciosa y tibia. No me soporto por haberla dado. Guardo en los labios el beso que casi le di cuando se la llevaron. Lo he retenido, y es como si en lugar de un beso hubiese retenido un trueno. Todo está quieto. Espero lo peor. Lo sé esa noche, cuando enciendo el fuego y se me ocurre regarme con gasoil. Me veo rodando a lo largo de un campo negro cual ovillo de lana prendida. Ceno sopa de arroz y bebo agua del grifo. No amaso pan ni me lavo. El corte cicatriza y parece la firma de un niño. He tenido en brazos un gran interrogante. A mi criatura y el formidable pavor de estar mirando a los ojos a un animalillo dotado de dos colmillos. No hay vida deseable. He cometido un crimen. La vida es el territorio de la multitud, por eso me he desentendido del crimen. Fuera de mí, no hay nada mío. Ordeno que todo lo que ha sido mío sea de la vida, que busque y halle su camino en la inhumana y cruda vida, porque ya no es mío. Ordeno un nuevo destierro, ahora que he pervertido el viejo. Que sepa estar alerta cuando, a medianoche, la vida me mande a sus lanceros.

Eva Baltasar (Barcelona, 1978) ha publicado diez poemarios y debutó en la novela con *Permafrost*, Premi Llibreter 2018 traducido a varias lenguas y uno de los fenómenos literarios del momento. En 2020 vio la luz *Boulder*, su segunda novela. *Mamut* cierra el tríptico sobre la vida y los deseos de tres mujeres.

Título original: *Mamut*

Edición en formato digital: marzo de 2022

© 2022, Club Editor 1959, S. L.
c/o SalmaiaLit, Agencia Literaria
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2022, Nicole d'Amonville Alegría, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a
CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3561-8

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

Índice

Mamut

Uno

Dos

Tres

Sobre este libro

Sobre Eva Baltasar

Créditos